

SARMIENTO

EL PRESIDENTE QUE CAMBIÓ A LA ARGENTINA

DANIEL BALMACEDA

SARMIENTO

EL PRESIDENTE QUE CAMBIÓ A LA ARGENTINA

SUDAMERICANA

A Silvia, Pancho y Sofía Balmaceda

INTRODUCCIÓN

Del amplio comedor de la casa de mis abuelos, los recuerdos traen aquella mesa larga siempre poblada. Los más chicos quedábamos lejos de la cabecera, presidida por mi adorado abuelo Carlos Felipe, quien de manera impensada, a través del amor y los conocimientos, influyó en mi feliz destino.

Pero no era el único que ocupaba la cabecera. Detrás de él, mirándonos con el ceño fruncido, y apuntándonos con el dedo índice de la mano derecha, estaba Sarmiento. No he visto ese retrato en ninguna otra parte. Pero estoy convencido de que el gesto y las facciones pertenecen a su época de legislador luego de la presidencia.

A los más chicos nos parecía que el hombre del cuadro estaba retándonos, cuando en realidad dirigía un discurso cargado de energía a sus pares. Pensándolo bien, es muy probable que estuviera retándolos. Era un hombre terco, de mal carácter, altanero y gruñón. Esas son características que marcaron sus contemporáneos. Pero también lo veían adorable, entusiasta, de buen humor y apasionado.

La realidad es que hubo y habrá un Sarmiento para cada cual. Así como está el monstruo que detestaba a los gauchos, quería entregar la Patagonia a Chile y pidió la cabeza de López Jordán, en las antípodas se halla el visionario que amaba y protegía a los animales, que les dio la primera educación y herramientas para progresar en la vida a millones de nuestros abuelos y que impulsó la producción agropecuaria, principal riqueza de la tierra que pisamos.

El problema de aferrarse a los extremos es no poder conciliar los inevitables grises en la vida de las personalidades del pasado. Incomoda a los que aman a Sarmiento que haya dicho que no había que ahorrar sangre de gaucho. A los que lo odian les perturba saber que es probable que al menos alguno de sus ascendientes dejó de ser analfabeto por la acción concreta del sanjuanino.

Así como hay un Sarmiento a la medida de cada uno, también existe el propio, el que se verá a través de estas páginas. El libro se concentra en el apasionante período de su presidencia, que en los programas de estudio lamentablemente solo se sobrevuela por las necesidades del tiempo escolar. Lo que no significa que no repase otras situaciones de su vida estrechamente relacionadas con los seis

años de gobierno.

¿Cómo progresar cuando las posibilidades de educación y de recursos son escasas o nulas? El autodidacta sanjuanino supo hacerlo. ¿Se puede llegar a la cima del poder cuando el propio partido ataca al candidato? ¿Y gobernar sin apoyo partidario? Él demostró que es posible.

Sarmiento enfrentó el primer magnicidio de nuestra historia, fue víctima del primer atentado a un presidente en ejercicio, organizó el primer censo nacional y duplicó la superficie del territorio argentino. Asumió la pesada herencia de una guerra en curso. Completó la presidencia en medio de una rebelión militar.

Separado informalmente de su esposa, durante el mandato vivió de prestado en dos casas de parientes. La prensa lo trató de borracho, corrupto, inútil y anticonstitucional.

Fue el hombre que multiplicó las escuelas en todo el país; y el que una tarde disparó una ametralladora contra una de ellas. Fue quien vetó la decisión del Congreso de convertir a Rosario en Capital Federal de la República.

Esos y muchos otros episodios nos ofrecerán la mirada personal acerca del maestro sanjuanino que no participó de su campaña, que no tuvo "luna de miel" y que, por su carácter nada medido, fue objeto de burlas constantes.

Su presidencia generó un cambio notable en el devenir de la Nación. Supo rodearse de hombres de valía, como Vélez Sarsfield y Avellaneda. Tomó decisiones críticas cuando la urgencia lo requería y cometió el pecado de bajar al llano a debatir en vez de continuar enfocado en los proyectos.

Los lectores van a disfrutar de la correspondencia privada y de ciertas anécdotas que pintan al hombre, pero sobre todo a la época.

Hasta aquí la introducción. Es tiempo de que el señor enojado del cuadro del comedor, que luchó por ver grande a su patria, abandone esa postura y se ponga en movimiento.

Aclaración

Con el fin de priorizar la clara comprensión por sobre la literalidad decidí modificar la sintaxis, y hasta alguna palabra, de determinados textos periodísticos y cartas; pero manteniendo en todos los casos el sentido original de los dichos.

EQUIPO DE CAMPAÑA

Abraham Lincoln recibió la bala mortal en un teatro de Washington, el 15 de abril de 1865. Exactamente un mes después, el 15 de mayo, Domingo Faustino Sarmiento arribaba a los Estados Unidos, acompañado por su nieto Augusto de once años, para iniciar su acción diplomática con el título de ministro plenipotenciario del gobierno argentino.

El sueño presidencial siempre estuvo latente. Pero en esos días, el desánimo iba ganando. La distancia lo marginaba del escenario público en un tiempo en el que las comunicaciones no eran instantáneas. ¿Por qué aceptó un cargo de prestigio, pero que lo alejaba de su ambición? Un cóctel de situaciones políticas y personales desembocó en la decisión de irse de la Argentina. Puede afirmarse que la misión diplomática le calzó de la mejor manera (de hecho, dejaría un muy grato recuerdo en el país del norte). Sin embargo, el "maestro de escuela" Sarmiento ansiaba ser presidente. Se trataba de un deseo singular, de largo aliento y difícil de concretar debido a la forzada ausencia. A su favor, contaba con las ventajas de no desgastarse ante la constante exposición y el tiempo: en mayo de 1865, faltaban tres largos años para las elecciones en busca del reemplazante de Bartolomé Mitre.

Los íntimos de Sarmiento estaban al tanto de su gran objetivo. Por eso, cuando a los pocos meses sanaron las heridas y revivió el proyecto presidencial, se valió del puñado de personas de entera confianza. Un grupo compacto cuya primera misión era sembrar la semilla de la candidatura. Ellos podían tejer redes para ir aumentando, sin prisa pero sin pausa, el caudal de seguidores.

El sexteto que forjó la postulación estuvo integrado por dos cordobeses, un par de tucumanos y una dupla porteña. Los mediterráneos fueron Dalmacio Vélez Sarsfield —el mayor del grupo, nacido en 1800— y su sobrino Martín Urbano Piñero (1816). De hecho, Sarmiento primero conoció al joven en Chile, donde ambos se encontraban exiliados. Fue Martín quien presentó a su tío y al sanjuanino. Después de Caseros, Dalmacio y su sobrino fundaron en Buenos Aires el periódico *El Nacional*.

Vélez Sarsfield fue ministro de Hacienda a comienzos del mandato de Mitre, pero pronto renunció al cargo y el presidente le propuso que

redactara el Código Civil. En cuanto a Piñero, compartía con Sarmiento la pasión por las plantas y la vida apacible en Tigre.

Entre los tucumanos figuraba José Posse, de la misma edad de Piñero, a quien también comenzó a tratar durante el exilio en Chile. La relación era fraternal: Pepe Posse (así lo llamaba) fue una de las pocas personas a quien Domingo Faustino tuteaba en las cartas. También provenía del norte el joven del equipo, Nicolás Avellaneda (1836). Recibido de abogado, en un pleito se enfrentó a Vélez Sarsfield, pero luego trabajaron juntos en la redacción de *El Nacional*. Allí lo conoció Sarmiento en 1855.

El quinto integrante, Manuel Ocampo, vino al mundo en la Buenos Aires revolucionaria de 1810 (su padre fue activo protagonista de la Semana de Mayo). Al igual que Avellaneda, entabló amistad con el sanjuanino en 1855. Alcanzó tal grado de intimidad con Sarmiento que éste lo nombró administrador de sus bienes, incluso del manejo del dinero cotidiano.

Es tiempo de presentar a la única mujer del imprescindible equipo de campaña que llevó a Sarmiento al más alto escalón ejecutivo del país. Aurelia Vélez Sarsfield, hija del jurisconsulto, nació en Buenos Aires en 1836 y, por lo tanto, tenía la misma edad que Avellaneda. Si bien ya se habían visto en Montevideo, porque siendo una niña asistió a una conversación de su padre con Sarmiento, fue también en el 55 cuando inició una relación cargada de matices —que trataremos en breve— con Domingo Faustino.

Avellaneda, Posse, los Vélez, Ocampo y Piñero fueron los integrantes de la mesa chica, los encargados de encender la llama electoral, siguiendo la estrategia diseñada por el líder. En la labor de los mencionados —pronto se sumarán otros— se tejió la trama que desembocaría en una de las presidencias más determinantes de nuestra historia.

“VIENDO LAS SEÑAS QUE ESA INFAME HACE A MI MARIDO”

Dentro de seis días me marcho para Buenos Aires y no me es posible alejarme sin ofrecer a Su Excelencia y Rosario mi amistad y deseo de serle útil en aquel destino.

BENITA M. DE SARMIENTO A MANUEL MONTT, 11/2/1857

Aurelia tenía diecisiete cuando se casó con su primo hermano, el médico Pedro Ortiz Vélez, quien además ocupaba una banca en Diputados al igual que su tío Dalmacio.

La unión y la concordia duraron apenas unos meses. La tarde del 18 de noviembre de 1853 el marido encontró a su secretario, Cayetano Echenique, y a la juvenil Aurelia en una incómoda posición. Ahí nomás, Ortiz mató al galán. Una versión sostenía, sin demasiado asidero, que lo mató porque ella estaba embarazada de Echenique.

En el Congreso, donde sus pares debatieron el caso, se presentaron unos certificados médicos que declaraban insano al diputado, quien partió al exilio. Aurelia se reintegró al hogar familiar (en ese tiempo vivían en la calle Federación, actual Rivadavia), junto con sus padres, Dalmacio y Manuela, y sus hermanos, Tomasa, Constantino y Rosario.

Un año y medio después de estos episodios, el 4 de mayo de 1855, llegó Sarmiento en soledad a Buenos Aires, procedente de Chile. Casado y con dos hijos, Faustina y Dominguito. Pero la suya no era una familia tipo.

Comencemos por Faustina. La hija —que a esa altura tenía veinticinco años y estaba casada— había sido producto de un romance, en tiempos en que el maestro de diecinueve juveniles años daba clases en Pocuro, un pueblito andino de Chile. En cuanto a Dominguito —de diez años en 1855—, debemos aclarar que era hijo adoptivo del sanjuanino. O, tal vez, más que eso.

Una versión, la oficial, establece que sus padres fueron Benita

Martínez Pastoriza y Domingo Castro (por lo tanto, en un principio se llamó Domingo Fidel Castro). La otra, que fue concebido por Sarmiento y la señora de Castro. Son esos pequeños detalles que se mantendrán en las penumbras de la duda. Lo que no nos exime de aclarar que las hermanas (Paula Francisca, Bienvenida, Procesa y Rosario Sarmiento) aseguraban que, por su fisonomía, el hijo de Benita les recordaba a su hermano durante su etapa infantil y adolescente.

La única certeza de todo esto es que, ya viuda, Benita se casó en segundas nupcias con el galán en 1848. Su vida marital se inició en Santiago de Chile y prosiguió en Buenos Aires, donde se generó el triángulo amoroso. Pondremos los datos en orden.

El 18 de noviembre de 1853 llegó a su fin el breve matrimonio de Aurelia y Pedro Ortiz Vélez. Mientras que el 4 de mayo de 1855, a la una de la tarde, Sarmiento arribó a Buenos Aires, sin Benita y Dominguito, quienes se quedaron en Mendoza, primero, y luego en Chile.

El maestro visitaba a Vélez en su casa y allí trató a la muy joven Aurelia (19), con quien inició un romance no demasiado discreto. En abril o mayo del 57, Benita y su hijo se establecieron en Buenos Aires. La dama disfrutaba de las salidas al teatro, acompañada por señoras u otros matrimonios, pero el marido no solía participar de esas veladas.

A los tres meses se enteró de lo que estaba pasando. Al respecto, una carta escrita en la noche del 16 de septiembre de 1858 y que lleva la firma de “Benita Martínez de Sarmiento” ofrece ciertas revelaciones. El destinatario era un muy buen amigo de la familia, Hilarión Moreno. Entendemos que, por tratarse de la principal interesada, su testimonio tiene un valor especial.

> *¿Recuerda usted haber oído un suceso muy sonado que ocurrió aquí (de la hija de uno de los hombres que figuran en este momento) que se casó embarazada de cuatro o cinco meses con un médico y que este mató a los dos meses de casado al que creyó autor de semejante infamia? Pues bien, mi amigo, esta es la escoria que ocasiona mi desgracia. No puedo contar a usted detalles, pero bástele decir que empecé por sospechas y concluí con las pruebas. ¿A qué tiempo cree usted que las obtuve? ¡A los tres meses y dos días de llegada!*
>
> *Ya verá por eso cómo habré sido de feliz. Solo con las lágrimas de mi vida entera se podrán comparar las que yo he derramado en un año aquí.*
>
> *Primero* [Sarmiento] *quiso persuadirme que todo se había concluido, pero que eran precisas ciertas apariencias por la amistad del papá. ¡Pero cómo se pasa de amistad! Porque más interés tiene por esa casa que por la suya propia.*

El amigo Moreno vivía en Santiago de Chile. En esta misma carta le confesó que le había escrito dos veces para contarle, pero había optado por destruir las hojas. Lo que nos permite intuir las precauciones que habrá tomado para enviar la tercera, la vencida. Continúa la dama:

> [Como] *no me podía engañar, ha concluido por hacerse el guapo y decirme que irá* [a la casa de Vélez] *aunque me muera, aunque nuestro matrimonio se rompa. Después, se ha cansado de intentar que me vuelva a Chile. Pero* [era lo que] *él quería con algún pretexto para quedarse a su gusto con su querida y desterrarme a mí para siempre.*
> *Y le juro mi amigo que me ha tratado y ultrajado como un perro, cada vez que he pensado hacer lo que cualquier mujer con menos títulos que yo habría hecho.*

Conjeturamos que se refería a abandonar la casa, con su hijo, pero quedándose en la ciudad. De esa manera, lo pondría en evidencia. O, tal vez, una solución drástica. Sigue:

> *Ahora mismo sufro no sé por qué, pero si Dios no me manda la conformidad, esta vida no se puede soportar. Una persona amiga me decía: no sea tonta, no se quite la vida por quien no lo merece, viva para sí misma, para su hijo. Para que forme idea de lo exquisito de mi vida, vivo una casa de por medio de la de mi rival y viendo las señas que esa infame hace a mi marido y viéndolo venir a él y entrar a la casa de ella.*
> *Solo viene a mi casa en el momento de comer. En fin, si me pusiera ahora a dar detalles, no acabaría. Guarde esto para sí: esperemos los desastres que el tiempo nos traerá.*
> *No me hable en sus cartas nada de esto. Temo que me las vea S.*

Cabe aclarar que en el resto de la carta, al referirse a su marido, lo llama Sarmiento, lo que explica la S final del fragmento que hemos transcrito.

La situación alcanzó un punto de no retorno, aunque es difícil establecer cuándo se decretó el fin de la pareja. Por ejemplo, en el testamento, el sanjuanino afirmó que se distanciaron en el año 60. Ella, en cambio, sostuvo que siguieron juntos hasta 1862. ¡Ni en eso se ponían de acuerdo! Precisamente en el 61, Sarmiento aprovechó una misión encargada por el presidente Mitre y marchó a San Juan. Fueron semanas en las que Pepe Posse actuó como confidente y respaldo emocional de su amigo, a quien el asunto lo atormentaba.

Incluso viajó Dominguito a entrevistarse con su padre, pero solo sumaron asperezas.

Este tema personal, y otros de tenor político que trataremos más adelante, fueron los que llevaron a Sarmiento a aceptar la embajada en los Estados Unidos.

Aun a la distancia, Aurelia participó con energía en el entramado electoral, cuidando y expandiendo los intereses políticos de su íntimo amigo.

“CUESTIONES QUE ERA MEJOR VENTILAR EN SILENCIO”

Mil cariños a mi comadre y compadre y amigos de siempre. Me despido pues deseándote toda la felicidad. Tuyo. Sarmiento.

DFS a Benita Martínez, 16/11/1861

Un necesario salto temporal nos trasladará en este capítulo a pocas semanas después de la muerte de Sarmiento (el 11 de septiembre de 1888) y va a permitirnos conocer un poco más el entramado del distanciamiento entre Domingo Faustino y Benita. El testamento del sanjuanino —en el que afirmó que se había separado de su mujer en 1860— favorecía a sus hermanas, a su hija Faustina y a los seis hijos de ella.

A través de su abogado —José Bolón Pérez—, Benita se dirigió al juez el 1 de diciembre de 1888 para protestar por verse desheredada y también corregir la fecha en que dejaron de convivir. Presentó como prueba tres cartas de puño y letra de su marido, escritas a fines de 1861, desde Rosario, cuando marchaba con una fuerza militar en carácter de Auditor de Guerra. En ellas se percibe cierta distancia, pero a la vez tratan temas de economía casera. El contenido permite inferir que aún no se habían separado.

Bolón Pérez afirmó que “los esposos Sarmiento estaban, hasta la última fecha indicada, 20 de noviembre de 1861, en la más perfecta armonía, tratando Sarmiento a su señora con verdadera confianza marital y vivísimo cariño”.

El testimonio del abogado contiene expresiones dignas de ser resaltadas:

> *No es, no el sórdido interés lo que a mi representada impulsa a promover esta gestión. Es principalmente su legítimo y noble deseo de alejar de sí el estigma de indignidad que parecen querer arrojarle las cláusulas del testamento de su marido referidas a ella. Es la*

posibilidad en la que se encuentra de reivindicar, siquiera ante los representantes de la justicia, de las ofensas, calumniosas y gratuitas que en ese acto solemne se le infieren. Es, en fin, la justísima indignación que le causa ver al que fue su esposo llevando hasta el sepulcro su encono largos años mantenidos y cuyas causas solo a él son imputables.

No quiere esto decir que mi representada vaya, por mi intermedio, a romper ese silencio tan largo tiempo guardado sobre hechos en los que pudiera estar comprometida la honra ajena.

Quiere decir, simplemente, que si tuvo motivos para guardar miramientos, y los guardó, a pesar de todo, hacia aquel a quien se unió en indisoluble lazo ante Dios y la sociedad; no los tiene para seguir guardándoselos para la hija natural de su marido que, buscada leal y amistosamente para celebrar en privado un acuerdo decoroso y equitativo, se ha negado a ello, con fútiles pretextos y obligando así a mi mandante a ocurrir [concurrir] *a las vías judiciales con grave peligro de que salgan a la luz y tengan repercusión cuestiones que era mejor ventilar en silencio y con el menor número de extraños.*

La relación de Faustina con Benita se había terminado cuando la pareja se separó. De la presentación judicial podría interpretarse que la viuda deslizó que ciertos temas podían salir a la luz si las partes continuaban enfrentadas. Lo reafirmaba el abogado de Benita Martínez: "En el deseo de ser generosa hasta el fin de sus días, mi mandante no reclama la parte de los bienes aportados por ella al matrimonio que no le ha sido devuelta aún: prefiere perder esa parte no insignificante de sus derechos, a revolver papeles demasiado viejos y desenterrar hechos nada edificantes para la conducta de su marido". Y luego respondía a una afirmación del testamento:

No es cierto que el señor Sarmiento, a pesar de tener mi representada bienes bastantes para sostenerse, haya costeado su subsistencia durante la separación: la verdad pura sobre este punto, verdad sabida de cuantos han tratado en épocas lejanas al señor Sarmiento y su esposa, es que el señor Sarmiento no aportó cosa alguna a su matrimonio, como él lo reconoce, que durante los primeros doce o más años siguientes a su enlace, él vivió exclusivamente de los dineros que a su esposa le legara su primer marido, el señor Castro, que ese matrimonio y esa fortuna de su consorte, no despreciable en la época que se alude (1848 a 1860), y dada la apuradísima situación pecuniaria en que se encontraban los emigrados argentinos en Chile, fueron el pedestal firme en que se apoyó el señor Sarmiento para elevarse a las alturas a que más tarde alcanzó. Pues, permitiendo despreocuparse de las necesidades materiales de la vida diaria, vivir

con holgura y tener simpático acceso a la mejor sociedad chilena, le dieron la posibilidad de desplegar con éxitos sus talentos literarios y de estadista.

Atendiendo a otra de las afirmaciones del finado, quien había asegurado que debió mantener a su esposa durante los años de la presidencia, el abogado Bolón Pérez dijo:

Si bien es cierto que pasó a su esposa los sueldos y mensualidades de que habla su testamento (aunque no en la cantidad que él expresa, sobre todo durante [el tiempo] *que fue Presidente) también lo es que hasta el año 61 él dispuso de todo lo que su señora como de cosa propia, sin orden y sin método, y hasta despilfarrando a manos llenas a veces, para fines exclusivamente suyos.*

El argumento de Benita y su representante se basaba en que el matrimonio no se había deshecho por separación judicial de los bienes ni por haberse declarado nulo. “La sociedad conyugal que nos ocupa se ha disuelto recién con la muerte del esposo”. Entonces, ahora estaba en condiciones de reclamar lo que le correspondía.

Por último, una declaración que no deja lugar a dudas: “Si bien es cierto que mi mandante ha vivido de hecho separada de su marido, ella ha estado siempre dispuesta a unirse a él, como le consta a todo el mundo”.

Resta decir que Benita fue incorporada al reparto de la herencia. Pero, ante todo, deseamos remarcar que ella siempre sintió que había contribuido al progreso de su marido, asistiéndolo económicamente “para elevarse a las alturas a que más tarde alcanzó”, además de permitirle “despreocuparse de las necesidades materiales de la vida diaria” y “vivir con holgura” para poder “desplegar con éxitos sus talentos literarios y de estadista”. Por lo tanto, la ex estaba convencida de que su capital contribuyó a la carrera del sanjuanino a la presidencia.

“TE AMO CON TODAS LAS TIMIDECES DE UNA NIÑA”

Carta escrita por Aurelia Vélez a Sarmiento hacia fines de noviembre o comienzos de diciembre de 1861, cuando el sanjuanino viajaba al norte como Auditor de Guerra, en una campaña que comandaba Wencesalo Paunero.

> *He tenido un momento de placer al leer tu carta. Me ha parecido encontrar en ella algunas palabras dirigidas a mí. Estoy pasando días horribles con tu retiro, es preciso que esto acabe. ¿No son bastantes los obstáculos que el destino y la sociedad ponen a nuestro amor? ¿Y hemos de tratar de hacernos pesada nuestra situación con dudas y desconfianzas indignas de nosotros?*
>
> *Haya paz entre nosotros, y sobre todo confianza. Yo la he tenido absoluta en ti, y no es sin razón que lo exija para mí.*
>
> *Tal vez crees tener razón para estar resentido, y aunque a primera vista parezca, no la hay. Te he escrito todos los días que tú no me has escrito, he tenido la carta entre mis manos pero una invencible timidez ha hecho que no encuentre momento a propósito para dártela.*
>
> *¿Creerás o más bien comprenderás lo que por mí pasa? Yo misma no lo comprendo bien.*
>
> *Te amo con todas las timideces de una niña, y con toda la pasión de que es capaz una mujer. Te amo como no he amado nunca, como no creí que era posible amar. He aceptado tu amor, porque estoy segura de merecerlo.*
>
> *Solo tengo en mi vida una falta y es mi amor por ti. ¿Serás tú el encargado de castigarla?*
>
> *Te he dicho la verdad en todo. ¿Me perdonarás mi tonta timidez? Perdóname, encanto mío, no puedo vivir sin tu amor.*
>
> *Escríbeme, dime que me amas, que no estás enojado con tu amiga que tanto te quiere.*
>
> *¿Me escribirás, no es cierto?*

¿CÓMO VOTABAN EN 1868?

Sarmiento o Elizalde es la cuestión; el primero sostenido por la libre opinión del país, el segundo sustentado por los caudillos que necesitan de Elizalde para sostenerse en el poder.

MARTÍN PIÑERO A
DFS, 7/3/1868

Sarmiento quería ser presidente, pero el panorama electoral condicionaba su candidatura. Antes de proseguir, conozcamos el sencillo escenario político de aquellos días.

A quién se sucedía

A Mitre, que fue el primer jefe de Estado con jurisdicción sobre las catorce provincias del territorio (Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, Córdoba, La Rioja, Mendoza, San Juan, San Luis, Santiago del Estero, Catamarca, Tucumán, Salta, Jujuy y Buenos Aires).

Don Bartolo no había competido con nadie en las urnas, fue el único candidato. En cambio, Marcos Paz, el vice que ganó, tuvo ocho contendientes, Sarmiento entre ellos. Vale aclarar que no existía formalmente un binomio, sino que cada uno, presidente y vice, se elegía por separado.

Partidos

Tres expresiones políticas acaparaban las preferencias: liberales o nacionalistas (los antiguos unitarios, encabezados por Mitre) federales o constitucionales (liderados por Justo José de Urquiza) y autonomistas (unitarios que deseaban una Buenos Aires autosuficiente, acaudillados por Adolfo Alsina). Sarmiento pertenecía al primer grupo.

De las tres posiciones, el más acentuado antagonismo se daba entre federales y liberales. Por lo tanto, los autonomistas —con codiciados votos en las afueras de Buenos Aires— mediaban en la contienda,

aunque sin fuerza para una elección nacional. Así, todas las propuestas depositaban a Alsina en la vicepresidencia.

Prensa partidaria

Cada grupo político contaba con redacciones que apuntalaban sus candidaturas. *La Nación Argentina* de José María Gutiérrez (oficialista), *La Tribuna* de Héctor F. Varela (autonomista) y *La República* de Manuel Bilbao (federal) canalizaban la lucha electoral.

Tomamos un pequeño desvío para contar que Bilbao —chileno— ideó un sistema de venta para sus diarios. Al estilo de Nueva York, dispersó chicos por la ciudad para que ofrecieran el periódico federal y así surgieron los vendedores ambulantes de *La República*. Otros lo imitaron y de esta manera nació el oficio de los que en el siglo XX pasarían a ser conocidos como "canillitas".

Dijimos que el partido de Mitre eran los nacionalistas. De allí se deduce el nombre de *La Nación Argentina* y, luego, de *La Nación*.

¿Qué nombres se barajaban para suceder a Mitre?

En el oficialismo, los ministros Guillermo Rawson y Rufino de Elizalde, el vice Paz y el caudillo santiagueño Manuel Taboada, con peso político en el norte. Alsina era el candidato del autonomismo, mientras que en las filas federales sonaba el tucumano Juan Bautista Alberdi. ¿Y Sarmiento? Sin apoyo partidario, aún no aparecía entre los considerados. Ni siquiera el diario de Gutiérrez lo tenía en cuenta.

Quiénes votaban en 1868

Responderemos de la manera más breve posible, por lo que rogamos que sepa disculparse la falta de profundidad. Desde la Asamblea del Año XIII, dejamos de ser súbditos y pasamos a ser ciudadanos. Pero, a la hora de votar, las limitaciones eran notables. Perdían la condición de ciudadanos:

- Aquellos a los que se les ejecutaron bienes por deudas con el Estado.
- Los acusados de delitos.
- Quienes tuvieran "estado de furor o demencia".
- Los domésticos asalariados.
- Aquellos que no fueran propietarios.
- Los vagos.

La discriminación excluía a la gran mayoría; principalmente, a la mujer, ya que no ejercía el derecho a la propiedad. Por lo tanto, el círculo de votantes tenía poco diámetro.

Los cuatro pasos

El proceso electoral se dividía en cuatro etapas que hemos decidido denominar "los cuatro doces". Si bien las fechas no eran estrictas, cada dos meses, preferentemente los días doce, debían cumplirse las fases.

- 12/4, elecciones primarias en las que los vecinos empadronados votaban a los 156 electores en todo el país. El escrutinio demandaba alrededor de un mes.
- 12/6, en cada provincia se reunían los electores colegiados y definían presidente y vice. Las deliberaciones duraban unos diez días.
- 12/8, recibidas en Buenos Aires las actas de cada provincia, ambas cámaras las legitimaban y proclamaban a los candidatos vencedores. Cerca del 12 de agosto debían conocerse los nombres del binomio elegido.
- 12/10, asumían el nuevo presidente y el vice.

Aclaremos que, como los electores eran 156, aquel que obtuviera setenta y nueve (la mitad más uno) se aseguraba la victoria. Por supuesto, era posible que ninguno alcanzara esa cifra.

Disciplina partidaria

Era poco estricta. No necesariamente se guardaba fidelidad hacia determinada posición. Por ejemplo, en el hipotético caso de que Alberdi fuera el candidato de los federales, podía haber un elector urquicista que por motivos incluso personales no le otorgara su voto. Aun así, los sufragios que aportaba cada colegio electoral de las provincias solían ser más bien homogéneos.

Qué discutían los argentinos

La endeble economía, los avances de los malones en las fronteras y el caudillismo efervescente en determinadas provincias formaban parte del temario. Pero las discusiones más agitadas eran la federalización y la Guerra del Paraguay.

El primer asunto generaba grandes debates y posiciones encontradas. ¿Toda la provincia de Buenos Aires debía ser la capital de la República? ¿O solo una ciudad, como fue el caso de Paraná durante el gobierno de Urquiza? La candidata que parecía tener las preferencias era Rosario. De hecho, en noviembre del 67 surgió el diario *La Capital* de Rosario, con el principal objetivo de apuntalar la mudanza del gobierno nacional desde las orillas del Plata a las del Paraná. Entre sus columnistas figuraba el conocido poeta José

Hernández, uno de los más fervorosos promotores del traslado de la capital a la ciudad cuna de la Bandera.

La otra cuestión fundamental que trataban los argentinos era si la guerra debía continuar. Mitre, el canciller Elizalde y la mayoría de los mitristas sostenían que debía seguir, aun a pesar del costo económico y de vidas que provocaba la contienda en un territorio hostil y con un enemigo que se destacaba por su bravura. En una zona gris, el vice Paz no estaba tan seguro. Mientras que Alsina deseaba poner punto final al enfrentamiento, al igual que Urquiza.

Sarmiento y la guerra

El sanjuanino evitaba exponer su voluntad pacifista, pero un hecho, el más trágico que le ha tocado vivir, desterró definitivamente cualquier otra posibilidad.

En el mayor revés bélico de nuestra historia, la batalla de Curupaytí (septiembre de 1866), el número de bajas argentinas fue estremecedor. Entre tantos, allí dejaron la vida el hijo del vicepresidente, Francisco Paz, luego de unos días de agonía. Y Dominguito Sarmiento, desangrado en una trinchera por una herida en el tendón de Aquiles.

La angustiante noticia llegó a los Estados Unidos. Desconsolado, don Domingo mitigó algo de pena en cartas a sus amigos. Como ya contamos, con su hijo se habían visto por última vez en San Juan y aquel no era un recuerdo feliz, ya que discutieron por cuestiones de familia.

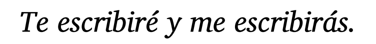
El sufrido padre compró una figura de yeso que representaba a un joven soldado de la Guerra de Secesión herido en el tendón de Aquiles, obra que lo acompañó toda su vida.

Sin terminar de reponerse jamás por la pérdida, Sarmiento se enfocó en los temas de educación y comenzó a transitar el camino hacia la presidencia.

“ES COMO SI GOBERNARA PARA LA LUNA”

Desde Tucumán, Posse le escribió en junio del 67 para ofrecerle un panorama, además de expresarle sus diferencias con otro de los colaboradores.

> *Tu carta del 25 de marzo he recibido recién ayer con una fotografía del malogrado Domingo que ha renovado el dolor que me causó su pérdida. La abominable errata* [equivocación] *de Curupaytí, esa derrota sin explicación posible te ha dejado una llaga enorme en el corazón.*
>
> *Mucho tiempo ha pasado que no te escribo porque no he estado para nada: diez meses ha tomando la* [fiebre] *terciana, a punto de poner en peligro mis días; dos pérdidas sensibles he sufrido en deudos muy cercanos y por fin he estado envuelto en cuestiones testamentarias muy desagradables con ocasión de la muerte de mi suegra. Ahora estoy bueno de nuevo en camino de la vida pública (…).*
>
> *No hay gobierno, no se ha hecho cosa alguna por fundarlo. Todo se ha ido en rascarse las pelotas pelo arriba y pelo abajo. ¡Cuánto dinero y cuánta pena gastada para organizar la anarquía!*
>
> *Cada día me sorprendo más de esta política sin política del gobierno nacional. Es como si gobernara para la Luna. Viene una crisis y los toma sin amigos, sin disciplina, sin organización, tanteando elementos por todas partes y librando su suerte más a la casualidad y a la corriente natural de las cosas que al éxito combinado (…).*
>
> *La cuestión presidencial viene y llegará con tempestad, pero a todo nos preparamos.*
>
> *Antes de tu insinuación, algunos trabajos tenía hechos por tu candidatura, pero aún no lo he presentado por la prensa porque no ha llegado el momento, lo haré oportunamente (…).*
>
> *Con Piñero no me puedo entender, he roto con él estrepitosamente en una polémica grosera por la prensa, sin vuelta, es un alacrán. A Vélez o la Aurelia le escribiré muy gustoso de entenderme con esas partes; indícame algún otro amigo (…).*
>
> *Urquiza meterá el brazo hasta el hombro en la cuestión presidencia, por ambición y por enemistad desde que aparezca tu nombre. Hoy tiene la hipocresía de presentar a Alberdi, pero allá en el fondo es lo que menos quiere.*


Te escribiré y me escribirás.

Posse

“SOY EL ÚNICO CANDIDATO”

Hay una señora, muy amiga mía, una de las hijas del finado general Alvear [Virginia Alvear de Tomkinson].
Esta señora es muy urquicista, pero no se cansa de decirme que es usted el candidato de su simpatía.

JORGE CRAUFURD A DFS, 11/5/1868

El proyecto presidencial estaba latente y fue gestándose con suma paciencia, a pesar de que la personalidad de DFS —impulsivo, colérico, intempestivo, precipitado— no ayudaba. El candidato ausente deseaba que su nombre surgiera de manera espontánea. No quería postularse, esperaba que algún grupo influyente lo impulsara. Ese era el primer paso.

La correspondencia que atesora el Museo Histórico Sarmiento, situado en el barrio porteño de Belgrano, contiene muestras de las tempraneras manifestaciones, cuando la candidatura del maestro de escuela no era un tema abordado por la opinión pública.

En junio de 1866, Sarmiento dirigió una carta a su amiga estadounidense Mary Mann y entre otras cosas le dijo:

> *Escríbenme de mi país, que soy el único candidato posible para la presidencia; y siguiendo el orden lógico, yo mismo tendría la misma idea. Pero el mundo real no se rige por la lógica.*

Según le explicó, en la Argentina, las candidaturas y elecciones eran manipuladas por quienes tuvieran “la sartén por el mango”. Sarmiento entendía que había llegado el momento. Otro gobernante que no fuera él provocaría “seis años más perdidos” (es decir, los de Mitre más otros seis), “que harán perder acaso veinte más”. También esgrimía razones de edad: “Si yo fuera al poder dentro de ocho años, iría ya

viejo, sin el vigor que aún conservo, y el poder de dominar las resistencias”.

El 1 de enero de 1867 le escribió su tío Domingo de Oro desde San Juan confirmándole que en la zona de Cuyo y Chile sonaba su nombre para la futura presidencia.

Dos semanas después, Martín Urbano Piñero le aseguraba que los únicos dos candidatos posibles eran Urquiza y él, mientras que el vice de cualquiera de los dos debía ser Adolfo Alsina. Casi a la vez, Avellaneda le repitió los nombres que había formulado Piñero, pero sumando a dos más. Para él, la nueva presidencia se disputaría entre Sarmiento, Urquiza, Elizalde y Rawson, mientras que veía en Alsina al estratégico complemento para el binomio del poder.

Las cartas eran auspiciosas, pero la candidatura no tomaba vuelo. Hasta que por fin, el 6 de junio, los porteños amanecieron con la noticia. El diario alsinista *La Tribuna* anunció que el sanjuanino radicado en los Estados Unidos se sumaba a la carrera presidencial (dato que ya habían insinuado un par de periódicos cuyanos).

Dos días después de la publicación en Buenos Aires, la noticia se difundió a miles de kilómetros. El sábado 8, Sarmiento arribó a la ciudad de Lancaster, en el estado de Pensilvania. En compañía de su anfitrión, el profesor James Pyle Wickersham, recorrería la escuela normal. El diario local *Daily Evening Express* informó escuetamente sobre la visita y aportó el dato clave: anunció que era probable que el ilustre visitante fuera candidato a la presidencia de la Argentina.

Los motivos por los cuales se encontraba en esa ciudad merecen algunas aclaraciones. Por empezar, primó su interés por conocer en profundidad el sistema de educación normal en los estados del norte, conocido como normalismo. De paso, se presentaba la ocasión de visitar a su amante.

Ambos deseos, el profesional y el personal, pudieron concretarse. Aun habiendo acudido en pleno verano, logró ver en acción a unos trescientos alumnos pupilos. Lo que atraía al educador era el sistema mixto, ya que convergían en el aula estudiantes de diferentes estratos sociales y también de los dos sexos. Allí radicaba el detalle saliente que tanto le interesaba porque deseaba aplicarlo en la Argentina.

El siguiente aspecto, más personal, involucraba a la cuñada del docente James Wickersham. Ida Lacey, casada con el doctor Swayne Wickersham, también se encontraba en Lancaster. Ella había sido su espontánea profesora de inglés y volvían a verse para continuar con la historia de amor clandestina iniciada en agosto de 1865, en Chicago. Ida, morocha atractiva de veinticinco años, había sucumbido a los encantos ocultos del diplomático de cincuenta y cinco. Las cartas posteriores con los reclamos de la joven permiten conjeturar que la dama tomó la relación mucho más en serio que el galante

sudamericano.

“ELLA NO PUEDE OCUPAR MI LUGAR”

Remitida por Ida Lacey a Sarmiento.

Fue fechada el 22 de septiembre de 1867, en la Escuela Normal de Lancaster.

Aquí, unos fragmentos:

> *Ninguna carta tuya desde el sábado y me siento decepcionada. Esperaba una más antes de salir para el oeste; y parto mañana. Ya no podrás decirme con tantas palabras que todavía me amas, pero creeré que sí lo haces.*
>
> *Desde que vine he pensado tantas veces en los días que pasamos aquí juntos (…).*
>
> *Tengo el sentimiento de que no hay sitios aquí, en Lancaster, que no me recuerden a ti, siempre.*
>
> *Pero supongo que no debo decir mucho sobre cuánto te extraño y me gustaría verte, porque dirás “meras palabras”. No lo son, soy sincera. ¿Y vos?*
>
> *Tengo tan solo un momentito para escribir pues en “La Normal” estamos siempre rodeados de muchas personas, pero no puedo resistir a la tentación de decirte unas pocas palabras desde estos paisajes que nos son queridos por los pequeños incidentes en nuestra separada vida (…).*
>
> *De acuerdo con mi promesa del 16 de agosto, estudiaré español si puedo encontrar a alguien que me lo enseñe. Sé de alguien que podría enseñarme muy fácilmente. Yo, en esas circunstancias, sería una estudiante avanzada. Y si mi maestro alguna vez me regañara, bueno, ¡lo besaría! (…)*
>
> *Podrías verte con la señora Mann, entonces estaré celosa. Ella no puede ocupar mi lugar. No permitirás que nadie lo haga, ¿no?*
>
> *¡Sarmiento mío! Escríbeme pronto a Chicago, y que sean largas cartas. Yo las corregiré. Éste es mi adiós desde el este.*
>
> *Un beso.*
>
> *Tuya,*
>
> *Ida*

“USTED ME DEBE UNA SATISFACCIÓN”

Deseo que haya recobrado la paz del alma y que me cuente siempre en el número de los hombres que le estiman, porque en realidad soy su amigo.

LUCIO MANSILLA A DFS, 18/12/1867

El diario alsinista *La Tribuna* torció el rumbo y dirigió su respaldo a DFS al advertir que el mitrismo no acompañaba al maestro de escuela. Podría decirse que el periódico encendió la mecha sarmientina el 6 de junio de 1867. Al mes siguiente, el aludido se hallaba en París. El 4 de julio fue agasajado en el Grand Hotel, situado en donde se encuentra el emblemático Café de la Paix y a metros de la Ópera de París.

Mientras tanto, aparecía en escena un nuevo promotor. Lucio V. Mansilla era uno de los jóvenes oficiales de la Guerra del Paraguay, hijo del héroe de la Vuelta de Obligado. El 7 de julio, desde Córdoba, escribió al ministro Sarmiento —a EE.UU.— para comunicarle que la oficialidad del ejército que combatía en Paraguay auguraba su postulación a la presidencia. Algunos periódicos del Río de la Plata se hicieron eco de la carta. En Montevideo, uno mencionó que el gobernador Alsina podría ser el vice. Fue un prelanzamiento. Faltaba que DFS diera el visto bueno al asunto. Pero más allá de la respuesta que debía llegar desde los Estados Unidos, hasta ese momento, ninguno de los precandidatos había generado tanta repercusión.

Cabe preguntarse en qué momento pudieron coincidir Mansilla, sobrino del federal Juan Manuel de Rosas y el “salvaje unitario” Sarmiento. Por empezar, Lucio Victorio (hijo del general Lucio Norberto Mansilla y de Agustina Rosas) era veinte años más joven que el sanjuanino. Mucho en común no tenían. La primera vez que hablaron, estuvieron a punto de batirse a duelo.

La historia de aquella desavenencia comenzó a tejerse el 5 de febrero de 1852, dos días después de la batalla de Caseros.

Sarmiento tenía una obsesión con las banderas del rosismo y con el cintillo federal. No toleraba que Rosas hubiera adulterado la original:

el celeste pasó a ser un azul oscuro y en los vértices se agregaron gorros frigios e inscripciones del estilo “mueran los salvajes unitarios”. De hecho, DFS tomó una bandera enemiga en Caseros. Ocurrió en cierto momento del combate, cuando accidentalmente asumió el mando de una división y con esa fuerza logró hacerse del preciado trofeo que terminó en manos de su nieto Augusto Belín, a quien debemos esta anécdota de su abuelo.

A Sarmiento le fastidiaba que el pabellón hubiera perdido la tonalidad “azul celeste nacional”. Su lucha por restaurar los colores patrios originales se puso de manifiesto cuando el ejército vencedor entró en Buenos Aires. Como si fuera un supervisor, Sarmiento andaba por las calles revisando las banderas que presentaban las fachadas de las casas en señal de alegría por la victoria.

Al atardecer del 5 de febrero, pasó por la esquina de Tacuarí y Potosí (actual Alsina), donde le llamó la atención una casa, la de la familia Mansilla. En la entrada, junto con unos fanales, se hallaba el emblema nacional. Pero tenía un agujero en el centro, donde debía estar el sol, y las franjas no presentaban el color adecuado. El obsesivo teniente coronel Sarmiento, que no sabía quién vivía allí, insertó su espada aún envainada en el agujero y destrozó el género. Agustina Rosas quedó mortificada con la escena. Su marido no le dio mayor relevancia (aunque el día previo había padecido la afrenta de que en la calle le arrancaran la divisa punzó que aún adornaba su casaca). Pero el joven Lucio se molestó en solidaridad con la madre.

Allí terminó la primera parte de este episodio.

Tres semanas después, el 24 de febrero, don Domingo Faustino, quien había decidido alejarse por diferencias irreconciliables con Justo José de Urquiza, se embarcó en el vapor *Prince* con destino a Río de Janeiro (concurrió a despedirlo su amigo Bartolomé Mitre). En el barco viajaban Máximo Terrero (futuro marido de Manuelita Rosas) y los Mansilla, padre e hijo. Al respecto, Sarmiento opinaría luego que se encontraba frente al séquito de Rosas.

Lucio padre fue quien rompió el hielo y a la media hora ya conversaban animadamente. Pero el hijo ni siquiera lo saludaba. Se había estancado en el asunto de la tarde del 5 de febrero. “Durante la travesía, ofendido yo por lo de la bandera, y a pesar de las exigencias de mi padre, no quise saludar siquiera al hombre”, contó.

En Río de Janeiro todos se alojaron en el mismo hotel, el Dos Estrangeiros, a la espera de los barcos que llevarían a los Mansilla a Europa (el *Menay*) y a Sarmiento a Chile (el *Quito*). No podemos soslayar que para dirigirse a Valparaíso desde el Río de la Plata, la solución consistía en viajar hasta la ciudad carioca y embarcarse en una nave de gran calado para atravesar el Estrecho de Magallanes y alcanzar el Pacífico.

En el hotel, Sarmiento y Mansilla padre continuaron conversando. Comían juntos, pero el joven no se sumaba a la mesa, a la espera del momento adecuado para increpar al sanjuanino. Su padre le advirtió: "Cuidado con molestar aquí más de lo que lo has hecho a bordo a Sarmiento". El hijo decidió aguardar hasta encontrarlo fuera del hotel. Por fin, tuvo la oportunidad:

> *—¿Por qué no sales un rato, hijo? —me dijo mi padre, cuando Sarmiento se despidió con la fórmula usual: Hasta luego.*
> *Salí, instintivamente, apreté el paso, a poco andar lo divisé a Sarmiento. En un abrir y cerrar de ojos estaba a su lado...*
> *—¡Caballero!*
> *—¿Qué hay?*
> *—Usted me debe una satisfacción por haberle faltado el respeto a mi madre.*
> *—¿Yo?*

Aclaremos que "pedir una satisfacción" significaba pedir disculpas o retar a duelo al ofensor. Sin poder ocultar los nervios del momento, Mansilla narró el episodio de la bandera destrozada.

> *Sarmiento, con aire de verdad, me dijo que me daría una satisfacción si en ello insistía.*
> *Pero que antes oyera una explicación.*
> *Y se explicó, y como lo que dijo me pareciera plausible, me di por satisfecho.*

Conjeturamos que le ofreció una pequeña clase sobre el origen institucional de la bandera cuando fue aprobada por el Congreso de Tucumán, y su enérgico rechazo a la adulteración de los colores originales. Lo cierto es que a partir de ese día Mansilla se sumó a la mesa de los señores y hasta concurrieron a funciones teatrales juntos.

La próxima vez que se cruzaron fue en Buenos Aires, en 1856. El domingo 23 de junio se presentaba en el Teatro Argentino un grandote, Monsieur Charles, señalado como "el hombre más fuerte del planeta" y "el rey de los luchadores". De acuerdo con las costumbres de aquel tiempo, el musculoso ofrecía un buen dinero —tres mil pesos — a quien lo derrotara. Se anotaron doce contrincantes: tres argentinos, tres italianos, dos vascos, un francés, un irlandés, un uruguayo y un hombre cuya nacionalidad se desconoce ¡porque no se entendía la letra de la papeleta que llenó!

Se trataba de un espectáculo solo apto para caballeros: porque no se admitían mujeres y porque a ellas tampoco les interesaba ser admitidas.

Entre los asistentes se encontraba Sarmiento, convocado para actuar como jurado. Aprovechó para escribir la crónica de las peleas, agregando dos nuevos oficios a su vasto currículum, el de cronista deportivo y el de jurado de lucha. También concurrieron el joven Mansilla y José Mármol (autor de la novela *Amalia*).

Mientras iban pasando los infortunados retadores, Mansilla gritó desde un palco desafiando a Mármol. Según pudo saberse después, su reacción se debió a un capítulo de *Amalia* que contenía comentarios impropios acerca de la madre del ofendido. El escándalo invadió al teatro. Unos días después arrestaron a Mansilla. Sarmiento narró en *El Nacional* los pormenores de la pelea que se dio fuera del escenario. También se presentó en la cárcel para visitar a Mansilla y darle ciertos consejos que, según el sanjuanino, fueron desoídos por Lucio Victorio.

De esta manera fue forjándose la relación entre estos dos hombres. Resumiendo: Mansilla quiso retar a duelo a Sarmiento en Río de Janeiro (1852) y luego desafió a Mármol (1856). Esto llevó a DFS a decirle cierta vez al sobrino de Rosas: “Una misteriosa serie de acontecimientos ha hecho que usted sea echado en mi camino siempre de una manera honorable para usted”. Pero aún faltaba el episodio determinante en la relación. Hacia allí vamos, no sin antes contar que debido al escándalo del teatro, Mansilla fue deportado por tres años. En cuanto a Mr. Charles, venció a varios de sus contrincantes hasta que fue derrotado por el francés que se alzó con el premio. El forzudo, el rey de los luchadores, dejó una mala impresión. Sobre todo en el Hotel Argentino, ya que se fue sin pagar.

El hecho crucial fue la relación de Mansilla con Dominguito Sarmiento. Era su comandante en la Guerra del Paraguay y lo trataba como si fuera su ahijado. La muerte del valiente en Curupaytí provocó el intercambio de cartas entre Lucio V. y Domingo F. Así fue como el sobrino de Rosas terminó alzando la voz para anunciar que había otro candidato más con aspiraciones presidenciales. La tarea de los seis amigos del sanjuanino que trabajaban en las sombras dio sus frutos. *La Tribuna* y Mansilla lo sumaron, oficial y definitivamente, a la batalla electoral.

LOS VARELA

Los Varelas fueron los primeros en pensar el nombre de usted con lo cual mostraron una maravillosa intuición del porvenir y un gran sentido práctico.

EMILIO CASTELAR A DFS, 18/9/1868

Era habitual que los periódicos publicaran, en cada edición, en una columna destacada de la primera página y en letras de mayor tipografía, el nombre del candidato que apoyaban. Fue el caso de *La Tribuna,* que anunció su preferencia por Sarmiento presidente. Por lo tanto, al igual que Avellaneda, los Vélez, Piñero, Ocampo y Mansilla, los hermanos Varela también deben ser presentados, sobre todo porque cinco de ellos tuvieron participación, en el ámbito público o en el privado, durante el período presidencial.

Eran hijos de Florencio Varela, líder y mártir de los unitarios refugiados en Montevideo cuando gobernaba Rosas. Fue asesinado en la calle en marzo de 1848 (41 años de edad), dejando viuda y doce hijos. El abrigo (o levita) con el tajo por la puñalada se conserva en el Museo Histórico Nacional del Parque Lezama porteño.

La madre de los Varela fue Justa Cané, quien nació en 1814 y murió en 1910. Reincidió en el matrimonio y tuvo una niña más, a los 45 años. Llegó a conocer tataranietos. De las hijas, mencionamos a María, quien se casó con Cosme Beccar y fundaron la familia Beccar Varela.

Entre los varones debemos ocuparnos de algunos: Héctor Florencio, Mariano, Horacio, Rufino, Juan Cruz, Florencio y Luis, mencionados en orden de nacimiento.

Héctor Florencio tenía quince años cuando acompañó a su padre en un viaje a Europa. Regresaron a Montevideo con un aparato novedoso: el maravilloso daguerrotipo, precursor de la cámara fotográfica. Una tarde, dispuestos a realizar la primera toma, sacaron los muebles al jardín para tener mejor luz. Allí posaron varios señores. Florencio manipularía el aparato asistido por el joven Héctor. Como los

retratados debían mantenerse un largo rato quietos para que la imagen se fijara y no salieran movidos, decidieron no responder a unas señoras que pasaron y los saludaron. Ofendidas, reiteraron el saludo. Uno de los caballeros intentó hablar como ventrílocuo para pedirles disculpas y provocó la carcajada general. De esta manera, fracasó el primer intento fotográfico en el Río de la Plata. Más allá de la anécdota, Héctor fue un magnífico orador y uno de los influyentes de su tiempo.

Mariano fue el único de los hermanos que combatió en Caseros. Junto con Héctor F. fundaron *La Tribuna* en 1855, donde participaron todos los hermanos, en mayor o menor medida.

Horacio Encarnación también se dedicó al periodismo, pero murió en 1868 y no llegó a conocer a Sarmiento. Fue enterrado en la Recoleta, dato que sumamos porque luego volveremos sobre él.

Rufino (conocido como “el manco Varela” porque le faltaba un brazo) trabajó para la candidatura, pero luego se alejó de Buenos Aires y vivió muchos años en Europa dedicándose a comprar y vender obras de arte.

Juan Cruz también se sumó a la redacción, pero siendo poeta, sus colaboraciones iban en ese sentido y no tuvo conexión estrecha con la política, como todos sus hermanos. Por lo tanto, si bien integraba el periódico, su relación con Sarmiento fue social.

Luis, el menor, terminaría trabajando con Dalmacio Vélez Sarsfield en el gobierno del sanjuanino.

Resta mencionar a Florencio, intermedio entre Juan Cruz y Luis. Fue el único que estaba en desacuerdo con sus hermanos y no apoyaba a Sarmiento. Aun en disidencia, fue parte de la historia de las elecciones presidenciales.

La Tribuna, el diario alsinista, aportó tres décadas memorables en el periodismo argentino.

“NO HEMOS VENIDO A JUGAR COMO NIÑOS”

Desde hace seis meses mantengo con el interior una tan larga correspondencia sobre la cuestión candidaturas, que todos los días no me faltan seis u ocho cartas a contestar.

MARTÍN URBANO PIÑERO A DFS, 16/2/1868

Llegó el año 68, faltaban diez meses para el recambio de autoridades y se barajaban los nombres que reiteramos: Alsina, Elizalde, Sarmiento y Urquiza. Entre ellos se encontraba el sucesor de Mitre, ya que el doctor Rawson abrió un consultorio y abandonó sus aspiraciones políticas.

Por la cantidad de votantes, Buenos Aires acaparaba la atención. Si se contaba con el apoyo de sus veinticuatro electores, más el compromiso de cinco o seis provincias aliadas, se lograba el objetivo. Por eso, lo que se definiera en la ciudad portuaria era crucial para el desarrollo de las elecciones.

Los precandidatos surgían de “clubes”, es decir, grupos que se convocaban para un fin determinado, sea político, artístico o deportivo. El Club Libertad —conformado por los autonomistas— citó a los referentes políticos de la ciudad para el mediodía del domingo 2 de febrero. Se habían pronosticado complicaciones por la posible reacción de la brava juventud partidaria de Alsina. El principal rumor señalaba que en la víspera se habían provisto de doscientos puñales y la misma cantidad de granadas. La incertidumbre alimentaba todo tipo de especulaciones. Tal vez habría disturbios en la ciudad.

El encuentro tuvo lugar en un galpón, a un costado de la antigua plaza Monserrat (actual avenida 9 de Julio y Belgrano). Se trataba de la barraca de Luis Martínez. A pesar de la temperatura inconveniente, el amplio depósito de techos altos ofrecía suficiente reparo. Aun así

debe tenerse en cuenta un dato que por ahora puede resultar menor: no toda la superficie era cubierta.

En el corredor principal se colocó una sencilla mesa para las autoridades, cerca de cientos de cueros vacunos, apilados en dos grupos, que esperaban su turno para ser exportados. Cuando el local comenzó a poblarse, algunos se treparon a las pilas para tener un lugar privilegiado. La inestabilidad era evidente y el presidente del comité, Félix Amadeo Benítez, ordenó evacuar la improvisada platea preferencial, medida que fue tomada con disgusto por los involucrados y con regocijo y aplausos por el resto que iba ocupando las sillas dispuestas.

A la una, la concurrencia alcanzó unas mil quinientas almas. Entonces, Benítez se dirigió al auditorio. Tras su introducción, comenzaron los oradores.

El primero fue uno de los Varela, Rufino, quien ofreció un discurso enérgico. Planteó la infeliz situación del país "debido a elementos de barbarie que aún existen en él [los caudillos], y a la incapacidad de los hombres que últimamente habían tenido la dirección de los asuntos públicos para combatirlos con éxito [Mitre y sus ministros]". Invitó a que se diera "el timón del Estado a manos experimentadas y probadas", y propuso a Sarmiento, quien reunía "todas las calificaciones para el cargo responsable de Presidente de la República". Se multiplicaron los vivas a Varela.

Fue el turno de Pastor S. Obligado, joven de 26 años, quien repasó los méritos de cada candidato. Su cortesía con todos le costó varias interrupciones. Pero él tenía su preferido y concluyó alzando un cartel que había llevado. En grandes letras se leía "Adolfo Alsina". Duró poco. Porque al girarlo para que lo viera el resto de los asistentes, se le rompió.

Más allá del incidente, la elección se había polarizado.

Según manifestó el periódico *La República*, pidió la palabra un hermano de Varela, Florencio, para expresar las diferencias fraternas y su total acuerdo con Obligado. Los seguidores de Alsina celebraron su discurso.

Benítez ofreció una solución para determinar el candidato preferido: que los partidarios de Sarmiento fueran hacia el lado del pozo de la barraca, el sector sin techo. Mientras algunos comenzaban a moverse, quien presidía el Club invitó a que los seguidores de Alsina fueran hacia el lado contrario, que estaba techado. Recordemos que estamos hablando de un soleado 2 de febrero a las dos de la tarde. Esto hizo que algunos "sarmientistas" se volvieran "alsinistas" por los efectos del sol. Semejante cuadro provocó un desconcierto general con gritos, quejas, abucheos y vítores. La mayoría regresó disconforme a la zona de sillas.

Estanislao Ocampo, mesurado y sereno, alzó los brazos. "Caballeros —dijo—, debemos llegar a saber quién tiene la mayoría. Mi opinión privada es que Alsina la tiene, pero como esto no es suficiente, propongo que el presidente ordene a los alsinistas a la izquierda y a los sarmientistas a la derecha del corralón".

El joven Florencio Varela corrió hacia la izquierda, seguido de otros. El desorden se generalizó. Como parecía imposible lograr una división adecuada debido al entusiasmo desbordado, se consideró repartir papel para que se votara por escrito. Florencio reaccionó indignado y gritó: "¡Protesto! ¡La mayor parte de los ciudadanos de Buenos Aires no sabe escribir!". El revuelo se multiplicó.

La situación era ingobernable por el alboroto y los abucheos. Rufino lanzó un alarido, reclamando que se escuchara a la autoridad del comité. Se hizo silencio y don Benítez se quejó:

> *No hemos venido a jugar como niños ni a divertirnos. Con gritos y grandes palabras nunca haremos nada. Hemos venido aquí por asuntos graves y deben ser tratados en serio. En mi calidad de presidente de esta reunión, ordeno que todos los que están por Sarmiento se ubiquen a la derecha, a todos los que están por Alsina se dirijan al terraplén del corralón.*

Esta vez, la movilización fue ordenada. Bastaron un par de minutos para que se despejaran las dudas. Benítez hizo sonar la campana y cuando los señores regresaron a sus asientos, anunció: "Declaro que la mayoría es por Sarmiento".

El veredicto desató la algarabía contenida de los vencedores. Se multiplicaban los vivas para el elegido y también para Benítez.

Inconforme con el resultado, Florencio Varela se trepó a la mesa para dar un discurso que no llegó a los oídos de nadie por el bullicio ensordecedor. La reunión se deshizo en menos tiempo del que demandó votar. Esto se debió a un motivo más que atendible: habían pasado casi tres horas sin tomar. Las fondas y los bares recibieron a los electores. Los más espléndidos se dirigieron al Casino de la Bolsa, el lugar de moda, situado en la calle San Martín, a una cuadra de la casa de Mitre, al lado de la anterior Bolsa de Comercio.

Para los mayores, la contienda había terminado y era el tiempo de cervezas, whiskys y conversación. En cambio, las juventudes se mostraban inquietas. Los chicos de Alsina, porque había prevalecido Sarmiento. Los seguidores de Mitre, por la misma razón.

La juventud autonomista se congregó en la plaza de Monserrat y celebró como si Alsina hubiera resultado vencedor. Los mitristas, en su mayoría a caballo, se plantaron en la puerta de la casa del líder, a la espera de sus palabras (y de los alsinistas). No se equivocaban. Los

autonomistas acudieron al hogar de don Adolfo, en busca de la arenga que los motivara. Sin embargo, Alsina les pidió mesura. Al igual que don Bartolo a los suyos. Los primeros se esparcieron en la Plaza Victoria (Plaza de Mayo desde 1884), deseando ser provocados. Enrique O'Gorman (jefe de Policía; hermano de la desgraciada Camila) repartió efectivos en las esquinas para tenerlos bajo control. El calor de la jornada terminó venciendo al calor popular. A las seis, los jóvenes se dispersaron por las fondas del centro.

Antes del anochecer, en el Casino de la Bolsa se discutía si los doce electores de Tucumán respaldarían a Sarmiento o al casi fuera de carrera Elizalde (como veremos, optarían por el segundo, al igual que los de Catamarca). Sin embargo, la suerte estaba echada. Con el apoyo del alsinismo porteño, al sanjuanino —quien se encontraba ese día en Chicago, con tres grados bajo cero de temperatura— le habían tendido una alfombra hacia la presidencia en aquella calurosa tarde de febrero, en un galpón del barrio de Monserrat.

LAS ELECCIONES

Escribo a usted en medio de los cohetes que suben de los patios de la Imprenta y de la algazara que en ella reina con motivo del que, sin jactancia, puedo llamar nuestro espléndido triunfo; triunfo obtenido a despecho de la infamia de Mitre, de la traición de Alsina, de las amenazas de la canalla, de los anhelos de tutti quanti.

HÉCTOR F. VARELA A DFS, 12/6/1868

Los resultados de las primarias del 12 de abril —conocidos a mediados de mayo— presagiaron el triunfo de Sarmiento. A pesar de ciertos vaivenes, la tendencia se mantuvo. Sarmiento ganó en siete de las catorce provincias: Buenos Aires, Córdoba, Mendoza, Jujuy, La Rioja, San Juan y San Luis. Elizalde en Santiago del Estero, Tucumán y Catamarca. Mientras que Urquiza lo hizo en Salta, Entre Ríos y Santa Fe. Por graves desórdenes institucionales, la elección de Corrientes no se oficializó.

Con el aval del Congreso, otorgado el 15 de agosto, surgió la fórmula presidencial. Sarmiento obtuvo 79 votos, precisamente la mitad más uno. En cuanto a los vices, Alsina recibió 82 de los 156 posibles.

El explorador Richard Francis Burton se encontraba en Buenos Aires el 16 cuando se anunció oficialmente el triunfo y dejó escrita su impresión:

> *Se disparaban cohetes, sonaban vivas y repicaban campanas. En el campo intercambiaron ovejas y vacas; en la ciudad sombreros y cajas de puros, y el público manifestó su júbilo.*

De esta manera, triunfó un sanjuanino, de profesión maestro de escuela, perteneciente a la fracción liberal, partido que lo ignoraba de la misma manera que lo hacía Mitre, su líder. Tampoco lo reivindicaba el diario oficialista. Burton contó:

> *A poco de su elección aparecieron algunos escritos en las paredes, insultantes e indecentes, pintados con nitrato de plata encima de las escaleras y losas de mármol blanco de la ciudad.*

El diario *La Nación Argentina*, lejos de aplacar su oposición al vencedor, la incrementó. Mientras que *La Tribuna* no dejó pasar la oportunidad de ocuparse del periódico colega en un texto que comenzaba diciendo: “Merece llamar la atención la repentina actitud asumida por el órgano derrotado de la derrotada candidatura del ultra derrotado señor Elizalde”.

La pirotecnia periodística no daba tregua.

DOCTOR DE MICHIGAN

No dejaré para otra ocasión de recordarle mi agradecimiento amistoso respecto de las bondades con mi hijo Bartolito. Es un vínculo más que nos une.

BARTOLOMÉ MITRE A DFS, 25/1/1868

Alrededor del 12 de junio de 1868 se reunieron los colegios electorales de cada provincia. Muy cerca de esa fecha, Sarmiento recibió una carta que lo convenció de que era tiempo de volver a la Argentina. Podemos especular con que el remitente haya sido Avellaneda. El candidato no especificó quién fue el consejero, pero sí que el texto fue determinante para iniciar los preparativos de regreso. No se trataba únicamente de armar baúles, sino que incluía cierta actividad social y algunas despedidas que no quería pasar por alto. La gira incluyó Cambridge, Chicago, Washington y también la elegante ciudad de Ann Arbor, donde concurrió con su secretario Bartolito Mitre, hijo del general.

Los representantes argentinos fueron invitados a una ceremonia especial. La universidad de Michigan celebraba su fiesta de fin de curso y esa larga mañana de discursos y música de la banda universitaria entregó los diplomas a bachilleres, ingenieros civiles, doctores en medicina y egresados de maestrías.

Además, dos eminentes profesores, Huber T. Newton (del Colegio de Yale) y James R. Boyse (de la Universidad de Chicago) recibieron el título de Doctor Honoris Causa ("por causa de honor").

Sarmiento y Mitre (h.) fueron testigos de aquel espléndido acto en el que se premiaba el mérito de estudiantes y profesores. Acompañaron con natural educación las manifestaciones de los egresados. Pero aún faltaba lo mejor.

El reverendo Erastus Otis Haven, rector de la universidad de Michigan, tomó el último diploma del escritorio y anunció a viva voz: "Domingo Faustino Sarmiento, Embassador from the Argentine

Republic and Elected President of the Nation!".

El ansiado título, que hubiera querido esgrimir ante Rawson y Elizalde durante la contienda electoral, llegó con demoras, pero llegó. Para el sanjuanino, cuyos estudios habían sido rudimentarios ya que nunca tuvo la posibilidad de asistir a una universidad (incluso se rechazó una solicitud de beca para que estudiara en Buenos Aires), fue una distinción que coronaba los esfuerzos de tantos años. Miles de manos aplaudieron con emoción al primogénito de doña Paula Albarracín, aquella mujer que cargó con el sostén y la crianza de cinco hijos, con la magra ayuda de un padre muy poco presente.

Ese diploma avalaba la idea de que la formación y la cultura debían ser consideradas herramientas de progreso. Sarmiento, el educador, nunca fue un hombre de vida privilegiada que deseaba ofrecer aprendizaje como si fuera limosna. Él mismo podía mostrarse como un ejemplo concreto de lo que la educación podía lograr. Pero a la vez, el diploma era la respuesta a quienes le endilgaban su falta de estudios universitarios.

Para el autodidacta fue motivo de orgullo. Sin embargo, sus adversarios lo convirtieron en tema de burlas y, como se verá más adelante, pasaron a llamarlo "el doctor de Michigan", dando a entender que se trataba de un reconocimiento meramente local.

Por supuesto que al flamante distinguido doctor no le pasó inadvertida la mención que hizo el rector: "Elected President of the Nation" (presidente electo de la Nación). Sin embargo, en esos días de junio las actas de los colegios electorales provinciales viajaban hacia Buenos Aires y el veredicto no se conocía en la Argentina. Mucho menos, en los Estados Unidos.

Con el atesorado diploma y la impaciencia habitual, se embarcó en el *Merrimac* el 23 de julio. Primera etapa, Río de Janeiro; y transbordo a otra nave con destino final Buenos Aires. Tiempo de viaje: cuatro semanas. Deseaba estar más cerca de la patria si se confirmaba que sería el sucesor de Mitre.

PARTIDA DE NUEVA YORK

Mitre, al oír la señal de despejar, se me arroja al cuello y entre sollozos, con el llanto de un niño, dice: "Vea a mi madre, háblele bien de mí".

DFS A AURELIA,
JULIO DE 1868

"A las doce se cierran los baúles. A las dos, a bordo. A las tres se leva el ancla. Todos mis amigos me acompañan". El 23 de julio Sarmiento se despedía de su emocionado secretario, Bartolito Mitre, y de Nueva York. Llevaba consigo un cuaderno de doscientas páginas que fue llenando con viñetas, retratos, escenas, caricaturas y las impresiones del viaje escritas con lápiz y sin signos de puntuación. El texto tenía una destinataria especial, Aurelia Vélez ("a toda hora del día ha de estar presente usted en mi memoria. Viviré, pues, anticipadamente en su presencia, y cada escena que describa tendrá a usted como espectador, complacido acaso de recibir este diario tributo").

La navegación tuvo los clásicos altibajos caribeños. Luego de un ciclón en las Antillas, desembarcó en la isla de Saint Thomas con molestos cólicos. Una servicial francesa que desconocía el potencial del paciente se ocupó de atenderlo. Le dio "limonadas, infusión de arroz, ron, vino y naranjas".

4/8: Día de Santo Domingo de Guzmán. Se celebró a bordo el onomástico del doctor de Michigan. El *steward* (el encargado de atender su camarote) lo sorprendió con bocados, pasteles, volovanes de hojaldre y champán que consumió mientras leía las tarjetas y esquelas de los compañeros de viaje, con saludos, felicitaciones y versos.

10/8: se cruzaron con un vapor que hacía el camino inverso y portaba la buena noticia. La mayoría de los viajeros se acercaron a saludarlo. Ese fue el día en que vio todo con claridad. Sería presidente de la Nación.

14/8: Arribaron a Recife (o rada de Pernambuco), ciudad situada

dos mil trescientos kilómetros al norte de Río. Las autoridades estaban al tanto de que recibían a un visitante ilustre y le prepararon no uno, sino dos banquetes.

Era un misterio cómo se habían enterado. Hasta que le entregaron una carta que, tres días antes, le había dejado el capitán del *América*, Bartolomé Bossi, quien cubría el mismo recorrido, pero a mayor velocidad porque iba sin pasajeros. Decía Bossi, entre otras cosas:

> *Mi amigo quiero ser el primero en felicitarle de corazón. Dicen que los urquicistas le promoverán guerra. Pues, llegado ese caso, cuente conmigo. Lo que negué al general Mitre, feliz le ofrezco a usted. Llegado el caso, soy tan infante como marino. Y no sería la primera vez que peleara en caballería. Porque a falta de conocimientos prácticos y científicos en las tres armas, me sobra audacia. En fin, es preciso que Urquiza se llame a la vida privada o represente su último acto.*
>
> *Hasta aquí el* América *va muy bien. El viaje es un tanto más largo de lo ya suponía por haber sido hasta la fecha constantemente combatido por los vientos contrarios. Este viaje es el reflejo de su vida, siempre luchado aguas arriba.*
>
> *Esta la dejo en el correo con el sobre al Señor Presidente de la República Argentina; de esta manera le llamo la atención a los brasileños para que pasen a saludarle.*

Así fue que se enteraron las autoridades. Por las letras manuscritas del sobre que decían: “Señor Sarmiento Presidente de la República Argentina”.

Los vecinos lo colmaron de presentes. Volvió a embarcar, goloso, cargado de naranjas y ananás. Como si le conocieran el punto débil. Le escribió a su amiga que no había naranjas “más dulces que las de Pernambuco” y agregó con entusiasmo desbordado que “si fuera ciudad argentina, yo trabajaría para hacerla capital”.

“¡ESTABA TAN BUENA!”

Estoy muy contento y lo felicito porque los norteamericanos lo han hecho doctor y los argentinos sudamericanos, presidente de la República.

HILARIO ASCASUBI A
DFS, 7/8/1868

En Bahía, Sarmiento fue recibido por una salva de veintiún cañonazos. Atendió los asuntos protocolares y visitó a la cuñada de Rufino de Elizalde, su contrincante en las elecciones. Las naranjas bahianas también fueron elogiadas. Los barcos anclados, empavesados en señal de gala, lo despidieron al partir.

19/8: La última noche del primer tramo de la travesía se celebró con una mesa especial que lo tuvo en la cabecera y que se destacó por una exquisita galantina (fiambre francés de carne blanca rellena con otro tipo de carne y recubierta de gelatina) que le provocó una indigestión y una frase exculpatoria: “¡Estaba tan buena!”.

20/8: A la mañana siguiente llegó un vaporcito desde la costa de Río de Janeiro en busca de “Su Excelencia”. Visitó el Jardín Botánico, muy recomendado por su amigo Vélez Sarsfield, y se entrevistó con el emperador Pedro II, por fuera del protocolo. Como participó el embajador mitrista Juan E. Torrent, no se habló de la guerra. Pero Sarmiento dio señales acerca de su postura pacifista.

23/8: Se cumplía un mes desde la partida de Nueva York e inició la segunda etapa Río-Buenos Aires, con escala en Montevideo. En el vapor francés *Aunis* se reencontraron varios pasajeros del *Merrimac* y se sumaron otros.

> *El mundo de a bordo presenta todos los tintes de la sociedad de tierra, sin fundirse, sin embargo. Tres ministros plenipotenciarios, artistas, hermanas de la caridad, monjas, un sacerdote, viajeros de todos países. Una niña elegante de París sigue a un joven; quisieron impedírselo en nombre de la moral, pero teniendo dinero, hizo valer su derecho de moverse y, embarcándose, puso fin al litigio.*

> *Entre las de su sexo* [le comenta a Aurelia Vélez]*, vuelve la señorita de A, loca, incurable. Su mirada es tranquila. Sonríe a veces, como si estuviera recordando ocurrencias plácidas de su vida. Otras, parece que piensa.*

El *Aunis* divisó la costa de Montevideo en la noche del 27 de agosto. Sarmiento recibió los primeros saludos el 28 por la mañana, aún en la cama. El mandatario uruguayo envió dos edecanes.

Le acercaron un diario con el discurso del senador Valentín Alsina, proclamándolo a él y a su propio hijo Adolfo, presidente y vice. Ese era el más oficial de los anuncios (que, dicho sea de paso, provocó lágrimas en el viejo Alsina al momento de referirse a su vástago). Sarmiento leyó y releyó el texto. Luego escribió a su amiga: “Me saludan presidente electo, escrutado, aprobado y debidamente proclamado”. En otro periódico encontró una muy buena noticia: “¡Urquiza saluda con caluroso entusiasmo mi advenimiento!”. Percibía que la paz interior, ese bien tan preciado, lo acompañaría durante su esperado gobierno. Con esperanzado optimismo, eso es lo que casi todos pensaban.

ARRIBO A BUENOS AIRES

Tengo organizada una gran manifestación de toda la juventud para darle a usted una espléndida ovación el día de su llegada. Avíseme pues con tiempo y véngase, aunque "cierta buena moza" le diga lo contrario.

HÉCTOR F. VARELA A DFS, 26/4/1868

Con los primeros rayos se dibujó la silueta del *Aunis* en la costa de Buenos Aires. Amanecía el sábado 29 de agosto de 1868. Por orden de su capitán, monsieur Foache, el barco exhibía la bandera argentina como principal, en señal de homenaje al más ilustre de sus setenta y siete pasajeros.

Vélez Sarsfield, Manuel Ocampo y Lucio V. Mansilla, gestores de la candidatura, más otros buenos amigos comenzaron a poblar el largo muelle situado a doscientos metros de la Casa de Gobierno. Por la baja profundidad del río, embarcaciones de menor porte debían trasladar a los pasajeros desde el barco hasta el muelle. A las ocho, el presidente electo abordó una lancha oficial mientras que los baúles y el resto del equipaje se transbordaron a un vaporcito inglés. En cuanto puso un pie en la escalera, la banda inició los acordes del Himno Nacional. Luego hubo una ronda de abrazos.

"Recibido y adulado por sus amigos" —frase tomada del periódico de Vélez—, Sarmiento se dirigió a la salida del muelle (actual avenida Alem) donde lo aguardaba el carruaje presidencial que Mitre gentilmente envió para transportar a su sucesor. El convidado subió, pero el público le rogó con insistencia que caminara con ellos. Disimulando la fatiga del viaje, aceptó hacerlo. Adelante, la banda musical abría paso con canciones animadas.

La ciudad había amanecido empapelada con carteles confeccionados por los tres periódicos que lo respaldaban: *La Tribuna*, *Nacional* y *La Patria* (que durante agosto había lanzado una campaña de ventas,

obsequiando a los suscriptores una lámina con el retrato del maestro). Seguramente Sarmiento pudo ver algunos en el trayecto. Convocaban a una “manifestación de simpatía” nocturna.

Se dirigieron por el bajo hasta la actual Plaza de Mayo y la bordearon. Otras amistades menos madrugadoras salían a su encuentro para saludarlo. También lo hicieron los estudiantes universitarios que lo aclamaron desde el frente de la Universidad (en la Manzana de las Luces). Al pasar por el Departamento de Escuelas, creado por él años atrás, se quitó el sombrero de paja y saludó al edificio con respeto.

Siguieron el trayecto por Perú, alcanzaron la calle Belgrano y avanzaron un corto trecho hasta su nuevo hogar. Precisamente en la planta alta de la casa ubicada en Belgrano 553 (numeración actual) entre Perú y Bolívar, a dos cuadras del convento de Santo Domingo. La propiedad pertenecía a Juan Murillo, quien la alquilaba a terceros. Se trataba, como se decía entonces, de una casa de altos y bajos. Ocupaba la planta inferior un comercio atendido por Pedro Lartigau —luego sería íntimo de Sarmiento— con su familia, mientras que en los altos se encontraba el francés Auguste Carrié, quien cedió un espacio al recién llegado. ¿Por qué motivo fue su anfitrión? Porque eran parientes. Auguste estaba casado con Eloísa Salcedo, prima de Domingo Faustino, hija de una hermana de su padre.

Por fin a las 9.20 llegó a la casa que lo hospedaría. Volvió a descubrirse, evidenciando su pronunciada calva, y ofreció unas pocas palabras a sus seguidores para agradecerles la demostración de afecto popular, manifestar la alegría de hallarse entre compatriotas y resaltar la buena impresión que traía del pueblo norteamericano. Sin disimular la emoción, y entre ovaciones, expresó su gratitud por haber sido elegido.

La escalera que llevaba a su cuarto se encontraba en el patio interno, que estaba poblado de manifestantes. Al subir, varios lo siguieron. Según el diario *The Standard*, cuya redacción se hallaba en la vereda de enfrente, “alguien generó pánico gritando que las escaleras estaban cediendo, lo que causó gran confusión, resultando algunos heridos que cayeron”. No pasó a mayores: “Nos complace decir que el accidente no tuvo ningún resultado grave”, apuntó el diario.

Sarmiento descansó un rato y recuperó energías. Con la calle despejada se dirigió al despacho de Mitre. Lo acompañó el flamante embajador de los Estados Unidos, Henry Worthington, quien también había viajado en el *Merrimac* y en el *Aunis*.

El resto de la mañana y la tarde distaron de ser tranquilas. Por la casa desfilaron políticos, amigos y personalidades de peso, todos con intención de presentarse ante el futuro jefe de gobierno. Los carruajes

entorpecieron el tránsito por la calle Belgrano durante todo el día. ¿Y la noche? Continuaron las demostraciones porque se realizó la "manifestación de simpatía".

Los organizadores contrataron dos bandas para que amenizaran el encuentro. Desde el balcón de la casa, pasadas las 7.30, Sarmiento escuchó los discursos (entre ellos, el del estudiante Aristóbulo del Valle, 23 años) y respondió conmovido:

> *Generalmente, todos los hombres que suben al poder reciben ovaciones como la que en este momento se me tributa. Pero yo exijo de todos vosotros un juramento solemne, de que me acompañaréis hasta el fin de mi administración.*

Una gran ovación y múltiples vivas coronaron sus palabras. Luego Himno, breves discursos y despedida. Los manifestantes se dirigieron a la casa del vice Alsina para repetir la experiencia. El largo día de Sarmiento había llegado a su fin.

La prensa se hizo eco de la inusitada recepción. Algunos también pusieron de relieve la buena reacción del mercado bursátil. Sin embargo, no todos los vientos soplaban a favor. *La Nación Argentina*, el diario que había fustigado al maestro durante la campaña electoral, anunció: "El doctor Sarmiento (de Michigan) llegó a Buenos Aires el sábado último". Muy al pasar, informó que asumiría la presidencia de la Nación, y prosiguió machacando con el asunto del doctorado. Aclaró que la mención no era broma, sino que se trataba de un título obtenido en los Estados Unidos. "Por el contrario, este paréntesis (de Michigan) impide que alguna persona malintencionada asegure que el señor Sarmiento es doctor en medicina o leyes de nuestras universidades o de alguna facultad europea".

La ironía prosiguió cada día, empleando la fórmula "Doctor de Michigan" para referirse al presidente electo.

“PARA QUE NO HAYA VAGOS”

Hasta ahora se ha defendido gallardamente, a pesar de las burlas de los hombres que, incapaces de comprender sus ideas avanzadas, lo honran con el epíteto de “el loco Sarmiento” y piensan deshonrarlo con el apodo de “maestro de escuela”.

RICHARD F. BURTON,
16/8/1868

Domingo 30 de agosto de 1868. Esa sería la fecha que dejaría una marca indeleble en la historia de los presidentes electos. Sarmiento ofreció un discurso extraordinario, fuera de lo habitual.

Esa mañana, la Plaza Victoria (la mitad oeste de la Plaza de Mayo) se pobló de estudiantes de las escuelas públicas vestidos de gala, es decir, con la mejor ropa de su vestuario. Los guardapolvos —aclaramos— aparecerían varias décadas después de su muerte; él no tuvo nada que ver con ese asunto. En marcha ordenada, precedida por la banda de la escuela de música, llegaron hasta la casa de la calle Belgrano.

Los chicos quedaron formados afuera. Los preceptores entraron y se ubicaron en el patio interno. Una vez más, discursos, Himno y aplausos.

Se destacó el secretario del Departamento General de Escuelas, Pastor S. Obligado, a quien debemos recordar por haber sido el que, durante la elección de candidatos del 2 de febrero, había alzado un cartel con el nombre de Adolfo Alsina, pero se le rompió. Comenzó diciendo: “Al presentaros la generación que dejasteis en la cuna…”, en clara referencia a los siete años que había estado ausente, entre San Juan y los Estados Unidos. Concluyó recordando que había combatido su candidatura, pero que, aceptada la victoria del sanjuanino, bregaba por un gobierno de paz y progreso.

Sarmiento agradeció los conceptos del alsinista. Su palabra era

esperada. En el primer discurso como mandatario elegido, no habló sobre economía, asuntos de la política, nombres de ministros o cuestiones de seguridad interior. Decidió hablar de educación, es decir, de su política de Estado.

> *Señores preceptores:*
> *Aunque desde ayer tenía conocimiento de que esta manifestación debía efectuarse, no he podido en toda la noche pensar las palabras que había de dirigiros porque estaba bajo la impresión de emociones demasiado fuertes. La palabra no puede seguir las palpitaciones del corazón. Sin embargo, siempre podré decir a ustedes algo, porque estoy en mi terreno, me reconozco entre mis amigos, y puedo hablarles con la franqueza de un hombre de corazón que solo dice lo que siente (…).*
> *Al principio de la lucha electoral que ha concluido, un diario de esta ciudad, combatiéndome decía: "¿Qué nos traerá Sarmiento de los Estados Unidos si es electo presidente?". Y él mismo se contestaba: "¡Escuelas! ¡Nada más que escuelas!". Un joven decía en una cuestión de votos: "que los votantes de Buenos Aires no sabían escribir".*
> *Estas son dos verdades, señores. Recuerdo estas palabras sin resentimientos.*

Fue Florencio Varela (h.) quien gritó que no se votara por escrito porque los votantes de Buenos Aires no sabían escribir. Ocurrió en aquel mitín del verano, el mismo en el que Obligado apareció con el cartel de Alsina. En cuanto al periódico que lo combatía, se refería a *La Nación Argentina*.

> *Cuando aquel diario decía que yo no traería de los Estados Unidos sino escuelas, era la verdad, porque vengo de un país, señores, donde la educación es todo, donde la educación ha conseguido establecer la verdadera democracia, igualando las razas y clases.*
> *Nosotros necesitamos escuelas, porque ellas son la base de todo gobierno republicano (…).*
> *Lo que sucede entre nosotros con la educación me recuerda un cuento popular que he oído en los Estados Unidos y que voy a referir a ustedes.*
> *Un día vinieron a decir a una señora que la vida de su marido se veía amenazada porque lo había acometido un oso, y ella sin inmutarse contestó: "Yo no me entrometo en los asuntos de mi marido, que él se las componga con el oso".*
> *Esto es lo que pasa en la República Argentina con la educación. Se dice que es necesario educar a los pueblos; pero los gobiernos contestan: "No me meto con el oso".*

Se dice que es necesario hacer del pobre gaucho un hombre útil a la sociedad, educando. Y todos contestan: yo no me meto con el oso. Pero es necesario "meternos con el oso" para que el pueblo argentino sea un verdadero pueblo democrático.
Ningún país en el mundo está en peores condiciones, señores, que el nuestro para ser República. Porque estamos divididos en aristócratas y plebeyos, y esa división es el fruto de la educación mala que se da.

Dejó sentado que su gobierno iba a apuntar al desarrollo de la educación. Treinta años de experiencia en la materia le permitían sostener con autoridad su posición. Durante su estadía en el país norteamericano reafirmó el valor que debía darse a la formación de los hijos de la Patria y los inmigrantes. En aquel primer discurso, "el doctor de Michigan" citó al senador estadounidense Charles Sumner.

Decía el senador: "En el último mensaje enviado al Congreso por el Presidente de México veo un informe del estado de la educación pública y privada en la capital, ciudad de más de doscientos mil habitantes, en el que se observa el doloroso espectáculo de que menos de cuatro mil niños han asistido a las escuelas en todo el año". De un documento semejante del gobernador de Buenos Aires, estado de medio millón de habitantes, cerca de la mitad de los cuales son europeos, tomo los siguientes apuntes: en 1866 asistieron a las escuelas públicas y privadas de la capital 13.449 niños y en 1867 solo 12.389.
Así es, mil setenta niños menos en las escuelas que el año pasado.

Para él, la ausencia del Estado en materia de educación era algo más que evidente: "La ley dice que se persiga a los vagos. Pero, ¿cuáles son esos vagos?, ¿quién los ha hecho vagos si no los gobiernos que no los educan?", se preguntó ante la audiencia. Y prosiguió:

Ya se puede comprender lo que entiende de democracia el que decía que lo vendrían a fastidiar con escuelas. Las escuelas son la democracia. Para ellos, que tienen la universidad para que se eduquen gratis sus hijos, la tierra para solazarse y el gobierno; para ellos la escuela es para el vulgo, y entonces dicen: que allá se las compongan con el oso, que es la ignorancia, la pobreza y el vicio.
Para tener paz en la República Argentina, para que los montoneros no se levanten, para que no haya vagos, es necesario educar al pueblo en la verdadera democracia, enseñarles a todos lo mismo, para que todos sean iguales.
Vamos, pues, a constituir la democracia pura, y para esto, no cuento solamente con los maestros. Para eso necesitamos hacer de toda la

República una escuela. ¡Sí! Una escuela donde todos aprendan, donde todos se ilustren, y constituyan así un núcleo sólido que pueda sostener la verdadera democracia que hace la felicidad de las repúblicas.

El sanjuanino también se refirió al papel de la mujer en su objetivo educacional. Al respecto dijo:

Tengo el placer de recordarles que yo fui el fundador en Buenos Aires de las escuelas de ambos sexos, regenteadas por señoras. Para conseguirlo, tuve que luchar con grandes oposiciones que felizmente vencí. La experiencia ha justificado mis esperanzas.
Vengo de un país donde hay noventa mil maestras y diez mil maestros; porque allí la educación está confiada a la mujer: más competente, más capaz de dirigir el corazón de los niños. Los hombres solamente enseñan ciertas materias.
La misión de la mujer como educacionista le está señalada por la naturaleza, porque ella tiene más corazón, porque virgen o matrona, lleva en su seno el instinto maternal. Eso no lo puede hacer el hombre, porque su educación, por muy completa que sea, no le da los sentimientos que la naturaleza dio a la mujer.
Mi empeño, pues, se contraerá siempre a fomentar la educación infantil, poniéndola en manos de señoras.
El mismo diario a que antes me he referido me ha atacado también por este punto. Sin embargo, no me reformará.
Espero en Dios que hemos de hacer lo que podamos para que al bajar del poder, no tenga que avergonzarme de entregar la República en peores condiciones de aquellas en que la recibo.

La última frase desató una polémica con acusaciones cruzadas. ¿No quería entregar la República en peores condiciones que las actuales? Tratando de bajarle el tono, Sarmiento se excusó alegando que se refería a las condiciones de la educación. Pero sus enemigos fueron implacables y se aferraron a la interpretación básica para ampliar la brecha con Mitre.

En aquel primer discurso el futuro presidente anunció que su principal proyecto era lograr que los chicos recibieran la educación que los formara para fortalecer la República. Según veremos, las más de mil escuelas creadas por su empuje, los profesorados, las subvenciones para las provincias, la contratación de maestras y especialistas, y la difusión e impulso de proyectos editoriales permiten afirmar que no se quedó en palabras grandilocuentes, sino que cumplió con creces el objetivo.

“HABÍA PASADO LA NOCHE EN UNA ORGÍA DE PALERMO”

A las siete de la mañana del viernes 4 de septiembre, Sarmiento y Mariano Varela visitaron el cementerio de la Recoleta. El sanjuanino aprovechó la tranquilidad matinal para acercarse a la tumba de Dominguito —en la bóveda de los Varela—, pocas semanas antes de que se cumplieran dos años de su muerte en el campo de batalla de Curupaytí. Compartía espacio con Horacio V., quien había muerto hacía apenas tres meses, de tan solo treinta y tres años.

Ingresó a la bóveda y se quedó media hora a solas, mientras Varela lo esperaba a corta distancia. Faltan los pormenores, pero se descuenta que fueron minutos cargados de emoción y sentimientos a flor de piel. Cumplida la ceremonia, los dos se retiraron en silencio y Varela encontró la oportunidad para dar vuelta la página. A trescientos metros del cementerio se construía el edificio de las aguas corrientes (hoy es Museo de Bellas Artes situado en Libertador y Pueyrredon). Se trataba de uno de los proyectos más importantes, de gran provecho para la ciudad. Varela, que entonces se desempeñaba como ministro de Hacienda de la provincia de Buenos Aires, le propuso visitar el lugar y constatar el progreso de la construcción. Fueron hasta el sitio, se maravillaron por el estado avanzado de la obra y volvieron caminando al centro.

Alguien los vio regresando y la novedad corrió de boca en boca hasta alcanzar a los periodistas de *La Nación Argentina*, quienes recibieron la noticia deformada. Según entendieron, Varela y Sarmiento habían pasado una noche de copas y estaban regresando al amanecer a sus hogares. Esa fue la historia que publicó el diario bajo el título: “El rey se divierte”, clara alusión a una obra del dramaturgo francés Victor Hugo, que inspiraría la ópera *Rigoletto*, de Giuseppe Verdi. La mencionada ficción narra una fiesta nocturna en la que participa un rey libertino. Por lo tanto, el diario presentó a Sarmiento como un trasnochador inclinado al vino y la compañía femenina.

Viene al caso un remanido comentario acerca de una anotación en sus cuadernos de gastos, correspondiente a su temporada como funcionario del gobierno chileno.

Veinte años antes de la época que estamos tratando, Sarmiento realizó un viaje por Europa y Estados Unidos, financiado por el

gobierno chileno que lo contrató para conocer los aspectos de la educación más moderna en el mundo. En esa oportunidad, llevó una libretita de gastos muy puntillosa. Esa contabilidad permaneció archivada hasta que un investigador la publicó unos cien años después. Allí figuran registros de gastos de orgías en más de una oportunidad, lo que llevó a interpretaciones erróneas. ¿Sarmiento gastaba dinero en orgías? Sí. Pero el sensacionalismo, como tantas veces, se impuso por encima de la verdad histórica.

En realidad, la palabra "orgía" todavía no había llegado a la definición actual, aunque iba encaminada en ese sentido. En 1847, cuando el sanjuanino la anotó, significaba "exceso" y se empleaba para referirse a reuniones de hombres donde el alcohol corría sin límites. Las borracheras eran habituales y socialmente aceptadas. También había encuentros en los que participaban las "damas de compañía", eufemismo para referirse a quienes ejercían la prostitución. La literatura de ficción de la época —en español, inglés, italiano y francés—, como también los textos periodísticos, presentan numerosos ejemplos del uso del término, donde una orgía se diferencia de una "orgía nefanda" (fórmula que se aproximaba más al significado actual).

Entre los numerosos ejemplos, rescatamos un tomo de Jurisprudencia de Perú de 1877 que establece los contrastes entre el estado de una persona que haya participado de una orgía y el que presentan los que padecen de alcoholismo. La novela *El ángel de la guarda*, escrita por Enrique Pérez Escrich en 1874, finaliza con el capítulo "Una orgía" que relata el encuentro de cuatro caballeros del romanticismo en una fonda, con el objeto de tomar y recordar a un camarada perdido. Toda la "orgía" transcurrió en una mesa con abundante bebida y varios brindis entre el cuarteto.

Por lo tanto, a las orgías de Sarmiento debemos darle la connotación que corresponde. Más aún en el contexto de la época, ya que la visita de solteros y viudos a prostíbulos estaba socialmente aceptado. Pero, repetimos, este no fue el caso de las menciones que hizo el entonces funcionario chileno. Sí es correcto considerar que hayan sido noches de bebida en exceso.

De regreso al episodio del cementerio, los diarios que apoyaban a Sarmiento pusieron en evidencia a *La Nación Argentina* y dieron la versión que ofrecieron los propios involucrados. El calumniado no olvidó aquel trago amargo. Unos años después, en carta al que había sido su compañero de aquella mañana, escribió:

> *Tenía yo —usted lo recuerda, pues aún guarda sus cenizas al lado de las de su padre— un hijo único que se inmoló por la Patria. Y un pueblo entero lo lloró; por el hijo y por el padre, debo creerlo.*

A mi llegada de los Estados Unidos, le pedí a usted la llave de su sepulcro. Y para sustraerme a las miradas, al venir del día fui a visitar solo sus restos, para hacer lo que los padres hacen ante lo que les queda en el mundo, ¡una urna cineraria!

La Nación Argentina *publicó al día siguiente la sencilla narración de esta excursión a un cementerio: había yo pasado la noche en una orgía en Palermo y volvía a esa hora, todavía sofocado por los vapores del vino.*

Pocos días después de finalizar su mandato se ocupó del traslado de los restos de su hijo, desde el panteón de los Varela hasta una tumba propia.

En 1888, cuando llegó a Buenos Aires el féretro con el cuerpo de Sarmiento (padre e hijo murieron en Paraguay, al igual que el nieto preferido del sanjuanino), fue depositado, en forma temporaria, en la bóveda que contenía la urna de Dominguito.

LAS AGUAS CORRIENTES

La visita informal a la edificación de aguas corrientes tuvo su corolario el domingo 20 de septiembre cuando la cúpula del gobierno provincial bonaerense, con Alsina a la cabeza, los ministros Mariano Varela y Avellaneda, el director de la obra Emilio Castro y el ingeniero John Coghlan (irlandés) concurrieron junto con Sarmiento a la inauguración de la obra. Las cañerías con filtros ya estaban dispuestas, además de los piletones que contendrían el agua potable. Faltaba montar el edificio que albergaría en su interior el sistema de maquinarias. De eso se trataba el acto de colocación de la piedra fundamental. Debió llevarse adelante el jueves 17, pero se postergó —tal vez por mal tiempo— y por ese motivo ciertas placas, el cofre y hasta la cuchara de albañil de plata presentaban la incorrecta fecha del 17.

Repetimos que se trata del terreno que hoy ocupa el Museo Nacional de Bellas Artes en Recoleta (Libertador y Pueyrredon). Allí se presentaron los mencionados, además del vecindario, siempre propenso a decir presente en este tipo de acontecimientos, y —cuándo no— la banda musical. Salva de cañones, cohetes voladores y pirotecnia variada sumaron estruendos y exclamaciones de asombro. La ejecución del Himno tuvo la solemnidad característica, al igual que los discursos de Alsina, Varela, el vicegobernador Castro y Avellaneda. También Sarmiento tomó la palabra y con frases sencillas manifestó su felicidad por el gran paso que se gestaba.

Luego de que el gobernador Alsina, pala de plata en mano, sellara la piedra fundamental (en su interior, medallas alusivas, una plancha de metal con la firma de los asistentes y otros objetos), se accionó una máquina que absorbió agua del río, ubicado a trescientos metros, y llenó parte de una gran pileta, bendecida por el deán de la Catedral, León Aneiros. La cañería estaba en orden, la pirotecnia volvió a retumbar y los invitados caminaron trescientos metros hasta la quinta de Mariano Saavedra —hijo de Cornelio, de buena relación con Mitre y mucho más con Alsina—, situada en una vistosa lomada (donde hoy se encuentra la Biblioteca Nacional). Allí gozaron de un refrigerio más una nueva ronda de discursos. Sarmiento instó al doctor Juan José Montes de Oca a que se dirigiera a los presentes y subrayara la importancia de la higiene en el desarrollo de una sociedad.

Repasemos los nombres de los concurrentes: Alsina (en sus últimos días como gobernador, ya que asumiría la vicepresidencia), más Avellaneda, Varela y Castro. Políticamente, todos lejos de Mitre y de buena relación con el próximo presidente que, afanosamente, buscaba el equilibrio y navegaba entre dos aguas: la de los mitristas y la de los alsinistas. Pronto ese equilibrio se perdería.

“JUNTOS, SERÍAMOS INAGUANTABLES”

Debido a la acción de la prensa, las cuerdas se habían tensado y tanto Mitre como Sarmiento comprendieron que la debilidad institucional no llevaría a la República por buenos caminos. Un almuerzo familiar en casa de los Mitre buscó que las prioridades se reordenaran. Tuvo lugar el 11 de septiembre (fecha que, veintidós años después, sería un mojón en la biografía sarmientina). Comenzaba la cuenta final en el mandato de don Bartolo. No trascendieron detalles del encuentro, pero el resultado no fue suficiente, ya que la calma duró apenas unos días.

El periodismo se preguntaba cómo estaría conformado el gabinete del nuevo presidente. Mientras ideaba el equipo que lo acompañaría, en Tucumán, su amigo Posse le escribió una afectuosa carta que incluía dos consejos:

- *He leído algunos de tus discursos con todo el aire yankee que has traído. ¿Te daré un consejo? Sí te lo daré: evita cuando puedas toda referencia a tu persona para no dar ocasión a tus adversarios a que te calienten los oídos con aquella marimba de Don Yo que tantas veces te han hecho sonar.*
- *En una de mis cartas anteriores te avisé de los trabajos que en daño tuyo habían puesto tus enemigos presentándote como hereje, barbaridad que hacían penetrar en los conventos. Insisto en que debes, en alguna ocasión solemne, hacer saber que crees en Dios y las p… de la Iglesia. Conoces bien el interior y por lo tanto no debes mirar con desprecio esta indicación.*

Efectivamente, eran dos temas que rondaban las conversaciones en los círculos de poder. Su falta de compromiso explícito con la Iglesia, además complementada con su objetivo de importar maestras de los Estados Unidos que en su mayoría serían de religión protestante. En cuanto a “Don Yo”, era el mote que se había ganado por el constante empleo del pronombre en primera persona durante los discursos.

Es probable que haya prestado atención a los consejos de su amigo, pero si lo hizo, no fue de manera absoluta. Los “yo” prosiguieron y su acercamiento a la Iglesia no fue muy notorio. En cuanto a la

conformación del futuro gabinete, originó un curioso episodio.

De acuerdo con el testimonio de Augusto Belín Sarmiento (el nieto preferido que también iba a morir en Paraguay), cierta noche en que se encontraba respondiendo cartas en su cuarto, sintió ruidos en la calle. Vestido como correspondía a la informalidad de la hora —tal vez, con gorro de dormir— y portando un platillo con una vela, se asomó al balcón. En la vereda, el coronel Lucio Mansilla, aquel oficial que había llevado a la superficie la candidatura del sanjuanino y fogoneado en el ámbito militar su elección.

Mansilla le comentó que lo visitaba con el fin de acercarle una propuesta de nombres para ocupar los ministerios. Probablemente incómodo por la situación, Sarmiento se excusó diciendo que estaba trabajando y que, además, no contaba con la llave de la puerta para ir a abrirle. Mansilla insistió. Entonces, Domingo Faustino fue a buscar una cuerda y lanzó un cabo a la calle para que el coronel atara el papel y de esta manera llegara a sus manos. Una vez recogida, valiéndose de la vela, leyó el listado. En ella figuraban cada ministerio y el apellido propuesto. Entre ellos, el del propio Mansilla para la cartera de Guerra y Marina. Sorprendido, Sarmiento exclamó:

> *¡Usted ministro! Hombre, necesitaré un ministerio muy sesudo y muy calmoso para morigerarme a mí mismo. Nos tildan de locos; a usted menos que a mí, tal vez por no haber adquirido méritos para ello, todavía. Juntos, seríamos inaguantables.*
> *Buenas noches.*

Pocos días después trascendieron los nombres de los elegidos para completar el Gabinete: Vélez Sarsfield (Interior), Avellaneda (Justicia, Culto e Instrucción Pública), Mariano Varela (Relaciones Exteriores) y José Benjamín Gorostiaga (Hacienda). Restaba conocer si Emilio Castro aceptaba el Ministerio de Guerra y Marina, aquel que ambicionaba Mansilla. Pero el deseo de Castro era la provincia de Buenos Aires. Por ser vicegobernador, sucedería a Alsina el 12 de octubre y llegaría a las elecciones de marzo con la ventaja de estar ocupando el lugar. Sarmiento pidió que tomara la resolución a más tardar el 25 de septiembre a la una de la tarde. Castro optó por la carrera a la gobernación, pero aun así Mansilla no fue considerado y Martín de Gainza se hizo cargo de la cartera vacante.

A poco de comenzar la presidencia, envió a Mansilla a la frontera en Río Cuarto (nos referimos a la célebre excursión a los indios ranqueles), a las órdenes del general José Miguel Arredondo, otro militar de peso que sostuvo la candidatura del sanjuanino. Las expectativas de ambos militares quedaron en el camino. Defraudados, poco a poco, fueron tomando distancia.

“HERMANO SARMIENTO”

En la historia de la ruptura de dos buenos amigos como lo fueron Mitre y Sarmiento, un mojón determinante fue el banquete que ofreció la masonería al presidente electo la tarde del 29 de septiembre, cuando apenas faltaban dos semanas para que iniciara su mandato. La intención fue celebrar su llegada al gobierno y agradecerle los servicios prestados durante la misión a los Estados Unidos (dato consignado en el diario *La Tribuna*, cuyo director era uno de los principales referentes de la masonería local).

Fue un acto magnífico que tuvo lugar a metros de la Casa de Gobierno. La Asociación Masónica consiguió el mejor salón del primer Teatro Colón (hoy casa central del Banco Nación, a un costado de la Plaza de Mayo). Participaron doscientos “hermanos” masones, dispuestos en cinco mesas: dos extendidas con capacidad para ochenta comensales cada una, y tres en el centro formando un triángulo. La principal, justo debajo de un dosel con forma de triángulo.

La ceremonia se inició a las cinco con el ingreso de la logia Constancia, encabezada por Héctor F. Varela. Una a una, el resto de las logias fueron sumándose, anunciadas en voz alta por un ordenanza, a la vez que la orquesta les daba la bienvenida hasta que todos se sentaran. Cuando se completó el recinto, Varela se puso de pie y anunció que era el turno del Supremo Consejo. Entonces aparecieron los ocupantes de la mesa central: los “hermanos” Mitre, Sarmiento, el médico Roque Pérez y los doctores en leyes Daniel María Cazón y Vicente Fidel López, entre otros.

Primero lo primero. Comieron y bebieron. A las siete comenzó la catarata de discursos, con fragmentos formidables. Como el inicial, a cargo del doctor Juan José Montes de Oca (aquel a quien Sarmiento había pedido que hablara sobre las ventajas de la higiene en la casa de Mariano Saavedra), quien habló en nombre de la logia Constancia:

> *La causa santa de la libertad de los pueblos está de parabienes y con ella la institución masónica que acoge bajo el techo hospitalario de sus templos a todos los que buscan la luz de la verdad, a todos los que aman a sus semejantes como a sí mismos y a todos los que creen en la existencia de un Dios que ha puesto la inteligencia en la cabeza del hombre, la palabra en sus labios y los sentimientos en su corazón.*

Sí, estamos de enhorabuena. Compartimos en fraternal banquete el pan y el vino con el elegido del pueblo, con el librepensador Domingo Faustino Sarmiento, que ha sido llamado por la voluntad de sus conciudadanos, de las orillas del Potomac que baña la tierra de Washington a las riberas del Plata que estrecha en sus brazos de gigante la patria de los argentinos, para encomendarle la obra de regeneración iniciada por el inmortal Rivadavia.
Alcanzamos tiempos felices, hermanos míos. No ha sido elevado a la presidencia de la República el que ha derramado más sangre en las batallas. Las victorias que ha reportado el elegido del pueblo han sido obtenidas contra la mentira y la ignorancia, derramando a manos llenas las reproductivas semillas de la educación para todos.

Montes de Oca dijo que dos generaciones agradecían la llegada de Sarmiento. La mayor, que soportó "el despotismo y la anarquía" del rosismo, y la joven, que reclamaba escuelas, libros y maestros. Bregó porque el sol alumbrara "el taller en que ha de trabajar por el bien común el maestro de escuela, presidente de la República". Para finalizar, propuso un brindis:

¡Masones! Apuremos nuestras copas en honor a nuestro ilustre hermano Sarmiento, pidiendo para su administración y para nuestra patria las bendiciones del Arquitecto Supremo del Universo.

En segundo término, tomó la palabra el Gran Maestre Daniel Cazón, a partir del siguiente enunciado:

Poderoso hermano:
Tengo la satisfacción de dirigirme a vos, hermano Sarmiento, y de llamaros poderoso sin quebrar el principio de igualdad bien entendida que proclama a la institución masónica. Poderoso no por el poder de que dispondréis en el primer puesto de la República, sino por la fuerza de opinión.

Lo central de su discurso fue insinuar la necesidad de contar con una sede social —"nuestro templo"— y preguntó a DFS si no querría asociar su nombre a la concreción del proyecto.
López, el hijo del poeta del Himno, saludó al "venerable hermano Sarmiento, digno sucesor de Mitre y Rivadavia". También lo halagaron Roque Pérez y otro de los Varela, Rufino. Entonces fue el turno de Sarmiento. Doscientas almas en silencio escucharon el discurso más impensado. Dijo:

Llamado por el voto de los pueblos para desempeñar la primera

magistratura de una República que es por su mayoría de culto católico, necesito tranquilizar a los timoratos que ven en nuestra institución una amenaza a las creencias religiosas. Si la masonería ha sido instituida para destruir el culto católico, desde luego declaro que yo no soy masón.

Respecto de las diferencias con la Iglesia, expresó: "No debo disimular que Su Santidad el Sumo Pontífice se ha pronunciado en contra de estas sociedades. Con el debido respeto a las opiniones del jefe de la Iglesia debo hacer ciertas salvedades que tranquilizarán los espíritus". Expuso casos en los que, en distintas partes del mundo, las diferencias religiosas entre funcionarios no perjudicaron la buena marcha del gobierno. Y agregó:

El presidente de la República Argentina debe ser, por la Constitución, católico apostólico romano, como el rey de Inglaterra debe ser protestante católico anglicano. Este requisito impone a ambos gobiernos sostener el culto respectivo y proceder legalmente para favorecerlos en todos sus legítimos objetos. Este será mi deber y lo llenaré cumplidamente.

Una de las frases más celebradas fue: "Un hombre público no lleva al gobierno sus propias y privadas convicciones para hacerlas ley y regla del Estado".

Como un último halago a los comensales, el sanjuanino expresó: "Los masones profesan el amor del prójimo sin distinción de nacionalidad, de creencias y de gobierno, y practican lo que profesan en toda ocasión y lugar". Pero, acto seguido, agregó: "Hechas estas manifestaciones para que no se crea que disimulo mis creencias, tengo el deber de anunciar a mis hermanos que de hoy en adelante me considero desligado de toda práctica y sujeción a estas sociedades. Llamado a desempeñar altas funciones públicas, ningún reato personal ha de desviarme del cumplimiento de los deberes impuestos".

Sí, lo dijo. Ningún reato (deuda moral o religiosa) lo desviaría de su nueva obligación. Y de esta manera, ante unos doscientos "hermanos" que se congregaron para felicitarlo, Sarmiento renunció a la masonería porque quería llegar a la presidencia sin cargar con compromisos contraídos con anterioridad.

Sus palabras obligaron a que Mitre expusiera sobre la compatibilidad de pertenecer a la Gran Logia y ejercer la primera magistratura. Argumentó que Urquiza, Derqui y él, siendo masones, gobernaron sin necesidad de alejarse de la institución que los agrupaba.

Las repercusiones por la inesperada renuncia se evidenciaron pocos

días después y provocarían una polémica que aún sigue encendida como hace ciento cincuenta años.

EL ESCÁNDALO DE LA PATAGONIA

Aún resonaban los discursos de Sarmiento y Mitre con los masones cuando el primero viajó a Chivilcoy (provincia de Buenos Aires, a 160 kilómetros de la capital provisoria). Se trataba de una comunidad pujante y de notable desarrollo que provocó la admiración del jefe de Estado más una promesa: que durante la presidencia crearía "cien Chivilcoy".

En medio de aquella visita, el 4 de octubre, el diario mitrista *La Nación Argentina* reflotó un texto que Sarmiento había escrito en Chile, en 1849. Allí se encuentra el origen de una pesada mochila. Desde octubre de 1868, don Domingo Faustino carga con los motes de "traidor", "vendepatria", "entregador de la Patagonia" y otros por el estilo.

La cuenta regresiva de la asunción presidencial marcaba ocho días. El ataque del periódico oficialista dio en el blanco. Precisamente, el título de la noticia fue: "El primer disparo".

Un grueso resumen sería el siguiente. En 1843, mientras vivía exiliado en Santiago de Chile, empleó la pluma para sostener la soberanía chilena en el sur del territorio argentino. Los apologistas del sanjuanino, de ayer y de hoy, han ensayado defensas, pero sin lograr detener la corriente. El error de Sarmiento perdurará como una mancha en su biografía. Aun así, los hechos merecen situarse en el verdadero contexto.

Las primeras dos piezas del rompecabezas son las Malvinas y Panamá. Nuestras islas conformaban parte del territorio hasta que fueron invadidas y despojadas por una fragata inglesa en 1833, durante una temporada en la que el gobernador malvinense Luis Vernet se hallaba ausente. De todo el sur argentino, era el único territorio con autoridades establecidas. El ataque a la soberanía fue un hecho aislado, pero también inesperado.

Pasemos al otro escenario. A comienzos de la década de 1840, Panamá proyectaba un ferrocarril que permitiría el intercambio entre los dos grandes océanos. Esta situación perjudicaría a Chile, ya que mermarían los necesarios cruces por el estrecho de Magallanes. Por lo tanto, sus puertos iban a quedar fuera del circuito comercial entre Europa y el norte de América. Fue entonces cuando los chilenos decidieron competir con los costos panameños. El nuevo sistema

pensado en Centroamérica acortaría los tiempos, sin duda. Pero involucraba dos barcos, un tren y dos cargas y descargas extra. Los chilenos se enfocaron en ese inconveniente logístico.

La optimización de la vía marítima chilena llevó a que en 1843 —atención a este año— plantaran bandera en el estrecho, con presencia militar. Un faro, más un vapor remolque, facilitaría el paso por el clásico escollo.

La ocupación efectuada por Chile se hizo pública desde el primer instante y no generó reacciones inmediatas del gobierno de Juan Manuel de Rosas ni de ningún compatriota. Dos años después, un emisario oficial del gobernador de Buenos Aires viajó a Santiago de Chile, pero sobre ese tema no realizó reclamo alguno. Fue en 1848 cuando el asunto de la soberanía en el estrecho de Magallanes se incorporó a la agenda de la legislatura bonaerense y al año siguiente, Bernardo de Irigoyen, enviado de Rosas, lo planteó formalmente ante las autoridades chilenas. Llegó entonces el turno del grave error.

En el diario trasandino *Crónica*, Sarmiento expuso los argumentos por los cuales el reclamo argentino no correspondía. En otras palabras, defendió la soberanía chilena en el sur.

¿Estamos hablando de toda la Patagonia o del estrecho de Magallanes? Sin ánimo de exculparlo, porque de nuestro territorio no debemos desprendernos ni de una baldosa, entendemos que es exagerado decir que su actitud equivocada lo ha convertido en un "entregador de la Patagonia". De la lectura de los cinco artículos extensos que escribió en aquella oportunidad —enfrascado en un debate con el periódico mendocino *La Ilustración Argentina*, dirigido por Irigoyen— se percibe que, más allá de una serie de argumentaciones legales muy discutibles, aquel Sarmiento expatriado de 38 años repetía un concepto práctico: para la Confederación Argentina ese paso no tenía valor alguno; en cambio, para Chile era su puerta al Atlántico.

Otro punto a considerar, según sus escritos, fue la amenaza francesa. En 1843, cuando los chilenos tomaron la posición, una embarcación gala rondaba la zona con intenciones poco claras. Sarmiento pretendía imponer la idea de que, así como los ingleses invadieron las Malvinas en el 33, los franceses se habrían adueñado del estrecho si no hubiera sido por la acción de Chile. Y se preguntaba por qué el gobierno argentino no se esforzaba por resolver, antes que la propiedad del estrecho, los graves problemas en el territorio, desde las avanzadas ranqueles que tenían a la región cuyana prácticamente aislada del resto, o los mapuches y otros grupos que poblaban las tierras desérticas al sur del río Colorado.

De todas maneras, la quijotada del impetuoso Sarmiento perseguía un objetivo que, lamentablemente, estaba por encima de las

cuestiones limítrofes. Los textos publicados en *Crónica* son elocuentes: la prioridad del argentino exiliado en Chile era plantarse en la vereda de enfrente de Rosas y atacarlo. En su embestida a quien consideraba responsable de todos los males institucionales de la Confederación, no se detuvo en la cuestión de la soberanía. En 1849 aún faltaban unos treinta años para que se evidenciara la política expansionista del país vecino y trece décadas para la innegable ayuda a los ingleses durante el conflicto de las Malvinas. Cargarle a Sarmiento el peso de la historia posterior ha llevado a conclusiones equivocadas y exageradas.

En 1868, cuando la prensa expuso sus fallidos textos de 1849 y se preguntaba si esa sería su actitud como presidente, optó por callar. Para una persona verborrágica y reaccionaria como él, dispuesto a responder hasta el más mínimo embate, su silencio decía mucho. El entorno fue crítico con *La Nación Argentina* y se preguntaba si era moralmente lícito atacar a Sarmiento en el umbral de su mandato por textos que habían visto la luz diecinueve años atrás.

Lo cierto es que, como veremos, sus acciones al frente del gobierno lo mostrarían como un celoso guardián de la soberanía. La "cuestión Magallanes" (así se conoció el tema) perdió fuerza hasta desvanecerse. Resurgió varias décadas después, en la segunda mitad del siglo XX y continúa siendo, a pesar de tratarse de un asunto de enorme importancia, objeto de debates superficiales.

“VOLVERÉ DENTRO DE POCAS HORAS AL PUEBLO”

Sábado 10 de octubre. La agenda del candidato electo tenía como principal programa una reunión en el Jockey Club. En las instalaciones de la Sociedad Rural Argentina, y con la presencia estelar del sanjuanino, los distinguidos socios conversaron con el sucesor de Mitre. Su buen humor influyó para que la reunión fuera distendida y sin exagerados formalismos. Esa tarde se eligió a Carlos Casares como presidente del Jockey, mientras que a Sarmiento y Alsina se les confirió la presidencia y vicepresidencia honorarias.

El domingo 11 Emilio Castro concurrió a la sede del gobierno provincial, en la calle Moreno, para asumir el cargo ejecutivo, en reemplazo del gobernador —inminente vice— Alsina. La ceremonia demandó diez minutos, firma de papeles y apretón de manos. Mientras que Mitre y Sarmiento tuvieron sus homenajes por separado. A primera hora de la noche, el Teatro Colón se mostró con una iluminación especial. Decenas de lámparas a gas recorrieron su contorno, decorado con cantidad de banderas argentinas. A las ocho, el programa de la velada en honor de Mitre anunciaba la ópera *Linda di Chamounix*, de Gaetano Donizetti, previa ejecución del Himno a cargo de los artistas. En paralelo, Sarmiento fue agasajado en casa del señor Marechal. Su amiga Juana Manso lo obsequió con breves y entretenidas obras teatrales. El banquete para cien invitados tuvo muchos brindis y augurios que DFS agradeció encantado.

Aun a pesar de que no era un día feriado, el lunes 12 se vivió como una jornada especial. La ciudad amaneció empapelada con afiches de tres tipos que expresaban el apoyo a Mitre, pagados por sus amigos, por estudiantes universitarios y comerciantes. Esa mañana circuló un texto impreso con el título de “Manifiesto del Gral. Mitre”. La despedida por escrito “con altura y dignidad”, de acuerdo con la correcta calificación de las voces amigas, provocó beneplácito en todos los sectores.

Pronto fue al grano para decir, entre otras cosas: “Sabréis disculpar los involuntarios errores en que como hombre haya podido incurrir”. Tras una breve exposición de los logros obtenidos, expresó con generosidad e hidalguía:

El presidente de la República, que ha sido elegido por vuestro sufragio soberano para sucederme en el mando, tiene de su parte la fuerza de la ley, cuenta con vuestro apoyo y necesita de la confianza y de la buena voluntad de todos para obrar el bien y llevar a buen término la ardua y penosa tarea que está encomendada a todo gobernante en un pueblo libre. Os pido para él la cooperación eficaz y la fuerza de opinión que me habéis prestado para gobernar con la ley en mano, y más aún, si posible es, para que su labor sea más fecunda y las bendiciones del cielo coronen sus nobles y patrióticos trabajos.

También se hizo tiempo para responder a las críticas, bienintencionadas o no, que padeció su gobierno:

- *Si todos los males que sufrimos no han sido evitados o no han sido curados, será porque me ha faltado el poder y la inteligencia; pero no la voluntad y la aspiración que como argentino debía abrigar de ver a mi patria al nivel de las primeras naciones.*
- *Acepto la responsabilidad que pueda caberme, confiando en vuestra benevolencia y equidad y esperando que en todo caso tomaréis en cuenta lo arduo de la tarea, las dificultades con que he luchado.*
- *Volveré dentro de pocas horas al pueblo del que salí para vivir de su vida, gozar de sus esperanzas, participar de sus dolores y acompañarle en sus sacrificios el día que sea necesario.*

Las palabras de Mitre contribuyeron a destruir cualquier posibilidad de disturbios. Al menos, eso fue lo que se pensó que ocurriría. Sin embargo, los imprevistos invadieron la tarde.

“EL POBRE PRESIDENTE APRETADO CONTRA LA MESA”

A media mañana, la Plaza 25 de Mayo fue poblándose. Algunos amigos de Mitre se convocaron para saludar al presidente en las últimas horas, participar del traspaso de mando y acompañarlo luego cuando se marchara a su casa. Al mediodía, don Bartolo asistió en un carruaje sencillo, pero con custodia, hecho poco habitual. Su intención era cumplir con la formalidad de dejarlos a disposición del sucesor en la puerta del “antiguo fuerte” (nombre popular que aún seguía recibiendo el terreno ocupado por la Casa de Gobierno).

En cuanto a Sarmiento, caminó desde su hogar en la calle Belgrano. Se reunió con Alsina y juntos se dirigieron al Congreso, edificio vecino, en ese entonces, a la sede del Poder Ejecutivo, en la calle Balcarce, frente a la Plaza de Mayo. A la una ingresaron abriéndose paso. Observaron a un hombre que insultaba al oficial que montaba guardia en la puerta del edificio. Una vez adentro entendieron el motivo. El recinto —incluido el espacio superior conocido como “la barra”— y la sala contigua estaban atestados de gente. Debe aclararse que las mujeres asistían a la plaza o espacios internos, pero no se entremezclaban con las aglomeraciones. Solían ubicarse en sitios más alejados del movimiento.

El encargado de tomarles juramento fue Ángel Elías —vicepresidente de la Cámara alta—, quien reemplazó a Valentín Alsina, ausente desde el 10 hasta el 14 de octubre. Desconocemos si faltó por enfermedad o por algún motivo de orden parental. Lo cierto es que el 12, su hijo lo reemplazó en la presidencia de la Cámara de Senadores.

Elías era urquicista y con historial de enfrentamientos con el nuevo jefe de Estado. Claro que todas las diferencias quedaban al margen en un acto institucional de tanta relevancia. Se cumplió con la fórmula de rigor (“Juráis ante los Santos Evangelios desempeñar con lealtad y patriotismo…”.) y Elías dirigió la palabra a Sarmiento: “Podéis contar, señor, con la cooperación del cuerpo legislativo que estará a vuestro lado para sostener en todo su esplendor la Constitución Nacional y siempre que vuestra bandera sea la bandera de la libertad y la justicia. Yo por mi parte, señor, al reconoceros como el presidente constitucional de la República, hago sinceros votos para que la

Providencia os ilumine para vuestra gloria para felicidad de los argentinos".

El marco popular le restó solemnidad al acto.

Era el turno del discurso principal. DFS tomó las hojas que llevaba en su saco. Apenas había leído un par de párrafos, cuando se sintió incómodo por el murmullo de los ciudadanos que habían ocupado la barra. Asomó su costado docente y gritó: "¡Silencio!" (alguna crónica indica que su amonestación fue: "¡Cállense!"). Logró el efecto deseado en la audiencia y retomó la palabra. Comenzó marcando la importancia de administrar de la mejor manera posible los fondos públicos y se refirió a la transparencia que pretendía: "La moral administrativa será completa durante el período de mi gobierno".

Respecto de la Guerra del Paraguay expresó su vocación pacifista y acotó que era evidente que se acercaba su culminación. Sin embargo, no quería que una negociación amenguara las ventajas obtenidas. "Es necesario que no nos abandone por un momento la decisión constante de proseguir la guerra hasta que hayamos obtenido seguridad para lo futuro". También dejó en claro que deseaba mantener la muy buena relación con Brasil y Uruguay.

Aquí, los conceptos que recibieron el aplauso de todo el recinto:

- *Ha llegado el tiempo de indagar si el gobierno es lo que debiera ser bajo nuestras instituciones republicanas, es decir, el instrumento para distribuir la mayor porción posible de felicidad sobre el mayor número posible de individuos. Los pueblos no aman las instituciones que los rigen sino cuando estas condiciones se encuentran cumplidas.*
- *Esparcir la civilización sobre aquella parte de la República que no goza aún de sus ventajas, proveer eficazmente a la defensa de las fronteras, dar seguridad a la propiedad y a la vida, son condiciones tan esenciales como el cumplimiento mismo de las prescripciones de la Constitución.*
- *Una mayoría dotada con la libertad de ser ignorante y miserable no constituye un privilegio envidiable para la minoría educada de una nación que se enorgullece llamándose republicana y democrática.*
- *La declaración de los derechos que hemos inscripto en la Constitución no son una conquista nuestra, sino un legado que debemos conservar incólume.*
- *Nuestra historia revela que tenemos más alta conciencia del bien que paciencia y capacidad para realizarlo.*
- *Concluiré recordándoles con Lincoln que "la urna electoral es el sucesor legítimo de las balas, y que cuando el sufragio ha decidido libre y constitucionalmente, no puede apelarse de su fallo sino interrogando nuevamente el escrutinio en una votación posterior".*

El presidente y el vice recibieron el saludo de Elías y otros legisladores. De inmediato se encaminaron a la vecina Casa de Gobierno, abriéndose paso entre la multitud. El escenario que los esperaba era aún más desprolijo. La sede del Poder Ejecutivo había abierto sus puertas y una multitud había invadido el edificio. Sin más custodia que algunos amigos que les franqueaban el camino, Sarmiento y Alsina llegaron hasta el salón de recibo del jefe de Estado, ornamentado con el clásico retrato de Bernardino Rivadavia, más un escritorio donde los esperaba Mitre, y varios sillones que apenas podían adivinarse entre cientos de personas apretujadas. Durante todo el trayecto, por cada uno que gritaba "¡Viva Sarmiento!", tres o cuatro respondían: "¡Viva Mitre!" o "¡Hurras al general Mitre!".

A pesar de que los protagonistas de la tarde deseaban mostrarse a la altura de las circunstancias, el descontrol ganaba la puja. Se oían los estallidos de vidrios, de ventanas o muebles, sumando confusión. El manifiesto tempranero de don Bartolomé, que para muchos había augurado una tarde pacífica, perdió todo su efecto.

Era una jornada histórica. Tanto Mitre como Sarmiento hicieron referencia a la importancia de haber llegado a un traspaso natural. "El poder va a transmitirse por primera vez en nuestra Patria en toda su integridad política y territorial" (Mitre). "Este es un día fausto para la República, no porque yo subo al poder, sino porque esta vez es la primera que en el orden constitucional las insignias del mando pasan de un funcionario a otro, sin violencia y por el libre uso de los derechos del pueblo" (Sarmiento).

Fue un traspaso de mando de gran relevancia en un marco agitado, en el que Mitre, casi sin espacio entre el escritorio y la pared, leyó el decreto que investía a su sucesor en el mando y entregó los atributos, pero interrumpiendo a cada rato para pedir silencio. El bastón, realizado en fibra y carey, con empuñadura de cristal de roca y oro cincelado, llevaba las iniciales "J. J. U.". Había sido enviado por Urquiza como un gesto reconciliador. Los buenos oficios de Mansilla y Benjamín Victorica (pariente político del entrerriano) posibilitaron el acercamiento inicial. Aclaremos que no era el bastón que usó el entrerriano en la presidencia. Resonaba la salva de los cañones cuando don Bartolo pidió permiso para retirarse, concedido por el sucesor.

Años después de la muerte de Sarmiento, su nieto Augusto Belín dio a publicidad un texto que había escrito el sanjuanino (en tercera persona), que lo convierte, entonces, en cronista de su propia asunción:

> *El primer acto administrativo del señor Sarmiento fue, según* La Nación Argentina*, pedir silencio a los espectadores en el Congreso. El*

último del general Mitre en el Fuerte, al entregar el bastón, fue ordenar por repetidas veces silencio a la muchedumbre de muchachos y curiosos que se apoderaron de la Casa de Gobierno. El pobre presidente, apretado contra la mesa, con menos respeto que si fuera un changador, extendía los codos para mantenerse de pie, en medio de las oleadas de gente apiñada, estrujada, empujada por otras oleadas que subían las escaleras.

Trepada sobre los sillones del salón de recibo, sobre las mesas y las chimeneas, con gritos y estrépito de vidrios de puertas y ventanas que hacía trizas la muchedumbre, jamás se ha presentado espectáculo más innoble y vergonzoso que el del antiguo Fuerte. La sombra de Rivadavia estaba presente en su retrato, contemplando aquella orgía. ¡Rivadavia, que asistía de calzón corto y corbata blanca al despacho diario!

Los ministros diplomáticos sufrieron la presión de los muchachos y gente alborotada que ajaba sus bordados. Esta escena había sido preparada por el espíritu de la pasada administración.

Según el privilegiado espectador, las responsabilidades estaban a la vista:

Falta de autoridad en el gobierno y, por consiguiente, falta de respeto en el pueblo. Un salón contiene cierto número de pies cuadrados y solo admite un cierto número de personas, ni una más, ni una menos.

Mandar abrir de par en par las puertas de palacio para dejar entrar tres mil curiosos era crear un tumulto, a designio o por imprevisión. No había guardias ni policía, y donde la había, la muchedumbre está habituada a atropellarla y burlarse de ella. Todo, la obra de seis años de populacherío, de indolencia, de laxitud, de renuncia voluntaria a toda práctica, a toda forma.

Poco conforme quedó con el acto de asunción. Más aún al día siguiente, cuando se enteró de que su antecesor había experimentado sensaciones muchos más gratas.

“FUERON LOS ÚNICOS QUE QUEDARON CON SARMIENTO”

Mientras el flamante presidente se quedó recibiendo delegaciones —diplomáticos, militares, la Corte Suprema, el gobernador Castro, etc.— e intercambiando discursos, Mitre salió del edificio y se topó con la multitud que le impedía caminar. El coronel Mateo Martínez y el general Emilio Conesa tomaron al general de sus brazos. De esta manera, el trío abrazado consiguió superar la valla humana. Durante todo el recorrido, Mitre fue ovacionado. Diarios de posiciones enfrentadas coincidieron en que unas tres mil personas acompañaron al mandatario saliente. En las esquinas se desprendía de su bicornio militar para saludar a las damas que lo aplaudían desde los coches. La emoción lo dominó y no pudo evitar las lágrimas. Cuando entró en uno de los ambientes de su casa —el patio interno estaba desbordado, al igual que las ventanas que daban a la calle—, un colaborador cercano ensayó un discurso muy aplaudido. Entonces, Mitre volvió al espacio abierto y en breves palabras expresó su profunda gratitud.

Sarmiento continuaba con los saludos formales. Todo marchaba de acuerdo con el protocolo y las costumbres de la época. Pero se evidenció un contraste novedoso. La manifestación popular hacia la autoridad que cumplía el mandato era un hecho insólito. Todos los diarios, incluidos los sarmientistas, reflejaron ese aspecto curioso de la jornada. Pero el mitrista *La Nación Argentina* afiló la pluma (o las garras) y fue el más elocuente, además de no considerar el traspaso de mando como una tregua. Por ejemplo, inició la crónica de la jornada con el siguiente encabezado:

> *El Presidente de la República, Brigadier General Don Bartolomé Mitre, entregó ayer el mando supremo al Teniente Coronel, Doctor Don Domingo F. Sarmiento.*

Por supuesto, no hay nada reprochable en que un brigadier entregue el mando a un coronel. Así funciona la democracia. Pero el diario de Juan María Gutiérrez fue el único que subrayó el detalle. Además, definió el lugar de los dos protagonistas según su mirada:

> *Si una persona que no lo conociera de antemano hubiera llegado ayer*

a Buenos Aires y presenciado las manifestaciones que tuvieron lugar, creería, y con motivo, que era el presidente Mitre el que subía al Gobierno levantado por el entusiasmo de un pueblo, y que el señor Sarmiento se iba a su casa acompañado de dos o tres amigos.

Para el mencionado periódico, lo sobresaliente no era la asunción del nuevo jefe del Gobierno, sino el final del mandato de Mitre. Incluso en las narraciones de los hechos, se dedicaron a menospreciar toda acción del sanjuanino. Por ejemplo: "El señor Sarmiento leyó bastante mal el largo discurso". Se referían al que expuso ante los legisladores. Y fueron más allá. Aseguraron que no había sido escrito por él, sino por Avellaneda. Por eso, en el momento de transcribirlo para sus lectores, le dieron un sugestivo título: "Discurso de Avellaneda leído por el señor Sarmiento".

El asunto continuó debatiéndose en los días siguientes. *La Nación Argentina* buscó dar veracidad a su postura revelando la fuente. Nombró al propio doctor Avellaneda. *La Tribuna* se entrevistó con el tucumano, quien ofreció una versión menos sensacionalista. Explicó que DFS les había dado el borrador de su alocución a los integrantes de su gabinete. Vélez lo ponderó, pero Avellaneda manifestó que era confuso. Cuando lo analizaron, advirtieron el motivo: se había colado la hoja de una carta que enviaría a cierta amistad. En esa página se entremezclaban datos que ya figuraban en el texto con otros que no estaban. Sarmiento le pidió a Avellaneda que los incorporara. Eso fue todo.

El diario mitrista también puso énfasis en el pedido de silencio a los espectadores agolpados en la barra del Congreso (se admitía la entrada libre hasta completar los asientos). En este caso, eligió el título: "El silencio de Sarmiento". Para muestra basta un párrafo:

El presidente de la República, en el salón de su despacho, bien puede imponer silencio a los que lo perturban en medio de una ceremonia solemne. Pero en el recinto del Congreso tiene que dejar que la cámara haga su propia policía, pues de lo contrario se inferirá el desaire de los que se entremeten a mandar en casa ajena con injuria de sus dueños [se refiere a los presidentes de ambas cámaras].

Más allá de la parcialidad de *La Nación Argentina* —periódico que funcionaba en la planta alta de la casa de Mitre y que el general refundaría con el nombre *La Nación* en enero de 1870—, las crónicas publicadas en los medios de la época permiten reconstruir un 12 de octubre en el que la despedida a Mitre eclipsó la asunción de Sarmiento. Mucho antes y después de aquella jornada histórica la popularidad se llevó mejor con el brigadier que con el coronel. Aun

así, tal vez sea exagerado el comentario que deslizó:

> *La familia Varela, los parientes de la familia Varela; los ministros Vélez, Gorostiaga y Avellaneda, y los miembros de sus familias fueron los únicos que quedaron con Sarmiento cuando se retiró el benemérito brigadier Mitre. Los que acompañaron a Sarmiento hasta su casa no pasaban de treinta personas. Esto da la medida de la popularidad con que cuenta el nuevo.*

El hecho de que mencionara a “Vélez” y a “los miembros de sus familias” nos permite intuir la presencia de Aurelia. Permítasenos creer que fue así. En cuanto al párrafo transcripto, tal vez sea exagerado decir que solo treinta personas acompañaron al sanjuanino a su domicilio en los altos de la casona de la calle Belgrano. De todas maneras, la realidad no podía soslayarse. El nuevo presidente, que buscaba agitar la bandera de la moral administrativa, iniciaba su mandato debilitado y muy molesto por el destrato y la falta de respeto hacia su investidura.

AUSENTE CON AVISO

Por la noche se realizó una gala en el Teatro Colón, con el fin de agasajar al nuevo mandatario. Sarmiento invitó al expresidente. Pero Mitre se excusó, a través de una breve esquela que redactó por la tarde, luego de regresar a su casa:

> *Estimado presidente:*
> *Había pensado ir esta noche al teatro con mi familia a palco particular para saludar su elevación al mando y manifestarle con esta pequeña muestra pública mi agradecimiento y el de Delfina por los cuidados que ha tenido con nuestro hijo.*
> *Me habría sido igualmente agradable aceptar su amable invitación al palco de Gobierno, pero he manifestado a nuestro amigo don Manuel Ocampo los temas que me lo impiden.*
> *Estoy en permanencia en mi casa recibiendo las visitas de mis amigos y de todos los que se han dignado honrarme en este día con su saludo, y tendré que estar en toda la noche, teniendo además a mi mesa una porción de invitados a quienes tengo que atender.*
> *Deseándole una noche feliz y un triunfo popular.*
> *Muy suyo siempre.*
>
> *B. Mitre*

“NO SE DESMIENTE A UN MINISTRO”

En las últimas décadas del siglo XX se instaló la idea de que los jefes de Estado disponían de cien días de crédito para poner en marcha su gobierno, en una especie de luna de miel, con la lógica de que, si ganó con el voto mayoritario, siempre podía contar con el respaldo y encauzar su gobierno. Con las disculpas por el anacronismo, no fue el caso de Sarmiento, a quien los ataques más feroces le estallaron aun antes de que asumiera.

El martes 13, su primer día de gestión, lo dedicó a reuniones con los ministros y decisiones internas, más bien caseras, respecto del edificio que ocuparía por seis años y el personal que lo habitaría. El jueves 15 comenzaron a tomarse medidas de peso institucional, como la intervención de Corrientes, provincia con dos gobernadores que se disputaban por la fuerza el terreno, uno en la capital, el otro en las afueras. El encargado de viajar a la zona de conflicto fue el ministro Vélez, con instrucciones de entrevistarse en Entre Ríos con Urquiza y sellar una alianza fundamental para el equilibrio del poder. La gestión fue satisfactoria y se convirtió en el primer logro de la flamante presidencia. Pero entre el martes y el jueves, hubo un miércoles de furia.

El jefe del gobierno había ordenado un importante recambio de personal. Cualquier empleado que se sospechara cercano a Mitre o Elizalde debía ser desplazado. Fue el caso de Carlos Ami de Chapeurouge, joven de dieciocho años que cumplía tareas bajo la órbita del Ministerio del Interior y, además, escribía en el diario *La Nación Argentina* de Juan María Gutiérrez, lo que era muy mal visto por el nuevo oficialismo.

Chapeurouge tenía a cargo temas relacionados con el poder. Por ejemplo, se lo señalaba como el informante de la nota titulada “El rey se divierte”, deslizando que el eterno maestro había vuelto borracho de una orgía cuando en realidad había ido a ver la tumba de su hijo.

Enterado de su desplazamiento, el joven se dirigió al despacho presidencial, sin advertir, por enojo e inexperiencia, el error de no esperar el regreso de Vélez, su ministro. De la misma manera, pasó por alto a un visitante —el comerciante Elías— que aguardaba para entrevistarse con el jefe de Estado.

Chapeauroge ingresó al escritorio sin el debido permiso. Ante el

primer magistrado protestó por la injusticia de su despido. La versión oficial indica que el sanjuanino lo interrumpió:

> —No hay justicia, usted ha tenido la insolencia de decir al ministro de gobierno que no deja su parte de redacción en *La Nación* que se le había pedido ni el empleo que tiene en el ministerio.
> —Señor, le doy mi palabra de honor que no es cierto…
> —No se desmiente a un ministro. Su palabra hace fe. Salga usted para afuera.

Chapeauroge contó que Sarmiento se levantó para echarlo. Entonces, se produjo una escena grotesca que habla de la insolencia del joven y de la falta de cordura del jefe de Estado. Lo corrió por el salón lanzándole puntapiés, mientras el agredido lo esquivaba y sonreía burlonamente.

Estos detalles quedaron al margen de la crónica publicada en *El Nacional*, el viernes 16. El texto no llevaba firma, pero detrás del anonimato se escondía el propio presidente que aprovechó el espacio para revolver los pormenores del día de la asunción y protestar por "la falta total de educación que ciertos mozuelos ejercitan a la puerta de los templos, como en la Casa del Gobierno Nacional".

Las reacciones intempestivas de Sarmiento, esa falta de paciencia para contenerse y meditar sus pasos antes de lanzarse, fue un inconveniente que complicó su vida pública.

CON LA GENTE DE CAMPO

Acaba de estar a verme el doctor Vélez de regreso de Entre Ríos. Todo ha salido de mil maravillas en la misión que le confié. Urquiza está a mis órdenes y dispuesto a apoyarme.

DFS A SU HERMANA BIENVENIDA, 30/10/1868

El primer fin de semana de desconexión de los asuntos de Estado se inició el sábado 7 de noviembre. Después del mediodía, Sarmiento partió con amigos en tren, desde el centro hasta Tigre. Serían huéspedes de Antonio González Moreno y familia, quienes poseían una de las casas más vistosas del Delta.

Acompañaron al presidente sus parientes, Auguste Carrié y Eloísa Salcedo, más los señores Halbach, el ingeniero Ignacio Rickard, George Craufurd (periodista, de muy buena relación con Sarmiento), Lucio Mansilla y el capitán Richard Burton, entre otros.

En la estación los recibió el gerente del ferrocarril, Henry Crabtree, caballero popular por sus buenas maneras, de quien se decía que podía haber sido embajador gracias a sus inagotables recursos en el manejo de las relaciones públicas. La intervención del gerente fue decisiva apenas pasada la estación Olivos, cuando Sarmiento se asomó por una ventana y perdió su sombrero. De inmediato, Crabtree organizó el rescate y pocos minutos después continuaban la marcha con la calva presidencial bien resguardada.

Entre lo más destacado figuró una sustanciosa comida al aire libre, el domingo, que sin duda incluyó higos porque el goloso mandatario siempre ponderaba las higueras de Gregoria Halbach de González Moreno.

A pesar de que tenían un tren a disposición, Sarmiento y compañía resolvieron regresar el lunes muy temprano a bordo del vaporcito *Baby*. Con energía renovada, retomó la actividad a media mañana. Se sentía a gusto realizando actividades al aire libre.

Por eso, aprovechó el fin de semana siguiente para cumplir con una invitación a Domselaar, cincuenta kilómetros al sur de Buenos Aires. El sábado 14, pasadas las dos de la tarde, el sanjuanino y su entusiasta comitiva excursionista fueron recibidos en la terminal de Constitución por el ingeniero Edward Banfield, encargado del Ferrocarril del Sud y, en este caso, improvisado maquinista, ya que se hizo cargo de la locomotora. La formación los llevó a destino en un tiempo que maravilló a todos. Cubrió los 52 km en 52 minutos, marchando a 60 km/h. En la estación Domselaar —partido de Brandsen— los aguardaban los carruajes que los transportaron a la estancia del anfitrión, el inmigrante alemán Ernst Oldendorff, a cinco kilómetros de distancia. El coche asignado al presidente, tirado por dos elegantes yeguas de raza, fue el comentario de todos.

Banderas de diversos países engalanaban el casco principal, mientras que el pabellón argentino, al igual que el alemán, habían sido dispuestos en los dos ombúes de la entrada donde el matrimonio Oldendorff aguardó a sus huéspedes. Realizaron un paseo para distenderse y observaron la técnica de los esquiladores de ovejas, que era el orgullo de los dueños de casa.

A las seis de la tarde se sirvió la gran comida, acompañada por abundante vino y brindis. El carácter jovial y distendido de Sarmiento ayudó a mantener la celebración lejos del protocolo. Alguien propuso ir a visitar a la peonada que también celebraba fuera de la casa aprovechando el buen clima. Fue una buena idea porque les permitió recorrer el jardín que ofrecía un espectáculo único, con luces de colores variados. Este efecto se lograba con velas en cáscaras de frutas y papeles de diversas tonalidades.

Los hombres de campo, en su mayoría italianos y escoceses, se recreaban alrededor de una fuente inmensa de lo que podríamos llamar un clericó gigante. Algunos cantaban y otros oficiaban de público entusiasta. Cuando vieron llegar a los anfitriones y los invitados, cesó la música, todos se pusieron de pie y el campo se colmó de vítores al presidente, quien les dirigió unas palabras: recordó su pasado humilde, su niñez con privaciones y remarcó la importancia de la formación y el trabajo para salir adelante. Su brindis recibió elogios. Luego los invitados regresaron a la casa escoltados por peones cantores que evidenciaban más alegría que afinación.

La actividad continuó al día siguiente, con un paseo instructivo por la estancia para conocer los adelantos del arado y los magníficos ejemplares de las caballerizas. Desayuno fuerte a media mañana, almuerzo moderado, siesta y una comilona salpicada de brindis. La comitiva estiró un poco la mañana del lunes. Se les sirvió un desayuno-almuerzo y a las once abordaron el tren que, al igual que a la ida, fue conducido por el gerente Banfield. Ingresó a Constitución al

mediodía. Sarmiento concurrió a su despacho en la Casa de Gobierno. Sus allegados percibían el notable contraste y los cambios de humor. Nada le gustaba más que la naturaleza, los paseos y las mesas servidas con abundancia. Pero había un país que debía ponerse en marcha. Y él era el maquinista.

“EL ESTALLIDO DEL CHAMPÁN”

Las de Carrié les escribirán con más detalles sobre mi vida interna. Yo no tengo ganas de decir nada de esto.
Por un conjunto de causas que son independientes de mi posición, estoy contento y me siento feliz.

DFS A SU HIJA FAUSTINA,
30/10/1868

La caridad, un marino emprendedor, la nueva moda de la gastronomía, un empleado atento del ferrocarril, las autoridades del país y algunos malvados convergen en este capítulo para recrear una de las historias más curiosas del comienzo de la presidencia.

Comencemos por presentar al capitán Bartolomé Bossi. Italiano, llevaba afincado en el Río de la Plata unos veinte años. Con Domingo Faustino ya se conocían, pero se reencontraron en Boston, donde el marino acudió para comprar un vapor al que bautizó *América*. Se carteaban a menudo. “Mi amigo, quiero ser el primero en felicitarle de corazón”, le escribió el capitán cuando estaba a punto de confirmarse la elección presidencial. En algún momento se especuló sobre que el sanjuanino volvería a Buenos Aires en la flamante nave de Bossi. Finalmente, como bien sabemos, el presidente electo regresó en otra embarcación. Aun así, el italiano participó de un hecho anecdótico que contamos en su oportunidad. Fue quien había dejado en Recife el sobre con la inscripción: “Señor Sarmiento Presidente de la República Argentina”, dato que alertó a las autoridades acerca del ilustre visitante que llegaría en breve.

Otra protagonista de esta historia fue Carmen Nóbrega. La esposa del ministro Avellaneda presidía una entidad creada hacía pocos años: la Sociedad de Damas de la Caridad. La acompañaban en la comisión directiva las señoras Ernestina Bonich de De Mot y Clotilde Barra de Mouján. Las damas habían organizado un gran baile benéfico en el

Coliseo, el segundo gran teatro de la ciudad. Hubiera sido una reunión danzante más, de las muchas que se celebraban con el fin de recaudar fondos para los más necesitados. Sin embargo, las matronas decidieron cambiar el programa e innovar: harían un picnic en Tigre.

Se trataba de una costumbre inglesa que se imponía en la Europa continental. Llegó a la Argentina y era ideal para disfrutar del buen tiempo de noviembre. Pero no debemos imaginar grupos sentados en el pasto. En este caso, picnic significaba un almuerzo sin las formalidades habituales ni cocineros, en un ambiente distinto, preferiblemente, al aire libre.

Bossi se enteró del nuevo proyecto de las Damas de la Caridad y puso a disposición el *América* (era socio capitalista) que esperaría a los visitantes anclado en Tigre y ofrecería la informal comida a bordo. Le brindaría una magnífica oportunidad para promocionar la moderna embarcación y, de paso, aprovecharía para que la máxima autoridad la conociera.

Se organizó todo para el domingo 22 de noviembre. Participar de un picnic al que asistiría nada menos que el nuevo presidente fue suficiente atractivo para reunir a lo más selecto de la ciudad. La estación Retiro fue el punto de encuentro. Allí aguardaban las señoras de la comisión a los benefactores, acompañadas por suaves melodías musicales que interpretaba una banda contratada al efecto. Apenas pasadas las diez de la mañana se inició el desfile de carruajes que se detenían unos segundos en el arco de la entrada para dejar a sus ocupantes.

Sonó el silbato a las once y el tren expreso se puso en marcha. La capacidad estaba colmada. Entre los cuatrocientos pasajeros se destacaban —además de Sarmiento— Alsina, el gobernador bonaerense Castro y los ministros Avellaneda, Gainza y Vélez Sarsfield. También los acompañaban algunos de los que trabajaron en la campaña presidencial: Martín Piñero, Lucio Mansilla y Aurelia Vélez. La gracia y elegancia aportadas por la hija del ministro y las otras mujeres fueron resaltadas por los periodistas. Salvo una corta parada en la estación Belgrano, la marcha fue constante y arribaron a Tigre luego de cuarenta minutos de viaje.

El buen tiempo acompañó al presidente y su entorno una vez más. “El clima no podría haber sido más favorable, y el estado nublado del cielo eliminó uno de los mayores inconvenientes que habrían surgido de la exposición a los rayos penetrantes de nuestro sol de verano”, retrató el periódico *The Standard*.

Hubo cierta preocupación por la bajamar y las limitaciones para trasladar en botes a los concurrentes hasta el *América*, en aguas del río Luján. La pericia de los que tripulaban las pequeñas embarcaciones resolvió el problema.

Con orgullo, el anfitrión Bossi recibió a cada una de las personalidades, dándoles la bienvenida al palacio flotante que mostraba todos los colores posibles, por las banderas que adornaban su inmensa silueta. Presentaba cubiertas en distintos niveles, dos plantas y amplios salones. La infaltable música invitaba a bailar y los más jóvenes no demoraron en hacerlo. Las fragancias de las flores envolvían a los bailarines. Solo los detuvo el tiempo suficiente para almorzar. Una de las crónicas ofreció el siguiente cuadro:

> *A las dos en punto los invitados se sentaron a participar de las muchas cosas buenas provistas. El choque de los platos, el estallido del champán, mezclado con el murmullo de las voces humanas, produjeron un concierto estimulante, presidido por la hilaridad universal y el buen humor.*

Después de comer, mientras los bailarines retomaban la danza y los demás paseaban por la cubierta o descansaban en los salones, un selecto grupo —el sanjuanino, Aurelia, Dalmacio, Piñero, Mansilla, Gainza, Avellaneda, los González Moreno, Santiago Calzadilla y pocos más— abordó el vaporcito *Jacaré* con el propósito de visitar la isla de Sarmiento. Había tomado posesión en 1855, bautizándola con el nombre de Procida, evocando una isla napolitana. Los invitados al terruño del jefe de Estado se internaron para apreciar de cerca el abundante follaje, los álamos, los sauces y los árboles frutales, además de contagiarse del "inagotable humor" de su Excelencia. Regresaron a la costa (ya no había tiempo de volver al *América*), donde los aguardaba el tren que los devolvería a la ciudad. Fue un paseo inolvidable, en el que las obligaciones presidenciales se relajaron, aunque la sociabilidad y el protocolo eran más intensos que en los días ordinarios en la Casa de Gobierno.

Cuando llegaron a Retiro, el gerente del ferrocarril (Crabtree) contó a unos pocos lo que nadie imaginaba. Temprano en la mañana, el jefe de la estación Belgrano había recorrido el tendido de vías hasta la próxima parada —Rivadavia— para verificar que todo estuviera en orden. Descubrió que en un tramo habían puesto clavos de varias puntas, es decir, miguelitos, con el fin de hacer descarrilar la formación y causar un accidente. ¿Era una broma estúpida o un atentado? No se trataba de un hecho aislado. En Tigre, manos anónimas pintaron un vagón con inscripciones ofensivas hacia Sarmiento, similares a otras que aparecieron, con tinta indeleble, en las paredes de la estación San Fernando. Todos estos inconvenientes fueron subsanados antes de que pasara el tren que llevaba al presidente, al vice, al gobernador y a los ministros, más unas cuatrocientas personas. La jornada tuvo un final feliz, por más que



algunos esperaban otros graves resultados.

FIN DE AÑO

El alegre hogar isleño del presidente Sarmiento atrajo especial atención. La casa es de la rusticidad más modesta, mientras que la isla está adornada por todos lados con álamos, sauces y los árboles frutales más selectos.

THE STANDARD,
26/1/1869

Cuando visitó la estancia modelo de Ernst Oldendorff, a comienzos de noviembre, Sarmiento se comprometió a regresar a fines de diciembre para ver la maquinaria agrícola en acción. Especialmente, las magníficas segadoras que estaban dando que hablar en todo el mundo. Para realizar el corte de la cosecha, el aparato requería apenas dos hombres, uno a pie y el otro a caballo, que completaban la tarea en una jornada. Sin la maravilla mecánica, para realizarlo en el mismo plazo se necesitaba la acción conjunta de decenas de operarios.

El sanjuanino quería ver a las segadoras en acción. Se estipuló que lo haría el 24 de diciembre, pero las tormentosas condiciones del tiempo obligaron a una prórroga.

El último día del año, a las 5.45 de la mañana, Sarmiento, el edecán presidencial de turno, sus dos sobrinas segundas —y vecinas— Josefina y Pepa Carrié (14 y 11 años), el diputado Pedro Agote y muy pocos más arribaron a la estación Constitución para tomar un tren que estaba colmado (aclaremos que nadie viajaba parado) por la fecha especial, ya que muchos se alejaban de la ciudad para pasar fin de año en quintas o en el campo. Entre tantos, se destacaba el numeroso grupo que partía rumbo a la localidad de Ranchos, a la estancia de Richard Gibbings, quien realizaba la fiesta más importante cada 31 de diciembre.

Esta vez no hubo que lamentar atentados ni pintadas.

El presidente y su comitiva fueron conducidos en carruajes desde la estación hasta el campo, participaron de un liviano desayuno (café,

galleta de campo) y partieron a ver la tarea con las segadoras. Sin duda, la estancia del alemán era la mejor equipada —de hecho, él fue uno de los primeros en alambrar— y marcaba el camino al campo argentino.

Se sirvió un almuerzo más alemán que criollo, y en medio de la amena reunión, un paisano llegó al galope hasta la casa, saltó del caballo y corrió a entregar un papel a Oldendorff. El estanciero se lo pasó a Sarmiento. Era un inesperado telegrama enviado desde la estación Constitución. Anunciaba que el secretario del Ministerio del Interior Luis Varela viajaba en tren con noticias importantísimas llegadas de Paraguay y referidas nada menos que al fin de la guerra. (Lo calificamos de inesperado porque en aquel tiempo el sistema de telegramas entre ciudades de Buenos Aires se encontraba en una incipiente etapa de experimentación).

Efectivamente, poco antes de las tres de la tarde, Varela, acompañado por el ingeniero Banfield, arribó al casco portando el despacho oficial. El semblante de Sarmiento era inconfundible. Las jovencitas Josefina y Pepa fueron testigos del instante preciso en que su tío, el presidente de la Nación, se anotició de los sucesos en Paraguay. El dueño de casa mandó por botellas de champán que se descorcharon de inmediato.

Su anhelo de paz, la deseada culminación de la guerra, aquella que se cobró miles de vidas —entre ellas, la de su hijo—, llegaba horas antes de que se terminara el año 68. Sin embargo, la buena nueva fue una noticia innecesariamente apresurada. Un grueso número de tropas paraguayas habían capitulado el día 30. Pero el mariscal Francisco Solano López, a pesar de que la suerte estaba echada, no se rindió. Y aún se sostendría dos meses más.

Los viajeros regresaron de Domselaar esa misma tarde. Su Excelencia despidió el año en la intimidad del hogar de la calle Belgrano.

Se cumplían los primeros ochenta días de gobierno, en los que había intervenido la provincia de Corrientes, prohibido que los empleados públicos nacionales actuaran como gestores, establecido un premio al mejor sistema de conservación de la carne, creado la Oficina Topográfica, ideado una exposición universal a realizarse en Córdoba y propuesto al ingeniero Rickard para que llevara adelante un relevamiento de los minerales en la Argentina; entre otras decisiones. En ese mismo período, hubo tres ataques de malones (en las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Mendoza), dos avances de montoneras (en Salta y Catamarca), más tres enfrentamientos de la Guerra de la Triple Alianza donde actuaron tropas argentinas.

Aun con peso en ambos platillos de la balanza, el último día del año 68 dejó un sabor dulce en el paladar del presidente.

“NO TRATE DE ECONOMIZAR SANGRE DE GAUCHO”

Nadie más maravillado que Sarmiento ante las proezas de la producción y el trabajo entusiasta de la paisanada. En la primera visita al establecimiento de Oldendorff llevó a cabo un brindis: “¡A la salud del peón! ¡Dios los bendiga!”. Jamás se había difundido que un jefe de Estado se mezclara con sencillos trabajadores y brindara a su salud. El hecho fue destacado, con diferentes matices, en la prensa local.

¿Hablamos del mismo hombre que pocos años atrás había escrito a Mitre: “No trate de economizar sangre de gaucho. Este es un abono que es preciso hacer útil al país. La sangre es lo único que tienen de seres humanos”? Semejante expresión se ubica en el polo opuesto de sus elogiosos comentarios acerca de los hombres que realizaban la faena en Domselaar.

Para comprender el alcance de su polémica manifestación, debemos considerar el contexto de la época.

Como ya dijimos, el Museo Histórico Sarmiento de Buenos Aires reúne la mayor colección de correspondencia del sanjuanino. El conjunto comprende cartas escritas por el maestro y otras dirigidas a él. Entre los miles a disposición de los investigadores, destacamos quince que abarcan el período 1863-1873, y fueron remitidas por gobernadores, ministros, funcionarios y amigos.

Las quince contienen expresiones acerca de los gauchos. Catorce lo hacen en forma negativa, dándoles el sentido de bandidos, pillos, ladrones, matreros, saqueadores, delincuentes, etc. La restante fue enviada por el ministro Martín de Gainza, desde Concepción del Uruguay, en mayo de 1871. Allí comentaba que, “a pesar del atraso y la barbarie de los gauchos de la región, estos tienen deseos de paz y trabajo”.

Se suman otras cuatro cartas a la quincena. Tres hacen referencia al “gaucho Leiva” y la otra, al “gaucho Flores”. En ambos casos, se trataba de hombres que debían rendir cuentas ante la Justicia por hechos cometidos.

La expresión: “No trate de economizar sangre de gaucho” seguirá siendo poco feliz. De paso, anotemos que Mitre, el destinatario de esa carta, tampoco se mostró contrariado por esos conceptos.

La mancha que ha dejado esta frase se agranda porque hoy sentimos orgullo por nuestra gente de campo. Aun así, nos preguntamos si los gauchos de este tiempo se molestarán más con él y sus contemporáneos que con aquellos que los precedieron y dejaron una imagen tan controvertida.

Juan Bautista Alberdi, en cartas dirigidas a Sarmiento en 1853, manifestaba que había que cuidarse de los "gauchos de la prensa", también de los "gauchos del gobierno". En ambos casos, empleando el término en forma peyorativa. Allí también deslizó que los gauchos "no saben ser ciudadanos en la paz". La expresión aún distaba de la calificación honrosa que le damos hoy, por más que los urquicistas bregaban para que se erradicara la connotación menospreciativa de "gaucho" y "caudillo", afianzada durante la guerra civil.

Si nos detenemos en los diarios de la década de 1860, la cantidad de menciones neutrales o positivas son mínimas, mientras que las alusiones a la vinculación del gaucho con los delitos es más marcada aún. Se habla de: "asesinado por un gaucho", "gaucho ocioso", "gaucho ventajista", "adoptó los trucos gauchos y apuñaló", "gaucho borracho", "el miedo a la amenaza del gaucho", "Peñaloza, ignorante gaucho vagabundo", "gaucho experto en asesinatos" o "mató a un gaucho en defensa propia". Esta es apenas una muestra de la utilización del término en la prensa. Cualquiera que realice el ejercicio de leer periódicos de la época hallará los mismos conceptos. En este caso, la búsqueda fue aleatoria pero intensa. La voz que identifica a nuestro hombre de campo no apareció asociada a "noble", "trabajador", "honesto", "decente", "voluntarioso" o "solidario", y el resto de valores que reconocemos en los actuales, sino todo lo contrario.

Por supuesto, hablamos de los años en que el señalado aconsejó a Mitre, sin la menor templanza: "No trate de economizar sangre de gaucho". ¿Y en los setenta? Hemos leído: "gaucho asesino", "una clase que se halla entre el gaucho y el hombre decente", "gaucho, paria de nuestra provincia", "es un gaucho de veintiocho años, chino, de estatura elevada y revela en su semblante los instintos feroces de que está dotado". Esta última descripción refiere a uno de los autores de un crimen en Baradero (1870). En nuestra investigación, con las debidas limitaciones, recién hallamos la fórmula "gaucho noble" —que es una característica que hoy lo define—, en 1911.

Por otra parte, cuando se revisan sus textos (el Museo y Biblioteca Casa Natal de Domingo Faustino Sarmiento ofrece los cincuenta y dos tomos de las obras completas en versión digital), las menciones alternan entre positivas y negativas. Por ejemplo, en *Recuerdos de provincia,* señala más de una vez el carácter gaucho de su querido tío Domingo de Oro. Aunque en otro capítulo del mismo libro se refiere a

un “gaucho Fernández” que se encuentra “encenegado en la borrachera”. Este libro fue publicado en 1850, dieciocho años antes de asumir la presidencia y a doce años de distancia de la frase polémica.

En 1849, en su *racconto* denominado *Viajes*, Sarmiento se refirió al gaucho de Uruguay de la siguiente manera:

> *El gaucho oriental con su calzoncillo y chiripá, afirmado en el poste de una esquina, pasa largas horas en su inactiva contemplación. Atúrdelo el rumor de carros y de vehículos.*
> *El hierro colado ha reemplazado a los informes* [sin forma] *aparatos que ayudaban su grosera e impotente industria. La piedra, que él no sabe labrar, sirve de materia para los edificios.*
> *Robustos vascos, gallegos y genoveses se han apoderado del trabajo de manos; italianas y francesas hacen el servicio doméstico. Y, aturdido, desorientado en presencia de este movimiento del que por su incapacidad industrial le está prohibido tomar parte, busca en vano la antigua pulpería en que acostumbraba pasar sus horas de ocio, escuchando cantares de amor y apurando la botella amiga de la desocupación de espíritu.*

En el mismo libro, más adelante, se deshizo en loas para el coronel Fortunato Silva, a quien calificó de “valiente gaucho”. Otros textos de su pluma contienen la sentencia “gaucho malo”, que parece ser la fórmula que encontró para señalar a los que delinquían.

Las citas son apenas una breve muestra que de ninguna manera pretende exculpar al sanjuanino de manifestaciones que jamás estarán a la altura de un hombre con su formación. Pero el contexto ayuda a comprender en qué circunstancias fue que se expresó de esa manera inadecuada.

Por lo tanto, cuando brindó por la peonada del prusiano Oldendorff (de hecho, se refirió a ellos como “peones” y no como “gauchos”), seguramente por dentro estaba contrapesando esas dos imágenes, la del que detestaba y la del que admiraba.

En los Estados Unidos se tomaban muy en serio las labores agrícolas, y se prestaba especial atención al trabajador del campo. Sarmiento lo vivió y pretendía lo mismo para su país.

Es interesante un artículo publicado en *La Prensa*, el 5 de febrero de 1870. Se debate la figura legal de vagancia y el diario quiere establecer una diferencia entre el gaucho vago y el gaucho malo. Dice que por lo general se castiga al gaucho vago; en cambio, el malo suele escapar del alcance de la justicia.

Por encima de los debates, fue considerada una saludable innovación el hecho de que el presidente saliera de la Casa de Gobierno y conociera, sin intermediarios, los recursos humanos que



forjarían en el campo la grandeza de la República Argentina.

“ESTAS ORGÍAS NO SE DECRETAN”

Fiel a su espíritu innovador combinado con su experiencia norteamericana, se propuso iniciar el año nuevo copiando una costumbre estadounidense, la tradición del *handshaking* (apretón de manos), instalada en Washington durante el gobierno de John Adams o su sucesor Thomas Jefferson, a fines del siglo XVIII o comienzos del XIX. Cada 1 de enero, el mandatario de turno abría las puertas de la Casa Blanca para recibir a quienes fueran a saludarlo.

El jefe del gobierno consideraba que era el día en que se convertía en un simple ciudadano y las cuestiones de protocolo quedaban en suspenso. Al tratarse de una nueva modalidad, necesitaba darle un impulso. Se cursaron invitaciones a diplomáticos, funcionarios y personalidades. Asimismo, se pegaron afiches en las calles. Trascendió que el presidente quería intercambiar deseos de feliz año y prosperidad, además de celebrar la buena noticia —apresurada— del fin de la guerra con Paraguay.

Ese domingo, una inusitada aglomeración de carruajes pudo verse en los alrededores. Las puertas de la Casa de Gobierno se abrieron de par en par cerca del mediodía. Los representantes de Francia, España, Brasil y los Estados Unidos se contaron entre los primeros en acceder al edificio. La recepción se realizó en el actual Salón Blanco, acondicionado con sillas y sillones, además de informales mesas con botellas de cerveza —lager de Tennent’s y ale de Ind. Coope— a disposición de los sedientos. Los ambientes vecinos al salón principal fueron acondicionados para comodidad de todos los concurrentes.

A medida que ingresaban se acercaban a Su Excelencia, que no ocupaba un sitio específico. El anfitrión lucía frac militar azul —es decir, una chaqueta con cola— adornada con botones dorados, camisa blanca con cuello palomita y un lazo de seda del mismo color (estos eran los que se usaban antes de los moños y las corbatas). Acompañaban a Sarmiento: José Benjamín Gorostiaga, Martín de Gainza y Mariano Varela, ministros de Hacienda, Guerra y Relaciones Exteriores, respectivamente.

Entre los asistentes se destacaban Bartolomé Mitre, José Matías Zapiola y José Antonio Páez, generales los tres. Del primero nada debemos agregar. El segundo se destacó en la Guerra de la Independencia, amigo íntimo de San Martín, integró el Regimiento de

Granaderos a Caballo desde el primer día. En cuanto a Páez, fue una figura sobresaliente de la historia de Venezuela. Exiliado en los Estados Unidos, conoció a Sarmiento y viajó a Buenos Aires cautivado por los comentarios del sanjuanino. También se encontraba presente el arzobispo de Buenos Aires, Mariano de Escalada (primo de Remedios, la "esposa y amiga" de San Martín). Y conocidos comerciantes argentinos y extranjeros.

El encuentro se llevó a cabo en un clima alegre y cordial, hasta las dos de la tarde, horario ideal para concurrir a las casas a almorzar. Nada alcanzó a empañar el sencillo acto. Sin embargo, no logró superar los forcejeos de la prensa. Los periodistas opositores lo calificaron con el título de "besamanos", recordando una antigua costumbre del tiempo de los virreyes. En aquellos lejanos años, cada vez que asumía un representante de la corona recibía en el fuerte a los principales vecinos, que se inclinaban haciendo una reverencia ante la autoridad y le besaban la mano. La prensa oficialista expresó que, por el contrario, no había acto más republicano y democrático (o menos monárquico y autocrático) que el encuentro informal con la autoridad.

Para los críticos había sido una imprudencia involucrar a los embajadores en un saludo donde se hacía referencia —implícita, ya que no hubo discursos— a la guerra con Paraguay, otra nación soberana. De alguna manera, expresaban los articulistas, se había obligado a los representantes extranjeros a celebrar la derrota del pueblo guaraní. Ese argumento fue rebatido de la siguiente manera: nadie celebró la derrota de Paraguay ni la victoria de los aliados; en todo caso, se manifestó la alegría por el fin de la guerra.

También se apuntó a la falta de espontaneidad. La Casa Blanca no cursaba invitaciones ni pegaba afiches. La postura oficial era que los Estados Unidos llevaban setenta años haciéndolo y que, hasta que se hiciera costumbre en el Río de la Plata, había que difundirla.

Tanto los diarios cercanos al gobierno como los enfrentados hicieron hincapié en la comparación con la asunción presidencial del 12 de octubre. Para los primeros, el *handshaking* había sido un ejemplo de civilidad y respeto. En cambio, los otros sostenían que bien le hubiera gustado repetir aquella experiencia:

> *Cuánto no hubiera dado Sarmiento por una orgía parecida a la del doce de octubre en los salones de la casa de gobierno, sus galerías, sus entradas y las calles y plazas no podían contener la concurrencia, estallando los vidrios al empuje de las compactas olas populares.*
> *¡Ah! Es que estas orgías no se decretan.* (*La Nación Argentina*)

Aquí tenemos, de paso, un empleo del término "orgía" de aquel tiempo, que en la actualidad se interpreta con otro sentido.

Según el periódico citado, además de los que recibieron invitaciones, se sumaron unos “cuarenta o cincuenta curiosos”. Pero Sarmiento quedó muy satisfecho con la actividad y envalentonado para seguir provocando cambios, en muchos casos, importados del país del norte.

SUELDO: VEINTE MIL PESOS POR AÑO

El verano de 1869 transcurrió con mucha actividad de escritorio. Sarmiento —quien guardó cama entre el 10 y el 12 de enero por un resfrío— se abocó a variados temas como las mejoras en el tendido del ferrocarril, las soluciones para la situación higiénica de la ciudad (con el gobernador Castro impulsaron el tren de la basura, que alejaba los desperdicios) y el encuentro con el cacique Melinao (lo recibió en su despacho), en la búsqueda de entendimientos frente a la constante agitación en las fronteras. La medida de autorizar los corsos en la vía pública durante el carnaval fue recibida con mucha alegría por el vecindario. Asimismo, continuó fogoneando la exposición de Córdoba y conferenció con sus asesores las ventajas y desventajas de instalar en Rosario, al sur de Santa Fe, la Capital Federal de la República, tema que venía tratándose desde la presidencia de Mitre.

Pero, por encima de tantas cuestiones de peso, comenzó a gestar uno de los principales proyectos de su plan: el censo. Las reuniones con el ministro Vélez Sarsfield se sucedían en la Casa de Gobierno y en el hogar del cordobés. Para Sarmiento era una necesidad inmediata, ya que obtendría un diagnóstico temprano que le permitiría actuar con tiempo. Por primera vez iba a estimarse la cantidad de habitantes del territorio.

En los últimos días de enero se creó por decreto la Superintendencia del Censo, dependiente del Ministerio del Interior. Fue conformada, inicialmente, por un jefe (Diego Gregorio de la Fuente, médico, sueldo de 306 pesos mensuales) y dos empleados: Pedro Espinosa (70 pesos), Francisco Bollini (futuro intendente porteño, 65 pesos), además de dos escribientes: Tomás del Corro y Luis Oliver (47 cada uno) y un portero que ganaría 20 mensuales.

Diego de la Fuente cobraría, entonces, 3.672 pesos por año. Es la oportunidad para hablar de los sueldos anuales del Ejecutivo. Los mismos fueron acordados por ambas cámaras del Congreso dos días antes de asumir la nueva gestión. Ministros, nueve mil pesos; vicepresidente, diez mil; y el primer mandatario, veinte mil.

De febrero rescatamos un nuevo intento desestabilizador. Por delito de rebelión en Córdoba, durante el gobierno de Mitre, el caudillo Simón Luengo había sido condenado a diez años de destierro y pago de cuatro mil pesos. El acusado solicitó al nuevo presidente que le

perdonara la sanción económica establecida por el Tribunal. Sarmiento respondió que no estaba en sus atribuciones inmiscuirse en los asuntos del Poder Judicial y modificar sentencias. Inconforme, Luengo —antiguo amigo del malogrado Chacho Peñaloza— volvió a violentarse contra las instituciones cordobesas, pero su jefe político, Urquiza, lo desautorizó. La tentativa fue sofocada y el caudillo terminó encarcelado.

En materia educativa, dos medidas destacables: la creación de la cátedra de Historia Argentina e Instrucción Cívica en el Colegio Nacional de Buenos Aires, a cargo de José Manuel Estrada, y la aceptación de la propuesta del rector del Colegio Nacional de Salta, de implementar clases nocturnas para obreros y trabajadores. El jefe de Estado aprobó la medida y manifestó que “nada puede haber más conforme al pensamiento del Gobierno, como el intento de que los beneficios de la instrucción que imparten los Colegios Nacionales abarquen todas las clases sociales”.

Marzo se inició con la noticia de la muerte del presidente paraguayo Francisco Solano López a manos del ejército de Brasil. Ahora sí fue el punto final de la terrible guerra.

“SÉ QUE TE GUSTA MÁS EL AZUL”

Ida Lacey le escribía cartas a Sarmiento todos los meses, aprovechando el correo diplomático de aquel tiempo, ya que entregaba los sobres a Bartolito Mitre. Si bien las respuestas no eran tan frecuentes, estaba convencida de que la relación se mantendría a la distancia. En la siguiente, le pide el género para hacerse un vestido:

Chicago, 16 de marzo de 1869

Mi querido amigo:

Recibí encantada tu última carta, escrita en francés. Antes de que me olvide, quiero decirte que sería mejor que en adelante tú me dirigieras todas las cartas al hotel, pues mi madre se mudará muy pronto de esa parte de la Avenida. Me place que mis cartas te produzcan tanto placer. Estoy segura de que son trivialidades muy poco ingeniosas y aun sin sentido; pero como quiera que sea, son como yo, y supongo que esto es lo que importa ¿no te parece? Y ahora voy a pedirte un favor.

Antes de que partieras de Nueva York dijiste que habría sido un placer para ti haber adjuntado allá [con la correspondencia] *un vestido, el cual me lo compré después en Chicago. Para antes del próximo noviembre deseo un hermoso traje de fiesta, de seda, del mismo color que te envío, rojo, escarlata o cereza, pues es un color que por la noche viene muy bien a mi cutis. Sé que te gusta más el azul, y también a mí, para reuniones durante el día; pero para una velada prefiero este color brillante, de luciérnaga de fuego. Ahora bien, lo que quiero que me digas es lo siguiente: ¿sería posible que pidieras a París el género para tal vestido (por supuesto que yo no podría conseguirlo hecho) por menos precio del que me costaría aquí o siquiera por el mismo precio? Y si es así, ¿cómo podría enviarte el dinero?*

Te escribo con tanta anticipación porque algunas veces mis cartas tardan mucho en llegarte y tus respuestas demoran en venir a mí. Espero que no te tomes demasiada molestia por causa mía (…).

Aunque ya ha llegado la primavera, el suelo está cubierto de nieve, pero por la manera en que está resplandeciendo el sol creo que pronto vendrán los días calurosos. Últimamente he estado pensando mucho en tus últimas visitas aquí. Ojalá estuvieras en este país y pudieras venir otra vez. Creo que la Exposición que tienes en vista es una

espléndida idea y estoy contenta de que el presidente viva así en los corazones de las gentes. Sigo con intenso interés todos los movimientos en Sudamérica y espero cartas, ansiosamente. No te molestes por las preguntas que te he hecho. Si lo que pido puede hacerse sin ninguna molestia, bien: si no, dímelo francamente. Pondré un sello postal a ésta, en un sobre a cuidado de [Bartolito] *Mitre, de modo que llegue a ti lo más pronto posible. Escribe pronto.*
Como siempre,

tu Ida L. Wickersham

VÍAS Y POSTES

El martes 13 de abril de 1869, cierta gripe le impidió participar de una comida. Lo representó Avellaneda. Pero el viernes ya estaba repuesto y fue el invitado especial a la inauguración de las obras de dragado del canal de San Fernando, emprendimiento que había apoyado más que nadie cuando era senador en 1858. La visita a la ciudad del norte bonaerense demandó poco más de siete horas (partieron de Retiro a las 9:00). En la comitiva, los conocidos de siempre —Carrié, Halbach, González Moreno, Craufurd, el gerente Crabtree, uno de los hermanos Fusoni (a quienes conoceremos en breve), Martín Piñero y otros— fueron maravillados espectadores de la inmensa pala mecánica que desplazaba porciones de una tonelada y media de arena y lodo cada tres minutos.

Sobre la relevancia de aquella obra pueden dar cuenta los sanfernandinos de hoy. Solo nos resta comentar dos hechos que tuvieron lugar durante el viaje de ida y que fueron señalados por la prensa como anecdóticos. Los rescatamos porque ayudan a pintar la época.

El primero, cuando el tren había superado la estación Belgrano y rondaba la zona de Vicente López, comenzó a desplazarse con lentitud mientras sonaba con insistencia el silbato. Los viajeros oficiales se asomaron por las ventanas y advirtieron el retraso: un buey no les permitía avanzar. Se deshicieron del animal con facilidad y continuaron la marcha.

Acercándose al final del recorrido, uno de los postes del telégrafo a inaugurarse estaba tan cerca del paso del tren que un ingeniero que viajaba con el brazo fuera de la ventana sufrió una quebradura. Mientras el hombre se esforzaba por soportar el dolor, se oían las bombas de estruendo y los disparos al aire del vecindario que había acudido a recibir a la comitiva.

Esa noche, en Buenos Aires, ocurrió algo similar. Pirotecnia y serenatas celebraron que por la tarde el Congreso había confirmado la elección del gobernador Emilio Castro por sobre otros dos buenos candidatos, Mariano Acosta y Manuel Quintana, en medio de fogosas campañas de la prensa.

El tiempo algo ventoso y fresco impidió mayores expresiones, aunque las que se vieron mostraron a una Buenos Aires con ganas de

festejar. Al día siguiente, *La Tribuna*, diario que había combatido a Castro con vehemencia, reconoció la derrota y comunicó que de ahí en más apoyaría las acciones de la administración bonaerense. Fue un gesto inesperado pero bienvenido que se refrendó esa misma tarde, cuando en el banquete de inauguración del restaurante del Gran Hotel Argentino, Héctor F. Varela manifestó, parado sobre una silla ante los doscientos notables de todos los colores políticos:

> *Señores, me complace observar que las palabras de paz, concordia y amistad que acabo de pronunciar han encontrado calurosa respuesta en todos ustedes. No más, se los aseguro, que en mí mismo, que acabo de pasar por dos incruentas campañas electorales, la presidencia y la gobernación.*
> *En la primera, como saben, salimos victoriosos. En la última hemos sido honorablemente derrotados. Trabajamos en contra de la elección del señor Castro. Como tal, acepto el decreto del soberano pueblo. Y como ha sido nombrado gobernador pondré mis más denodados esfuerzos para apoyarlo en su administración en todo acto que atañe al bien general.*

Las palabras conciliadoras fueron celebradas y el orador recibió una lluvia de flores, tomadas de los adornos de las mesas. La noche llegó a su fin luego de que los asistentes entonaran el Himno Nacional, asistidos por la banda de rigor.

De esta manera se alcanzó el punto final del tercer episodio que había puesto a prueba la resistencia del todavía inestable gobierno nacional. Primero había sido la disputa interna en Corrientes. Luego, cierta efervescencia en San Juan que fue remediada con la intervención federal. Por último, la complicada elección en Buenos Aires. Sarmiento y sus ministros, quienes apenas llevaban seis meses de gestión sin el apoyo explícito de ningún partido político, lograron superar estos escollos.

LA REVOLUCIÓN DE LOS TELEGRAMAS

Francisco Sarmiento te entregará un poco de música que te manda Aurelia Vélez para tus niñitas.
Él te hablará de proyectos de venirse a Chivilcoy y traerte.

DFS A SU HIJA FAUSTINA, 3/5/1869

De la agenda presidencial de mayo marcamos un hecho relevante. Señalar que el 4 se inauguró el telégrafo a Rosario sería apenas un título pobre y mezquino. Lo que significó para nuestros abuelos de aquellos tiempos es difícil de entender ahora que podemos comunicarnos en forma instantánea con cualquier ciudad del planeta.

En dos palabras: a Mitre le cabe el honor de haber establecido en 1866, a la par del gobierno de Uruguay, un sistema telegráfico entre los dos países. Luego, en su tercer día como presidente, Sarmiento recibió el apoyo del Congreso para emprender su soñado desarrollo del telégrafo en varias ciudades del país. A partir de allí inició una serie de medidas para que no quedara solamente en los papeles. El camino había sido allanado por los verdaderos impulsores, el gobernador Alsina y sus ministros Avellaneda, Castro, Mariano Varela y Francisco Madero.

En 1869, a pesar de que ya comenzaban a acostumbrarse a los telegramas que cubrían distancias de cincuenta kilómetros, el hecho de que un texto escrito en Buenos Aires pudiera ser leído en Rosario al minuto (casi trescientos kilómetros), era un acontecimiento de enorme relevancia. Nada que hubiera ocurrido durante los seis meses del gobierno se equiparaba con esa novedad.

El acto formal de inauguración del servicio se llevó a cabo en un gran salón contiguo al despacho del jefe de Estado, reacondicionado como oficina de telégrafos. Los anfitriones fueron Sarmiento, sus ministros (menos Vélez, ausente por viaje) y el gobernador Castro. El selecto público estaba conformado por legisladores nacionales y

provinciales, jueces y otros funcionarios, más una notable representación femenina.

Otra novedad, muy a la vista, fue el cable aéreo que cubría las tres cuadras y media desde la azotea de la compañía telegráfica hasta la Casa de Gobierno. Si bien era lo que hoy denominaríamos "una empresa del Estado", el tendido quedó en manos privadas. No está exenta de condimentos la historia de los emprendedores. Nos referimos a la sociedad Fusoni & Maveroff.

Ambas familias se cuentan entre las primeras que emigraron de Italia, cuando aún eran una minoría. Comenzaron con un almacén naval donde se conseguía pintura para los barcos, pero fueron refinándose e incorporaron accesorios para los retratistas y paisajistas. La pinturería de los hermanos Fusoni era centro de reunión y tertulias de los artistas. Pronto la Casa sumó una nueva actividad, ya que los talentosos exponían en atriles sus obras. Por lo tanto, su salón se convirtió en una sencilla galería de arte, sin abandonar nunca el comercio de las pinturas de todo tipo, los pigmentos y los pinceles.

Uno de los pioneros, Pietro Fusoni, murió a los cincuenta años, en un sofocante día del verano de 1866 debido a un accidente casero: "La inmediata causa de su muerte fue por haber tomado muchos helados y luego darse un baño de agua fría" (*The Standard*).

Los hijos mudaron el negocio a Cangallo y San Martín, que es desde donde partía el mencionado cable telegráfico. Como detalle curioso diremos que en el salón de los improvisados *marchands* se había exhibido por semanas el premio de una rifa de beneficencia: un cuadro que representaba el discurso de Sarmiento a los estudiantes luego de su arribo a la Argentina.

Junto con Achiles Maveroff, los hermanos Fusoni fueron, entre muchas otras cosas, contratistas del gobierno y encargados de la construcción de la red telegráfica. Ahora sí, regresamos al ensayo en el salón presidencial.

Las condiciones del tiempo para poner a prueba el sistema no eran ideales. En algunas partes del trayecto a Rosario la atmósfera se presentaba húmeda y pesada. En otras directamente llovía. A las dos de la tarde, a sala llena, el presidente ofreció unas breves palabras y dio instrucciones a los operadores para que enviaran saludos a todas las estaciones, de parte del gobernador Castro y de él.

Los testigos del decisivo paso rumbo al progreso apenas debieron aguardar unos minutos y las respuestas comenzaron a llegar, provenientes de Mercedes, Rosario, Rojas, Pergamino, Carmen de Areco, Salto y San Nicolás. La demostración fue un éxito y la recepción de mensajes no frenaba. Entre ellos, un saludo a los pares: "La Bolsa de Rosario a la Bolsa de Buenos Aires. Hip! Hip! Hurrah!".

Cada telegrama era leído en voz alta por Luis Varela, el joven

secretario del Ministerio del Interior (recordamos que había sido quien llevó las apresuradas noticias del fin de la guerra al establecimiento del prusiano Oldendorff). Terminó el acto y los asistentes manifestaron su satisfacción. Hubo críticas por la falta de refrigerio (*La Tribuna* la calificó de “inauguración a secas”) y, con mayor profundidad, por el control del gobierno sobre el contenido de los mensajes (se prohibió transmitir información falsa o que incitara a la violencia; *La Nación Argentina* protestó por la censura).

Más allá de los tirones, el 4 de mayo de 1869 se produjo una revolución en el campo de las comunicaciones locales. A partir de aquella tarde en que la palabra se trasladó casi trescientos kilómetros y en forma instantánea, el poste telegráfico situado junto a las vías fue una inequívoca señal de progreso. A veces, demasiado cerca del ferrocarril, lo que nos lleva a recordar el accidente de San Fernando, cuando un ingeniero distraído terminó con el brazo quebrado.

ANTE EL CONGRESO

Esta es tu Patria y la mía. ¿Qué crees que haré? Mi deber es luchar con las dificultades, infundir nuevas ideas, desbaratar si puedo las calumnias y establecer un sistema de gobierno regular.

DFS A POSSE,
8/5/1869

El 5 de mayo aún resonaban los ecos de la exitosa inauguración del telégrafo a Rosario, ocurrida el día anterior, cuando ya se preparaba un nuevo acontecimiento. A las dos de la tarde tendría lugar la apertura de sesiones del Congreso, cuyo edificio —recordamos— estaba situado a pocos metros de la Casa de Gobierno. La expectativa era enorme: desde temprano, el gentío se arrimó a la Plaza 25 de Mayo. La mayoría con intenciones de ser testigos presenciales del discurso de Sarmiento. Solo unos pocos lo lograron. El espacio para el público en las galerías del recinto se llenó casi un par de horas antes del acto. El revuelo en el centro no dejaba dudas de que se trataba de un día atípico. Salieron a relucir trajes y vestidos de gran distinción. ¿Y la banda de música? Por supuesto, no faltaba. Se ubicó frente a la entrada del Congreso y entretuvo a los curiosos mientras un piquete de soldados imponía respeto y serenidad, además de mantener la calle despejada para posibilitar el interminable desfile de coquetos carruajes que acercaban a los legisladores. Estos parecían competir en elegancia, entre ellos, con sus impecables jacquets negro azabache y sus guantes blancos de cabritilla.

A la una, un bombazo advirtió que comenzaba la función. Los congresales acudieron al recinto, ocuparon sus bancas, el doctor Alsina llamó al orden, leyó el decreto de forma y se estableció una comisión bicameral que fue hasta la puerta a recibir al jefe de Estado. Durante la espera llegaron los generales de la Nación. Iban precedidos por Mitre, quien sonreía irradiando buen humor.

Todo esto ocurría en la abarrotada esquina de Balcarce y la actual

Hipólito Yrigoyen. A corta distancia cierta agitación en la puerta de la Casa de Gobierno fue la esperada señal. El presidente, seguido por sus edecanes y los ministros, se dirigió al Congreso con gesto grave, sin dar cabida a ninguna expresión informal, al son de la banda que ejecutaba el Himno.

Saludó a los comisionados y se encaminó con paso firme al estrado. Aguardó sentado que el bullicio cesara. Esta vez no les gritó: "¡Cállense!". Una vez que se logró el silencio absoluto, se puso de pie y comenzó la lectura de un discurso varias veces interrumpido por aplausos.

El mensaje, de unas cinco mil palabras, abarcó varios puntos destacados: el fin de la guerra del Paraguay, el telégrafo, la inmigración, la importancia del censo y el anuncio de que por fin se había regularizado la paga de las tropas. Celebró que se hubieran sofocado los intentos desestabilizadores y citó el Preámbulo de la Constitución como una de las bases en que debía sostenerse la institucionalidad. También se refirió a los "bandidos y salvajes de las Pampas" que causaban saqueos y muerte. "El Ministro de la Guerra —anunció— os presentará el plano de una nueva línea de frontera con las reformas que en la distribución y acantonamiento del ejército ha de adoptarse. Han llegado ya las armas de precisión que pedí a los Estados Unidos y que espantarán por sus estragos al salvaje del desierto".

Las "armas de precisión" eran los fusiles de retrocarga Remington, empleados por francotiradores en los Estados Unidos durante la guerra de Secesión, donde tuvieron una eficacia determinante. Porque el tirador cargaba el fusil por la parte de atrás (retrocarga) en vez de colocar la pólvora por la parte delantera del caño. La precisión se conseguía mediante una mira que le permitía apuntar a un blanco específico. Y, por último, la munición (cartuchos) ya venía siendo usada desde 1840, pero en nuestro territorio era poco habitual. Por lo tanto, contar con un moderno fusil Remington —que el mandatario conoció en los EE.UU.— ofrecía notables ventajas.

Sarmiento anunció que estaba en la imprenta el nuevo Código Civil, y dejó una frase para el molde: "Educarse es simplemente ser hombre libre".

Los aplausos finales fueron elocuentes. El sanjuanino aprobó ese primer examen dialéctico ante el calificado cónclave de legisladores. Sobre el contenido del mismo se habló durante días. La novedad: el mensaje fue telegrafiado a Rosario, casi en forma simultánea y de ahí retransmitido a Villa Nueva (población vecina a Villa María), desde donde esa misma tarde partió un chasqui con la transcripción a Córdoba. Allí se imprimió en el mismo horario que en Buenos Aires. Nuestros compatriotas de aquellos días fueron testigos, entre absortos

y maravillados, de la magia del hilo telegráfico. Otra copia fechada en Rosario se despachó a Santa Fe desde donde se distribuyó por el litoral.

En pocos días, como nunca antes, la palabra del presidente de la Nación era conocida en todas las provincias. Al respecto, debe permitírsenos comentar, atravesando el tiempo, que un telegrama de unas cinco mil palabras, enviado por un diplomático estadounidense desde Rusia en los albores de la Guerra Fría, es considerado el más extenso de la historia. No podemos competir por el galardón, simplemente porque a diferencia de los prolijos formularios de 1946, no se han preservado documentos originales del telegrama despachado el histórico 5 de mayo de 1869.

“DONDE SE MAMÓ UN SARMIENTO”

Enfrascados en una conversación, Mitre y Sarmiento abandonaron la sede del Congreso luego de la inauguración. Al alcanzar la calle, una manifestación —poco nutrida pero bulliciosa— comenzó a dar vivas al expresidente. Los arengaba un joven conocido de estas páginas. Hablamos de Carlos Ami de Chapeaurouge, aquel que había increpado a DFS en su despacho y que fue literalmente echado a patadas del escritorio presidencial. A pesar de la juventud, Chapeaurouge era una de las plumas más filosas, sino la más, de *La Nación Argentina*. Las agresiones a la investidura presidencial no se tomaban descanso debido al empeño del periodista, exempleado gubernamental. En esos días, incorporó una nueva burla. A la par de la revista satírica *El Mosquito*, lo llamaba “el Moro” y “Al Ben Razin”, clara referencia a un jeque sarraceno del siglo X que, según había contado el propio Sarmiento en 1850, había dado origen a los Albarracín, su apellido materno.

El día del discurso de apertura del Congreso, Chapeaurouge se presentó acompañado por una barra de seguidores que aullaban vivas a Mitre, alentados por el fogoso periodista. El incidente no pasó más allá de lo anecdótico, pero un par de semanas después, se generó un episodio polémico.

La agenda social del presidente incluía la función de la Filarmónica en el teatro Coliseo (17/5), la despedida de la cantante lírica madame Amalia Uberti en el mismo teatro (19/5), y una fiesta con baile en su casa, el 20 de mayo, que es la que nos interesa por cierto revuelo que se produjo. El festejo se debía al bautismo de Clarita Ester Carrié. Al respecto, debemos decir que por aquellos días se puso de moda organizar concurridas fiestas de bautismo. Por otra parte, Sarmiento era el padrino de la criatura (como madrina actuó Angélica Ocampo de Ocampo, casada con su amigo Manuel). Recordemos que los Carrié compartían la planta alta de la casa con Su Excelencia y agregamos que Domingo Faustino apadrinaba a tres varones de la familia, Julio Guillermo, Augusto Faustino y Félix Augusto Carrié.

Por supuesto, la novedad de que el jefe de Estado ofrecería un baile no pasó desapercibida para la prensa. Fue entonces cuando Chapeurouge (a quien *La Tribuna* solía nombrar como “el Pateadito”) se refirió con poca elegancia a los festejos en la residencia del

presidente:

> *El domingo, a la moda de los negros, Sarmiento inaugurará sus tertulias quincenales para la que ha invitado, sin excepción alguna, a todos los sanjuaninos.*
> *Las chimangas que piensan asistir a ese* soirée *pueden ya empezarse a aprontar.*
> *Desde ya prometemos crónicas detalladas en las que, como se comprende, no dejaremos de apuntar los episodios alcohólicos que, de seguro, no escasearán.*

Los domingos por la tarde eran las horas de esparcimiento de la población afroamericana. De allí que dijera que las tertulias del mandatario serían "a la moda de los negros". De más está decir que, de acuerdo con los parámetros de la época, esa manifestación no provocó rechazo, a diferencia del innecesario calificativo de chimangas.

Pero ese no fue el único traspié del articulista. Antes de proseguir debemos aclarar que el baile se concretó el mismo día 20 en que los lectores encontraron este comentario y no el domingo 23.

La Nación Argentina aludió a un supuesto estado de embriaguez del presidente. Lo hizo al mencionar, en otro texto, un emprendimiento gastronómico del encargado del reparto de ese periódico. Nos referimos a Ramón Trillo, quien compró una confitería en la Recova que atravesaba la actual Plaza de Mayo, frente al Teatro Colón (hoy Banco Nación).

La confitería de los Aliados —así era conocida— se destacaba por sus cajas de bombones, yemas almibaradas, masitas, caramelos, almendras y dulce de leche, que en el local se acompañaban con vinos, cervezas o licores servidos por cuatro simpáticas mozas.

Al promocionarla en las páginas del diario, Chapeaurouge insertó estas frases:

> *Ayer compré en esa confitería un cartucho de yemas para mi novia Nicolasa, y ésta las encontró tan sabrosas y frescas que me dieron ganas de obsequiar con ellas al gran Al Ben Razin que estaba en el Fausto* [obra que se representaba en el Colón].

> *Es la hermosa confitería de los Aliados en que el moro valentón* [se refiere a Sarmiento] *se va a chupar la rica cerveza negra en los intermedios, cuando asiste al teatro.*

Y aun en forma más directa:

- *¿Ustedes no conocen la confitería donde se mama un Sarmiento?*
- *Estoy hablando de la confitería de Trillo, donde se vende la mejor cerveza con la que se achispó Sarmiento.*
- *¿Quién no iría a la confitería donde se mamó un Sarmiento?*
- *Queda sabido: la mejor cerveza inglesa se vende en la confitería de Trillo, frente al café Colón, donde se mamó un Sarmiento.*

¿Eso era todo? En otra noticia suelta insinuaba que el presidente quería casarse. Más allá de que el rumor no tenía asidero, el periodista expresaba: “Si yo tuviera sesenta años, fuera feo, calvo, sin dientes, fatuo, loco, pelagatos, etc., ¿qué muchacha habría de querer matrimonio conmigo?”. Todas aparecieron en el mismo ejemplar, el del 20 de mayo, donde además se lo señaló como “insigne mentiroso” y “collonazo moro” (collón significa cobarde).

En resumen: se mofó del presidente, lo trató de borracho y dijo que a sus fiestas solo iban chimangas. La mención de las aves que se alimentan de insectos y carroña más la calificación a la máxima autoridad provocó manifestaciones de repudio. El principal redactor de *La Nación Argentina*, José María Gutiérrez, dijo al día siguiente que las palabras utilizadas habían sido chabacanas (es decir, groseras, de mal gusto). Aun así, lejos de contenerse, en las mismas páginas, Chapeaurouge prosiguió con sus ataques. Aseguró que a la salida del baile pudo verse a los ministros Gainza y Avellaneda, más el “tuerto empresario” (desconocemos a quién se refiere) “haciendo X, X, lo mismo que Sarmiento, cuando ya a altas horas de la noche encuéntrasele jadeante por la calle Lima”. La expresión “hacer X” se empleaba para aquellos que caminaban en forma zigzagueante, imposibilitados de sostener el equilibrio.

Las fallidas calificaciones del joven articulista dieron motivo a polémicas. Se especulaba con que Sarmiento acudiría a la Justicia por el ataque a la investidura presidencial. Sin embargo, no ocurrió. Aun cuando en este caso se sumaba un agravante. Porque la pluma que lo calificó de borracho era la misma que había sostenido meses atrás que se había ido de juerga una noche, cuando en realidad regresaba de visitar la tumba de su hijo.

A pesar de los exabruptos, don Domingo Faustino no reaccionó. Pero la expresión “chimangas” no cayó nada bien. ¿Quiénes fueron las damas que concurrieron a la fiesta organizada por el presidente? Solo conocemos un puñado de nombres. Estuvieron presentes Eloísa Salcedo, Angélica Ocampo, Carmen Nóbrega y dos jóvenes que se destacaron por sus actuaciones: la señorita Cassaffousth (probablemente Delfina), quien tocó el piano, y Teresita Ortega (18 años), que deleitó con canciones. En 1871, Teresita iba a casarse con

Pastor Obligado, aquel que portaba un cartel con la inscripción "Adolfo Alsina" en la elección de febrero del 68 (que se le partió); y leyó un discurso el día que los estudiantes se dirigieron a lo de Sarmiento para darle la bienvenida.

El baile se inició a las 22.30 y terminó a la madrugada. Estos pocos nombres que trascendieron desmienten el desafortunado comentario del articulista. Pero no quedó ahí: *La Nación Argentina* se encontró con inusitados pedidos de cancelación de suscripción al diario, fogoneados por *El Nacional*. En aquellos años era la principal fuente de ingresos de los periódicos. Había alcanzado el punto más alto de la contienda verbal y, a partir de entonces, si bien continuaría con su postura opositora, bajaría los decibeles. Aun así, *La Nación Argentina* fue perdiendo peso en el campo periodístico y lentamente comenzó su ocaso hasta reconvertirse en el diario *La Nación*, en enero de 1870.

LA CAÑA DE PESCAR O EL PESCADO

Mis ministros son buenos, pero sin calor; excepto Vélez, que está viejo, se irrita fácilmente y está enfermo.

DFS a Posse,
8/5/1869

Las fiestas mayas eran un clásico festejo de varios días que culminaban el 25 de Mayo. Se celebraba en todo el territorio. Por lo general, las actividades se concentraban en las plazas principales de cada pueblo y ciudad. Se sumaba el tedeum o misa de gracias, más otras actividades de esparcimiento. En el caso de Buenos Aires, la plaza se engalanaba especialmente. Allí se bailaba, se realizaban competiciones lúdicas de destreza (como trepar el palo enjabonado) y se disfrutaba del paseo y la animación general. También se organizaban cuadreras en la que se lucían los buenos jinetes y sus caballos, ya que no se trataba de una carrera de resistencia, sino de arranque y velocidad. A través de los años, se agregaron presentaciones de teatro especiales para conmemorar la fecha, una calesita en la plaza por esos días, banda musical, un banquete y alguna función para el público, como un acróbata o un aeronauta con su globo aerostático.

Sarmiento quería darle una impronta aún más festiva, al estilo estadounidense. Lo habló con las autoridades municipales y así las fiestas mayas de 1869 fueron diferentes a las previas. Durante cuatro días, la ciudad estuvo embanderada como nunca antes. Se sumaron más espectáculos, iluminación de los edificios públicos y de la plaza (lo que provocó que se paseara hasta más tarde), además de desfiles y celebraciones en la que participaban las autoridades, algo que hasta entonces no se estilaba salvo algunas ocasiones excepcionales. Se continuó con la costumbre de los chicos cantando el Himno frente a la Pirámide de Mayo, el 25 al amanecer.

Los primeros festejos de la era Sarmiento se vieron empañados por el accidente que sufrió el aeronauta Casimir Baraille con su globo aerostático durante una demostración que comenzó frente al Cabildo y

terminó en el río, con un vaporcito que estalló provocando muertes. A pesar de la fatalidad del globo, el sueño sarmientino de una celebración a lo grande pudo concretarse.

La última actividad social de mayo fue la participación en el baile organizado en el La Plata Club, situado en la calle Rivadavia. Recordemos que la ciudad de ese nombre aún estaba lejos de comenzar a construirse. El 9 de junio, una reunión íntima en su casa, y el viernes 11, un “banquete de la Triple Alianza” en el que participaron jefes militares y diplomáticos de las tres naciones. Allí, las palabras del general Mitre fueron muy elogiadas, pero la ovación se la llevó el presidente argentino.

En los días previos había anunciado su determinación de extender la frontera en la conflictiva franja que unía el sudoeste de Santa Fe, el sur de Córdoba y el de San Luis. Necesitaba el respaldo del Poder Legislativo para llevar adelante una campaña militar de defensa, con el fin de “formar una verdadera barrera que dividiera los dominios de la civilización con la Pampa de los bárbaros”.

Según explicó, contaba con una fuerza de seis mil hombres para la campaña del Paraguay y un número similar para proteger las extensas fronteras del territorio. Pero la diferencia radicaba en que los primeros estaban más o menos bien armados, instruidos y contaban con oficiales. Y no solo eso: a nuestro entender, también difería la predisposición de los militares. Un guerrero del Paraguay era un soldado bañado en romanticismo. Héroe o mártir de batallas. Actuaba bajo el mando de los admirados generales y coroneles de la nación. En cambio, un cuartelero pasaba meses en un fuerte y lidiaba con malones o, menos aún, escaramuzas con un puñado de nativos. Nada más lejos de los enfrentamientos apoteósicos de la guerra de la Triple Alianza como Tuyutí, Boquerón, Yatay o la terrible Curupaytí.

El proyecto sarmientino de avanzar unos ciento treinta kilómetros de frontera hacia el sur logró llevarse adelante, en forma paulatina, pero constante.

En cuanto a la educación, continuó promocionando las clases nocturnas, es decir, la posibilidad de que los trabajadores también estudiaran para aspirar a nuevos horizontes. Concepción del Uruguay y Mendoza se sumaron a la buena experiencia en Salta de clases a la noche.

La inmigración también daba que hablar. El gobernador santafesino Mariano Cabal le escribió el 3 de junio para pedir “su valiosa cooperación”. Las colonias extranjeras en Santa Fe se multiplicaban y el costo asumido por la gobernación era alto. Concretamente solicitaba que el Poder Ejecutivo nacional cargase “con la obligación de pagar el pasaje de los inmigrantes desde ese puerto a los de la provincia, lo que podría contratarse ventajosamente en esa, con una

de las compañías de navegación a vapor". Es decir, eximirse del pago de los viáticos Buenos Aires-Santa Fe.

Eso con respecto a la colonia de inmigrantes. Pero también estaban las locales, por lo general de población nativa, a cuyo cargo estaba el gobierno argentino. Respecto de ese tema, Cabal le comentó a Sarmiento, el 3 de junio:

> *Con las Colonias indígenas, la experiencia nos muestra lo siguiente. Aquellas que se plantaron, dándoles bueyes, arados y semillas como hizo el señor Crespo el 52, con las de Cayastá, Calchines, Nueva, se sostienen por sí mismas desde poco tiempo después de su fundación, enriquecen, se crean comodidades que aseguren su estabilidad, y adquieren hábitos de civilización; mientras que a las que no se les dieron estos recursos, sino que el gobierno las alimenta, tiene todavía que alimentarlas como la de San Pedro, y estas que son las primeras, son las que en peor estado se encuentran.*

Sin dudas, funcionaba el viejo truco de dar la caña de pescar en vez del pescado.

BATA Y GORRO DE REGALO

Mitre ha demostrado que no era más que un pobre demagogo.

DFS A SU HERMANA BIENVENIDA, 30/6/1869

El 1 de julio Sarmiento recibió en su casa a un emisario de Urquiza. Traía una carta, mensajes orales y dos curiosos regalos: una gorra de fumar de cachemir azul, completamente bordada y una espléndida *robe de chambre*.

La nota decía:

> *Estimado señor presidente y amigo:*
> *Acordándome de las horas que Vuestra Excelencia tiene que permanecer en su bufete me tomo la libertad de remitirle un robe de chambre y un gorro para que lo use en mi nombre, no fiándose en su importancia sino como un regalo de su afectísimo y amigo Justo J. de Urquiza.*

A través del mensajero supo que pertenecieron al vestuario del emperador de China, tomado durante el saqueo de tropas inglesas al Palacio de verano de Pekín (en octubre de 1860, en el transcurso de la Guerra del Opio).

El gorro tenía forma de un cilindro chato y ajustado a la cabeza. Se lo llamaba de esa manera porque efectivamente se empleaba para que, al fumar, el pelo estuviera protegido y no se impregnara de olor a tabaco. La bata también formaba parte del equipo del fumador, ya que preservaba la ropa. Por eso, también se la llamaba "*fumoir*" y dio origen al smoking.

Sarmiento no podía ocultar la felicidad por los regalos, pero más aún, por la buena relación (o reconciliación) que estaba tejiendo con Urquiza, anterior adversario y, más todavía, enemigo. Aclaramos que el obsequiado fumaba, pero también que las gorras estaban de moda y se las veía en espacios caseros, aun sin que hubiera un cigarro encendido.

Al día siguiente, el sanjuanino le escribió al entrerriano:

Recibí anoche en robe de chambre a los ministros y amigos que venían a felicitarme y felicitarse por el espléndido triunfo que obtuvieron ayer en el Senado las sanas doctrinas del gobierno.
Esto le mostrará que me consideraba honrado con su obsequio y hacía alarde de ello.

Ubiquemos la escena en el contexto. Durante seis jornadas los senadores debatieron acerca de si debía levantarse la intervención a la provincia de San Juan. La gravedad del asunto se advierte cuando vemos que todos los ministros, salvo el de Hacienda, estuvieron presentes cada día. El senador y expresidente Mitre pugnaba por poner fin a la medida, mientras que Martín Urbano Piñero y otros sostenían la postura del gobierno. Finalmente, por quince votos a doce, triunfaron los sarmientistas.

A las cinco de la tarde se cerró la sesión. Vélez, Avellaneda, M. Varela, Piñero y otros acudieron al domicilio del presidente, quien los recibió con su flamante bata china.

Refiriéndose al gorro, el sanjuanino le comentó jocosamente a Urquiza que "el birrete de cachemira inspirará algún canto báquico a *La Nación*", es decir, que esperaba la reacción crítica y morbosa de *La Nación Argentina* (a la que todos llamaban coloquialmente "La Nación").

La carta dejó grabada una sentencia sobre el proyecto presidencial de Sarmiento: "Menos gobierno que usted, más gobierno que el general Mitre: he aquí mi programa. No reclamo patente de invención porque este es el único gobierno conocido en los países bien organizados".

La respuesta de Urquiza, que desconocemos, originó una nueva correspondencia de Sarmiento. Fue despachada el 17 de julio, y su contenido nos permite reafirmar que el jefe del gobierno buscaba afianzar la relación con su antiguo adversario.

Usted y yo, por caminos distintos, veníamos de años atrás buscando solución a este problema de formar una nación con los desunidos elementos que dejó la guerra civil de treinta años.

Usted ha tenido el buen tino de someterse al fallo dado por las elecciones: solo a esta condición es posible el gobierno republicano. En usted este acto era una virtud; en el ex presidente [Mitre] *era un deber. De usted, sus adversarios de antes (yo entre ellos), no debían esperarlo; de nuestro antiguo amigo* [Mitre]*, parecía la cosa más natural del mundo. Los roles están cambiados.*

Recordemos que en aquel tiempo las antípodas eran, precisamente, Mitre y Urquiza. Por eso, julio de 1869 marcó un hito cuando el presidente expresó su postura. Tránsfuga es la palabra que define a quien pasa de un bando al otro. ¿Podríamos decir que Sarmiento lo fue? Nada más alejado. Mientras el sanjuanino se identificaba con el partido liberal, el mitrismo no solo se distanció, sino que multiplicó los ataques por la prensa.

Otros conceptos de la segunda carta en la que marca diferencias entre "el viejo caudillo" Urquiza, con "el constante enemigo" Sarmiento y con "el amigo y correligionario" Mitre:

> *El viejo caudillo se somete y presta su hombro a su inveterado y constante enemigo, mientras que el amigo y correligionario de treinta años se alza contra las formas legales que dieron a la República un presidente que tiene el derecho de ser por todos acatado.*
>
> *Lo que admira es que el enemigo Urquiza acierte; y el liberal amigo Mitre, yerre. Cuando salí de los Estados Unidos me decían: tiene usted por delante a Urquiza; y yo decía: es cierto. ¿Cómo explicarles ahora, que tengo a mi espalda el antiguo enemigo, y al frente al amigo y compañero?*

Finalizó su nota recomendándole que no mantuvieran "correspondencia muy activa". Y agregó: "Tengamos confianza recíproca. Nos la debemos". Además, el sanjuanino refirió un episodio que el propio Urquiza le había confiado a Vélez Sarsfield. El hecho fue el siguiente: un hombre cercano al entrerriano le recriminó su relación con Sarmiento. Don Justo José respondió: "Si piensa hostilizarme, yo lo he de saber por él mismo, mientras que otros me dan la mano de amigo, escondiendo el puñal que me asestan".

Quien le había expresado a Urquiza su desconfianza era uno de los hombres fuertes de Entre Ríos: Ricardo López Jordán.

“¡CARLOTA ESTABA MUY HERMOSA ESA NOCHE!”

El sábado 3 de julio tuvo lugar una gran fiesta en lo de Héctor F. Varela, dueño de *La Tribuna*. Participaron unos trescientos invitados, de lo más selecto entre los pesos pesados de la sociedad. Presidente, ministros, gobernador, embajadores… los conocidos de siempre.

Una adaptación de las crónicas de la fiesta nos permitirá adentrarnos en el ambiente de aquella noche. Al ingresar a la casa —en Suipacha y Piedad (actual Bartolomé Mitre)—, una escalera de unos pocos peldaños se presentaba como un jardín por la profusión de flores. Las paredes, engalanadas con banderas y emblemas. A disposición de los invitados había varios salones, pero debían pasarse de largo, ya que había que ir hasta la galería interna, cubierta de tapices, flores y coronas (que no eran las fúnebres, pero se asemejaban).

Desde allí, un pasadizo decorado con abundantes e improvisadas plantas tropicales conducía: a la izquierda, al guardarropa de los hombres; a la derecha, al de las mujeres. Más al fondo, una curiosa iluminación de tamaño normal tirando a chico, con la inscripción: “¡Viva la República Argentina!”. Era un chiche importado que encantó a todos, dispuesto en un ambiente con la luz tenue que brotaba de unas lámparas de papel, representando rosas y nomeolvides.

Los invitados comenzaron a llegar a las once de la noche. Entre los primeros se contó a Sarmiento, quien arribó acompañado por el matrimonio Carrié. A las once y media se inició el baile, amenizado por la música de la banda militar distribuida en la azotea. El Himno formó parte del repertorio. A las dos de la mañana llegó el turno de la cena para los trescientos invitados. La anfitriona Carlota Romero no dejaba de recibir elogios. Luego de un par de horas de abundancia gastronómica, se reinició la fiesta danzante. Así siguieron, con las bajas correspondientes, hasta el tardío amanecer invernal.

Esta vez, la crónica del mordaz *La Nación Argentina* se dedicó a elogiar la fiesta y, sobre todo, a las mujeres, un segmento sobre el cual necesitaba recuperar terreno. Por ejemplo, dijo sobre la dueña de casa:

> *¡Carlota estaba muy hermosa esa noche! Su vestido no podía ser más elegante ni más sencillo. Era de raso punzó, sin adorno de ninguna*

> *clase.*
>
> *Era un vestido que en el cuerpo de otra mujer no hubiera valido dos vintenes* [céntimos] *y que en el de Carlota no había con qué pagarlo.*

Por las crónicas sabemos que Estanislao del Campo (militar y escritor) se contó entre los más entretenidos. Y que Sarmiento lució frac, con corbatín de seda y botines de paño (hoy diríamos “botitas”).

En este caso, todos coincidieron en que la fiesta de Héctor y Carlota fue espléndida. También cosechó elogios la despedida del representante estadounidense Henry Worthington, quien había arribado en el mismo barco que Sarmiento, pero fue reemplazado por Robert Kirk. Worthington no se fue con las manos vacías. Durante la despedida, el 7 de julio, don Domingo Faustino le regaló una elegante bufanda de vicuña tejida en San Juan. Y, para completar la ronda de festejos, el 9 de Julio fue con brindis de copas de champán y los fuegos artificiales en la plaza, para variar. Como elemento distintivo, la colectividad inglesa organizó un partido de fútbol en Palermo (en la zona del actual Planetario). Era habitual que se aprovecharan los feriados para llevar adelante un juego.

La actividad presidencial alternaba entre festejos, reuniones políticas y la resolución de los asuntos de Estado. Cierto día, durante la última semana de julio y ante la evidencia de trabajo atrasado, Sarmiento concurrió a la Casa de Gobierno a las 7.30 de la mañana, cuando el horario habitual del presidente, los ministros y los empleados era las 9.30 o 10. Aún no había amanecido y el portero, acostumbrado a la tranquilidad matinal, se sobresaltó con la llegada del jefe de Estado. El sanjuanino mandó llamar a Vélez (más bien a despertarlo), se sentó en su escritorio a firmar papeles y no se detuvo hasta las 11.30, cuando optó por un suculento desayuno, satisfecho de haberle ganado horas de trabajo al día.

“TU REINA DE LAS PRADERAS”

Fiel a su costumbre, Ida Lacey de Wickersham le escribió a Sarmiento a mediados del mes de agosto. La carta, fechada en Chicago el 14 de agosto de 1869, expresó sus celos y las ganas de verlo cuando regresara a los Estados Unidos al finalizar el mandato. Entre otras cosas, le dijo:

> *Mi querido amigo:*
> *Un largo año ha transcurrido desde que nos dejaste; y muchos meses sin que yo supiera ni una palabra de ti hasta las pocas líneas del 14 de junio, por las cuales me sentí debidamente agradecida, ¡a pesar de que tú me dijiste casi me habías olvidado! Era justamente lo que temía, que tus ocupaciones públicas destruirían todo recuerdo, todo amor por los que estamos lejos. Sin embargo debo confesar que me envanecí con la ilusión de que a mí no me olvidarías en doce meses. Proyectando sobre ti lo que yo siento, deberías recordarme como que estoy bastante bien, yo, tu Reina de las Praderas.*
> *¡Ah! me vengaré por esta traición cuando vuelvas dentro de cinco años, puesto que quedan solo cinco ahora. No te reconoceré. ¡No te recibiré con el corazón palpitante y las manos acogedoras! Nous verrons ce qui nous verrons. Pensez toujours à moi, je vous embrasse de tout mon coeur!* [Veremos lo que veremos. Piensa siempre en mí, te beso con todo mi corazón]. *Ahora mismo el tiempo me está haciendo recordar tu última visita aquí (…).*
> *El viaje del doctor pareció sentarle por un tiempo pero en este verano no está bien. Y eso me recuerda que en uno de los periódicos argentinos leí que habías estado enfermo. ¿Cómo te expresaré cuánto lo lamento? No puedo, de modo que no lo intentaré (…).*
> *Puedes estar seguro que Mrs. Doggett no volverá este país sin antes visitar Sudamérica. ¡Dios mío! ¡Qué celosa me siento con solo pensarlo! Yo también desearía ir. ¿Y tú lo deseas? Así que has recibido aquella carta con mi pedido. Tengo miedo de que te ocasione molestias que no querrás decir. Si tu comisionista me envía un vestido, ¿me pasará también el precio? ¿Y cómo puedo reembolsarlo?*
> *(…) Me sorprende que Mitre se oponga tanto a ti con respecto a la Educación.*
> *Por favor, escribe cuando puedas, Soy, como siempre tuya,*

sinceramente tuya. Siempre sinceramente tuya,

Ida W

“ORDENE AL COCHERO QUE PASE ADELANTE”

Cuatro años, aunque sin dedicación exclusiva, le demandó a Vélez Sarsfield completar la redacción del Código Civil. Había sido designado por Mitre para llevar adelante la tarea. Trabajó el texto en la tranquilidad de su quinta, situada a cinco kilómetros (hoy Hospital Italiano, barrio de Almagro). Contó con la asistencia de su hija Aurelia, el escribiente Eduardo Díaz y el estudiante de derecho (futuro vice y presidente de la República) Victorino de la Plaza.

A fines de agosto, Sarmiento entregó el último borrador del Código Civil al Congreso para su aprobación, que se concretó en los últimos días de septiembre. Entretanto se iniciaron las obras para que el telégrafo uniera Córdoba y Jujuy; las clases nocturnas en el Nacional de Buenos Aires y la autorización de los legisladores para que el Ejecutivo comprara a particulares la Casa Histórica de Tucumán.

Sarmiento se excusó de asistir a una carrera de velocípedos —así llamaban a las bicicletas— en Palermo, el domingo 5 al mediodía. Se realizó hasta Belgrano, ida y vuelta, y de los seis competidores solo tres completaron la prueba.

El 6 de septiembre, pasadas las tres de la tarde, los diputados debatían sobre valores del timbrado (papel sellado) cuando un colaborador se acercó a Quintana y le entregó un papel. El diputado se puso de pie y anunció: “Señores, cumplo con el triste deber de poner en conocimiento de la Cámara que acaba de fallecer el doctor Valentín Alsina”. Se refería nada menos que al baluarte de los unitarios en tiempos de la guerra civil, emigrado a Montevideo en los días difíciles, compañero de lucha de Florencio Varela, gobernador de la provincia de Buenos Aires en dos oportunidades. Además, era el orgulloso padre del vicepresidente de la Nación y líder de los autonomistas.

El funeral partió de la casa del finado, en la calle Potosí (hoy Alsina), entre Lima y Salta, a las 15.30, rumbo a la Catedral. La distancia de diez cuadras se cubrieron a pie porque Adolfo Alsina acompañó al coche fúnebre caminando. Por lo tanto, todos lo imitaron. Adelante, en silencio marcial, marchaban el vice Alsina, acompañado por el reverendo Eduardo O’Gorman, confesor de la familia. Era otro de los hermanos de Camila. Precisamente, ella conoció al padre Ladislao Gutiérrez a través de él, ya que habían

concurrido juntos al seminario.

Detrás de Alsina y O'Gorman, Sarmiento y Castro. A continuación, los ministros nacionales y provinciales. Después los legisladores, etc. Según vemos, la caminata mantenía cierto orden protocolar. Detrás del séquito, los coches de los mencionados peatones.

Cumplida la misa, el féretro volvió al carruaje fúnebre y cada uno fue a su coche para iniciar la procesión hasta el cementerio de la Recoleta.

> *Nunca, desde el funeral del general Lavalle, las calles de Buenos Aires han sido testigos de uno tan imponente y acompañado. Estaban presentes no menos de cuatrocientos cincuenta carruajes y debió cortarse el tránsito por un tiempo considerable.*

Lavalle murió en 1841, pero su funeral en Buenos Aires y posterior entierro en la Recoleta tuvo lugar en enero de 1861. Los memoriosos equipararon aquel imponente recibimiento de los restos con este funeral apoteósico.

El cortejo realizó el clásico trayecto por Florida hasta Plaza San Martín, para luego encarar el tramo final por la actual avenida Quintana (que fue quien comunicó la noticia a los diputados) hasta el cementerio, en un camino donde la banderas a media asta se sumaban en el dolor.

De los cuatrocientos y pico de coches, dejaremos pasar al primero, el fúnebre, el segundo, en el que viajaban los parientes, y nos concentraremos en el tercero y el cuarto.

Sarmiento le preguntó al edecán que lo acompañaba qué coches iban adelante. El asistente se asomó para cotejar y respondió:

> —Primero el de los deudos. Segundo el de don Emilio. Tercero el de Su Excelencia.
> —¿Quién es "don Emilio"?
> —Don Emilio Castro, el gobernador.
> —¡No faltaba más! Ordene al cochero que pase adelante.

Comenzó así una curiosa competencia por el segundo lugar. El gobernador, que entendía que por despedir a un par de su provincia, muerto y enterrado en su territorio, debía marchar primero. Y el jefe de Estado, que no aceptaba que ningún gobernador estuviese por encima de su investidura.

Ateniéndonos al registro de las crónicas estamos en condiciones de afirmar que el cochero presidencial arribó inmediatamente detrás del que llevaba a Adolfo Alsina. Ambos contendientes marcharon a paso firme dentro del cementerio, hasta la tumba de los Varela, quienes

consideraban a don Valentín como un segundo padre. Recordemos que allí también descansaban los restos de Dominguito.

El primer discurso lo dio el sanjuanino, mientras que Castro y Mitre acordaron que el general sería el segundo en tomar la palabra, antes que el gobernador.

Por lo tanto, podemos decir que a comienzos de septiembre hubo dos carreras: una de bicicletas y otra de coches oficiales.

PRIMER CENSO NACIONAL

Del miércoles 15 al viernes 17 de septiembre se realizó en gran parte del país el primer censo nacional. Aclaremos que siempre hubo, pero era la primera vez que se llevaba adelante con un sistema general, que se hacía en forma simultánea abarcando todo el territorio. En la Patagonia, las Misiones y el Chaco se realizaron estimaciones. Se contabilizaron 6.300 soldados en el frente paraguayo, más unos 32 mil argentinos en el extranjero.

Fueron tres jornadas seguidas en las que la buena predisposición de los entrevistados posibilitó llegar a tiempo. Ayudó el hecho de que los medios periodísticos y los carteles en la vía pública comunicaran las preguntas que se harían. De esta manera, los cuestionarios se completaban en minutos. Las dificultades se daban en aquellos grupos de inmigrantes donde ninguno hablaba español.

Los censados —en las familias, generalmente se hacía cargo de las respuestas uno de los padres— indicaban el nombre, edad, sexo, estado civil y nacionalidad de cada integrante de la casa. En el caso de los argentinos, en qué provincia nacieron. Además, la ocupación o medio de vida, si sabían leer y escribir. Por último, ciertas preguntas en las que se preservaba la identidad y solo tenían valor estadístico: si había en el grupo hijos naturales (no legítimos), mancebas (concubinas), dementes, inválidos, ciegos, sordomudos, "cretinos, imbéciles, estúpidos, opas"; quiénes tenían alguna otra incapacidad física, si había huérfanos y, para finalizar, un dato que el gobierno consideraba fundamental: quiénes iban a la escuela.

Si bien algunas ciudades adelantaron el censo (por ejemplo, Rosario, que lo llevó adelante el 31 de julio), en casi todo el país comenzó el 15 de septiembre. En Buenos Aires solo hubo dos privilegiados: el presidente y el gobernador de la provincia.

En casa de Sarmiento recibieron al censista, bien temprano a la mañana. Pero no era uno cualquiera. Concurrió el cirujano De la Fuente, es decir, el director de la oficina del censo. Mientras que a Castro lo visitó Antonio Zinny, el funcionario número dos de la oficina.

Según los registros, en la calle Belgrano contabilizaron al educador y presidente, el matrimonio Carrié, sus siete hijos, los tres integrantes del personal doméstico (dos hombres, una mujer) y el soldado que

custodiaba la casa. En cuanto al domicilio de Castro (Reconquista 134), Zinny anotó al matrimonio, seis hijos y siete personas de servicio, incluidos el cochero y la cocinera.

No fueron tratados con exclusividad el presidente del Senado —y vice del gobierno— Alsina, ni Francisco de las Carreras, quien estaba al frente de la Corte Suprema.

La contabilidad final arrojó un total de 1.877.490 habitantes. Las provincias más pobladas: Buenos Aires, Córdoba, Entre Ríos y Santiago del Estero, en ese orden. Tucumán tenía más habitantes que Santa Fe. Buenos Aires —incluida la actual ciudad capital— y Córdoba concentraban un tercio de la población total del país.

Un detalle de los registros: como correspondía, Sarmiento figuró con estado civil casado. Lo mismo ocurrió con Benita, su ex, que vivía en la calle Corrientes con su hermana Juliana. Cuando le preguntaron su nombre para volcarlo en el cuadernillo del censo, respondió: Benita Martínez de Sarmiento, casada. Es el mismo estado que figuró en los registros de otra separada en el entorno del jefe del gobierno: Aurelia Vélez.

BALANCE DE GOBIERNO

Debido a un estado gripal que lo tuvo a maltraer, el presidente se tomó unos días en su casa. Las reuniones fueron canceladas hasta que el presidente regresó al despacho el 4 de octubre. Comenzaba a regir en el país la Ley de Ciudadanía, un corolario del censo y una solución para convertir en ciudadanos a los numerosos inmigrantes. Por esos días se comentaba que Urquiza había invitado a Sarmiento a su cumpleaños (68, el 18 de octubre), pero el jefe de Estado se excusó por su complicada agenda. Aun así, quedaba en pie la invitación para más adelante, y la posibilidad de una reunión entre el sanjuanino y el entrerriano sacudió a la política nacional a través de todo tipo de comentarios.

Continuaban a buen ritmo los avances en la comunicación. El 8 de octubre se inauguró el telégrafo de Rosario a Córdoba, extendiendo la red por más kilómetros. El martes 12 se cumplió un año de gobierno, con un balance auspicioso. Los medios periodísticos destacaron algunos hechos de su administración. Entre ellos:

- Pacificación de Corrientes en los primeros días del mandato.
- Mayor protección de las fronteras frente al avance de los malones.
- Concreción del censo nacional.
- Organización de la Exposición Universal de Córdoba.
- Desarrollo de la telegrafía.
- Formación de escuelas en todo el país.
- Mejoramiento del sistema de correo postal.
- Proyectos para la navegación en los ríos Salado y Bermejo.
- Trabajos viales de importancia en todo el territorio (rutas y puentes).
- Regularización de la paga a los Guerreros del Paraguay.
- Estudio de las posibilidades de la minería local.
- Reducción de los derechos de exportación.
- Subsidios a industrias.
- Avance del ferrocarril.
- Construcción del muelle y puerto de Paraná.
- Ordenamiento jurídico a través del Código Civil.
- Estabilidad económica.

- Análisis de un puerto moderno para Buenos Aires (futuro Puerto Madero).

Las enumeraciones de la prensa son más completas, y hasta podríamos agregar algunas de último momento, como la creación de la Escuela Militar el 11 de octubre. Pero el esbozo nos ofrece un panorama del primer año de gestión. Se trataba de un gobierno débil desde el primer día, que asumió en medio de una guerra inconclusa y con sacudones institucionales como el de Corrientes. Fue blanco de constantes ataques periodísticos, sumado al mal carácter de Sarmiento que no ayudaba para que su imagen se viera favorecida. De todos modos, y frente a las constantes adversidades, pudo ir progresando.

Debe reconocerse el mérito de su gabinete (y el suyo para reunirlo). Sobre todo, el del primer ministro, nombre que se le daba al encargado de la cartera del Interior, es decir, Vélez Sarsfield.

Más allá de los buenos resultados y de los pronósticos auspiciosos, el equipo del presidente juzgaba que aún era temprano para sopesar méritos y fallas. Pero se mostraba satisfecho por los logros obtenidos.

Pocos días después, el 18, hizo su aparición un nuevo medio periodístico. El diario *La Prensa*, fundado por el hacendado y político liberal José C. Paz, se plantó enfrente de la vereda del gobierno nacional, pero también se mantuvo equidistante de Mitre. En su primer número anunció: "Tenemos la fatalidad de no ver extinguida del todo la sujeción degradante que la prensa oficial había impuesto al pueblo". Disentía de *El Nacional*, tan afecto a la ponderación de los actos de gobierno, pero más aún de *La Tribuna* de los Varela. Su apoyo al gobernador Castro era evidente. Sin embargo, con marcada ecuanimidad, también ofreció una mirada a favor:

> *El gobierno actual, en su formación, hizo concebir al pueblo que lo eligió esperanzas bien lisonjeras, fundadas en los antecedentes de las personas que lo componían.*
> *¿Ha respondido a ellas, sí o no?*
> *Pese a quien pese, los hechos hacen enmudecer hasta a sus más empecinados adversarios.*

En el número del 22 de octubre aplaudió que el gobierno haya quitado la pauta de publicidad a los diarios opositores. Por otra parte, se preguntaba por qué no eran más estrictos los resortes para castigar a funcionarios públicos deshonestos. En definitiva, y a través de la lectura de sus primeros ejemplares, *La Prensa* consideraba que Sarmiento había sido, a la hora de votar, una buena opción. Pero le criticaba las formas y esa manía de situarse dos pasos adelante en la

decisiones, sin considerar alternativas, salvo en excepcionales casos con sus ministros.

El éxito inicial de *La Prensa* fue otro de los motivos a considerar por el grupo editorial de *La Nación Argentina*, que decidió a los tres meses renacer con el nombre de diario *La Nación*.

Mientras tanto, se acercaba el próximo hito de la gestión presidencial. Ambas cámaras habían aprobado que Rosario fuera la capital de la República. Pero el 24 de octubre trascendió que la resolución de los legisladores se toparía con el veto presidencial. Así fue nomás y, por la decisión de Sarmiento, la ciudad santafesina y cuna de la bandera argentina no se convirtió en la Capital Federal del territorio.

MISS GORMAN

Mañana llegará en el Repler, pues ya me escribe de Río de Janeiro, Miss Gorman, la maestra norteamericana que va a San Juan.
En ella tendrás una excelente maestra para completar la educación de tus hijas.

DFS A SU HIJA FAUSTINA, 3/11/1869

La carta, fechada el 12 de noviembre, se iniciaba con lo que parecía ser una buena noticia: "Llegó al fin Miss Gorman, quien descansa en el seno de una familia amiga de sus fatigas de viaje". Así, el presidente le refería a su amiga estadounidense Mary Mann la novedad. Allá en el norte, junto con la dama habían dado forma al proyecto del sanjuanino: poblar el país de maestras y fomentar las escuelas normales.

Esta era otra de las tantas ideas importadas, como el apretón de manos del 1 de enero más el embanderamiento y los desfiles de la fecha patria. También propuso cultivar pinos navideños, idea que divulgó en noviembre del 69, consciente de que al año siguiente los arbolitos estarían en condiciones de adornar la fiesta. Por lo tanto, si bien el inglés Michael Hynes adornó un gran abedul en la vía pública durante la Navidad de 1828 siguiendo la costumbre europea, Sarmiento fue quien impuso los arbolitos típicos.

Pero indicamos que parecía ser una buena noticia porque solo el comienzo de la carta a Mary Mann era auspicioso. Antes de proseguir con el texto, conozcamos la historia de la maestra aludida, aunque con una aclaración: quien desee interesarse en la historias de las docentes que trajo el educador tienen tres libros exquisitos, por no decir imperdibles: *Sesenta y cinco valientes* de Alice Houston Luiggi (publicado en 1959), *Las maestras de Sarmiento* de Julio Crespo (2007) y *Las señoritas* de Laura Ramos (2021). Ahora sí, pasemos a la dama.

Mary Elizabeth Gorman conoció al maestro argentino cuando este visitó la Universidad de Wisconsin, en 1868. La joven de 23 años hablaba buen español, los sentaron juntos y él la convenció de que viajara a la Argentina, más precisamente a su querida San Juan, para dictar clases en una escuela que él había fundado. Mary Elizabeth se tomó su tiempo (en alguna carta anterior a la señora Mann, Domingo Faustino se mostraba impaciente por la tardanza). Uno de los motivos de la demora se debía a que no encontraba compañeros de viaje apropiados. Buscaba un matrimonio o una señora que se dirigiera a la Argentina y aceptara custodiarla, ya que en aquellos años a ninguna señorita se le ocurriría hacer la travesía sola y cargar con esa mancha (percibo la sonrisa del lector). Hasta que el matrimonio Spring, amigo de los Gorman, anunció que regresaría a Buenos Aires y con gusto disfrutarían de la compañía de Mary Elizabeth.

Recién en el barco, la señorita Gorman se enteró de que no solo haría la travesía con Haze y Jane Spring, sino que se había sumado John Bean, joven sobrino de la pareja. ¡Y que suenen los violines! Mary E. y John se comprometieron en altamar.

Los parientes de los Haze y de los Bean en la Argentina fueron muy generosos y atentos con la viajera. Pero mostraron su preocupación cuando Mary E. les contó que se trasladaría a San Juan. Justo la provincia en que había ley marcial y debió ser intervenida por desórdenes con violencia. Poco les costó convencer a la maestra que desistiera de viajar, ya que las oportunidades que ella necesitaba estaban a la vuelta de la manzana.

La señorita Gorman se lo comunicó a Sarmiento: "Encuentro entre mis amigos la oposición más fuerte a que vaya a San Juan". El 12 de noviembre, el presidente le escribió a Mary Mann la mencionada carta:

> *Llegó al fin Miss Gorman, quien descansa en el seno de una familia amiga de sus fatigas de viaje. Desde abordo, y al llegar aquí, los amigos o compatriotas que la han visitado no han hallado mayor prueba de interés que hacerle una pintura abominable del interior de la República, exaltando su imaginación.*
> *Se muestra poco dispuesta a ir a San Juan, por ahora.*

Sarmiento confiaba en que dos semanas serían suficientes para que recapacitara. No terminaba de entender a qué riesgos se refería, si la había destinado a la misma ciudad donde se encontraba su gente querida ("No he de ser más cuidadoso de Miss Gorman que de mis hermanas y familia que viven en San Juan"). Había un detalle que se le escapaba. En el viaje, pagado por el gobierno argentino, Mary había conocido al hombre con quien se casaría. John tenía una posición

económica sólida. ¿Por qué Miss Gorman querría alejarse de su amado?

Lo cierto es que la maestra desechó propuestas en escuelas privadas y terminó aceptando un puesto en una pública para, de alguna manera, compensar al gobierno, sobre todo, al irascible jefe del mismo. Luego de cinco meses de trabajar sin recibir paga, renunció. No puede afirmarse —pero sí sospecharse— que Sarmiento ordenó que no le pagaran. Enojado, el sanjuanino se desentendió completamente de la suerte de miss Gorman. La maestra encontró en Juana Manso a una buena madrina que, sin embargo, no logró que le abonaran su sueldo.

El sueño de poblar las escuelas argentinas con maestras empezó con este traspié.

“BANDA DE GAUCHOS”

La felicidad ante el primer año de gestión fue eclipsada por una tragedia. Ocurrió en la noche del 15 de octubre, en la colonia santafesina de San Carlos, distante a unos cincuenta kilómetros de la capital provincial.

El matrimonio Lefebre (Enrique, francés, 37 años, y Luisa Place, argentina de 39) fue asesinado en su casa, junto a Enriquito, su hijo mayor de ocho años y una criada de doce llamada María Perona. Sobrevivieron a la matanza los tres más pequeños (siete y dos años, más otro de meses). El mayorcito describió a los criminales y su testimonio, sumado a los aportes de otros testigos, apuntó a Bartolo Santa Cruz y sus secuaces los hermanos Alarcón, vecinos de El Sauce, una población cercana. En las crónicas periodísticas los asesinos eran nombrados como “banda de gauchos”.

Mientras que San Carlos concentraba en su mayoría a inmigrantes agricultores que se presentaban como un ejemplo productivo, El Sauce era tierra de nativos y milicias que se dedicaban a disfrutar del ocio y que consideraban invasores a los inmigrantes. Trascendió que Santa Cruz tenía una deuda de dinero con Lefebre.

El descontento entre ambos poblados no sorprendía a nadie. Se había establecido que la guardia de El Sauce los protegería de los ataques de malones que acechaban la zona. Sin embargo, *The Standard* aseguró: “los colonos temen más a los gauchos que a los indios”.

El cuádruple crimen desató la furia. En la tarde siguiente, un numeroso grupo de colonos se trasladó a El Sauce en procura de los asesinos. No los encontraron y se dirigieron a la casa del comandante del puesto militar, Nicolás “el Negro” Denis, abipón acriollado. Lo increparon, pero el jefe negó conocer el paradero de los buscados. No le creyeron. En circunstancias poco claras —algunos dicen que huía, otros que los atacó—, los colonos mataron a Denis.

La muerte del jefe militar a manos de pacíficos trabajadores generó polémicas en todo el país. *El Courrier*, periódico de la colectividad francesa, planteó que el atentado contra el abipón era “la última instancia a la que acude el pueblo que sufre la ineptitud o culpabilidad de las autoridades”. Calificó al gobierno provincial de “negligente y poco responsable”. Protestó por la multiplicación de delincuentes que “por una botella de caña o un poco de yerba son

capaces de asesinar”.

Seis sancarlinos fueron arrestados, pero el principal sospechoso, Jerónimo Manguín, escapó. Perseguido y acorralado por las autoridades, se quitó la vida.

El gobernador Mariano Cabal se presentó en San Carlos. Su buena intención de morigerar los ánimos caldeados no halló eco. Había caído mal una declaración donde aun habiendo condenado ambos crímenes, calificó al del Negro Denis como más grave por ser doble: contra la autoridad y contra las leyes. El 10 de noviembre de 1869 la comunidad sancarlina reaccionó ejercitando el derecho constitucional de peticionar ante las autoridades.

“Los abajo firmantes —comenzaba—, amparados en el derecho de petición y de las garantías que nos otorga la Constitución de la República Argentina…”, protestamos por “la condición lamentable e insegura en que nos coloca el actual Gobierno de Santa Fe”. El petitorio continuaba:

> *Algunos de nosotros somos nativos del país. Otros, extranjeros invitados por las ventajas tan promocionadas y ofrecidas a los emigrantes de Europa: todos por igual estamos expuestos a la pérdida de nuestras vidas y bienes por la mala gestión del gobierno de Santa Fe y la falta de elementos en su venir y reprimir los delitos que cada día aumentan, poniendo en peligro nuestras vidas e intereses.*

Según sus palabras, se sentían más inseguros en su poblado que “en medio del Gran Chaco”. Y reclamaron una acción directa de Sarmiento, en reconocimiento por el gran cambio que generaron en la tierra recibida.

El malestar de los colonos santafesinos dejó secuelas. Todo el viento a favor que sopló en octubre se vio menguado por la fuerte reacción de las hastiadas víctimas de los bandoleros. Se trataba de un problema serio porque las colonias agrícolas, principalmente conformadas por extranjeros, eran uno de los grandes objetivos de la gestión presidencial, al igual que las mejoras en la educación.

“TE MANDO UN PEDACITO DEL VESTIDO”

Su amiga estadounidense recibió el vestido que Sarmiento ordenó comprar en París. El encargo lo cumplió Mariano Balcarce, quien lo despachó a Nueva York. Allí lo recibió el cónsul argentino en Nueva York, Edward Davison, quien lo entregó a la señora y luego le escribió al presidente: “He remitido a Mrs. Wickersham el paquete que usted encargó a París”. Ida le anunció al sanjuanino que el vestido había llegado en la carta de noviembre:

Chicago, 14 de noviembre de 1869

Mi querido amigo:

Por una semana he estado tratando de encontrar tiempo para escribirte; pero hasta hoy no lo he logrado y ahora he cerrado con llave la puerta y nadie puede entrar. No dejaré entrar a nadie durante una hora, por lo menos. Antes, terminaré una carta para ti. Sin embargo no tengo noticias que darte, como no sea sobre mi hermoso vestido de París. Justamente cuando el mes pasado yo te había enviado una carta y justamente cuando era demasiado tarde para que yo te enviase otro recado sobre ello, recibí carta de tu comisionista en París comunicándome que me había despachado una caja, a cuidado de E. Davison.

Pronto tuve un recado de Mr. Davison que por supuesto contesté, y la caja llegó perfectamente bien. ¡Me sorprendí mucho! No esperaba ver un hermoso vestido de confección que me quedaba como si me lo hubieran hecho al cuerpo.

¿Cómo fue que ocurrió? ¿Quién sabía bien mis medidas? Y el hermoso color que me sienta tan bien y los preciosos adornos? ¡Oh! ¡Que encantada! Y todo esto vino por las preguntas que te hice hace tiempo. ¡Oh, tú... tú...! Con el vestido no vino ninguna factura. ¿Me dirás cuánto costó? Nunca me atreveré a pedirte informaciones de esta manera. ¡El color es tan perfecto para mí! ¡Y el estilo tan bueno! Me sentiré como una reina cuando lo lleve. Y lamentaré tanto que no me veas con él puesto. Te mando un pedacito del vestido. Míralo por la noche, a la luz del gas: es exquisito. Es un género nuevo, se llama “Lince de [texto ilegible]. *Tiene raso del mismo color y encaje blanco. Sé que no vas a reírte de mí porque escribo tanto sobre esto. Sabes que me gustan las cosas bonitas y sé que tú también tienes buen*

gusto. ¡Te agradezco tanto, pero tanto! ¿Vendrás, por favor, para verme con el vestido puesto? Tengo un nuevo anillo con un topacio engarzado como se engarzan los diamantes. Está firmemente tallado y es tan brillante como lo sería un juego de diamantes. Lo usaré junto con mi belle robe, pero el anillo no me interesa tanto como el vestido. Es la pura verdad.

(...)

Soy como siempre tuya. Soy tuya, toujours, toujours. Creo que ésa es la palabra más hermosa en francés. Toujours, por todos los días, o años, más bien.

Ida

REGRESO DE LOS VALIENTES

En la casa de mi comadre [Eloísa] *casi no puedo permanecer largo tiempo, pues como las niñas van siendo grandes, el espacio que ocupan en ella se hace estrecho.*

DFS A SU HERMANA BIENVENIDA,
19/12/1869

El último mes del año 69 llegaba con algunas novedades auspiciosas. Se anunciaba el viaje de nuevas maestras a la Argentina. Urquiza enviaba una invitación formal al presidente Sarmiento. Faltando una semana para la Navidad trascendió que el primer mandatario había dado instrucciones para que se copiara otra costumbre norteamericana: celebrar la llegada del nuevo año obsequiando con un presente a todos los empleados del gobierno nacional.

Pero nada se comparaba con el recibimiento a los veteranos que hacia fin de año regresaban de Paraguay. Se trataba de las Guardias Nacionales, es decir, las milicias conformadas por civiles que estaban en edad y condiciones de tomar las armas en defensa de la Patria, y que respondían a cada gobierno provincial. Por lo tanto, había Guardias Nacionales santafesinas, correntinas, porteñas, etc.

Los hijos de Sarmiento y Paz, caídos en Curupaytí, pertenecían a esta fuerza.

Tenía que ser una recepción brillante. Sin embargo, la disputa por un balcón, el mal tiempo y la desorganización convirtieron al acto en un deslucido episodio de la presidencia de Sarmiento.

El Poder Ejecutivo resolvió que el palco principal durante el desfile de las tropas sería el balcón de la Municipalidad (un edificio lindante al Cabildo, que tenía tres arcos). Pero los municipales ya habían preparado su fiesta y cursado invitaciones, por lo cual se comunicó al Gabinete nacional que debía desistir de la idea. Sarmiento reaccionó y ordenó montar un gran palco en la plaza, a la altura de la Catedral, de

espaldas al edificio municipal; también modificó el trayecto del desfile para privarlos de la vista.

Durante los días previos la ciudad fue embellecida con cuatro arcos ornamentales (uno de ellos adornado simpáticamente con las once letras que formaban la palabra “BIENVENIDOS”), infinidad de banderas celestes y blancas, más una llamativa provisión de camelias para florecer el recorrido que harían las tropas. Todo estaba listo, faltaba que arribaran los barcos. Sin embargo, lo que llegó fue una tormenta en la tarde del 29 de diciembre.

Los arcos se desplomaron estrepitosamente, las letras del cartel iniciaron un vuelo incierto, algunas banderas perdieron su forma, otras se volaron. Y las camelias se marchitaron. En cuestión de minutos, la colorida Buenos Aires se volvió gris.

A la mañana siguiente, un ejército de peones puso manos a la obra. Se montaron nuevamente los arcos triunfales. Llegaron carros de las afueras con gran provisión de frescas violetas. Se reemplazaron las banderas.

El consuelo fue que las tropas retrasaron su arribo porque el mal tiempo impidió la navegación. Los barcos fueron avistados el 30 por la tarde y Sarmiento tomó una decisión de último momento: decretó feriado el 31. La medida cayó mal en el comercio y en el mercado bursátil por trámites truncados y por las pérdidas que ocasionaba a los negocios cerrar sus puertas.

Pero la llegada de las tropas podía justificar estas contrariedades. El problema, según veremos, fue el gran ausente: el sentido común.

ACTO FALLIDO

La mañana del último día del año, viernes para más datos, presentó un escenario inusual. Con los primeros rayos del día, damas con niños en edad escolar se encaminaron a la Plaza Victoria y tomaron lugares privilegiados en plataformas de madera. Arribaban carros provistos de cicuta verde, helechos y biznaga para arrojar en las calles por las cuales desfilarían los valientes. El secretario de Interior —Luis Varela— dirigía a los empleados que llevaban sillas desde la Casa de Gobierno hasta las tarimas.

El coche del presidente se estacionó en la puerta de la casa de Lola García Martínez, casada con Emilio Mitre, comandante de la fuerza que arribaba. Sarmiento lo cedió a la dama para que se le franqueara el paso hasta el muelle. En las inmediaciones del mismo se repartió el discurso impreso de la bienvenida presidencial. Pasadas las ocho, la zona estaba repleta de entusiastas. Aquellos con telescopios y largavistas comunicaban sus observaciones al resto, ante la falta de una voz oficial que brindara información fidedigna.

En la plaza principal alguien deslizó que las autoridades se presentarían al mediodía. Una ola de gente se desparramó en los cafés y comedores, dejando a algún sacrificado en guardia por las ubicaciones. Bebidas, chuletas de cordero y bifes circularon por las mesas, de acuerdo con la evocación de los periodistas. El recreo duró apenas una hora porque se escuchó un cañonazo que fue tomado como posible inicio del desfile. En el desbande por recuperar posiciones en la soleada plaza, algunos aprovecharon para irse sin pagar.

El apuro terminó siendo innecesario y el tiempo transcurría sin otra novedad que un pueblo tostándose mientras Sarmiento y compañía brillaban por su ausencia. En cuanto al discurso impreso, fue de utilidad para los agotados que se sentaban en la calle.

Tan paciente espera llegó a un límite. A eso de las cuatro los espectadores empezaron a desconcentrarse, sin disimular su frustración y molestia. Los que tenían posibilidades marcharon en lenta procesión de carruajes hacia Palermo.

La malograda bienvenida a los veteranos fue un tropiezo del gobierno. Sarmiento había decretado el feriado, la jornada se había perdido y todavía faltaba más.

El calor dejaba de ser sofocante y el sol iniciaba su retirada cuando unos doscientos policías se repartieron por el centro para golpear las puertas de los hogares. Anunciaron que los soldados estaban desembarcando. El revuelo fue general. Un potente estruendo que se oyó en dirección al muelle fue la señal esperada. Florida, que minutos antes era una calle desierta, se abarrotó de gente, contando también a los que volvían de Palermo advertidos por el estampido.

Todo era incertidumbre. Se consultaba a los que tenían telescopios y prismáticos, pero la falta de luz anulaba sus poderes. Finalmente a las nueve de la noche hizo su aparición Sarmiento, acompañado por Castro, el general Mitre y el gabinete. Los ánimos cambiaron, pero el horario no ayudaba: el presidente y el gobernador cabeceaban adormecidos. Se aproximaba la medianoche del 31 de diciembre cuando comenzó el desfile. De las diecisiete cuadras del recorrido, se destacaron dos: en términos actuales, Perú entre Hipólito Yrigoyen y Rivadavia, y Florida entre Perón y Sarmiento. Ambas arterias estaban plagadas de flores y bellas damas en los balcones. El marco era vistoso, pero insuficiente, ya que lo que pretendió ser una bienvenida popular terminó convirtiéndose en un espectáculo para pocos: aquellos que habían madrugado se fueron a dormir, al igual que los soldados, quienes luego de cubrir el trayecto acamparon en Retiro.

El año se terminaba con el ansiado regreso de los combatientes, una recepción fallida y varios puntos en contra para la imagen presidencial.

“EL NOMBRE DE FRAILE MUERTO ME CAE MAL”

Salgo luego para el Rosario y las colonias, y según los preparativos, se cree que contraste la acogida [de aquellos lugares] *con la que aquí hizo la Municipalidad al pedido de su casa.*

DFS A POSSE, 12/1/1870

La tradición del apretón de manos en la Casa de Gobierno se repitió el 1 de enero de 1870 y fue un encuentro muy concurrido. Por la tarde se llevó adelante un desfile acorde a la valoración que merecían los soldados, con decenas de miles de personas ovacionándolos. Una estimación contabilizó treinta mil almas en el sector denominado Catalinas, en Retiro. *La Nación*, en su ejemplar número uno de su historia, calculó ochenta mil movilizados por toda la ciudad. Y como si esto fuera poco, entre las 8 y las 16 hubo elecciones: se renovaron bancas en la Cámara de Diputados (al oficialismo no le fue bien).

Pero lo mejor del mes ocurriría a partir de la segunda quincena, cuando Sarmiento visitó Santa Fe, Córdoba y Entre Ríos. Era la primera vez que un presidente argentino realizaba una gira interprovincial. Su principal objetivo consistía en dar señales de apoyo al progreso agropecuario. El viaje sumaba un acto simbólico elocuente: el primer representante del gobierno acompañaba a las tropas veteranas de las Guardias Nacionales en el regreso a sus casas. Los pueblos y ciudades recibían hombres que iban a cambiar el fusil por herramientas de trabajo.

En el vapor *Pavón*, y con la compañía del ministro Gorostiaga, el general Arredondo y los representantes diplomáticos (Estados Unidos, España, Francia, Italia) más una importante comitiva, Sarmiento partió el 17 de enero. Al día siguiente, la escala en San Nicolás demandó un tiempo imprevisto por cuestiones meteorológicas. La flota prosiguió el 19 temprano y al mediodía llegaron a su destino. Rosario

fue una fiesta. La vista desde los barcos era imponente: las barrancas junto al río se mostraban abarrotadas de vecinos que les daban la bienvenida al presidente y a los soldados.

En la quinta de Peñaloza, los visitantes fueron agasajados con refrescos y mesas de bocados (sándwiches, canapés, etc.) provistos por la confitería Esperanza. A la noche, un banquete en lo de Franzini, comerciante italiano que, según los registros periodísticos, se destacó por su menú de —atención— treinta platos para cada uno de los doscientos cincuenta comensales. En tanto, la tropa se deleitó con un sabroso asado con cuero, a la luz de la luna, en el improvisado campamento.

Fueron cinco días intensos hasta que el 24 de enero, luego de una fiesta, abandonaron las atenciones de los rosarinos. Por la madrugada se trasladaron en tren a Córdoba (la locomotora fue empavesada con las banderas de la Argentina y de Inglaterra). Recuperaron cinco horas de sueño en el transcurso del viaje y a las nueve y media de la mañana arribaron a una de las prósperas ciudades de la provincia mediterránea: Fraile Muerto.

Durante el exclusivo banquete para sesenta personas, Sarmiento se puso de pie y expresó:

> *Caballeros, el nombre de Fraile Muerto me cae mal. Es desagradable e impropio. San Jerónimo no lo ha podido enterrar* [risas]. *El fraile muerto sigue ahí. Démosle a esta estación un nombre más agradable; llamémosla Estación Bell, en memoria de uno de los jóvenes valientes, aquí presente, quien fue el primero en tomar residencia en esta pradera solitaria, y alejar a su salvaje habitante* [grandes aplausos].

El comentario risueño acerca de que San Jerónimo no había enterrado al fraile se debió a que el santo aludido se asocia con las traducciones. Por lo tanto, fue una forma de decir que teniendo el don para transformar palabras, podría haberle modificado el nombre. Entendemos que señaló a Robert Bell, uno de los pioneros y dueño de tierras productivas. Ese es el motivo por el cual Fraile Muerto se transformó en Bell Ville. Pero el mayor aplauso fue el que coronó el anuncio de que se suspendían los impuestos a la compra de maquinaria agrícola importada.

Por la tarde se trasladaron en un carruaje tirado por seis caballos a la estancia de Purdie y los hermanos King (Thomas, Fred y Paul). La anécdota es que llegaron con hambre y se sumaron gustosos a un asado criollo que hizo las veces de merienda. Sentados en un tronco, Sarmiento, Gorostiaga y Arredondo mostraron cualidades para el manejo del cuchillo y comieron “a jeta”, es decir, sin plato ni tenedor. El contraste era notable: hombres de la ciudad, con botas de montar y

pantalones, departiendo con paisanos de chiripá y bota de potro.

Como las dimensiones del casco eran limitadas, a la noche hubo que dividir la comitiva. Un grupo selecto comió en la casa, mientras que el resto recibía sus platos por entre las rejas de las ventanas y tuvo su banquete a la intemperie.

Muy temprano —luego de ver en funcionamiento la trilladora— partieron de la actual Bell Ville hacia Rosario. El viento levantó polvo y los rostros de los visitantes perdieron la palidez habitual. Se entretenían observando esas caras amorenadas. La mayoría aprovechó para bañarse en el Río Tercero, junto a un puente de hierro, con el fin de asearse un poco y refrescarse. Visitaron el campo de Eardley Wilmot y John Davy, al lado de la actual Leones y, más adelante, la estancia de Krell en Cañada de Gómez. El 25 de enero llegaron —vía Rosario— a la ciudad de Santa Fe, engalanada para la ocasión. Los periodistas calcularon que si el censo había arrojado una población de diez mil seiscientos habitantes, al menos dos tercios de los vecinos participaron de la bienvenida en un día soleado como ninguno. En cuanto arribaron, fueron guiados hasta el café del señor Echagüe, donde se habían dispuesto cantidad de mesas en el patio y jarras de cerveza para combatir la alta temperatura. Por la noche, para variar, baile.

La gira prosiguió con idénticas demostraciones, gastronómicas y agropecuarias. Visitaron Colonia Esperanza y San Carlos, donde la reconciliación con los pobladores fue inmediata. El primer tramo (Santa Fe más Fraile Muerto/Bell Ville en Córdoba) tuvo un balance altamente positivo. El segundo, a priori, era más complejo. Sarmiento se adentraría en los pagos de Urquiza, concretando uno de los hechos políticos trascendentales de su gestión presidencial.

"PIENSO EN TI CADA DÍA"

Ida, su íntima amiga, le refirió la noche en que estrenó el vestido. También lo felicitó por el final de la guerra. Desde Chicago, el 14 enero de 1870, escribió a Sarmiento, diciéndole:

Mi querido amigo:
Te escribí el mes pasado, día 13; y antes, en noviembre. Espero que las cartas estén en tu poder. Entretanto he recibido una tuya donde me dices que las mías tardan en llegarte; pero no por culpa mía, te lo aseguro, puesto que escribo siempre cada mes... y pienso en ti cada día. No sé por qué, pero tantas cosas me recuerdan a ti. Ya sea un día frío como aquel en que salimos a comprar las pieles; o bien sea una cálida primavera, como aquel día en que tú podías ponerte cómodo otra vez después de nuestros helados vientos del Lago. Nuevamente una brillante noche de luna como aquella cuando bajamos caminando por la Avenida Michigan, ¡hermosa! O la Ópera, un vestido, una piel o el color que tanto te gusta. ¡Ah, tú has conseguido que te recuerde de muchas maneras! ¡Tú...!
He llenado cartas colmadas de manifestaciones de agradecimiento por el hermoso souvenir de París. Me lo puse en el gran baile francés que tuvo lugar en el mismo teatro de la Ópera.
Fue un gran acontecimiento. Mi vestido fue entonces el más elegante. Ningún otro parecido ni en la hechura ni en el color. Me sentó à merveille. Y fue descrito con gran minuciosidad en el periódico del día siguiente. Te envío lo que dice el periódico francés sobre el baile.
Estoy tan contenta de que la guerra del Paraguay haya terminado y de que te hayas sacado de encima por lo menos esa preocupación. Quizá puedas escribir cartas más largas ahora (...).
Me encantó leer en los periódicos sudamericanos comentarios sobre el término de tu primer año como presidente, saber cuánto has hecho en ese poco tiempo, más que ningún otro antes.
Por favor, escríbeme tan a menudo como puedas y no me olvides. Soy siempre y para siempre la misma.

Ida

ENCUENTRO CON URQUIZA

Mi viaje ha sido un triunfo permanente a través de ciudades y campañas, entre nacionales y extranjeros.
Creo que lo que les complacía era ver por primera vez, no obstante Derqui, Urquiza y Mitre, un verdadero presidente, el presidente de todos.

DFS A MANUEL GARCÍA, 15/2/1870

Restaba la segunda mitad de la gira. Nada menos que Entre Ríos, determinante para el futuro institucional de la República. La comitiva presidencial, a la que se sumó el gobernador Cabal, arribó a Concepción del Uruguay a las ocho de la mañana del 3 de febrero, día del décimo octavo aniversario de la batalla de Caseros.

Precisamente, fue el vencedor de aquel enfrentamiento quien recibió al presidente de la Nación. Nos referimos al gobernador Urquiza, quien se presentó vestido de civil y aguardó junto a la alfombra color punzó el desembarco de la máxima autoridad. A un costado del muelle, veinte carruajes (cuatro de ellos tirados no por dos, sino por cuatro caballos) esperaban a los visitantes.

Urquiza y Sarmiento se abrazaron con familiaridad y caminaron hasta el primer coche, en medio de vivas y estruendos. El destino fue la principal casona de la ciudad, pegada a la plaza y perteneciente a uno de los yernos del entrerriano: Simón Santa Cruz (casado con Juanita Urquiza). Tomaron un refresco, presenciaron un desfile militar desde el balcón y partieron a San José, situada a 32 km, donde se encontraba la espléndida morada del anfitrión. La caravana de los carruajes ofreció una nota pintoresca durante las casi tres horas del trayecto. El paisaje desértico no daba señal alguna, hasta que las dos torres de los miradores del palacio fueron agigantándose. A las 12.30 ingresaban por la entrada principal. No hubo persona en la comitiva,

incluyendo a los embajadores, que no haya quedado maravillada ante el hogar del gobernador.

El primer patio, con galería de treinta columnas, fue acondicionado para el banquete. Se colocó la clásica alfombra roja. En el centro, cuatro banderas: argentina, uruguaya, brasileña y entrerriana (celeste y blanca cruzada por una franja punzó). Debajo de las astas, dos cañones de bronce reluciente, balas y armas que simbolizaban la memoria de la batalla de Caseros. Alrededor del conjunto se dispuso la mesa para unas setenta personas, adornada con vasijas de flores y pirámides de duraznos. En el segundo patio, el del parral, había otra mesa para cien comensales. El menú criollo alternó entre la humita y el asado con cuero. Los duraznos, que se consumieron como postre —además de uvas, peras, melones y dulces—, fueron tema de conversación. Hasta los extranjeros admitieron que jamás habían comido duraznos tan ricos.

A las nueve se levantó la gran mesa, se quitaron las sillas y el patio se convirtió en pista de baile hasta el amanecer. A pesar de que se sumaron damas que arribaron de estancias vecinas, el número de caballeros era superior. Se bailó polca, mazurca y la alegre sandunga, un tipo de danza con movimiento de caderas. En todos los casos, se trataba de estipuladas coreografías de parejas. *The Standard* puso el ojo en Justa y Lola, hijas del gobernador de Entre Ríos, de 16 y 15 años: “Las dos niñas mayores del general Urquiza son dos criaturas perfectamente educadas, a lo que se agrega su lindo físico. Tocan el piano, el violín, el arpa, y hablan inglés y francés”.

Las hermanas debían multiplicarse para responder a los pedidos de los señores —Juana Urquiza de Santa Cruz también participó, si bien su marido se quedó en Concepción atendiendo asuntos—, pero hubo dos caballeros, casualmente ambos de 31 años, que no ocultaron su embelesamiento. Nos referimos al capitán del *Pavón*, Martín Guerrico, y al coronel del ejército Luis María Campos. En palabras de Héctor F. Varela, testigo de la fiesta, Justa era “una morocha picante y salada, tan picante, que tenía en continua conmoción al petiso Luis María Campos, *enfant gâté* [niño mimado] de la comitiva”. Así se completó el primer día.

El 4 de febrero todos gozaron de un reconfortante almuerzo, pero sin horario fijo. Si bien el grueso compartió mesa, hubo muchos que, por haberse acostado temprano o muy tarde, terminaron comiendo antes y después que el gobernador y el huésped principal.

Ambas jornadas fueron calurosas, pero las bebidas estaban convenientemente frías porque el anfitrión mandó traer hielo de Buenos Aires. Y no solo eso. El 23 de enero, el yerno Santa Cruz había enviado a San José una “máquina de hacer helados y las sales y ácidos necesarios”, que el suegro le había pedido para agasajar al presidente,

conociendo su glotonería. Por lo tanto, si bien pasamos por alto las profundas y secretas conversaciones que habrán mantenido, no queremos saltear el hecho de que en una o varias oportunidades de la estadía, Sarmiento se deleitó con refrescantes helados gracias a que don Justo José cuidaba los detalles. Hasta dispuso que una cañería llegara al cuarto del jefe de Estado. La canilla en la pared aún puede verse en las visitas guiadas al Palacio San José.

¿Se habrán sentado, mate de por medio, a conversar sobre asuntos de política? Tal escena no debe haberse dado ya que el entrerriano no tomaba mate. Tampoco alcohol.

Después del almuerzo realizaron un paseo por la laguna que provee de agua al lago artificial, al fondo del palacio. Al regresar, en horario vespertino, los recibió la música del trío familiar. La atractiva Lola Urquiza al piano, acompañada en violines por Justa y un primo hermano de ellas, quince años mayor, Juan José Soneyra.

Una vez más, gran comilona y baile —con mayor elemento femenino— hasta las dos.

Este tramo de la visita presidencial selló la muy buena relación entre los dos antiguos contendientes. Lo que se tejía en el intercambio de correspondencia pudo confirmarse en persona. Las piezas del tablero político se reacomodaron a partir del encuentro cumbre que marcó un hito en el devenir de la Nación.

ÚLTIMA ETAPA DE LA GIRA

Creo que el Congreso próximo abundará en hombres buenos, sin la manía de ajar al Ejecutivo y declarar al presidente digno de la horca, porque es presidente.

DFS A POSSE,
12/1/1870

Habíamos dejado a los visitantes a las dos de la mañana, hora en que culminó el segundo baile del palacio San José. A las seis partieron los primeros carruajes con destino a Concepción, previa parada intermedia en la estancia San Cipriano, donde Sarmiento, Urquiza y compañía desayunaron rosbif criollo, acompañado con vino de Burdeos “o brandy de algún frasco que viajaba de incógnito”, afirma una crónica. Lo que demuestra que a veces el desayuno se aproximaba más al almuerzo. De todos modos, para los que consideraban que era temprano para la carne y el alcohol, se ofrecían frutas y leche recién ordeñada.

En cuanto llegaron a Concepción, a las diez, participaron del tedeum en la Catedral, donde se mantuvieron una hora de pie. Cruzando la plaza, en casa del yerno Santa Cruz —y propietario de la máquina de hacer helado— los aguardaban copitas de jerez y un frugal segundo almuerzo, seguido de siesta, conversaciones a solas, recepción de visitas y un banquete a las 19 para veinte elegidos, entre los que se destacaban el jefe de Estado, los dos gobernadores y los ministros, locales y extranjeros. Un corresponsal anotó que les sirvieron un vino legendario: Château d’Yquem.

El gran momento de la comida se dio cuando el ministro Gorostiaga se puso de pie y propuso que el general Urquiza retribuyera la visita presidencial concurriendo a Buenos Aires en mayo, para participar de la celebración del sexagésimo aniversario de la Revolución. ¡Eso sí que era una noticia! ¡Urquiza volvería a poner un pie en Buenos Aires! La propuesta recibió grandes aplausos.

Bien comidos y bebidos, a las 21 se asomaron al balcón para

presenciar el desfile militar y el espectáculo de fuegos artificiales, cuya organización quedó en manos del sobrino de Urquiza, el ya nombrado compañero musical de Justa y Lola, Juan José Soneyra. Un detalle que provocó reacciones de admiración fue que en el Colegio Nacional, al lado de la iglesia, se había formado, con faroles de papel de colores, la frase: "Viva el Presidente de la República".

A las 23 concurrieron al teatro, pero no para una función. Por tercera noche consecutiva era el turno del baile. Los que asistieron a las tres coincidieron que esta fue la mejor fiesta, la más animada. Justa y Lola, ambas con el mismo modelo de vestido, de raso punzó, volvieron a ser invitadas y cortejadas por Guerrico y Campos, quienes no ocultaban su entusiasmo. Juana y Santa Cruz también estuvieron presentes, al igual que otro de los hijos del entrerriano, el joven Justo, que ostentaba el grado de coronel.

Quienes se quedaron bailando hasta pasadas las tres durmieron menos. Tanto los descansados y los calaveras abordaron las naves, en compañía de Urquiza, rumbo al nuevo destino: Colón y Colonia San José, tierras trabajadas por suizos, saboyanos y piamonteses. Allí los recibió, a las once, Alejo Peyret, el pionero y patriarca de los colonos. La recepción fue magnífica y con muchos condimentos, pero los viajeros no la disfrutaron en plenitud porque venían arrastrando cansancio. La siesta de tres horas fue reparadora.

El tempranero banquete tuvo lugar en Colonia San José, a las cinco de la tarde. El calor mesopotámico no daba tregua y originó una anécdota. El senador nacional Benjamín Victorica, otro de los tantos yernos de Urquiza, expresó la importancia de la visita del presidente a Entre Ríos. Para coronar el éxito, propuso que, a pesar del calor agobiante, todos los asistentes al banquete le dieran un abrazo al ilustre visitante. El sanjuanino se puso de pie y abrazó a Urquiza, que estaba a su lado. De inmediato explicó que depositaba en el gobernador el saludo para todos y cada uno de los presentes. Y de esta manera esquivó la pegajosa tarea de abrazarse con cada comensal.

La gira llegaba a su final. Domingo y Justo salieron del banquete y caminaron abrazados confirmando una de las principales reconciliaciones de la historia argentina. Saludaron a los vecinos y abordaron el carruaje que los llevaría de vuelta a la Villa de Colón. Estaba todo preparado para brindarles alojamiento, pero declinaron la invitación, abordaron el *Pavón* y emprendieron el regreso. Tras una breve escala para desembarcar al entrerriano en Concepción, la nave prosiguió su derrotero a Buenos Aires, luego de tres semanas de ausencia presidencial. Imaginamos que todos deseaban regresar a las jornadas menos agitadas del devenir cotidiano. El cansancio era notorio. Pero el resultado del viaje superó por mucho las expectativas. Aun cuando *La Nación* calificó de inmoral el encuentro del

expresidente con el actual, nadie podía desconocer lo bien que le hizo a la salud institucional del país.

“USTED ES UN NIÑO CON CANAS”

En cuanto regresó de la auspiciosa gira, Sarmiento se sentó a responder unas cartas. A Laura Pakes (una dama de quien había perdido datos y deseaba ubicar), a Mansilla (amonestándolo por ciertas actitudes que derivarían en un nuevo distanciamiento entre ambos) y a Bartolito Mitre, quien se encontraba en la Legación de Washington bajo las órdenes de Manuel R. García, el reemplazante del sanjuanino.

Precisamente, García no se llevaba bien con Mitre e insistía al presidente, cada vez con más energía, para que lo apartara de la misión diplomática. Con el fin de comprender cómo fue gestándose este episodio pondremos la correspondencia en el orden más conveniente, sin prestar atención a las fechas. Las cartas viajaban durante semanas de un punto al otro del continente, con lo que existía cierto retraso temporal lógico en la reacción del destinatario. Comenzamos con García, escribiéndole a Sarmiento.

Washington, Febrero 9 1870

Domingo F. Sarmiento

Estimado amigo:

Bien a mi pesar cumplo el deber de participarle que su recomendado don Bartolito ha superado los límites de mi prudencia y que su permanencia como secretario de esta Legación es imposible. Según lo que yo he podido averiguar, debe de tres a cuatro mil pesos en febrero de 1870, sin que lo preocupe ni cómo ni cuándo haya de pagar esos préstamos.

Esto no es lo peor. Ya empiezan los acreedores a moverse y yo a contenerlos para que no hagan pública esta vergüenza, prometiéndoles escribir al gobierno dando cuenta del proceder del Secretario.

Este desgraciado joven ha perdido toda noción de pundonor y se ha convertido en un petardista que no se arredra [atemoriza] *en andar pidiendo dinero a individuos del cuerpo diplomático con quienes tiene apenas relación.*

Yo he hecho por él cuanto he podido esperando que sus apuros fueran justificables. Me he apercibido y convencido al fin de que se ha lanzado en un camino que no tiene más salida que la deshonra.

Por el interés que usted le ha dispensado, por consideración a su

familia, y por el decoro de la Legación usted pondrá remedio a esto, escribiéndome a vuelta de correo lo que debo hacer para saldar sus cuentas.

En cuanto a su permanencia en la Legación, no es ni conveniente ni posible. Este joven carece de hábitos de trabajo y, a pesar de haber estado gozando por meses de licencias que le di, en atención a que hiciese economías, no solo ni las ha hecho, sino que tiene los libros a su cargo retardados desde junio del año anterior.

Siento dar a usted un mal día con el envío de esta carta; pero, si es duro el cumplir ciertos deberes, es injustificable el reservar verdades amargas. Mitre es indolente, mentiroso, nada delicado, no retribuye la confianza que se le da, ni cumple los deberes que su empleo le impone. Agregue usted esta petulancia congenial y una imperturbable desfachatez que inspiran más lástima que asombro, y tendrá usted al secretario de esta Legación. Mitre tiene buenas dotes pero estas son más negativas que los defectos, y por consiguiente sobresalen solo en segundo término. No estudia ni trata de ocupar útilmente su tiempo, considerándose sin embargo en una posición inferior a la que sus méritos y saber lo hacen acreedor.

Un mal y muy grande le hará usted dejándolo en este país. Mitre necesita [ilegible] *trabajar, si ha de ser alguna vez algo útil para el país. Si sigue como va, mucho me temo por él y por su pobre y excelente mujercita e hijo.*

Inútil es decir a usted que esta carta es reservadísima.

Se aprecia.

Manuel R. García

Antes que el ministro García, el secretario Mitre le había escrito a Sarmiento solicitando que se le enviara un dinero por sueldos atrasados y un adelanto. El presidente le respondió en términos que veremos luego. Aun sin esa respuesta, Bartolito le envió otra carta:

Washington, marzo 20 1870

Sr. Don Domingo F. Sarmiento

Querido Señor y Amigo:

Cuando usted lea esto ya habrá recibido y aceptado mi renuncia. No me pregunte por qué dejo la Legación. No me han comprendido, me han humillado y no quiero ni servir de estorbo ni recibir vejaciones. Eso es todo. Si me dejara llevar por mis pasiones, si obedeciera a la voz de mi dignidad y amor propio ofendidos, tal vez dijera cosas que más de uno preferiría no oír; pero ni soy vengativo ni tal conducta me haría bien alguno en mi posición actual.

Pero que no me provoquen porque todo tiene su medida en el mundo y no todos tienen el valor suficiente para seguir al pie de la letra las

doctrinas evangélicas. Yo me retiro a la vida privada sin avisar a nadie ni enturbiar el agua de lodo alguno. Que me dejen en paz es todo lo que pido y me parece bien, tengo derecho a esperarlo siquiera como recompensa a mis siete años de servicio.

No tome mis palabras como dirigidas a usted ni como una necia amenaza. Dios sabe que ni le guardo el menor rencor y que no tiene usted ni mejor amigo, ni más reconocido y respetuoso admirador que yo. Sin creerlo perfecto, y muy lejos de eso, lo creo uno de los hombres más poderosos y bien intencionados que cuenta nuestro país. Esto en cuanto a su vida pública; por lo que respecta a la privada y muy especialmente en lo que se relaciona conmigo, no tengo motivo sino para quererlo y estarle profundamente agradecido. Abrigando tal opinión de usted y animado de tales sentimientos, mal puedo querer hacerle ni desearle mal de ningún género. Sea usted feliz hasta donde es posible serlo. Haga a nuestra Patria todo el bien que pueda. Que la ingratitud no sea el premio de su servicio, como lo ha sido para con hombres buenos ciudadanos. He ahí mis sinceros votos y la expresión de lo que más deseo.

Luego insistía con los temas de tesorería, ya que aún no había recibido los pagos y adelantos que deseaba. Pasando de tema, se refirió a su mujer Agripina Escardó y el hijo de ambos, Luis Domingo, cuyo segundo nombre se lo puso en honor del sanjuanino. ¡Nada menos que el nieto de Bartolomé Mitre! Interesante recorrido genealógico porque el general nació en Buenos Aires, Bartolito en Montevideo, Agripina en Lima y Luis Domingo (que iba a casarse con una italiana) en Washington. Prosigue la carta:

Mi señora e infante siguen muy bien, ambos como siempre haciendo el encanto de mi vida. Luis Domingo tiene cerca de cinco meses y empieza a dibujarse en su rostro la luz de la inteligencia. ¡Si usted viera qué lindo es! ¡Y qué bueno! Todo sonrisas, todo alegría, él tiene el poder de llevar la sonrisa a los labios y la alegría al corazón de cuantos lo rodean.

Pero… perdone usted esa debilidad de padre moral. No tengo derecho de robarle su precioso tiempo con la relación de los únicos goces que me quedan.

Con muy cariñosos recuerdos de Agripina, quedo como siempre.

Su mejor amigo,

B. Mitre y Vedia

Mientras Bartolito enviaba esa carta a Sarmiento, una respuesta del sanjuanino (inesperada por su contenido) viajaba a Washington. Llegó al país del norte en abril y decía:

Febrero 15 de 1870

Bartolomé Mitre y Vedia.

Mi estimado amigo:

Recibí su última de diciembre. Supongo que estará usted satisfecho con su nuevo salario. Tengo que prevenirle que no libre jamás sobre el tesoro. Estas cosas no se hacen. Bástele saber que es usted el único que lo ha hecho ya dos veces. Yo no he de poder estorbar lo que decrete un Ministro la tercera.

Siento muchísimo ver por su carta y por una sola frase del señor García que se está usted enajenando su voluntad, o al menos que él no cuenta mucho con su cooperación.

¿Me perdonará que por su bien le diga algo que le desagrade? Hace usted todo lo posible para hacerse mal y cuenta para librarse de las consecuencias, con recursos que son muy precarios: usted, yo y su padre.

Un día se va a encontrar frente a frente con las dificultades de la vida y después de haber agotado la protección de sus amigos y ensayado en vano lo que cree sus aptitudes, [va a] *encontrarse con la única realidad: mujer, hijos, deberes, necesidades (…).*

Si García pide su reemplazo por otro de quien tenga mejor idea, usted se encuentra en la calle. Aquí [en Buenos Aires] *no tiene usted muchos amigos. Pero el mal está en usted mismo. Usted dice, yo soy así; pero mí amigo, es preciso ser como un hombre debe ser y no como su mala educación lo ha hecho (…).*

Los hombres que como usted y yo no tenemos títulos de suficiencia, estamos condenados a imponernos a los otros por nuestros propios puños. Nada más natural que García no le crea a usted nada, mientras no lo vea (…).

No, mi amigo. Circunstancias felices lo han llevado a usted de la cuna a una secretaría; y antes de aspirar a mejor posición debe usted justificar esa y asegurarse la estimación de muchos. La mía puede acompañarlo siempre; pero no siempre me ha de ser fácil imponerla a los otros; y hallar ministros, cámaras, enviados que se dejen imponer nombres que nada representan.

Escríbame que su presencia allí no está de más, que ha hecho todo lo posible para que su ministro lo tenga en algo, y me quitará un peso enorme. La palabra de García es: si me mandan otro, mándeme gente leída y escribida.

Mil cariños a su Señora y su hijo. Suyo.

Sarmiento respondió como si le hablara a un hijo. Bartolito se molestó mucho con la respuesta de Sarmiento y reaccionó con un texto en el que ya no había retorno. En la primavera de Baltimore, el

padre de Luis Domingo escribió al presidente.

Baltimore, Abril 21 de 1870

Señor Don Domingo F. Sarmiento

Muy Señor mío:

¿Qué tenía usted el 15 de febrero? Su carta es para mí un misterio, y cuanto más la estudio y examino, tanto menos la comprendo. ¿Qué he hecho yo para merecer tal diatriba? ¿Obedecer mucho las órdenes de mis superiores? ¿Girar por un trimestre de mis sueldos? Pero por Dios, ¿son estas razones para que usted me escriba a mi semejante epístola?

Recuerdo una vez escribió usted desde Lima a uno de mis mejores amigos las siguientes palabras: "el que usted suba no es señal de que yo baje". Lo mismo podría decirle yo hoy que me veo ultrajado y humillado por usted, sin que para ello haya dado el menor motivo. Formado por mis propios esfuerzos y no por "circunstancias felices" como usted dice, esclavo de mis deberes como el que más; humilde y paciente hasta el sacrificio de mis más caras aspiraciones. Nada encuentro en mi vida pasada que lo autorice a dirigirme la desgraciada carta que le devuelvo.

En vano trato de disculpar su conducta recordando la intimidad que hemos vivido y atribuyéndola a un interés por mi felicidad. Inútil es que me haga la reflexión de que usted ha sido para mí poco menos que un padre; sus palabras me hielan el corazón y el móvil que le llevó a escribirlas permanece tan envuelto en tinieblas como el objeto que tuvo en vista.

Empieza usted conjurándome a no girar contra el ministerio y con ese motivo me lanza una terrible andanada de consejos, observaciones y amenazas a cual más inoportuna y ofensiva. Pero, ¿pensó usted un instante lo que escribía? Si yo pido un adelanto y el Gobierno me lo niega, mi giro se paga con mi sueldo, con mi dinero, con lo que ni usted ni Dios me pueden quitar.

¿Qué significa, pues, su amenaza de que "no ha de poder estorbar lo que un ministro decide" en adelante? ¿El que no me paguen mis sueldos? No me sorprendería eso más que lo que ha sucedido.

Si alguno debiera quejarse en este asunto soy yo, a quien usted ha dejado cuatro o cinco meses sin recibir un centavo, por el hecho de negarme lo que no se niega al portero de una de las Oficinas Públicas.

Usted que tiene una renta pingüe y poca familia, tal vez no tenga que recurrir a los adelantos para atender a las necesidades, urgencias, a contingencias imprevistas tales como la de tener que trasladar su residencia de un punto a otro, el que a su mujer se le ocurra tener un hijo, o el que usted u otro de la familia caiga enfermo.

¿Cuál ha sido entonces mi falta, cuál el nefasto crimen que ha atraído sobre mi pobre cabeza los rayos de su ira? Giré por novecientos pesos,

rogando al ministro de Relaciones Exteriores y a mi amigo el Presidente que en atención a las razones que exponía dispusiese lo necesario para que me fueran descontados (…). No se hizo lugar a mi solicitud. He ahí la verdad de lo ocurrido y a mi vez "lo conjuro" a que me diga cuál de los dos tiene más motivos de quejas, si usted, que al negarme un servicio insignificante me condena a pasar cuatro o cinco meses sin tener con qué mantener a mi familia haciendo alarde de una crueldad, ingratitud y falta de alma de que no lo hubiera imaginado capaz; o yo, que me veo desairado, perjudicado en mis intereses e insultado inmerecidamente.

Su segundo cargo y base para otro torrente de improperios es que me estoy enajenando la voluntad de García, consecuencia que usted deduce de no sé qué frases de dicho señor y mías. ¿Qué diría usted cuando sepa que ni aun los peores días que faltan para que llegue la aceptación de mi renuncia he podido seguir en la Legación? Cansado de sufrir vejaciones de toda especie, hastiado de no hacer nada porque ni para copista me encontró Su Excelencia aptitudes, envenenado mi ánimo con la atmósfera de miseria y ruindad que he respirado tanto tiempo, ha sucedido al fin lo que no podía dejar de suceder. Llegadas las cosas a un extremo del cual no podían pasar y sintiéndome herido en lo que más estamos, mi honor, mi dignidad de hombre, no me quedó más recurso que hablar y así lo hice diciendo a García verdades que le ha de ser difícil de refutar.

Resultando natural de lo ocurrido ha sido la ruptura de nuestras relaciones y la adquisición por mi parte de un mal enemigo; todo lo cual aunque muy de sentir y lamentar, no me pesa absolutamente (…).

Conozco demasiado bien al actual ministro argentino en Washington para dudar un instante que sus informaciones sobre mí y nuestras diferencias sean otra cosa que una serie de acusaciones y calumnias a las que usted dará probablemente crédito, no solo porque se lo dice tan buen amigo, sino porque si he de juzgar por su carta, su ánimo está perfectamente preparado para acatarlas. Sea ello como fuere, una cosa tengo que pedirle: que esta carta termine el asunto.

Deseaba poner punto final al reclamo del dinero que, a esa altura, eran solo adelantos. Bartolomé Mitre y Vedia le había comentado antes que no le alcanzaba para vivir el sueldo que ganaba. Pero aún quedaban temas en el tintero. Y lanzó una advertencia:

Hay mucho barro de por medio. Y si me provocan a hablar, tan cierto como que hay un Dios, que doy a Buenos Aires materia de qué ocuparse durante muchos días. Yo no soy nervioso, pero tampoco soy insensible a los ataques que se dirigen contra mí y si eso me calumnia,

bien puede suceder que en un momento de indignación diga cosas que hubiera deseado llevar conmigo a la tumba.

Sobre todo no se mezcle usted en la cosa. Si soy culpable, demasiado castigado estoy con el "no ha lugar" sobre el adelanto, su tremenda carta, la pérdida de mi empleo y los cuatro o cinco meses que me ha dejado a pan y agua. Por nada de este mundo quisiera que se me pusiera al paso, porque me sería en extremo fácil hacerle pasar algunos malos ratos, probándole, entre otras cosas, que es usted un niño con canas de quien abusan y a quien engañan cuatro pillos en provecho propio. Tengo datos.

A medida que avanzaba en la escritura, aumentaba el enojo. La carta de Sarmiento lo había ofendido. El sanjuanino había traspasado una línea y él tampoco se quedó atrás.

Los párrafos de esta carta que se refieren a "mi mala educación", al hecho de que en esa "no tengo amigos", a mis "pretensiones", a las "circunstancias felices de familia" que me llevaron de la cuna hasta no sé dónde, a "lo que creo mis aptitudes", a "mi aspiración a mejor posición" etc., etc., etc.: me causan más lástima que otra cosa. Veo en ellas rebalsada la imagen de un hombre con el cerebro exaltado, víctima de pasiones encontradas, lleno de ideas desordenadas y cuyo deseo de aparentar juicio, moderación, experiencia y serenidad lo lleva a cometer varios errores, y a decir cosas que no debiera decir.

El que yo hable poco o nada no implica que mi educación sea mala, siempre que no denigre el cumplimiento de mis deberes; si tengo o no amigos en esa es asunto que me concierne más de cerca que a nadie y que yo, mejor que nadie, debo saber; de mis pretensiones no es usted el que pueda dar fe porque nunca le pedí distinciones ni ascensos ni me oyó jamás decir que los había solicitado de otros; de mis aptitudes creo que me he formado una idea exacta aunque no la que usted cree: un poco de buen sentido, un poco de contracción, un poco de amor al trabajo, y en general, un poco de todo; lo de las circunstancias felices de familia, etc., no pasa de ser una calumnia vulgar e innoble, pues nadie mejor que usted sabe:

Primero, que fui nombrado oficial de Legación a los veinte años, con ciento veinticinco pesos de sueldo, puesto que ocupé durante más de dos años.

Segundo, que antes de aceptar esa miserable posición había sido empleado de varias oficinas públicas y servido a mi país como Guardia Nacional en la ciudad y como militar de línea en la ciudad y campaña (…).

Han llegado últimamente a mí que García le ha escrito a usted recomendándole que me ayude a salir de mis dificultades.

Desconociendo completamente el derecho de dicho señor para mezclarse en mis asuntos privados, y no deseando recibir de usted ni la sombra de un favor, le ruego que me deje en paz y no se ocupe de mí para nada. Soy suficientemente viejo para asumir la responsabilidad de mis actos y no he de aceptar de usted nada mientras la conciencia, de lo que me debo a mí mismo y a los nombres de Mitre y Escardó, me preste el apoyo que me presta hoy.

B. Mitre y Vedia

En 1865 habían marchado juntos desde Lima a Washington. Bartolito era un joven de veinte años entonces y lo había acompañado en su gestión diplomática. Actuó como nexo de comunicaciones con Ida Wickersham. Fue testigo presencial el día de la obtención del doctorado de Michigan. Bartolito lo abrazó llorando cuando partía de Nueva York rumbo a la presidencia y además le puso Domingo a su único hijo. Pero en abril de 1870 le advirtió: “no deseando recibir de usted ni la sombra de un favor, le ruego que me deje en paz”.

Mantuvieron un trato distante por años. Se reconciliaron en 1886.

“DISTRIBUÍA Y RECIBÍA AGUA, RIÉNDOSE HASTA LAS OREJAS”

¿No sería agradable abandonar por un rato los asuntos de Estado y gozar de una aventura amorosa por las orillas del Brandywine? Creo que nunca iré otra vez allí mientras no vengas.

IDA LACEY A DFS,
12/2/1870

La agotadora gira veraniega terminó siendo demasiado para este hombre obeso de casi 58 años. Abundante comida, poco sueño y muchas emociones resultaron una combinación fuerte y el físico le pasó factura. El miércoles 16 de febrero, dos días después de su cumpleaños, partió a Tigre con un grupo de amigos. Lo acompañó el matrimonio Carrié; Juana Sáenz Valiente de Castro, distinguida esposa del gobernador, el comandante del vapor *Espora* Erasmo Obligado y otros. Se alojaron en la casa de González Moreno, que contaba con más de veinte cuartos. En una de las excursiones visitaron la isla de Carapachay y pasearon entre los frutales.

Sarmiento iba seguido a lo de González Moreno, y el diario *La Prensa* aseguró que el anfitrión era favorecido por compras del Estado. Aclaramos acerca de este tema que nunca llegó a la Justicia y quedó encapsulado en la manifestación del periódico.

Su Excelencia regresó el martes 22 de febrero para reasumir el mando que había delegado en Alsina el 17 de enero.

Apenas cuatro noticias destacamos de marzo. En los primeros días del mes, el carnaval. Una peluquería céntrica, en la calle Rivadavia, ofrecía caretas de Urquiza, Mitre y Sarmiento para usar en los festejos. Un suelto publicado en *La Nación* comunicaba que “en una sola tienda de la ciudad se han vendido tres mil caretas”.

Seguramente debe haberlo divertido porque el presidente era carnavalero. Lo confirma el testimonio del ingeniero francés Alfredo Ebelot (futuro constructor de la Zanja Alsina), quien arribó al país en

esos días:

> *Apenas llegado a Buenos Aires fui a ver un corso. Allí conocí a un ministro de Relaciones Exteriores* [se refiere a Varela] *que exhibía muy seriamente a su hijito de cinco años disfrazado de salvaje y montado en un poni adornado con guirnalda de flores que su padre llevaba de la rienda.*
> *Se lo tomó tan en serio como si estuviera redactando un protocolo, y el hecho parecía a todos natural. Pasó el presidente de la República en coche descubierto. Lo mojaron abundantemente.*
> *El presidente, el ministro, el chiquilín y los espectadores se morían de risa.*
> *Este presidente fue el señor Sarmiento.*
> *¡Ay! ¡Qué lejos estaba el estadista en ese momento! ¡Y cómo había mandado su presidencia al diablo!*
> *Protegido con un gran poncho de vicuña, cubierta la cabeza con un sombrero chambergo, sentado en un carruaje viejo en el que no importaba ser mojado, distribuía y recibía agua, riéndose hasta las orejas.*

También estuvo presente en uno de los bailes del Club del Progreso, donde, entre otros asistentes se contaron Mitre, Vélez y el joven Leandro Alem.

El mes tuvo además un banquete el 14 por el cumpleaños del rey de Italia. El 25, picnic en Ensenada, donde concurrió con el fin de ver en persona las obras del puerto. Por último, el 30 acudió al cementerio de la Recoleta para despedir a su amigo íntimo y valorado integrante de su equipo electoral, Martín Urbano Piñero. El sanjuanino lamentó mucho la partida del querido sobrino de Vélez.

“¡VIENEN A MATARME!”

Tiemble ya el general Urquiza, que el puñal de los asesinos se prepara para descargarlo en su cuello allí en San José.

JOSÉ HERNÁNDEZ,
DICIEMBRE DE 1863

En Semana Santa, una buena noticia lo llevó al puerto el martes 12 de abril. Ese mediodía arribaron cuatro maestras y un pedagogo, juntos pero separados en dos grupos. Por un lado, tres señoritas: Fanny Wood y las hermanas Isabelle y Ann Dudley. Por el otro, el conde Napoleón Félix de Zaba (67 años), exiliado polaco, especialista en un método lúdico de aprendizaje de historia mediante láminas, quien viajó acompañado por su hija, Reina Anne, dispuesta a enseñar música y arte en San Juan. Sarmiento los acompañó al Hotel Argentino, vecino a la Casa de Gobierno, y les comunicó que viajarían a San Juan con una de sus sobrinas Carrié. De esta manera quería demostrar que la ruta no ofrecía peligros. Se resolvió que realizarían el trayecto la semana siguiente, después de Pascua. Sin embargo, una noticia cambió todos los planes. Nos informa *La Prensa*:

> *El general Urquiza ha sido asesinado.*
> *En presencia de su tumba que recién se abre, en presencia del justo dolor de una familia numerosa, creemos que deben callar las pasiones del periodista, inclinando todos la cabeza con respeto como un homenaje a la desgracia.*

El anuncio sacudió al país. Se trataba de uno de los tres líderes políticos, impulsor de la Constitución del 53, un hombre público envuelto en polémicas, como sus censurables acciones en algunos combates. A eso se debe que el diario en otro de sus párrafos afirmara:

> *La historia será severa para el general Urquiza, ella le pedirá estrecha cuenta de las páginas negras que se encuentran en el libro de su vida, ella le recordará con horror los días de Vences, Pago Largo e India*

Muerta. Pero, en cambio, colocará en el panteón de la inmortalidad al vencedor de Caseros y al organizador de la Nación.

Los hechos se dieron de la siguiente manera. Cerca de las siete de la tarde del lunes 11, Urquiza se encontraba en el salón de baile que da al patio principal. Lola tocaba el piano y a su lado estaba Justita. Dolores Costa de Urquiza amamantaba a su hija pequeña y los otros chicos jugaban en diferentes partes de la casa. La armonía se quebró cuando una partida de unos cuarenta hombres entró desde el patio del fondo gritando: "¡Muerte al traidor Urquiza!", "¡Viva López Jordán!". Para reducir la guardia de la parte posterior se valieron de un ardid. Simularon que traían ocho prisioneros y se les habilitó el paso.

Urquiza corrió a su cuarto en busca de un rifle de retrocarga para seis tiros al grito de: "¡Vienen a matarme!". Dolores Costa tomó dos dagas para defenderse. En la entrada del cuarto principal dispararon al gobernador en la mejilla izquierda y cayó herido de gravedad. Lola se arrojó sobre su cuerpo para impedir que lo degollaran. Con su brazo izquierdo alrededor del padre y su pecho para protegerlo de más heridas, gritó que primero la mataran a ella. Un atacante apuñaló al general con saña por entre los brazos de su hija. Una trágica sonrisa se dibujó en el rostro de la víctima. Justita también se lanzó encima del padre, como un segundo escudo humano. Cuando la madre de las chicas entró al cuarto vio sus vestidos bañados en sangre, al igual que las trenzas de Lola.

Siete años antes, en 1863, el poeta José Hernández, en su desconsuelo por la muerte del Chacho Peñaloza, había escrito: "Tiemble ya el general Urquiza que el puñal de los asesinos se prepara para descargarlo en su cuello allí en San José, en medio de los halagos de su familia, su sangre ha de enrojecer los salones tan frecuentados por el partido unitario". Se había cumplido su vaticinio fatalista, salvo que los unitarios no tuvieron nada que ver con el asunto.

Alrededor de cuarenta involuntarios testigos —personal, familia y funcionarios—, se encontraban en el palacio cuando ocurrió la tragedia. Micaela Brizuela (suegra de don Justo José), Doraliza Costa (cuñada) y Francisca Brizuela (hermana de Micaela) fueron interceptadas en el patio de la parra. El jefe de la partida, Simón Luengo, les ordenó a las señoras que los proveyeran de bebidas (en el verano del 69 Luengo había solicitado a Sarmiento un indulto, según hemos contado).

Lola y Justita aprovecharon para cerrar el portón que comunicaba los dos patios y se quedaron rezando junto con su madre y el resto de los chicos.

Los agresores huyeron, pero un par de horas después unos pocos regresaron para cerciorarse de que el gobernador no había

sobrevivido. Se produjeron escenas violentas con la madre y las hijas. Estuvieron a punto de apuñalarlas, pero uno de los atacantes frenó a sus compañeros. Se les había ordenado que no mataran a nadie más que al gobernador. Una vez que volvieron a retirarse, a la una de la mañana, la familia se encerró en uno de los miradores. Allí quedaron hasta que apareció el mayor de los once medio hermanos, Teófilo Urquiza, acompañado por Benjamín Victorica y otros militares. Fue una sorpresa para los parientes porque uno de la banda había asegurado que esa noche morirían tres hijos del gobernador: Waldino, Justo José (estuvo presente en uno de los bailes de la gira presidencial) y Teófilo. El plan con los primeros se cumplió, ya que fueron asesinados en Concordia la misma tarde fatídica. Victorica también estaba en la mira de los rebeldes.

Esa madrugada consiguieron un ataúd —no queda claro si tomaron uno que había en casa o desalojaron el cuerpo de uno del cementerio — y marcharon los treinta kilómetros a Concepción del Uruguay escoltados por unos pocos soldados de infantería.

Al ingresar a la ciudad, se produjo una ridícula escaramuza con hombres de López Jordán que custodiaban los caminos de entrada. Por fin se permitió que pasaran y llevaron el cadáver a la casa de Anita Urquiza, otra media hermana.

Un breve párrafo para aclaraciones. Un obituario, de los muchos que se publicaron en esos días, expresó: “Al principio de su vida fue muy flojo en cuanto a los lazos familiares; y se dice que el número de sus hijos naturales es más de veinte”. Urquiza reconoció a doce. Ana U. de Victorica y Juana U. de Santa Cruz eran muy unidas, pero hijas de distinta madre. La de Ana se llamaba Cruz López Jordán, hermana de Ricardo. Por lo tanto, el ataúd fue llevado a la casa de la sobrina del que señalaban como instigador del crimen. En cuanto a Juana, debemos decir que era hermana, por misma madre, de Justito, uno de los asesinados en Concordia.

El féretro fue trasladado a la iglesia, y de ahí al cementerio. Debido al entendible temor de la población muy pocos asistieron al funeral del día 13. Hubo apenas un discurso —conmovedor— a cargo del diputado Antonio Zarco, hombre de fuerte relación política con don Justo José.

Cumplida la ceremonia, la familia del general se dirigió al muelle y abordó una barca española que los trasladó a uno de los principales vapores de su tiempo, el *Villa del Salto*, que competía en belleza y comodidades con el *América* del capitán Bossi. ¿El destino? Buenos Aires. Arribaron el sábado 16 y fueron recibidos por una multitud que deseaba expresarles su pesar. Se alojaron en el Hotel de la Paix. Desde Entre Ríos llegaron ocho baúles con ropa, veinticinco cajones con muebles y once con libros, más un escritorio. Antes de que se

cumpliera la primera semana de estadía y desarraigo se mudaron a la casa que gentilmente les cedió González Moreno, en Victoria (H. Yrigoyen) esquina Piedras.

La presidencia recibió este mazazo. En esas circunstancias, las maestras recién llegadas fueron las primeras en cancelar su viaje a San Juan. Los cimientos institucionales parecían desmoronarse.

MESA DE CRISIS

La muerte del general Urquiza es un ejemplo para los que suben al poder, y una vez en él, no saben respetar los derechos del ciudadano, ni los sacrificios, ni la opinión del pueblo.

DIARIO *LA DISCUSIÓN*, 18/4/1870

El rumor del crimen de Urquiza se esparció por Concepción del Uruguay el mismo día a la medianoche. Antes de que llegara el ataúd y se confirmara todo, partió un chasqui a Gualeguaychú. Recién el 13 a la mañana, cuando ya no había dudas de que el gobernador había sido asesinado, fletaron el vaporcito *Yerba* para que abandonara su ruta habitual entre Fray Bentos y Gualeguaychú y se dirigiera con cartas a Buenos Aires. El *Yerba* amarró en el puerto del Plata el 14 de abril a las diez de la mañana.

Sarmiento recibió la mala nueva en su hogar, ya que era el feriado del Jueves Santo. De inmediato convocó a su Gabinete, reducido debido a dos ausencias notables. El primer ministro Vélez se encontraba en viaje a Córdoba para inaugurar el ferrocarril, mientras que el titular de la cartera de Guerra —Gainza— se había tomado unos días de descanso en Baradero, aprovechando los días de feria. Convocaron a ambos por telegrama.

La reacción del gobierno fue inmediata. Envió a uno de sus mejores regimientos, el 6 de línea, comandado por Luis María Campos (el lector recordará que había quedado obnubilado con Justita Urquiza), a bordo del *Pavón*, cuyo capitán Guerrico había demostrado cierto entusiasmo por Lola.

Esta fuerza se dirigía a Concepción con el objetivo de sostener a las autoridades. Pero la legislatura provincial había cedido el poder a López Jordán. Entonces, en Buenos Aires se debatía si era conveniente intervenir Entre Ríos. De acuerdo con la Constitución, el gobierno nacional no podía enviar tropas a menos que lo pidiera la autoridad

de la provincia. Sarmiento entendió la gravedad del asunto y aplicó una medida estratégica singular. Mandó llamar a los principales referentes de todo el arco político. Concurrieron a la Casa de Gobierno, entre otros, Mitre, Alsina, Castro, Mármol, Quintana, Manuel Ocampo, Roque Pérez, Nicasio Oroño y Mariano Acosta. De todos los pesos pesados, solo se excusaron dos por enfermedad: Salvador María del Carril —ministro de la Corte Suprema— y el doctor Rawson. La postura del presidente era que no podía reconocerse un gobierno legal basado en el asesinato de un gobernador. Las deliberaciones mostraron a un sorprendente Mitre instando a la intervención, cuando meses atrás se había opuesto tenazmente a proseguir la de San Juan.

Se escuchó a todos los notables y las posturas estaban divididas. Por ejemplo, Oroño —eterno contrincante del sanjuanino— manifestó años después que solo se trató de una puesta en escena, que todos fueron usados, porque Sarmiento ya tenía tomada la decisión. De todos modos, la conclusión de los convocados fue llevar a cabo la intervención federal.

Partió una fuerza más numerosa, en este caso comandada por unos de los mejores generales a disposición, Emilio Mitre. El pueblo entrerriano también se dividió ante la determinación presidencial, como había ocurrido en la mesa de crisis de Buenos Aires. La mayoría aceptó con resignación y esperanza la medida decretada.

Salvo excepciones, el grueso de los opositores aplaudió el cauto manejo del Poder Ejecutivo. Pero la guerra civil dio por tierra con otras prioridades. La ruta del progreso al que apuntaba Sarmiento requería de una atención que, en este nuevo escenario, sería imposible considerar. El nuevo conflicto fue una marca indeleble en la presidencia del sanjuanino, ya que fagocitó reservas y puso en jaque la buena, pero aún endeble, situación económica.

“LO QUE UN CABALLERO NO DEBE DECIRLE JAMÁS A UNA SEÑORA”

He sido desgraciadísimo con las maestras. La Gorman se dejó impresionar desde abordo por las interesadas sugestiones de un joven que será su esposo luego.

DFS A MARY MANN,
14/7/1870

Las maestras recién llegadas y el conde Zaba se toparon con el revuelo por la muerte de Urquiza. En realidad, el polaco venía boicoteando el viaje a tierra cuyana desde antes de arribar. Les había sugerido que alegaran estar enfermas para que no las destinaran a la provincia del presidente. El grave episodio, que a ellos les recordaba el asesinato de Lincoln en abril de 1865 —con el lamentable condimento de que en el caso local, las pobres hijas vieron todo—, fue suficiente para que se negaran a viajar. Por si eso no bastara, en la iglesia metodista sus compatriotas fueron muy enfáticos aconsejándoles que no fueran.

Debemos recordar que eran distintos grupos de afinidad. Por un lado, las señoritas Fanny Wood más las hermanas Isabelle y Ann Dudley. El otro reunía al conde Zaba y su hija Anne. Las primeras no se sentían cómodas con el pedagogo de origen polaco, no solo por pretender que mintieran diciendo que estaban enfermas, sino también por otras actitudes y expresiones.

Las maestras no querían salir de Buenos Aires y entonces DFS acudió a su gran amiga, Juana Manso, para que las convenciera. El proceso demandó meses, en donde se vieron asistidas por la generosidad de otros inmigrantes estadounidenses. Por fin el trío resolvió acatar el pedido presidencial. Se disponían a viajar con unas sobrinas de don Domingo Faustino cuando pidieron posponer la partida una semana “por no haber concluido [la confección de] su ropa del viaje”. El irascible sanjuanino mandó decirles que no se aceptaban más demoras y les ordenó que iniciaran su viaje al día

siguiente. Eso fue demasiado para Fanny Wood. Lo sabemos por una carta que Juana Manso le escribió a Mary Mann (la proveedora de maestras en los EE.UU.):

> *Miss Wood me dijo que no iba así, con ese despotismo y le escribió al presidente. El señor presidente, conforme recibió la carta de Miss Wood diciéndole que no iban a San Juan, las mandó llamar y les dijo lo que un caballero no debe decirle jamás a una señora. Despropósitos, ciego de cólera, mitad en inglés y mitad en castellano.*

Así fue como, a comienzos de junio, las relaciones se cortaron por su falta de tacto. Las sobrinas Carrié —aclaramos— realizaron el viaje y llegaron a destino sin ninguna dificultad. En Buenos Aires, los residentes norteamericanos iniciaron una colecta para pagarles el viaje de regreso a Boston, pero la paciente señorita Manso consiguió que se quedaran trabajando en Buenos Aires, donde su capacidad fue de gran provecho.

No fue el caso del conde y la hija. Se descubrió que la relación que tenían no era filial ni mucho menos. Zaba decidió alejarse y Sarmiento le tendió un puente de plata. Previa indemnización, el noble polaco y la dama se embarcaron en un navío con destino a Río de Janeiro. Portaba una carta del presidente para el emperador, recomendándolo. Allí el hombre pudo llevar adelante su método de enseñanza, asistido por la señorita que resultó no ser hija, sino amiga del conde.

“ESPERA DAR EMPLEO A LAS HORDAS DE GAUCHOS ERRANTES”

Yo confío en que el odioso crimen de Entre Ríos sea una de las últimas manifestaciones del antiguo espíritu que desaparece.

MANUEL MONTT A DFS, 11/6/1870

Cuando los primeros rayos del sol del 25 de Mayo se insinuaron, un ejército de niños —cada uno abrigado como podía— entonó el Himno Nacional, con el Cabildo como testigo. Las autoridades participaron de la festividad religiosa y luego pasaron al edificio municipal, poblado de elegantes damas que aguardaban a los severos señores de las galeras. El penúltimo episodio de la jornada patria, una vez más *“made in Washington”*, fue la suelta de globos, muy festejada por grandes y chicos. Después, Sarmiento se trasladó en el coche oficial a la casa del brigadier José Matías Zapiola, noventa años, ilustre guerrero de la independencia, amigo de San Martín, integrante del glorioso regimiento de Granaderos a Caballo desde la primera hora. Vivía en Piedras y Belgrano, era vecino del presidente. A comienzos de 1870, Urquiza se había comprometido a acudir a Buenos Aires durante los festejos patrios, pero aquel proyecto quedó trunco la tarde del 11 de abril.

En términos más generales iba completándose la primera mitad del año, con esfuerzo, debido al sacudón político generado por el magnicidio. Se mantenía en pie la confrontación con López Jordán, que ocupaba fracciones de Entre Ríos y Corrientes. Pero las fuerzas nacionales, mejor preparadas, desgastaban a los rebeldes. En cuanto a la economía, se había dado un par de pasos en retroceso por la atención inesperada que demandó la guerra civil. Aun así, la Argentina continuaba avanzando hacia horizontes de relativa estabilidad.

El 6 de junio, los lectores del *Daily News* de Londres se informaron a través de un auspicioso texto sobre el país y la administración de

Sarmiento, del que hemos traducido tres fragmentos:

> *La República Argentina está adquiriendo un buen nombre en los mercados monetarios europeos y desarrollando una prosperidad que hace solo unos pocos años parecía muy improbable, o por lo menos, muy distante.*
>
> *El presidente Sarmiento, quien ahora ocupa la silla del cargo, ha determinado no omitir ningún esfuerzo por llamar la atención general sobre las riquezas que yacen bajo la superficie de la tierra sobre la que gobierna. De esta manera espera dar empleo a las hordas de "gauchos" errantes, que hasta ahora han llevado las vidas más desordenadas y turbulentas, y han tenido mucho que ver en las frecuentes convulsiones que ha sufrido el Estado.*
>
> *Sus esfuerzos ya han sido coronados con bastante éxito. El mayor Rickard relata que algunos de los gauchos y filibusteros más famosos de hace unos años ahora se dedican laboriosamente a explotar las minas de plata en La Rioja.*

Los elogios de la prensa británica agregaban que "el clima se describe como uno de los mejores del mundo". La ponderación del gobierno era muy buena a mediados de 1870.

Sarmiento seguía empecinado en pos de su objetivo principal: la educación. Apoyado en la buena gestión del ministro Avellaneda, se fundaban escuelas todo el tiempo, se incorporaban cursos y opciones para los adultos y los postergados por razones sociales. Rondaba en el aire un deseo igualitario, aunque más ideal que concreto. Los grupos sociales acomodados gozaban de todos los privilegios, mientras que los inmigrantes conformaban una masa bajo presión por las necesidades, pero dispuestos a esforzarse para conseguir mejoras económicas. La educación se presentaba como una herramienta igualitaria a disposición de quienes deseaban superarse.

En contraste, los cuestionamientos al personalísimo estilo del gobernante y su mala manera de conducir grupos provocaban cierto desorden que abría brechas en el modelo en construcción y ofrecía oportunidades a la oposición. En resumen: se celebraban las mejoras concertadas por el gobierno, pero se desaprobaban las formas del presidente.

“LA INJUSTICIA E INGRATITUD DEL SR. SARMIENTO”

Los cimientos de la relación con Mansilla se resquebrajaron debido a una sucesión de hechos donde el protagonismo del coronel cayó mal. Lucio fue separado del mando luego de que ordenara la ejecución de un desertor. Tras una defensa del propio Mansilla, fiel a su estilo ampuloso —explicó que el ajusticiado había desertado cinco veces y había promovido un motín—, y a pesar de una carta al ministro de Guerra que no cayó bien en el gobierno, fue sobreseído. Pero ya había sido desplazado y no se evaluaba reintegrarlo, por la misiva a Gainza y porque soltó comentarios con opiniones y consejos a sus superiores, en correspondencia y en *La Tribuna*, que sellaron su suerte.

Necesitado de dinero para sostener su familia, obtuvo un lugar en el periódico mencionado, donde a partir de mayo del 70 se dedicó a enviar textos que eran supuestas cartas a su amigo Santiago Arcos, en las que le revelaba episodios de su último destino militar. De esta manera fue gestando la que sería su obra principal: *Una excursión a los indios ranqueles*, de gran éxito entre los suscriptores del diario.

Los amigos de Mansilla le organizaron un banquete de desagravio el 11 de junio. Pero un suceso luctuoso obligó a posponerlo. Florencio Varela, el joven alsinista que el 2 de febrero de 1868 dejó una frase para el recuerdo cuando aseguró que la mayoría de los porteños no sabía escribir, fue encontrado muerto la mañana del 10 en Palermo. Una bala le había atravesado el pecho. En su abrigo encontró una nota que decía: “Me quito la vida porque estoy desesperado de ella. Florencio Varela. Vale: No se culpe a nadie de ello”. En realidad, había participado de un duelo a pistola. Ambos contendientes habían escrito notas para exculpar al rival.

La muerte de Florencio enlutó a los Varela, que habían organizado el banquete para Mansilla en el Hotel Argentino y por eso se demoró algunos días.

La comida fue espléndida, así como también la bebida. El envidiable nivel de los oradores —Héctor F. Varela, Luis Sáenz Peña, Carlos Guido y Spano, Dardo Rocha, Aristóbulo del Valle, Pedro Goyena, Evaristo Carriego, José C. Paz, Eduardo Wilde, Miguel Navarro Viola, etc.— ofreció una noche de grandes discursos en donde el elogio al amigo Mansilla significaba el repudio al presidente. Por ejemplo,

Francisco López dijo que se trataba de una reunión democrática, sin una imposición de comer decretada por el gobierno.

Mansilla bajó el tono polémico del encuentro. “Brindo señores por el presidente de la República, por el primer magistrado que dirige los destinos de la patria y al que argentinos y extranjeros debemos obediencia”. Los aplausos coronaron las palabras del homenajeado y lograron apaciguar los ánimos.

El vespertino *La Discusión* se refirió al banquete: “La manifestación de los amigos de Mansilla estuvo espléndida: ella ha sido una elocuente protesta contra los abusos del señor Presidente de la República”. Y concluyó: “Felicitamos a Mansilla por esa ovación de sus amigos; y le felicitamos también por la manera alta y digna con que ha acatado la injusticia e ingratitud del Sr. Sarmiento”.

Aquella noche se puso en evidencia que el desgaste que sufría la gestión del sanjuanino se había evidenciado demasiado pronto.

AGENCIA DE MATRIMONIOS

Tres días antes de partir [las maestras] *me enviaron una carta colectiva rehusando ir. Perdí la paciencia y no las he visto más.*

DFS A MARY MANN,
14/7/1870

La Escuela Normal de Paraná fue un hito en la historia de la educación en el país. Sarmiento eligió nada menos que la ciudad que había sido capital de la Confederación Argentina entre 1854 y 1861 para dar cabida al primer establecimiento enfocado en el normalismo donde, repetimos, se reunían estudiantes de diferentes estratos sociales y también de ambos sexos.

Se dividía en dos grupos: aplicación (primario) y alumnos maestros (secundarios). El segundo tramo era un magisterio. El Estado costeaba los gastos. Los que se recibían tenían la obligación de ejercer en escuelas oficiales por seis años. Aquellos que abandonaban sin una justificación grave o eran expulsados por motivos de indisciplina debían pagar los estudios que habían cursado, al igual que aquellos que no completaban los seis años de dictado de clases una vez recibidos.

El decreto de creación de la Escuela Normal, firmado por Sarmiento y refrendado por el ministro Avellaneda, contenía el plan de estudios para ambos niveles. Tomamos para muestra el primario. Estaba dividido en seis cursos o grados. El ciclo abarcaba treinta y nueve semanas, fragmentadas en tres bimestres de trece semanas (el secundario era igual en cuanto a tiempos). Veamos qué aprendían los niños en el primer bimestre del primer grado, a partir del decreto presidencial:

- *Lectura en carteles y pizarras murales.*
- *Ejercicios de numeración y de cálculo, contando objetos y haciendo uso del marco numeral y las pizarras.*
- *Dibujo: líneas, letras y cifras.*

- *Moral y urbanidad.*
- *Inglés: sonidos vocales.*
- *Canto.*
- *Ejercicios físicos.*
- *Enseñanza oral: objetos familiares; los cinco sentidos.*

En el segundo bimestre del mismo grado se incorporaban ejercicios de numeración y de cálculo mental, más otra enseñanza oral: partes del cuerpo humano. Mientras que en el tercero agregaban: alfabeto, deletreo por sonidos y nombres de letras; dibujo de contornos de figuras sencillas, y sonidos elementales en inglés.

El programa curricular para la escuela de Paraná ha sido modelo por años en las aulas argentinas. Fue supervisado por el sanjuanino, pero su autor tiene una historia que vale la pena conocer.

Buenos Aires, febrero de 1870. En la ciudad se comentaba con entusiasmo la exitosa gira del presidente por el litoral y las buenas perspectivas de pacificación que se avecinaban en todo el territorio. En ese buen momento arribó el matrimonio de los maestros George “Teddy” Stearns (25) y Adelaide “Addie” Hope (20), junto con un pequeño hijo que requería de cuidados extremos por sus dificultades de desarrollo. Fueron recibidos con los brazos abiertos por la colectividad norteamericana. Pero, al igual que a Miss Gorman, les advirtieron que evitaran residir en San Juan. Addie se mostró preocupada por el posible destino. Pero pronto comprendió que había otros asuntos más inquietantes. El asesinato de Urquiza y sus hijos le hizo ver que tal vez la Argentina no era un edén, sino un infierno. En una carta a un pariente, la joven escribió: “No creo que haya otro país en el mundo donde los crímenes sean cometidos y se les dé tan poca importancia”.

En realidad, Sarmiento había descartado la posibilidad de enviarlos a San Juan. Recordemos que a esa altura pensaba que las vacantes en el norte serían cubiertas por Fanny Wood y las hermanas Dudley. El destino del matrimonio sería Paraná.

A la espera de que se enfriara el conflicto en Entre Ríos, el presidente rogó que aguardaran en Buenos Aires. Entretanto, encargó a Teddy Stearns que diseñara el plan de estudios para las escuelas normales. El decreto con todos los detalles se publicó en junio de 1870. La familia se trasladó a Paraná en 1871, en medio de la epidemia de fiebre amarilla. Los tres más un nuevo hermanito.

Las históricas clases se iniciaron el 16 de agosto, con una concurrencia más bien leve: veintidós chicos en el primario y ocho en el secundario, todos varones. Podría decirse que el normalismo en la Argentina nació en un pesebre, ya que sus comienzos fueron humildes.

Pero el tiempo le daría la razón al sistema en que millones y millones de argentinos se han formado.

El entusiasmo de Teddy Stearns nunca decayó. Y fue por más: concretó el deseo sarmientino de dotar a la escuela con un campo de deportes.

Los proyectos de la familia estaban encaminados y nadie imaginó el fatal desenlace: Addie contrajo fiebre tifoidea en febrero del 72 y murió. George Stearns aún no despertaba de la peor pesadilla cuando se le comunicó que las autoridades municipales y religiosas de la ciudad se encontraban ante un dilema. Adelaide era la primera protestante que moría en Paraná y no quedaba claro si podía ser enterrada en el cementerio poblado de católicos. El viudo pasó tres días con el cajón en la puerta del cementerio, en las afueras de la ciudad, aguardando que se autorizara el entierro. Por las noches encendía fuego para espantar a las bestias y portaba dos revólveres para protegerse de cualquier ataque. Por fin —ante la inacción de los responsables—, optó por enterrarla del lado exterior del muro. Las penurias continuaron: también murió el mayor de los chicos, el que tenía deficiencias. El director de la Escuela Normal de Paraná enterró a la criatura con la madre e hizo un croquis para recordar el sitio (que se conserva en el valioso Archivo General de la provincia de Entre Ríos).

La vida continuaba. Teddy obtuvo una licencia en 1874, dejó la Escuela en manos del vicerrector (George Lane Roberts, 21 años, otro baluarte) y viajó con su pequeño a los Estados Unidos. Se casó con Nelly Blood Grant, "cuyo nombre —nos cuenta Laura Ramos— coincide con el de la antigua maestra de piano de Addie".

Escapa del tiempo acotado de este libro la historia del regreso de Stearns a Paraná (de luna de miel fueron a Francia y Alemania, donde compraron instrumentos de física y química para la escuela, pero al abrir las cajas en el destino estaba rotos por el embalaje precario) y la llegada a Paraná de tres nuevas maestras, de veinte, veintitrés y treinta y cinco años, que no prosperaron en la carrera, ya que las tres se casaron —una con el vicerrector— y abandonaron la vocación.

Entre antiguos papeles mecanografiados por Jeanne C. Smith Carr (conoció al sanjuanino en Wisconsin y fue quien le presentó a la primera maestra Mary Gorman), la escritora Julyan G. Peard encontró un dato risueño. Contaba Mrs. Jeanne que el propio Sarmiento bromeaba acerca de si no estaría iniciando, más que una revolución educativa, una agencia de matrimonio para norteamericanas. ¡Y no se equivocó! ¡Se habían formado varias parejas!

“MUERO SIN SABER POR QUÉ”

No me mires así; vierten tus ojos
un fuego abrasador que me deslumbra.
No me mires así, porque en mi pecho
levantan tus miradas una tumba.
JORGE M. MITRE,
17/10/1870

Gran algarabía y festejos desmesurados se vivieron en las tropas jordanistas cuando se esparció la noticia —falsa— de la muerte de Sarmiento, en septiembre de 1870 (iba a morir en ese mes, pero de 1888). Los rebeldes celebraron con un gran asado, abundante vino, bandas de música y estruendos de artillería. Si bien estaba lejos de ser cierto que el presidente había partido a otros mundos, su salud preocupaba. Hacia fines de mes debió pedir licencia por cinco días en los que guardó cama y recibió pocas visitas.

La convalecencia lo mantuvo al margen del casamiento del capitán Martín Guerrico, el primero de octubre. En febrero se había comentado su acercamiento a Lola Urquiza durante la visita presidencial a Entre Ríos. Ocho meses después, se presentaba en el altar con la encantadora María del Carmen Dibur. A este rompecabezas le falta alguna pieza y nosotros no la tenemos.

Una esperada remesa de Brasil llegó el día 8. Nuestro embajador, el general Wenceslao Paunero, le envió cañas de bambú para ser plantadas en Tigre. Es también la oportunidad de nombrar a otro de los hijos del general Mitre. Recordemos que Bartolito, el primero de los varones, acompañó al sanjuanino en la misión en los Estados Unidos. Jorge Mariano Mitre, el segundo —18 recién cumplidos—, fue destinado a Río de Janeiro para colaborar con Paunero. Mejor dicho, forjarse un futuro. Porque se había enamorado de su prima hermana, Manuelita de Vedia, y el tío Julio, encantado con la idea, le había dicho: “¡Qué más quiero yo que llamar hijo a un hijo de mi hermana! Fórmate una posición y te entregaré esa joya que tanto adoro”.

Era candidato a perder la nada despreciable suma de veinte mil pesos que había en juego por su soltería, ya que cierta vez, cuatro amigos formalizaron un curioso compromiso. El 16 de diciembre de 1868, ante la presencia de José Zamora y Laureano Gordon, los

periodistas Jorge Mitre (16) y Casimiro Prieto Valdés (español, 21) firmaron una obligación por la cual, si al cumplir los cuarenta años y un día, alguno no se había casado, el otro debía entregarle esa suma. Sin duda, el amor de Manuelita era mayor recompensa que esos veinte mil pesos.

Intuimos que fue el propio general Mitre quien intercedió ante Sarmiento para solicitar que el cuarto vástago de la familia, el más inteligente y querido —según algunos, el preferido de su padre—, fuera nada menos que a Brasil, donde el apellido Mitre estaba cargado de prestigio por ser el jefe aliado en la Guerra del Paraguay.

Para muchos era una mente brillante, un fuera de serie. Pero sus amigos valoraban sobre todo su generosidad y su entretenida compañía. Una anécdota cuenta que cada vez que su padre daba un discurso, Jorge Mariano ofrecía un banquete para los amigos que lo felicitaban a él por las palabras del magnífico orador. Y firmaba la cuenta para que se la cobraran a su padre. Un día la madre le dijo que dejara de organizarlos, porque don Bartolo ya no los pagaría. Jorge respondió: "Pues entonces, que se retire a la vida privada, que así no habrá más causa para felicitaciones y banquetes". Al general le entretenían las salidas inteligentes de su hijo. Le auguraba un exitoso futuro. El punto de partida, la embajada en Río.

El jueves 13 de octubre a las nueve de la noche se hallaba en el cuarto del hotel, el *Dos Estrangeiros* que —el lector recordará— había hospedado a Sarmiento y los Mansilla en 1852. Luego de varios intentos fallidos de escribirle una carta a su madre, prefirió salir a caminar y despejarse. El destino lo llevó a la cuadra donde vivía una muy joven vecina a quien varias veces había descubierto observándolo. Ella le resultaba muy atractiva y, para sus ojos, el desarrollo de sus 14 años había sido muy completo. Tuvieron un nuevo cruce de miradas y él siguió su camino hacia ninguna parte hasta que fue alcanzado por una criada que le anunció que la niña quería conversar.

Debajo del balcón francés, Jorge Mitre respondió cada una de las preguntas que la carioca —hija del comendador João Paulino de Azevedo Castro— lanzaba desde su ventana. Fue una conversación breve porque la señorita debió refugiarse en el cuarto, preocupada por ser descubierta.

La noche siguiente, a la misma hora, el argentino se plantó frente al balcón. De la joven, ni noticias. La impaciencia juvenil jugó su carta y el galán trepó al balconcito y se sumergió dentro del cuarto. Buen susto se pegó la hija del comendador cuando abrió la puerta. Entre divertida y asustada, le ordenó que se retirara y sin esperar resultados huyó del cuarto. El donjuán se metió debajo de la cama. La "Julieta" de esta historia regresó con su hermana, convencida de que el

“Romeo” ya se había ido. Pero no. Lo descubrió la hermana, pegó un grito, vinieron los varones y Jorge optó por tapar todo y confesó ser un ladrón.

Recién en la estación de policía, Jorge Mariano Mitre explicó que era funcionario de la representación argentina. El general Paunero tuvo que ir a sacarlo de la prisión y lo retó como un padre furioso. A todo esto, el comendador de Castro, en vez de propiciar el “aquí no ha pasado nada”, se presentó en el Ministerio de Relaciones Exteriores para solicitar que expulsaran al invasor delincuente del país.

Paunero le dio la pésima noticia a Jorge Mariano: debía regresar a la Argentina, cargando, además de su equipaje, el inmenso bochorno. Allí lo recibirían su padre, su madre, el tío Julio de Vedia y su prima Manuelita.

No tenía espaldas para resistir semejante vergüenza. El lunes 17 de octubre de 1870 compró una pistola y una botella de jerez. Se encerró en su cuarto. Bebió incontrolables sorbos de alcohol. Le escribió dos cartas a Paunero. La primera comenzaba:

> *General:*
> *Cuando estas líneas lleguen a sus manos, mi vida será un recuerdo y mi nombre una repercusión.*

Redactó otra más pequeña a su madre y estaba a punto de escribir la cuarta y última para el general Mitre. Apenas puso “Querido tatita”, pero no se le ocurría qué decirle. Tirado en la cama, acompañado por un retrato de su estricto padre que había comprado en Río, gatilló con la derecha el disparo que se incrustó en la sien. Eran las ocho de la noche.

La escueta carta a su madre culminaba con un doloroso: “Soy de mi muerte el único culpable. Muero sin saber por qué”.

Al día siguiente, el cortejo fúnebre pasó —una vez más, el destino— por la puerta de la casa del comendador. Él y su hija se asomaron a la ventana del balconcito, cuando el cadáver de Jorge Mitre se dirigía a su penúltima morada, ya que lograron repatriarlo.

De alguna manera, el escándalo diplomático pudo ser silenciado. Pero el inenarrable dolor de los padres sacudió a todos. Un necesario *impasse* entre Sarmiento y Mitre amenguó las diferencias por unos meses.

CASA DE GOBIERNO ROSADA

Cuestión capital por partida doble, por activa y pasiva, en el Senado y en la cámara. Con fuegos cruzados convergentes al objetivo, es la casa rosada. La cual tomará un color radical, rojo, cuando sea transportada a Rosario.

SARMIENTO, 1873

Es historia repetida que Sarmiento ordenó pintar la Casa de Gobierno de color rosa. A partir de esa premisa, se propagó el cuento de que lo hizo para unir los colores de unitarios y federales. Lamentablemente para quienes disfrutan de estas historias, no hemos encontrado respuestas que ayuden a sostenerla, sino todo lo contrario.

Primero, debemos preguntarnos: ¿mandó pintar la Casa de Gobierno de color rosa? Sabemos que debió afrontar reparaciones por el caótico día de su asunción al mando y mantuvo reuniones con ese objeto. Pero no parece haber estado involucrado un retoque de pintura exterior.

Por otra parte, durante el gobierno de Mitre ocurrió un incendio en 1867. Si bien no afectó la fachada, pudo ser la oportunidad de que se pintara. En todo caso, por datos que aportaremos, estamos en condiciones de sostener que si el presidente sanjuanino estableció un color distintivo lo hizo durante los primeros dos años del mandato.

Hasta ahora seguimos con las manos vacías. Es tiempo de pasar al asunto de los colores de la armonía política.

El primer punto a tener en cuenta es que el color de los unitarios no fue el blanco sino el celeste, en contraposición al punzó de los federales. Por lo tanto, una combinación de ambos bandos debería haber tendido hacia el violeta, no al rosa. Tampoco hemos hallado testimonios entre los contemporáneos que avalen la teoría del conciliador rosado.

Una investigación llevada a cabo en 2002 por Silvia Zicarelli, Raúl H. Pérez y Alejandro Di Sarli para el Centro de Investigación y Desarrollo en Tecnología de Pinturas (Cidepint) del Conicet, permitió

descubrir nuevos detalles.

El informe que elaboraron da cuenta de una costumbre del siglo XIX: “Para obtener el color rosado utilizado en el pintado de las casas en el interior del país, en el momento del apagado de la cal viva se le agregaba cierta cantidad de grasa y de sangre animal fresca”. Y agrega: “La grasa hacía las veces de plastificante e impermeabilizante en tanto que la sangre animal actuaba como pigmento de coloración y plastificante”. Según esta aclaración, aquellos primeros rosados respondían a la moda de esos tiempos. El color de la Casa de Gobierno parece ser, entonces, más una mixtura típica hecha por un pintor, que una gama ordenada por un estadista.

Con un bisturí y mucha paciencia, los especialistas trabajaron sobre las nueve capas halladas en las paredes de la Casa Rosada, pero particularmente se enfocaron en las más profundas, donde detectaron cal y algún impreciso compuesto animal. Podría ser sebo, caseína o sangre. Sin embargo, los profesionales fueron cautos. Manifestaron que “los resultados no son concluyentes con respecto a la efectiva presencia de esta última [se refiere a la sangre] en las pinturas analizadas”.

Es tiempo de volver a la presidencia de Mitre y las reparaciones luego del incendio ocurrido el 26 de junio de 1867. El contrato de las obras de albañilería contiene especificaciones y deseamos resaltar dos. Una tiene que ver con la argamasa o mezcla para la azotea y los tabiques, que deberá ser con “una parte de cal, una de arena y una de polvo de ladrillo”. La otra mención tiene que ver directamente con el blanqueo. Y dice: “Las galerías y el patio menor, tanto del primero como del segundo piso, serán blanqueadas; las galerías, con dos manos y el patio con una de blanqueo y dos de color”. No se aclaró cuál era la tonalidad. Significa que se daba por sentado el color que correspondía.

Con más dudas que certezas, avanzamos hacia la segunda cuestión. Nos preguntamos cuándo la sede del gobierno comenzó a denominarse “Casa Rosada”. Hasta ahora, el registro más antiguo que hemos hallado corresponde al 12 de diciembre de 1870, en *El Nacional*. Trata sobre la contienda política, pero la mención se refiere específicamente a la sede del Poder Ejecutivo. En cuanto a otros periódicos, lo encontramos en *La Prensa*, a partir de enero de 1872, en *La Nación* (mayo del mismo año), en *El Arjentino* (octubre de 1873) y en *The Standard* (abril del 74).

La denominación era conocida a fines de 1870. Pero lo curioso es que quien escribió el texto de *El Nacional* fue el propio Sarmiento. Lo que nos lleva a pensar que —atención— fue él quien bautizó a la Casa de Gobierno de esa manera. Más allá de todas las dudas que persisten, fue en su gobierno cuando comenzó a usarse la fórmula “Casa

Rosada”.

Nuestra conclusión, que ya será corregida y aumentada por investigaciones más profundas, es que Sarmiento, admirador de los Estados Unidos —que trajo el normalismo, las maestras, los pinos de Navidad hogareños, el saludo del 1 de enero, la celebración más festiva de las fechas patrias, los regalos al personal a fin de año, la organización de una Exposición Universal y otras costumbres que ya veremos—, quiso tener en la Argentina una Casa Rosada, a imitación de la Casa Blanca de Washington.

FIEBRE AMARILLA

La guerra de Entre Ríos, que tanto nos cuesta, toca a su término. Después de la espléndida victoria obtenida en Ñaembé poco nos queda por hacer para concluir con la montonera.

DFS A MARIANO VARELA, 11/2/1871

Una de cal y una de arena —esta vez, sin polvo de ladrillo— parece ser la frase más adecuada para graficar lo que ocurrió a fines de enero de 1871. El 26, las tropas nacionales vencieron a los jordanistas en Ñaembé (Corrientes), poniendo fin a la guerra civil que tuvo en vilo a la nación desde el asesinato de Urquiza. Los laureles fueron para el gobernador correntino Santiago Baibene y el teniente coronel Julio A. Roca (27 años) que de esta manera iniciaba su carrera ascendente.

En las semanas previas Sarmiento había enviado al doctor Pedro Mallo precisamente a la ciudad de Corrientes, donde la fiebre amarilla estaba causando estragos. El gobierno quería interiorizarse acerca de la situación sanitaria y ordenar una cuarentena estricta a todo barco que arribara a los puertos argentinos desde Asunción. Confiaban en que esa medida sería suficiente para preservar a los ciento ochenta mil habitantes de la ciudad de Buenos Aires. Pero las prevenciones fallaron.

Los tres primeros casos de fiebre amarilla tuvieron lugar en el barrio de San Telmo el 27 de enero. En cuanto se comprobó la causa de las muertes, se estableció un cordón sanitario para aislar el barrio sureño del resto de la ciudad. Las casas de las víctimas fueron cerradas. Se quemaron los muebles y se desinfectaron todos los ambientes con la intención de exterminar al —desconocido— agente de contagio.

El 7 de febrero, Buenos Aires fue declarado puerto infectado. Ya se entendía la gravedad de la situación. Se resolvió que, ante la aparición de un caso, todos los habitantes de la propiedad debían ser puestos en cuarentena en un lazareto. También se recomendaba a los vecinos de San Telmo que tuvieran comidas regulares y se mantuvieran secos. La

medicina no podía establecer todavía de qué se trataba y los profesionales debatían si la peste era contagiosa o no. Las experiencias previas en otras regiones permitían determinar ciertos patrones: solía aparecer en verano, atacaba a todos por igual (grandes, chicos, sanos, enfermos) y se daba con mayor frecuencia en cercanías de ríos y de lagos. En este caso, todos señalaban hacia el Riachuelo, que ya empezaba a dar señales de pestilencia. Por otra parte, el calor se presentaba con toda su energía. El verano de 1871 repetía temperaturas alrededor de los 34 grados y no daba respiro.

Sarmiento y los ministros fueron informados acerca del desarrollo de la enfermedad:

> *Los primeros días, ya infectada, la víctima no percibía ninguna dificultad (en algunos casos, podían manifestarse cefaleas o fatiga muscular o náuseas o fuerte dolor en la columna vertebral).*
> *Pasados tres días comenzaba con violentos escalofríos en medio del sueño y luego pasaba, en esa misma noche, a soportar temperaturas de alrededor de cuarenta grados.*
> *En pocas horas el afectado presentaba la piel seca o bañada en sudor, los ojos enrojecidos y las pupilas dilatadas. Todo esto, acompañado de un fuerte dolor de estómago, más insomnio y un lógico estado de nervios. Luego se combinaban las náuseas con una sed insoportable, congestión y vómitos negros. Así, tres o cuatro días. Hasta que finalmente, el severo cuadro se disipaba.*

Es de imaginar el alivio del enfermo, la alegría de volver a la normalidad. Sin embargo, para casi todos era una calma pasajera.

> *En pocas horas, a lo sumo dos días, volvían los síntomas, pero recargados. El cuadro empeoraba en todos los sentidos y el enfermo, abatido, comenzaba a delirar. Moría en coma, al quinto o séptimo día después de aquella primera noche de gravedad. Aunque hubo casos de pacientes que se sostuvieron en esa terrible situación por diez o doce días.*

Los médicos intentaban encontrar un hilo que vinculara a todos esos desórdenes internos. Aún se estaba lejos de hallar la respuesta: se producía por la picadura de un mosquito. Así fue como se multiplicó la cantidad de portadores en condiciones de trasladar la fiebre amarilla a alguien de la familia o a un vecino. Si en aquel tiempo hubiéramos tenido los espirales para mosquitos —que empezaban a comerciarse en Japón—, la mortandad hubiera disminuido en forma notable.

En un principio parecía que todo se circunscribía a la zona de San

Telmo. Sin embargo, a fines de febrero ocurrieron muertes en un conventillo ubicado en Paraguay y Cerrito, barrio de Retiro, del lado norte de la ciudad. Se trataba de una casona superpoblada con trescientos veinte habitantes. Las primeras víctimas fueron el propietario y su familia.

Los apenas seis muertos de enero ya eran historia. Desde comienzos de febrero, la cifra de cualquier día superaba las defunciones del primer mes. El 6 por la noche la fiebre amarilla se cobró la primera víctima entre los profesionales de la medicina. El doctor Buenaventura Bosch, quien había atendido a los enfermos de enero, murió atacado por la peste en su quinta de San Isidro. Se decidió trasladarlo al cementerio de la Recoleta. El coche fúnebre y la caravana conformada por los deudos y amigos partieron de su hogar. Sin embargo, no llegaron a destino. Fueron interceptados a la altura del arroyo Maldonado (actual avenida Juan B. Justo). Se les anunció que por una disposición municipal el féretro no podía ser llevado al Cementerio del Norte. Luego de un fuerte intercambio de palabras, el cochero pegó la vuelta. El doctor Bosch fue enterrado en San Isidro.

De las seis muertes de enero se pasó a 298 en febrero. La gravedad iba en aumento. Los vecinos comenzaron a huir a quintas en los pueblos de Belgrano y de Flores, a lo largo de la costa en zona norte y también hacia el sur y al oeste. Todo aquel que podía tomaba sus cosas y se marchaba. Comenzó a vaciarse Buenos Aires. El gobierno analizó la posibilidad de convertir el *Pavón* en barco lazareto para los contagiados.

En términos prácticos, la Municipalidad y la gobernación provincial tenían mayor injerencia en el asunto que el poder ejecutivo nacional. Pero el presidente se ganó todas las críticas cuando optó por trasladarse a Mercedes, situada a cien kilómetros de distancia del problema. A pesar de que pasó muy pocos días allí, pues pronto se mudó a Almagro, su imagen cayó de manera abrupta. Hoy nos preguntamos si debíamos exponer al primer jefe de Estado a una picadura mortal. Creemos que no, pero la investidura se conforma de acciones ejemplares y en este caso, la breve estadía en Mercedes colaboró con el pánico general. Y la prensa no cesó los ataques, aun cuando viajaba en tren desde Almagro hasta el centro todos los días para cumplir con la jornada. El ciudadano Sarmiento realizó además una generosa —y en un principio, silenciosa— contribución de dos mil quinientos pesos mensuales, cifra mayor a lo que él cobraba por mes.

Cada historia fue un mundo. El vice Alsina se alejó del peligro. El expresidente Mitre no se movió de la ciudad. Vélez y familia se instalaron en Arrecifes. Avellaneda convivió con Sarmiento en la quinta de Almagro, propiedad de los Vélez. Hubo víctimas ilustres: Lucio N. Mansilla (padre del ya mencionado Lucio V.), el sacerdote

Anthony Fahy (principal referente de la colectividad irlandesa) y el doctor Roque Pérez (a cargo de la Municipalidad en los días del entredicho del balcón). Pérez presidía la Comisión Popular conformada esos días para enfrentar el flagelo.

De más está decir que las fiestas mayas perdieron todo el brillo. No hubo tedeum. Apenas se iluminó la desolada plaza durante la noche del 25.

Mayo tuvo números en baja y en junio la fiebre amarilla se apagó. Lentamente, la población inició el regreso a la ciudad. Las autoridades también.

“LA FIEBRE ATACÓ A MI PORTERO”

El 2 de mayo, Sarmiento le escribió a Bienvenida, residente en San Juan. Fue durante la época en que habitó la quinta de los Vélez en Almagro, acompañado por la familia Avellaneda, mientras que los legisladores consideraron trasladarse a Córdoba, según contó el presidente a su hermana, además de recriminarle un mal embalaje:

> *Buenos Aires, mayo 2 de 1871*
>
> *Sra. Bienvenida Sarmiento.*
> *Mi estimada Bienvenida:*
> *Te doy las gracias por el interés ansioso que te inspira el peligro de la fiebre. Ha sido terrible pero hoy los médicos creen que ha pasado. Si hay recrudescencia de mortalidad es porque vuelven del campo; pero aun así los casos nuevos son raros. Mucho ha servido para mostrar los buenos sentimientos este terrible flagelo; y aunque sea módica la suma contribuida ha sido muy bien recibida, sin olvidar el nombre de las personas que se pusieron al frente del movimiento y entre las cuales figuras tú.*
> *Yo he economizado mis cartas, ¿qué iba a decirles? ¿Estoy vivo? Eso lo sabían por la hostilidad de la prensa que sigue todos los movimientos del Presidente del Gobierno y no quería ni disimular la verdad tan terrible como es ni hacerme el medio de transmitirla. Las consecuencias políticas y sociales de la fiebre son incalculables y diez años más tarde hemos de estar experimentándolas.*
> *Por lo que a mí respecta, he andado rondando en torno de Buenos Aires, sin salir de él hasta que la fiebre atacó a mi portero, mató a mi cochero, y enfermó y casi despobló la calle en que vivía. Ahora estoy con Avellaneda en la quinta de Vélez, que está en Arrecifes. Mi comadre* [se refiere a Eloísa Salcedo] *sigue en Mercedes a donde suelo ir algunos sábados a visitarla. Piensan permanecer allí* [los Carrié Salcedo] *por algún tiempo, pues están llenos de miedo de la fiebre (…).*
> *Temo que Vélez renunciará por haber suprimido muchos de los gastos de su ministerio. La reunión del Congreso será otra ocasión de dificultades, pues ya piensan en que sea en Córdoba.*
> *Las uvas vinieron abominablemente acomodadas. Cuando quieran mandar se acomodan los racimos sueltos en un cajón y se echa aserrín*

y se sacude el cajón suavemente para que el aserrín entre dentro del racimo, y rodee grano por grano, sin papel. El cajón con papel que vino era putrefacción.

Tu hermano Domingo

“¡QUÉ PARTIDAS DE BILLAR Y CROQUET!”

Lejos de conocer el duro trance que se vivía en Buenos Aires, Ida escribió a su amado sanjuanino el 14 de mayo. Seguía esperándolo, como veremos en este fragmento enviado a “Mi querido Sarmiento”:

> *Los periódicos que me envías vienen tan irregularmente que apenas sé qué es lo que está pasando en aquella parte del mundo. Y ya sabes que siempre estoy interesadísima en saber qué pasa en Buenos Aires.*
>
> *Mi vida se desliza siempre igual, sin que nada me interese mucho. Sin embargo, paso gran parte de cada semana en el hermoso pueblo suburbano de “Riverside”. Es un grato cambio. Mañana voy allí, para asistir a una recepción, y he de quedarme uno o dos días.*
>
> *¡Cómo me gustaría que pudieras ir conmigo para ver qué bonito y pintoresco es eso, qué encantador y ondulante el río (no tan romántico como el Brandywine, sin embargo), qué lindas las caminatas, los paseos en coche, los parques y prados tan verdes y hermosos! En este verano terminarán el gran bulevar que va de aquí a Riverside. Cuando vengas, ¡qué paseos en coche tendremos, qué partidas de billar y croquet, qué caminatas por la orilla del río y sobre la ancha terraza, qué excursiones en las góndolas venecianas al son de la orquesta italiana! (…) Tienes que ir conmigo y disfrutar de todo eso. ¿No lo harás alguna vez? Espero que así sea, si seguimos viviendo. Debes venir, a menos que me hayas olvidado. Escríbeme pronto y dime si me has olvidado.*
>
> *Tuya como siempre,*
>
> *Ida*

SEÑORITAS Y LA EPIDEMIA

Fiebre amarilla: Se alquila casa en el campo en el pueblo de San Martín con tres piezas caballeriza cochera agua de pozo galpón etc. Por más informes ocurrir a calle Paraná 91 de 7 a 9 de la mañana.

AVISO EN *LA PRENSA*, 9/3/1871

Varadas en Buenos Aires, cuatro maestras norteamericanas (la pionera Mary Gorman, las hermanas Dudley y Fanny Wood) se amoldaban a su nueva realidad. Durante el receso de verano idearon proyectos para el ciclo 1871. Sin embargo, la epidemia cayó como un mazazo. La fiebre amarilla obligó a suspender las clases y el cuarteto hizo lo que la mayoría: huyó de Buenos Aires.

Se refugiaron en la estancia Tatay del poderoso empresario connacional Samuel Hale Pearson, ubicada en Carmen de Areco, a unos ciento cincuenta kilómetros de la ciudad de Buenos Aires. Mary, quien había iniciado un noviazgo (como paso previo al casamiento) con John Bean durante el trayecto entre Boston y Buenos Aires, mantenía correspondencia con su amado, quien pasaba el verano en la quinta familiar, en las barrancas de Recoleta. John y un primo se contagiaron. La maestra regresó de inmediato a Buenos Aires y se encontró con un cuadro complejo: casi todos los integrantes de la casa padecían la enfermedad. Se dedicó a cuidarlos, tomando todas las precauciones posibles, pero sin enfocarse en los mosquitos, de los que nadie sospechaba.

Tuvo la fortuna de contar con la ayuda de otro amigo de la familia, John Sewell, canadiense muy voluntarioso. A pesar de la dedicada atención, algunos murieron. Entre ellos, su novio, su futuro marido, John Bean.

Mientras tanto, Fanny Wood regresó a la ciudad para cumplir una tarea piadosa. En casa del cónsul había varios enfermos y requerían

cuidados intensivos. Las Dudley también volvieron. Una de ellas, Anne, se contagió, pero logró sobrevivir. Fanny también fue atacada por la peste. Murió a los cuatro días.

En cuanto pudieron, Anne e Isabelle Dudley abordaron un barco rumbo a los Estados Unidos. En Buenos Aires solo quedó Mary, la primera de las señoritas en arribar. Al año siguiente, el recuerdo de la fiebre amarilla hizo que muchos se alejaran de Buenos Aires en cuanto volvió el verano. Miss Mary regresó a la estancia Tatay. Allí se reencontró con el canadiense John Sewell. Se casaron en 1873. Trabajaron en la estancia Curumalán (partido de Coronel Suárez) y más adelante fueron propietarios de su campo. La primera maestra de Sarmiento llevó una vida muy acomodada y sin sobresaltos económicos. Con trabajo y esfuerzo. Pero lejos de las aulas que la habían atraído hasta el sur del continente.

“JAMÁS TE OLVIDARÉ MIENTRAS VIVA”

La noticia de la fiera epidemia llegó a los Estados Unidos y la señora Wickersham lo comentó en otra de sus cartas:

Chicago, 14 de julio de 1871

My dear friend:

No te imaginas cuánto ansío una carta tuya después de todos estos largos meses de silencio. No puedo hallar palabras suficientemente vívidas para convencerte de la felicidad que sería para mí saber que aún me mantengo en tu memoria como tu mejor amiga en todos los Estados Unidos.

Es cierto, lo sabes. Nadie te recuerda tanto como yo. Quizá nadie tenga una razón tan buena como la mía para recordarte. Fuiste muy, pero muy amable conmigo, y me quisiste, me quisiste bien, creo. Jamás te olvidaré mientras viva.

Hoy te escribo para hacerte una confidencia: este 14 de julio es el día de mi cumpleaños y he alcanzado la dignidad de los treinta años. ¿No me voy poniendo vieja? A veces casi lo siento así y lamento que yo deba envejecer como el resto del mundo. Creo, sin embargo, no haber cambiado en absoluto desde hace cinco años; o más bien casi seis. ¡Y has estado ausente todos estos largos, largos años! ¿Cuándo vendrás? ¿Cuándo te veré otra vez?

Me apenó leer sobre la terrible plaga que ha azotado a Buenos Aires. Lo he leído en nuestros periódicos y también en The Standard *de Buenos Aires. Espero que ya la fiebre amarilla haya desaparecido y, con la excepción de aquellos que se han ido, todo esté como estaba. Durante mucho tiempo no abría un periódico sin un espantoso sentimiento. La idea de que pudieras ser una de las víctimas me obsesionaba. Gracias al cielo estás todavía sano; y volverás algún día a tu amada Chicago (…).*

Si dispones de tiempo, espero que me escribas. Cuéntame de tu vida, de tu salud, tu felicidad y recuerda siempre a tu amiga,

Ida L. W.

VETO A VILLA MARÍA

La fiebre ha terminado en pocos casos diarios, lo que hace que las familias vuelvan. Volvió la de Vélez a su casa quinta donde estaba yo. En el pasado a Barracas los Avellaneda. Mañana creo que regresa mi comadre de Mercedes.

DFS A FAUSTINA,
1/6/1871

La cuestión capital, es decir, la discusión del lugar donde debía constituirse la Capital Federal de la República, reflotó en 1871, cuando el Congreso volvió a reunirse luego de la epidemia. Dos veces se había convertido en ley y Rosario había sido la elegida. Pero en ambos casos el veto presidencial anuló la elección legislativa. En primer término lo hizo Mitre, sobre el final de su gobierno, alegando precisamente que se trataba de un asunto cuya aprobación debía quedar en manos del nuevo mandatario.

Un año más tarde, Sarmiento volvió a oponerse por una razón similar. En esta ocasión, el recambio legislativo invitaba a trasladar la decisión a las nuevas Cámaras. De esa manera, dos veces se descartó a Rosario empleando la herramienta del veto.

En agosto de 1871 se reabrió el debate en el Congreso. Entre las ciudades mencionadas con posibilidades de convertirse en Capital Federal figuraban Fraile Muerto (Bell Ville) y San Fernando. Pero había dos que reunían la mayor cantidad de preferencias: Rosario y Córdoba. De a poco fueron acercando posiciones. Sobre todo geográficas. Porque el acuerdo salomónico que encontraron fue la ciudad de Villa María (Córdoba), situada a 150 km de la ciudad capital de la provincia, y a 250 km de Rosario.

Tal fue la ciudad impuesta por la ley votada en las Cámaras. Y ya no había excusas para diferir la decisión.

El jefe del gobierno recibió la norma el 19 de septiembre y redactó su respuesta el 27. Les pidió que reconsideraran el proyecto. Su

principal argumento era que la elección había recaído en Villa María, un "lugar inhabitado".

La primera reflexión fue que la ubicación alejaría "de la gestión pública a los hombres más prominentes que por su edad y situación están poco dispuestos a someterse a las privaciones de una residencia improvisada en medio de los campos, disminuyendo con esto la fuerza moral del gobierno".

Se preguntaba —y trasladaba la cuestión a los legisladores— si podía tomarse tal determinación sin consultar al ejército las seguridades del lugar, a los arquitectos e ingenieros el costo de las construcciones de los principales edificios de la Administración, a los médicos la salubridad de la zona y a los ingenieros hidráulicos el costo de la provisión de agua.

Villa María, a sus ojos, era "un lugar inadecuado y que no llena las condiciones que la residencia permanente de los Poderes Públicos de la Nación requiere".

Finalizó su carta de veto con una acotación muy pertinente: el proyecto, tal como estaba presentado, no involucraba a su gobierno porque "la traslación de la Capital solo se verificaría cuando el presidente actual haya cesado en sus funciones". Por lo tanto, las observaciones que hacía estaban libres de cualquier vinculación personal. El veto que impuso "solo obedece al sentimiento del deber y a los dictados del patriotismo que se inspira en las lecciones del pasado y en la observación serena del presente".

La reacción fue altamente positiva. Salvo *La Tribuna*, todos los diarios aplaudieron el veto y hablaron de una saludable muestra de carácter. Había tomado el camino difícil, yendo en contra de la corriente política. Hubo algunos daños colaterales. Por ejemplo, Luis Varela renunció a la Secretaría del Ministerio del Interior. De paso, acotamos los primeros recambios en el Gabinete. El canciller Mariano Varela y Benjamín Gorostiaga, de Hacienda, fueron reemplazados por Carlos Tejedor y Luis L. Domínguez, respectivamente.

Debieron pasar nueve años más —hasta 1880— para que la cuestión capital se definiera de una vez por todas.

EXPO EN CÓRDOBA

Fracasó la Exposición porque el sitio, a doscientas leguas del único puerto en relación directa con el extranjero y del centro comercial e industrial de la República, fue muy mal elegido.

DIARIO *LA NACIÓN*,
16/11/1871

Octubre, el mojón presidencial, comenzó con cierta noticia recurrente (y preocupante). Una vez más el primer mandatario estaba enfermo. De todas maneras, un viaje se avecinaba y deseaba componerse. Luego de un día de escala en Rosario se trasladaría a Córdoba con el objeto de inaugurar la Exposición Universal y su gran proyecto, el Observatorio.

Durante la misión diplomática a los Estados Unidos había conocido a Benjamin Gould, un renombrado astrónomo que en 1865 le había regalado una foto de la luna, tomada en Nueva York, que fue adorno del escritorio del presidente durante el mandato. Gould le había manifestado su deseo de estudiar el cielo del hemisferio sur.

La idea era que la Argentina costeara el edificio y los instrumentos donde llevaría adelante sus trabajos y luego quedaría como patrimonio local.

Sarmiento se entusiasmó con el plan y ese es el origen del Observatorio Astronómico de Córdoba. Gould viajó con su familia y fueron muy bien recibidos por la sociedad cordobesa. También tuvieron muy buena relación con las maestras norteamericanas. La tarea científica del astrónomo fue de enorme importancia.

Para el sanjuanino, la expo y el observatorio eran productos de sus ideas y su impulso. No iba a faltar a la puesta en marcha de sus grandes proyectos. La comitiva partió de Buenos Aires y arribó a Rosario el 9 de octubre por la mañana. El visitante ilustre se alojó en el Hotel Argentino y dedicó la jornada a las acostumbradas cuestiones de etiqueta. Al día siguiente realizó el trayecto en tren a Córdoba.

Vélez había inaugurado el tramo en mayo. Si se tiene en cuenta que el primer tren circuló en 1857, dentro de Buenos Aires y en un tendido de diez kilómetros, puede valorarse la importancia de que once años después dos ciudades como Rosario y Córdoba estuvieran unidas por el ferrocarril.

El cálido recibimiento confirmó que no había rencores por el veto presidencial a Villa María. La inauguración de la expo tuvo lugar el domingo 15 a las dos de la tarde (en el sector correspondiente al actual Parque Sarmiento). Luego de los discursos —donde sobresalieron Avellaneda y el presidente—, las autoridades recorrieron la muestra. Cada una de las catorce provincias argentinas contaba con un pabellón. Dos grandes cuadros recibían a los que ingresaban en el de Buenos Aires. Uno registraba el discurso de Sarmiento a los estudiantes en la casa de la calle Belgrano, cuando arribó a la ciudad como gobernante electo. El otro, la despedida a Mitre en la puerta de su casa, en la calle San Martín, después de entregar el mando al sanjuanino.

El Museo Sarmiento conserva una medalla de oro que le entregaron por ser el primer introductor del mimbre y expositor de canastos de su isla en Carapachay.

Más allá de la visita presidencial, la Exposición Universal fue un éxito y generó una conciencia integral como nunca antes había ocurrido en el territorio. Los diarios opositores la criticaron, aduciendo que debería haberse realizado en Buenos Aires.

La estadía oficial se prolongó hasta el 29. Fueron dieciocho días que incluyeron las dos inauguraciones mencionadas, paseos de todo tipo, dos bailes, un picnic, un par de días en cama (volvió a enfermarse, el físico le reclamaba descanso), una regata en el lago Sobremonte y la visita al parque hotel La Calera. Respecto de esta última, el presidente prefirió descartar el carruaje oficial y realizó la travesía de diecisiete kilómetros a caballo. Lució un extenso sombrero de paja, pero los rayos de sol fueron implacables. Al día siguiente continuó viaje a otras poblaciones, entre ellas Saldán. Pero fue alejándose y no tuvo más remedio que reclamar el coche porque esos dos o tres días de cabalgata hicieron efecto en el cansancio corporal. Pidió que le enviaran aceite de ballena, probablemente para humectar el cuero del asiento.

El regreso a Buenos Aires se inició el 29 a las ocho de la mañana. Luego de veintisiete horas y media de marcha, el tren arribó a la estación porteña. Cubrir el trayecto entre las dos capitales en veintiocho horas era algo que asombraba y causaba admiración a los de la generación de Sarmiento, nacido en 1811.

“EL FUTURO DE FLORES ES EL FUTURO DE BUENOS AIRES”

La caravana la formaban treinta coches, precedidos de una banda de música y un tranvía todo forrado de raso blanco en el que viajaba el Presidente de la República, don Domingo F. Sarmiento, acompañado de altas personalidades.

LA TRIBUNA,
3/11/1871

Cada adelanto tecnológico a disposición de la sociedad era recibido con festejos. Pero nada se acercó a la inauguración del tranvía al pueblo de San José de Flores, el 1 de noviembre de 1871. Algunas aclaraciones:

- Todavía faltaban casi tres décadas para la llegada del tranvía eléctrico a Buenos Aires. Por lo tanto, hablamos de los primeros, tirados por caballos.
- El pueblo de Flores estaba conformado por los actuales barrios porteños de Caballito, Flores y Floresta, entre otros. Muchas familias de peso social en Buenos Aires tenían allí sus quintas. Es decir que se trataba del primer servicio de tranvías interurbano.
- El tendido, de una sola vía, obligaba a que la misma formación fuera y volviera. A fines de diciembre se completaría la doble vía.

El sanjuanino tuvo el privilegio de inaugurar la línea. Figuró en las actas como el “Pasajero Nº 1”. Su anfitrión fue Lisandro Billinghurst, hijo mayor de don Mariano, el presidente de la compañía tranviaria, quien se encontraba en Londres, en viaje de negocios: había ido en busca de inversores para multiplicar los tendidos de vías en el

territorio.

La cantidad de coches dispuestos para ese primer viaje de nueve kilómetros superaba cualquier especulación. Sobre la calle Rivadavia, a la altura de la Casa de Gobierno, se estacionaron treinta y un vagones —y sus respectivos pares de caballos— que cubrieron cuatro cuadras de longitud, hasta la calle Chacabuco.

A las doce se inició la marcha con capacidad colmada. El primer coche y el último fueron ocupados por bandas musicales. El segundo, adornado con cintas gruesas de raso blanco, llevaba a los principales viajeros, Billinghurst, socios de la compañía, Sarmiento y los Carrié, Castro, Alsina, etc. Y así, sucesivamente. Se prohibió la participación de niños en el viaje inaugural. Pasaron algunos minutos hasta que todo el conjunto comenzó a rodar. Los diversos cronistas destacaron el espectáculo que ofreció el "supertranvía". Escogemos fragmentos de *The Standard*:

> *Nos alejamos, por la calle Rivadavia a velocidad ininterrumpida de tranvía hasta llegar a la Plaza Once de Setiembre* [Plaza Miserere]. *El día fue espléndido, la lluvia de la noche anterior le dio frescura a todo. Hasta la Plaza Once de Setiembre* [que solía ser una estación de carretas por lo general carente de aseo] *lucía favorecida.*
>
> *Los hombres de las carretas de bueyes salieron en masa a ver el conjunto. En cada puerta de casa, en cada azotea disponible estaba el pueblo soberano.*
>
> *Pasamos a trote fácil y entramos por fin en el camino macadamizado* [macadán: cierto tipo de pavimento]*, el único del que puede presumir Buenos Aires. Después de la estación de Billinghurst* [actual Colegio Mariano Moreno, Rivadavia entre Billinghurst y Mario Bravo] *doblamos la curva y vislumbramos la carretera de Flores, adornada por todos lados con banderas, carteles y serpentinas. Hasta donde alcanzaba la vista, a lo largo de esa espléndida carretera grande, había banderas de todas las naciones flotando en la brisa.*
>
> *La curtiembre de Martín Lorenzo Amespil* [Rivadavia y Medrano] *se cubrió de pancartas, y en la cancha de pelota vasca, frente al camino que conduce a la estación de tren de Almagro, hubo un "hip hip, ¡hurra!" que ahogó la música del primer vagón.*

Al salir de aquella Buenos Aires más pequeña, se marcaba el contraste. La escena se poblaba de vacas, ranchos, descampados y conjuntos de árboles para reparo. A lo lejos se divisaba el caserío del actual barrio de Caballito. Era Flores, el primer pueblo en el camino. Los viajeros destacaron el buen andar de los "tramways".

> *No obstante la línea es nueva, los coches corrían sin siquiera una*

> *sacudida.*
> *La residencia del señor Ambrosio Lezica* [hoy Parque Rivadavia] *bordea la vía por 450 yardas, más o menos. Sus jardines están bellamente diseñados.*
> *Abajo en el valle se encuentra el famoso Caballito College* [el Seminario Anglo Argentino, dirigido por Salvador Negrotto, en Rivadavia y Emilio Mitre]*, y nosotros nos lanzamos colina abajo y pasamos junto al colegio, bajo un arco triunfal cubierto de guirnaldas y banderas. El colegio se adornó para la ocasión con un estilo espectacular.*
> *Aquí estamos entrando en el "Castaño del Plata": Flores, dulce, encantadora Flores. Gritos y cohetes y hip hip, ¡hurra!, incluso desde los mismos arbustos.*

Los vagones del tranvía rodearon la plaza, dando otro toque mágico al cuadro. Según *La Prensa*, "la concurrencia que esperaba en el pueblo era inmensa. El tren del Oeste llegaba lleno también y los carruajes particulares venían de todas direcciones". ¿Entonces había un tren que llegaba a San José de Flores? Sí, desde 1857. Pero el tranvía tenía más frecuencias, resultaba más económico y podía tomarse en cualquier esquina. Los periodistas calcularon que fueron unas cinco mil personas las que se reunieron para celebrar la llegada del tranvía. De ellos, unos quinientos participaron del copioso almuerzo en la plaza. Dijo *The Standard*:

> *La escena era una de esas que nunca se olvidará. Salud y belleza, flores y dulces: ¡vinos, cervezas y licores! Republicanos como somos, debemos admitir que los grandes y poderosos de la tierra estaban allí. El sol brillaba, la banda tocaba, los cohetes chisporroteaban, el mismo pueblo se estremecía hasta sus cimientos con gritos de alegría.*
> *En un momento tan imponente, el presidente Sarmiento, vaso lleno en mano, se levantó y dijo:*
> *"Amigos, esta es una época de inauguraciones. Apenas han pasado tres días desde que regresé de Córdoba, que hoy puede considerarse la frontera de la Provincia de Buenos Aires, con su gran Ferrocarril Central, cuando ahora me llaman para una nueva inauguración en esta sonriente ciudad de Flores, que ahora puede ser considerada como una porción de la Ciudad Imperial del Plata con este tranvía que hoy hemos inaugurado. El futuro de Flores es el futuro de Buenos Aires".*

Visionario, adelantó que en unos años "el camino por el que pasamos en el tranvía" iba a convertirse en una vía pública de Buenos Aires. Recordemos que en aquel tiempo la avenida Rivadavia era,

pasadas treinta cuadras desde la Plaza de Mayo, un rudimentario camino de tierra que conducía al pueblo de San José de Flores.

Respondió Lisandro Billinghurst en nombre de su padre ausente, y su discurso terminó con un brindis triple, es decir, de tres sorbos: ¡salud, salud, salud! Hubo algunos oradores más, entre ellos Alsina. La fiesta continuó con baile, pero Sarmiento y las autoridades regresaron, en tranvía, al centro.

Un detalle: los últimos cuatro coches descarrilaron (recordemos que el coche final llevaba a una de las bandas musicales), pero sin consecuencias. Uno más: los que se quedaron al baile tomaron los tranvías de la tardecita y la noche. A pesar de las quejas, les cobraron el boleto. La invitación que muchos habían tenido para ir hasta Flores era solo un pasaje de ida.

Por supuesto, el presidente y los que regresaron con él no debieron pagar la vuelta.

INCENDIO EN EL RÍO

Yo entonces quedé con el salvavidas solo y empecé a fatigarme. Me saqué los pantalones bien, enseguida los calzoncillos con algún trabajo.

TORCUATO VILLANUEVA A SU PRIMO JUSTO VILLANUEVA, DICIEMBRE DE 1871

El contador Nicolás Granada (27 años), viajero en el vapor *América*, dejó una impresión escrita del episodio que le tocó vivir cuando se dirigía de Montevideo a Buenos Aires:

> *Eran las diez de la noche y la mayor parte de los pasajeros estábamos en el gran salón, ya en conversación, ya leyendo los periódicos, ya entretenidos por las dulces armonías del piano ejecutado por el señor Soro* [Giuseppe, compositor italiano de renombre]*, cuando el primero y segundo comisario se acercaron al grupo que formábamos el señor Leguizamón, el doctor Mejía, el doctor Colodrero y el que suscribe y nos comunicaron que se iba a dar la voz de fuego a bordo para ver en qué estado de vigilancia se hallaba la tripulación.*
> *Enseguida estos dos empleados siguieron haciendo otro tanto con los demás grupos, oyéndose la voz del comandante que daba la alarma. Pronto se mezcló el toque precipitado de la campana y el movimiento activo de los marineros y mozos de servicio que montaban las bombas y corrían con las mangas a los sitios que indicaba la bocina del comandante.*

Esto ocurrió en febrero de 1870, cuando Sarmiento y Urquiza se abrazaban en Concepción del Uruguay. La tripulación ejecutó las maniobras que correspondían. A pesar de que se trataba de un simulacro, hubo entre los pasajeros quien lo vivió con más intensidad. Pero algo quedó fuera de discusión: los tripulantes demostraron ser competentes y hallarse bien preparados para actuar ante una

emergencia.

A través de estas páginas hemos contado que Bossi tenía muy buena relación con el sanjuanino. Cuando trasladó el vapor desde los Estados Unidos, estuvo a punto de conducir al candidato electo a Buenos Aires. Dejó una carta en Recife dirigida al "Señor Presidente Sarmiento" (que alertó a todos sobre la importancia del viajero). Y aportó la nave para una actividad de caridad en Tigre, a fines de 1868. Esta embarcación y su capitán son los protagonistas de la historia que sigue.

De la noche del simulacro —febrero de 1870—, nos trasladamos a la tarde del 23 de diciembre de 1871. En el medio de estas dos fechas, entre tantas otras cosas, mataron a Urquiza y la fiebre amarilla arrasó con vidas en Corrientes y Buenos Aires.

Eran variados los motivos para escapar a Montevideo en los últimos días de 1871. La temperatura sofocante invitaba a ir en busca de ambientes menos húmedos que Buenos Aires. Estaban quienes aprovechaban para visitar parientes y celebrar las fiestas y la llegada de 1872. También la colectividad alemana había convocado a una reunión en la principal ciudad de Uruguay. Pero, sobre todo, imperaba la necesidad de despejarse y despedirse del trágico año 71.

El puerto de Buenos Aires comenzó a poblarse en la tarde del sábado 23. Los dos vapores hacían el traslado por el Río de la Plata. Eran el *América* del capitán Bartolomé Bossi y el *Villa del Salto* que, recordemos, había llevado a la familia Urquiza a Buenos Aires, luego de la tragedia. Su capitán, John Morse, inició el viaje a Montevideo a las 18.30. Media hora después partió Bossi con alrededor de doscientos veinte pasajeros. El vapor no contaba con camarotes para todos, pero se acostumbraba que quienes compraban pasajes a último momento se mantuvieran despiertos en las salas de juego, o bailando y bebiendo para matar el tiempo, hasta arribar al destino. El viaje demandaba casi toda la noche.

Los dos buques navegaban a velocidad regular y sin prisa para llegar por la mañana a Montevideo (el puerto uruguayo cerraba de noche). El vapor de Bossi superó sin dificultad al de Morse.

La vista era espléndida, con un río dormido y una luna plateada. Nada permitía presagiar lo que ocurriría: a la una y media de la madrugada se sintió una explosión en las calderas del *América*. La mayoría que a esa altura dormía en los camarotes no lo tomó muy en serio. Los que estaban en cubierta se sobresaltaron, pero el capitán los tranquilizó. Dijo que anclarían en ese mismo lugar, realizarían la inspección y reparación si fuera necesario, para luego seguir camino. Un rato después, a unos quinientos metros de distancia, el *Villa de Salto* los sobrepasó, continuando su trayecto a Montevideo.

Habían transcurrido casi cincuenta minutos de la explosión, y

parecía haber vuelto la calma cuando el fuego se manifestó con toda su furia. La embarcación quedó dividida por las llamas. Pasaron a ser dos mundos, el de la proa y el de la popa. Y había más. Casi la totalidad de los embarcados (no así los alemanes y los ingleses) desconocía que debajo de los colchones en los camarotes disponía de salvavidas.

Es tiempo de recordar los ponderados ejercicios de la tripulación durante aquel simulacro de incendio. En esta oportunidad, cuando efectivamente estaba ocurriendo, varios de los tripulantes desataron un bote y lo usaron para huir. Algunos pasajeros que se lanzaron al agua lograron acercarse y debieron luchar por una ubicación en él. Por todas partes se veían grupos asidos a maderos y puertas. Hasta llegó a generarse una pelea en medio del río por el dominio de una mesa.

Con la ayuda de un par de marinos fieles, Bossi liberó un bote en la popa y se tiró al agua para alcanzar el frente del barco —lo logró con notable esfuerzo— y lanzar más embarcaciones de auxilio. Quienes lo vieron en el agua asumieron que había abandonado la nave.

Mientras tanto, en la cubierta algunos pasajeros quedaron petrificados, sin capacidad de reacción frente a lo que ocurría. Se multiplicaban los saqueos y abusos, además de peleas por los salvavidas. En contraste, hubo actos de heroísmo como el de Luis Viale, quien cedió el suyo a una mujer embarazada, Carmen Marcó del Pont, y murió ahogado; mientras la dama fue una de las pocas mujeres que escaparon al fatal destino. Otro valor a destacar fue Juan José Pondal, agrimensor, 30 años, eximio nadador, que rescató a varios y los llevó a sitios seguros.

Las víctimas llevaban más de tres horas en el agua cuando apareció el *Villa de Salto* para rescatarlas. Entre los ochenta y siete sobrevivientes —sesenta y seis en el vapor de Morse y veintiuno en una ballenera—, solo había seis damas y una niña. Al menos veinticuatro mujeres murieron en el naufragio. Se estima que en total se perdieron alrededor de ciento treinta vidas.

La opinión pública arremetió contra el capitán Bossi, Sarmiento y el gobierno en general. En ese orden. Las críticas al marino excedieron todos los límites. Pero también se responsabilizó a las autoridades por no haber controlado el estado de las calderas del barco. O, mejor dicho, no haber tenido la iniciativa de hacerlo, porque jamás se había practicado esa medida. Los medios fueron enfáticos en condenar la inacción de Sarmiento (quien guardaba cama enfermo desde dos días antes de la tragedia). Lo que más enojó fue que no pidiera la extradición del capitán. Tampoco se declaró un día de luto por las víctimas. Sí se canceló el “apretón de manos” del 1 de enero. Porque no era momento de celebraciones y porque el primer mandatario no se

había restablecido. La enfermedad impidió que participara del multitudinario funeral en la Catedral Metropolitana.

Las dos tragedias del año, la fiebre amarilla y el incendio del *América*, tuvieron un denominador común: la ausencia de la cabeza del Poder Ejecutivo, mínimamente como una señal de acompañamiento a los familiares de las víctimas.

Bartolomé Bossi murió en 1890, en Niza, convencido de haber sido objeto de un sabotaje perpetrado por integrantes de la tripulación.

TATA DIOS

Los gauchos lo llamaban Padre Todopoderoso Tata Dios y escuchaban sus revelaciones. Nunca cobró honorarios, pero ordenaba a los enfermos que hicieran ofrendas a la Virgen Bendita de su sala.

THE STANDARD,
14/1/1872

Tandil era uno de los modelos de crecimiento a partir de la inmigración. La prosperidad estaba al alcance de la mano en una tierra fértil y prometedora. Sin embargo, el paisaje se tiñó de sangre el 1 de enero de 1872, cuando una horda asesina, al grito de "¡Maten gringos y vascos!", asesinaron a treinta y seis vecinos. Simplemente, se dedicaron a degollar a cada extranjero que se les cruzara.

La salvajada pasó a la historia con el título "Crímenes del Tata Dios" por el hecho de que el supuesto jefe de la banda era un curandero con ese apodo. A ciento cincuenta años de los hechos, se debate si efectivamente fue este hombre el causante de la tragedia. La noticia provocó indignación en todas las provincias.

Recordemos la frase que estampó la maestra Addie Hope en una carta: "No creo que haya otro país en el mundo donde los crímenes sean cometidos y se les dé tan poca importancia". O los asesinatos en la colonia San Carlos, a fines del 69. En los dos casos, fueron paisanos del terruño atacando a inmigrantes. Tanto los crímenes de la ciudad santafesina como los de Tandil fueron perpetrados por "indios cristianos", eufemismo que se empleaba a veces para referirse a los gauchos.

Ya dijimos que Sarmiento carga con el peso de la frase: "No trate de economizar sangre de gaucho", plasmada en una carta a Mitre en 1862. Diez años después de la frase, los diarios no dudaban en utilizar la palabra "gaucho" para referirse a los delincuentes y criminales. Tomamos del *Standard* del 11 de enero unos párrafos del editorial cargado de indignación por los treinta y seis asesinatos. Los mismos

nos permitirán comprender el uso del término:

> *Ayer hemos recibido un telegrama de Rosario anunciando que "una banda de indios, en su mayor parte cristianos", han llevado fuego y espada a través de los campamentos de Santa Fe, a medio día* [de distancia] *de Rosario, llevándose no solo ganado, sino también a los hijos de una de las víctimas.*
> *El gaucho malo ha comenzado a declarar la guerra al colono extranjero, y si la autoridad continúa siendo tan negligente como hasta ahora, las consecuencias pueden ser una cruzada en defensa propia de todos los que tienen familias y propiedades que proteger contra los beduinos pampeanos sin ley, que no tienen casa ni familia, ni amigos, ni ocupación, sino que miran con odio todo lo que sabe a trabajo, industria, comodidad y vida civilizada.*
> *El gaucho malo no conoce religión, ni ley, ni influencia benigna o suavizante; su única fortuna es un caballo, que probablemente ha robado. Su única ocupación, jugar a la taba. Su único consejero, un cuchillo.*
> *No son solo los extranjeros los que se quejan de la desmoralización que la floja administración ha producido entre los gauchos. Hemos oído al Sen. S. V.* [probablemente, el senador Sinforoso Vallejo] *declarar que veintitrés estancieros fueron asesinados por sus propios peones en un período de quince años.*
> *El aumento de la delincuencia en los distritos de los campos desde hace veinte años es alarmante para los propios nativos, muchos de los cuales han abandonado las actividades camperas por este motivo.*
> *Recordamos hace apenas diez años cuando un paisano no podía pasar de un partido a otro sin un pasaporte de la Justicia de Paz; pero ahora encontramos que quinientos gauchos pueden reunirse de partes remotas y con las armas en la mano hacer una masacre.*

Más que pretender que los gauchos del siglo XXI se ensañen con Sarmiento debería buscarse que conozcan quiénes eran los denominados "gauchos" en la segunda mitad del siglo XIX.

La violencia y las muertes provocadas por los malones estaban en el mismo nivel de repugnancia que las que generaban estas bandas de asesinos. Pero las segundas tuvieron un efecto negativo en la inmigración. Entre la fiebre amarilla y los ataques xenofóbicos (calificación que también pertenece a los diarios de la época), Buenos Aires, la puerta de ingreso a la Argentina, perdió poder de atracción. La inseguridad y la falta de respuestas del gobierno retardaron las oleadas migratorias en ese complicado período de la presidencia.

Los números de la inmigración se habían estancado. Había que ofrecer estímulos a los interesados. En marzo, el presidente estableció

una Oficina de Trabajo “que facilite a los que lleguen al país una pronta colocación, según sus artes o industrias”.

De esta manera pudo ir recuperando terreno, ya que los inmigrantes recibieron la noticia con interés y esperanza. Si el deseo era trabajar con responsabilidad, la Argentina les conseguiría empleo.

EL GRAN CHACO

Tengo que hablarte seriamente. Tengo sesenta y dos años y escasa fortuna, con muchas familias de mujeres que ayudar a vivir.

DFS A SU NIETO AUGUSTO BELÍN, 12/4/1872

Enero del 72 transcurrió con poca actividad presidencial. Sabemos que el día 11 estaba en la Casa Rosada cuando un rayo cayó en el aparato telegráfico que se encontraba en el Ministerio del Interior. Domínguez, Avellaneda y Sarmiento corrieron al despacho de Vélez Sarsfield temiendo lo peor. Se alegraron de verlo con vida.

Por esos días, preocupaba la salud del presidente. *La Capital* de Rosario deslizó que podría llegar a renunciar. *The Standard* comentó que tal vez iría a las sierras cordobesas para reponerse. Tampoco se descartaba un viaje a Europa con fines curativos. Pronto se disiparon las dudas. El jefe de Estado retomó las riendas y lo hizo con un decreto histórico.

Pero antes, más precisamente dos días antes, tuvimos un asesinato también histórico. Felicitas Guerrero, viuda de Martín de Álzaga, fue víctima de un crimen pasional. El ejecutor fue un joven de la sociedad. Nos referimos a Enrique Ocampo, quien enterado de que el corazón de Felicitas ya no le pertenecía, acudió a la quinta de la dama con intenciones de recuperar su corazón. Ellos eran vecinos, ambos vivían en Chacabuco y Venezuela, pero la viuda había ido a pasar el verano a su quinta de Barracas y escapar de un posible rebrote de la epidemia. Allí el nuevo candidato, Samuel Sáenz Valiente, era más que bienvenido, para regocijo de Cupido.

La crónica policial indica que Ocampo y Felicitas se reunieron a solas en una sala y, luego de una breve charla, él le disparó. Difieren las versiones acerca de la manera en que murió el despechado Ocampo. La familia del malogrado galán asegura que se suicidó. Los Guerrero, en cambio, sostienen que un joven pariente hizo justicia por

mano propia. También los Sáenz Valiente tienen algo para decir: en sus casas corrió la versión de que Samuel estuvo presente en el lugar cuando ocurrió el crimen.

Por días se habló de este asunto policial. Solo deseamos agregar que al año siguiente, Samuel se casó con Lola Urquiza, la hija del general, quien había sido cortejada por Martín Guerrico en las tardes del verano de 1870.

La muerte de Ocampo fue instantánea, por lo tanto, su defunción tiene fecha el lunes 29 de enero. Felicitas agonizó unas horas y expiró pasada la medianoche, es decir, el 30.

Y ahora sí nos detenemos en el miércoles 31, cuando Sarmiento, reunido con todos sus ministros —Vélez, Tejedor, Domínguez, Avellaneda y Gainza—, decretó la creación del Territorio Nacional del Chaco. Se nombró a Julio de Vedia gobernador. ¿Lo recuerda? El padre de Manuelita y tío del pobre Jorge Mitre.

En el más breve e incompleto resumen diremos que el presidente Mitre había determinado que los territorios que no pertenecían a ninguna de las catorce provincias debían ser nacionalizados. Uno de ellos era el Gran Chaco, que comprendía desde el norte de Santa Fe hasta el Mato Grosso brasileño, y desde el oeste de Paraguay hasta el este de Bolivia, pero con sus fronteras internas muy indefinidas. Las cuatro naciones involucradas reclamaban parte de la región selvática. Cuando sobrevino el fin de la guerra del Paraguay, se reactivó el apetito territorial.

A través del decreto del 31 de enero, Sarmiento estableció la soberanía nacional sobre más de la mitad del Gran Chaco. En términos actuales, se trataba de la superficie correspondiente a las provincias de Chaco y Formosa en su totalidad, con fragmentos de Santa Fe, Salta y Santiago del Estero, además de una porción en el margen occidental del río Pilcomayo (que luego, por un laudo, pasaría a integrar el territorio paraguayo).

El espacio asumido por la Argentina comprendía casi el mismo tamaño que las catorce provincias juntas. La densidad de población nativa en todo el Gran Chaco —entre matacos, orejones, chiriguanos, chiquitos, zamucos, ocoles, morotocos, tobas, mocovíes, abipones y otros— era muy baja. Mientras que en la superficie de las provincias argentinas habitaban un millón ochocientas almas, se estimaba que en la gigante área incorporada vivían apenas cincuenta mil. Y que no lo hacían pacíficamente. Por ejemplo, los tobas eran belicosos con las otras naciones aborígenes, a diferencia de los matacos y ocoles, muy trabajadores y responsables.

Además, se consideraba en la sede gubernamental —también en las casas de nuestros abuelos— que estaba brindándose un amparo constitucional a toda esa gente que vivía en un estado de

marginalidad. Ese era el pensamiento reinante en 1872. Hasta el último inmigrante, llegado en el más reciente barco, sentía que esas tierras debían ser colonizadas.

Por lo tanto, la inesperada decisión del presidente fue recibida con beneplácito y las acciones del gobierno encontraron un resquicio para frenar su carrera descendente.

EL MALÓN

Al principiar mi desagradable tarea de gobernar perversos y malcriados, cometí el error de interrumpir mi correspondencia íntima con mis amigos.

DFS A POSSE,
5/9/1872

El 5 de marzo a las diez de la mañana, el incesante llamado de las campanas agitó a la población de Veinticinco de Mayo, situada a poco más de doscientos kilómetros de la ciudad de Buenos Aires. Todos corrían hacia la plaza, entre gritos y llantos. Habían pasado quince años desde 1857, la última vez que la alarma de un ataque de malón los puso en guardia. En aquella oportunidad, los nativos mataron a unos treinta pobladores y se llevaron más de doscientos cautivos, además de sesenta mil cabezas de ganado. En el transcurso hubo un par de ataques más, pero menores en proporción y consecuencias. Por más que el recuerdo de 1857 estaba latente, este tipo de noticias parecía cosa del pasado.

Sin embargo, estaba ocurriendo. En una estancia se había divisado un campamento de grandes proporciones. Lo comandaba el cacique Calfucurá ("Piedra Azul") y estaba integrado, principalmente, por patagones, pehuenches, criollos chilenos, mapuches, ranqueles y una porción de gauchos, muchos de ellos desertores de los fortines.

En Veinticinco (así se le ha dicho históricamente al poblado) se esperaba un ataque. Un mensajero fue despachado a Chivilcoy (a 70 km) para que desde allí enviara un mensaje telegráfico a Buenos Aires. Mientras tanto, mujeres y niños se agolparon en el edificio de la Iglesia. Los hombres de catorce a sesenta años se quedaron en la plaza. Reunieron obsoletos mosquetes y espadas que hacía tiempo usaban simplemente para desmalezar. Un vecino construía lanzas que se repartían entre los defensores. Iban a proteger a sus familias mientras aguardaban al ejército o hasta las últimas consecuencias.

Si bien para la población de Veinticinco todas las previsiones fueron

afortunadamente innecesarias, los más de tres mil hombres de Calfucurá arrasaron con otros vecindarios, estancias, puestos y chacras, dejando un tendal de trescientos muertos y llevándose cautivos a quinientos, además de arrear la impresionante suma de doscientas mil cabezas de ganado.

El saqueo demandó tres jornadas. Mientras tanto, en la Oficina Telegráfica de la Casa de Gobierno el trabajo era incesante. Ante el primer telegrama, Sarmiento ordenó el transporte de fuerzas hasta Chivilcoy más la movilización de hombres desde fortines vecinos a la zona atacada. La combinación de tres adelantos —telégrafo, ferrocarril, fusiles— permitió que el ejército, con la fundamental presencia del cacique aliado Catriel y su gente, enfrentara a Calfucurá en las cercanías del fuerte San Carlos en la mañana del 8 de marzo, y recuperara gran parte del botín (cautivos y ganado).

De todas maneras, hubo una falla logística importante. Cuando el contingente enviado de Buenos Aires arribó a la estación de Chivilcoy se advirtió que no contaban con caballada para trasladarse hasta 25 de Mayo. Lo único disponible eran algunas carretas. Los defensores tuvieron que cubrir los setenta kilómetros en ese transporte y alternándose con los que caminaban, pues no había capacidad para todos. Demoraron un día y medio en llegar. Si Calfucurá hubiera atacado el poblado con premura, otra habría sido la suerte de las familias en riesgo.

Se celebró la victoria y se valoró la participación de Catriel. De hecho, cuando el frío comenzaba a arreciar en la pampa, el gobierno proveyó de ponchos, pañuelos y ganado al cacique aliado y sus indios. La provisión de pañuelos puede parecer sorprendente, pero es importante recordar que los hombres de campo encontraban múltiples usos para este accesorio.

De regreso a las jornadas de marzo, un diario contó que una dama se plantó en la puerta de la Casa de Gobierno el sábado 9, es decir, al día siguiente de la victoria de San Carlos. Se trataba de la mujer de uno de los estancieros de la zona. Enterada como todos por la información periodística, deseaba saber qué medidas iban a tomarse y se quedó en el umbral, a la espera de una respuesta. El ministro Gainza se acercó a la dama y le exhibió el contenido de los últimos telegramas. La tranquilizó y le aseguró que podía tomar la diligencia a Veinticinco, sin preocuparse. Ya todo había pasado.

MARTÍN FIERRO

Muy pronto saldrá a la luz un folleto en versos gauchos escrito por el Sr. D. José Hernández. Entendemos que el gaucho Martín Fierro canta en su estilo nacional, sus aventuras, desdichas y tribulaciones de su vida nómade y del soldado de frontera.

La República, 28/11/1872

El vaticinio de José Hernández, publicado en 1863 —“Tiemble el general Urquiza que el puñal de los asesinos se prepara para descargarlo en su cuello allí en San José, en medio de los halagos de su familia”—, se hizo realidad la noche del 11 de abril de 1870. El puñal, recordemos, también se ensañó con Waldino y Justito Urquiza, gran amigo del vaticinador.

El periodismo partidario, tan afecto a las disputas y controversias constantes, fue unánime para condenar los asesinatos del padre y los hijos, perpetrados en San José y Concordia. *El Río de la Plata* de Hernández, jordanista por convicción y opositor del gobierno nacional, manifestó su rechazo: “Nos hemos pronunciado abiertamente contra el asesinato del general Urquiza”. Y agregó: “No creemos que sobre la sangre pueda cimentarse jamás nada sólido y duradero”. Sí se expresó en contra de la intervención de Entre Ríos decretada por el presidente y los notables convocados a la Casa de Gobierno.

Dijimos que la noticia de la muerte del caudillo llegó a Buenos Aires en la mañana del 14 de abril. El 21, “Matraca” Hernández (así apodado por su vozarrón y su ronquera) envió el último ejemplar de *El Río de la Plata* a la imprenta. A modo de despedida, el diario opositor se excusó: “No queremos asistir en la prensa al espectáculo de sangre que va a darse en la República”.

Pero todas esas expresiones de contenido pacifista fueron superadas en octubre, cuando le escribió a López Jordán, diciéndole:

> *Urquiza era el gobernador tirano de Entre Ríos, pero más que todo el jefe traidor del Gran Partido Federal, y su muerte mil veces merecida, es una justicia tremenda y ejemplar del partido otras tantas veces sacrificado y vendido por él. La reacción del partido debía, por lo tanto, iniciarse por un acto de moral política, como era el justo castigo al jefe traidor.*

Por este giro abrupto, su biógrafo Horacio Zorraquín Becú lo describió "envuelto en la borrasca de unas pasiones que le restaban la lucidez necesaria".

Tan notable cambio de opinión no quedó circunscripto a la carta que despachó a Entre Ríos. Debe haber hecho manifestaciones públicas porque el general Gelly y Obes lo nombró, en un informe al ministro de Guerra, como uno de los aliados de Jordán en Buenos Aires.

Llegó la hora de partir. En los primeros días de diciembre, mientras su querida Carolina González del Solar quedaba al cuidado de tres niños y cursando el tercer mes del nuevo embarazo, "Matraca" abandonó la ciudad. *La Prensa* se apuró a informar que López Jordán preparaba "una expedición sobre Corrientes" y que lo acompañaría "el ex redactor de *El Río de la Plata* en esta capital, don José Hernández". Más una conclusión: "Tome nota el gobierno nacional y dicte las medidas del caso".

López Jordán, Hernández y compañía se dirigieron a la provincia de Corrientes. La cruzada llegó a su fin el 26 de enero del 71. Ese día en Ñaembé (cerca de Goya) los siete mil hombres del entrerriano fueron vencidos por los tres mil del gobierno nacional. El escritor salvó la vida del jefe al interceptar con su lanza el ataque de José "el Bravo" Gómez. Este, furioso, persiguió a Hernández, sin lograr alcanzarlo porque el corpulento "Matraca" montaba un parejero (caballo entrenado para cierto tipo de carreras) que lo alejó del peligroso escarmiento.

La derrota jordanista puso fin a la contienda, noticia que se difundió en Corrientes y Buenos Aires en medio de la epidemia de fiebre amarilla. Los vencidos huyeron a Brasil, más precisamente, a Santana do Livramento, ciudad lindante con Rivera (Uruguay). Allí mataban el tiempo entre el billar, el ajedrez y la guitarra, instrumento que José Hernández ejecutaba con naturalidad, a la vez que cantaba. El revés caló hondo en los enemigos de Sarmiento. El caudillo Jordán desalentaba cualquier sugerencia de reintentarlo.

Es posible que Hernández haya hecho una visita clandestina a

Buenos Aires para ver a la familia. La certeza es que en febrero de 1872, amparado en una amnistía, arribó a la ciudad (previas escalas en Rosario y Montevideo) y se alojó en el Gran Hotel Argentino, situado a metros de la Casa de Gobierno.

Hemos mencionado ligeramente este hotel cuando se inauguró su restaurante —atendido por un chef francés— situado en la segunda planta la noche que Héctor F. Varela aceptó la victoria del gobernador Castro. El Gran Argentino fue el hogar de Hernández por varios meses. Se trataba del edificio más imponente de la ciudad. Allí había funcionado una taberna para marineros hasta que Federico Elortondo se abocó al proyecto y le dio un toque de excelencia a las adyacencias de la Plaza. El mencionado restaurante era atendido por mozos de chaqueta negra y guantes blancos. La iluminación del salón se hacía con lámparas de gas recubiertas de pesados vidrios. Otra comodidad que disfrutó el robusto escritor fueron los baños. Aclaremos que solo un cuarto disponía de baño propio y nosotros desconocemos si fue el que tomó el jordanista. Pero el servicio que ofrecía el hotel era único en la ciudad: baños fríos, tibios y calientes. Más la gran novedad: “baños de lluvia”, es decir, la ducha.

En ese ambiente de lujo y con vista al río, José Hernández completó los versos de *El gaucho Martín Fierro*, hombre relegado por la sociedad, pendenciero, castigado y librado a su suerte sin contención alguna. Hernández quería mostrar la realidad del gaucho que tan mala imagen tenía por los hechos violentos en que se veía involucrado semana tras semana.

La edición del libro —que, según los expertos, comenzó a escribirse en el exilio de Santana— se completó a fin de año. Las ventas se iniciaron en febrero de 1873, con gran éxito. A través de su personaje, Hernández reveló las falencias del servicio militar en las fronteras, a cargo de los menos favorecidos. La selección del sufrido milico se hacía en cada pueblo y era responsabilidad del juez de paz, el mandamás de cada sitio. Desde las columnas de *El Río de la Plata*, el autor del poema gaucho venía criticando el sistema. La obra escrita a metros del despacho del presidente fue un éxito de ventas y, como bien sabemos, es pieza fundamental de la antología literaria argentina. Probablemente, gracias al buen galope del parejero que salvó al autor de las garras del “Bravo” Gómez, luego de la derrota jordanista en Ñaembé.

TIRANÍAS MILITARES

En cuanto al sistema métrico decimal, no hay cuestión. Lo adoptaremos porque la Europa continental lo ha adoptado y la Inglaterra empieza a ceder ante la universalidad del hecho.

DFS A BENJAMIN GOULD, 18/5/1872

Los problemas de salud presidencial reaparecieron a fines de marzo y también en la última semana de abril. Alguien aseguró que Su Excelencia viajaría a Europa para reponerse y los medios de prensa se hicieron eco. Al finalizar el verano, Carrié compró la casa del empresario Charles Lumb y se mudó. Con la familia y con Sarmiento. Pasaron a vivir en Maipú 631 (numeración actual) entre Tucumán y Viamonte.

Hablando de traslados, volvió a rumorearse que los legisladores escogerían a Rosario para Capital Federal. Sin embargo, el 6 de mayo, cuando el presidente concurrió a la apertura de sesiones parlamentarias, la federalización no formó parte de su discurso, si bien recorrió varios temas de gran interés general.

Aseguró que la relación con las naciones vecinas era muy buena, desmintiendo noticias que daban cuenta de cierto malestar con Brasil, Bolivia, Paraguay (los que tenían fronteras con el Gran Chaco) más Chile y Uruguay. Expuso sobre el avance del ferrocarril a lo largo del territorio y planteó que si bien los números de la inmigración mostraban un leve descenso, se había optimizado la distribución de los recién llegados, sobre todo hacia la Mesopotamia y el Litoral.

También presentó las cifras de la Economía. Eran menos auspiciosas que los años previos y el motivo, según dijo, se debía a los gastos generados por la guerra de Entre Ríos. Sarmiento aseguró que los terrenos para la instalación de la Aduana de Rosario ya habían sido comprados y que los planos para un puerto moderno en Buenos Aires eran estudiados por la legislatura provincial. Respecto de la

educación, manifestó que en la región litoraleña los avances fueron notables. El extremo norte del país, en cambio, requería mayor atención y hacia allí se dirigieron los esfuerzos del Estado.

El sanjuanino dejó para el final un tema crucial, relacionado con "la última gran invasión de Calfucurá". Dijo que el sistema implementado de fronteras más alejadas de las poblaciones, poniendo mayor distancia entre los grupos nativos y las nuevas ciudades, posibilitó vencer con contundencia "al bárbaro". Pero, más allá de la victoria, había un asunto a resolver. La invasión y la consecuente batalla de San Carlos llevaron a la superficie el problema crónico del personal de los fortines, conformado por los ejércitos de Línea (militares dedicados a la actividad) y la Guardia Nacional, las milicias. Recordemos que estas respondían a los gobiernos de las provincias, mientras que los militares estaban subordinados al Ejecutivo nacional. Sarmiento reclamaba unificar el mando en "el comandante de las fuerzas de Mar y Tierra de la Nación", es decir, en el presidente.

Dentro de su agenda institucional, este tema era de vital importancia. Su aspiración era terminar con lo que él denominaba "tiranías militares", en las que ciertos caudillos se hacían poderosos gracias a las milicias. En el discurso citó a los que consideraba los cuatro principales: Rosas, Ramírez, Quiroga y Urquiza. Pidió a los legisladores que dieran sanción al proyecto de Reclutamiento Militar que había enviado, y terminar así con la arbitrariedad habitual a la hora de establecer quiénes eran los "Martín Fierro" que debían custodiar la frontera. También abogó por encontrar soluciones para "la remonta (cría y cuidado de los caballos) del ejército". Aún se mantenía fresco el recuerdo de los soldados que debieron trasladarse en carreta desde Chivilcoy hasta 25 de Mayo.

Por último, Sarmiento destacó la importancia del Colegio Militar, que él fundó en 1869, pero que inició actividades más adelante. Al respecto, señaló:

> *Los hábiles profesores que la dirigen llenan satisfactoriamente los objetos de la institución, que son dotar al ejército de oficiales científicos, ya que el arte de la guerra, por el material que requiere y sus medios poderosos de destrucción, pone el valor* [la valentía] *al servicio de la ciencia y del genio.*

Y finalizó:

> *Os he presentado en breves palabras el cuadro de la situación política y administrativa de la Nación, y espero que vuestro patriotismo y vuestras luces vendrán a dar nuevo impulso al país en la marcha de progreso y civilización en que hemos entrado.*

Con estas palabras dio por concluida su intervención y declaró abiertas las sesiones del año 72. Fue un discurso llano. Sin promesas, pero a la vez, carente de autocrítica. Prolijo, claro y optimista. Recibió los ataques habituales, algunos con fundamento y otros no. También asomaron los apologistas de siempre. Había expectativas en ambos extremos. La primera mitad de la presidencia se había cumplido y todos, incluido Sarmiento, comenzaban a pensar en el sucesor.

“AL PUEBLO DE CHILE, ¡SALUD!”

He dejado transcurrir varios correos sin escribirle, por descuido de la hora unas veces, por ocupaciones premiosas otras, las más por el mal humor que traen las decepciones, las contrariedades y el mal éxito en la política.

DFS A MARY MANN,
17/7/1872

El 26 de julio fue una jornada de fuertes emociones. El presidente de la Nación decretó el feriado nacional porque se trataba de un día de júbilo. Nada menos que el primer mensaje telegráfico entre Buenos Aires y Santiago de Chile: la comunicación de ambos mandatarios a través de la cordillera.

Si en 1869 la inauguración de la línea a Rosario había sido un acontecimiento, qué decir de este cruce de mensajes entre el Plata y el Pacífico.

La convocatoria a la Casa de Gobierno, embanderada con los pabellones de los dos países, estuvo a la altura de las circunstancias. El despacho y la sala de recibo se veían abarrotadas con los doscientos invitados, entre los que se contaban representantes extranjeros —también Mariano Reyes Cardona, enviado por el gobierno de Bolivia para discutir la cuestión de límites en el Gran Chaco—, legisladores, jueces, representantes de grandes ciudades del país, empresarios, militares, dos obispos —de Salta y Buenos Aires—, funcionarios y algunos gobernadores. El invitado estelar fue el primer ministro saliente. Vélez Sarsfield había tenido gran mérito en el desarrollo de la cablegrafía argentina. ¿Banda musical en la azotea? Por supuesto, alternando el repertorio de ambas naciones.

Carlos Burton, jefe de la Oficina Telegráfica y encargado de manipular el aparato, ubicado en la antesala del despacho presidencial, arribó con el presidente y los ministros. La aparición del

grupo fue espectacular. Mirada al frente, gesto grave y concentración plena. Burton se acomodó en el escritorio, Sarmiento ingresó a su despacho y se dedicó a saludar a los invitados. Luego regresó a la antesala y dictó el primer telegrama ante el silencio general.

> *En nombre del pueblo argentino, al pueblo de Chile, ¡salud!*
> *Para mantener vivo el recuerdo de nuestro origen, glorias e independencia comunes, para que Magallanes no esté apartada, ni los Andes sean barrera demasiado alta y el Atlántico y el Pacífico estén separados por el continente; el telégrafo trasandino interoceánico chileno argentino confundirá en intereses, simpatías y propósitos a ambos pueblos.*

El vértigo de la comunicación distaba de ser instantáneo. Burton enviaba el mensaje a Rosario, desde donde se retransmitía a Villa María y de allí a Mendoza, cuya oficina finalmente lo pasaba a Santiago de Chile. La respuesta tenía que hacer el camino inverso. Toda la vuelta demandaba una hora y media. Un almuerzo aguardaba a los invitados luego de completado el ciclo, pero la espera se hizo larga. Mientras tanto, Burton despachaba otros mensajes. Por ejemplo, del obispo porteño al de Santiago. Del gobernador de Buenos Aires —Acosta, quien reemplazó a Castro el 3 de mayo— al intendente de Valparaíso y varios más.

Sarmiento mató el tiempo estudiando el retrato de Bernardino Rivadavia y luego se dirigió a la antesala donde ofreció un discurso a los presentes, que no eran invitados especiales, sino los empleados de la Casa de Gobierno que a pesar del feriado concurrieron para ser partícipes del gran momento.

Por fin, comenzaron a llegar las respuestas. La del presidente Francisco Errázuriz y varias más, que fueron leídas y celebradas por todos, con gran algarabía. Además, el almuerzo estaba al alcance de la mano, tan cerca como las comunicaciones, y entonces la satisfacción era doble.

Cuando el Ejército Libertador cruzó los Andes en 1817 y venció a los realistas en la batalla de Chacabuco, la noticia se conoció en Buenos Aires catorce días después. En aquella ocasión, el teniente coronel Manuel de Escalada —cuñado de San Martín— voló con el parte para entregarlo al Director Supremo Pueyrredon. Si hubiera sido un correo común, habría demorado casi una semana más. Pero el asunto era de extrema urgencia y Escalada apenas descansó, además de que forzó las cabalgaduras al máximo (en cada posta recibía un caballo fresco). En 1817, un mensaje urgente entre Santiago de Chile y Buenos Aires tardaba dos semanas. Cincuenta y cinco años después, en 1872, ¡una hora y media, ida y vuelta!

Copa de champán en mano, el presidente auguró que pronto el cable telegráfico cruzaría el Atlántico hasta Europa. Eran sobrados los motivos para celebrar. Se concedió cuatro días de telegramas gratis a Chile. Una forma de que todos probaran —y aprobaran— el sistema de comunicación a través de la compañía del Telégrafo Trasandino.

Las emociones continuaron a la tardecita. Fresca, por cierto, digna de fines de julio. Un reducido grupo (gobernador Acosta, Manuel Ocampo, ministros) acompañó a Sarmiento a su nuevo hogar en la calle Maipú. Allí los esperaban cuatro cajones con carbón embalado en San Juan. Hasta ese día, el que se había encontrado en diversas provincias no alcanzaba los niveles de calidad. La expectativa era muy grande. ¿Habrá buena producción local para abastecer al ferrocarril, las maquinarias y la calefacción?

Sarmiento ordenó al criado —probablemente, Pedro Ortiz— que encendiera el carbón en una parrilla que se usaba para la calefacción de la casa. Mientras que un compañero se encargó de realizar la misma tarea en otra, pero con el habitual carbón inglés. Los resultados fueron muy satisfactorios. Los caballeros decretaron que el combustible proveniente de San Juan era superior. Nobleza obliga: el comprovinciano Rawson ya lo había usado antes de la fecha en su casa porteña. Pero ni ese detalle empañó la jornada del viernes 26 de julio de 1872, que empezó y terminó de la mejor manera.

TREINTA Y SIETE BRINDIS

Te incluyo una fotografía reciente mía que me muestra el grado de gordura alcanzado, disimulándose así las arrugas y demás deterioros de los años.

DFS A BIENVENIDA,
12/11/1872

Los congresos y coloquios que en nuestra época reúnen a fuertes empresarios y poderosos del gobierno tienen su origen en los grandes banquetes de antaño. Este tipo de encuentros no son exclusivos de la época de Mitre, Sarmiento, etc., sino que se remontan al tiempo de los virreyes. Quedan al margen de esta selección comidas como las que ofreció Urquiza al mandatario en el verano de 1870 porque eran en el marco de una visita de Estado. Aquí estamos hablando de banquetes organizados por comerciantes en los que se invitaba a las autoridades. Y, precisamente, nos toca referirnos al más importante que se haya realizado hasta 1872 cuando se despidió a George Wilkinson Drabble.

El empresario británico llevaba casi veinticinco años en Buenos Aires, dedicado a negocios de todo tipo. Fue presidente de bancos, hacendado, exportador, rentista inmobiliario y también director de empresas de ferrocarril. Los frutos de sus negocios fueron cuantiosos y, a punto de cumplir los cincuenta años, decidió dejar los asuntos comerciales en manos de sus hijos y socios. Continuó con sus tareas desde Londres y se convirtió en el gran importador de la exquisita carne que le enviaban desde sus frigoríficos en Campana y Colonia del Sacramento. Pero este último desarrollo se nos va de tiempo.

Viernes 9 de agosto de 1872. El Hotel de la Paix (Cangallo y Reconquista, frente a la iglesia de la Merced, donde se refugió la familia Urquiza luego del crimen), reducto exclusivo regenteado por el suizo Antoine Marechal —pope de la gastronomía rioplatense—, se vistió de gala. La entrada fue profusamente embanderada y los faroles chinos de colores dieron vivacidad a la cuadra. Minutos antes de las seis y media, con la puesta del sol invernal, comenzó a llegar la

privilegiada concurrencia. En el gran salón, tres largas mesas cruzaban perpendicularmente la principal, todas adornadas con flores coloridas. El patio vecino albergó a la banda de vientos italiana que amenizó el banquete, varias veces inútilmente porque las conversaciones en el gran comedor acaparaban el ambiente.

En el centro de la primera mesa quedaron, de izquierda a derecha, Sarmiento, Drabble y el gobernador Acosta. Pero antes de que comenzara la gran comilona, emergieron los primerísimos aplausos cuando un mozo ingresó al salón portando un vistoso buqué de camelias enviado por doña Luisa Frías. Su marido, José Benjamín Gorostiaga, juez de la Corte Suprema y exministro de Hacienda del gobierno, se encontraba fuera de la ciudad. Se estilaba que las damas enviaran flores a este tipo de reuniones —exclusivas de caballeros— en nombre de sus maridos ausentes. Sumamos un dato de color: Luisa tenía 42 años, llevaba ocho meses de casada en primeras nupcias con el entonces juez, y cursaba el sexto de embarazo de una niña. Regresamos al banquete.

Las críticas gastronómicas fueron de lo mejor. Marechal se lució con el menú y las bebidas ante un público sumamente exquisito.

Abrió la tanda de brindis nada menos que el presidente Sarmiento. Aclaramos que la ceremonia consistía en ponerse de pie, ofrecer un breve discurso y brindar, por algo o por alguien. El resto alzaba las copas, decía: "¡salud!", y bebía. Es importante el dato porque en el banquete de despedida de míster Drabble hubo treinta y siete brindis. Por lo tanto, la ración mínima de consumo, descartando los vinos durante la comida, fueron treinta y siete sorbos, acompañados de cigarros y *petit fours* provistos por el dueño del hotel.

Entre los oradores de aquella noche, además del sanjuanino, no podemos omitir a: Drabble, Acosta, Alsina, Rawson, Vélez, Bernardo de Irigoyen, M. Billinghurst, Guerrico, Quintana, Elizalde, el prusiano Oldendorff y el exgobernador Castro, todos conocidos de estas páginas, más el ingeniero Huergo y Dardo Rocha. Mientras que del auditorio rescatamos los nombres de Manuel Ocampo, el poderoso empresario ferroviario estadounidense William Wheelwright, Eduardo Costa, el ingeniero Coghlan, el martillero Adolfo Bullrich, Carlos Casares, Eduardo Madero y los más importantes residentes ingleses del momento.

Un nuevo conjunto de flores arribó para el señor Drabble, en medio de los brindis. En este caso, su remitente fue Margaret Miller, casada con el cónsul inglés Frank Parish, otro ausente.

Este esbozo de la comida del 9 de agosto es muy incompleto —sin superar el de *La Prensa* que le dedicó, con título incluido, apenas ocho líneas de una columna— y así debe ser porque desarrollarlo en detalle demandaría demasiadas páginas. Pero nos quedamos con uno de los

tantos momentos.

Las alusiones a las excelentes relaciones entre la Argentina y Gran Bretaña estuvieron a la orden del día durante los treinta y pico de homenajes. Pero el más celebrado fue protagonizado por Pellegrini, entre los de la última tanda. El hombre que sería presidente dieciocho años después alzó la copa y dijo que no brindaba por ninguna compañía, rey o kaiser, sino que lo hacía por una mujer, la primera de Europa, la madre, modelo de monarcas y cabeza de la nación inglesa. “¡Por la reina Victoria!”. Su voz fue tapada por el aplauso más estruendoso de la noche. Sin esperar un segundo, desde el patio se escucharon los sones de *God Save the Queen*, a cargo de la banda de vientos italiana. Todos de pie y los ingleses cantaron el himno. Drabble, que ya había hablado, tomó un sorbo y gritó, brazo en alto: “¡Por las mujeres argentinas!”, frase que encontró a todos bebiendo, por lo tanto en vez de aplausos hubo un fuerte golpeteo de las mesas. Concluyó la saga el ministro Domínguez, quien reclamó beber a la salud, no solo de las argentinas, sino de las hermanas inglesas. Nueva ovación.

Los discursos continuaron, pero ya era tiempo de dejar de brindar. Sarmiento se incorporó para saludar y dio por concluido el mayor banquete que jamás se haya visto hasta ese tiempo, donde las copas brillaron por su constante presencia.

HÉROE DE LA PAZ

El general Mitre no debería presentarse como candidato. Los hombres que han llegado a su altura no deben volver al poder sino en brazos del pueblo.

LA PRENSA, 8/1/1873

Un muelle de trescientos metros sobrecargado desde las nueve de la mañana aguardaba para dar una calurosa recepción a la personalidad del momento. Comerciantes, banqueros, estudiantes, jornaleros, políticos y estancieros. Sin dudas, la bienvenida sería calurosa. Aun así, el agobiante domingo 5 de enero de 1873 no desanimó a nadie. El desembarco de Bartolomé Mitre en Buenos Aires sería a las diez. Todavía faltaba una hora. Pero quién iba a molestarse. Los sacrificios del general habían sido mayores y era lo mínimo que correspondía hacer: recibirlo y expresarle el amor del pueblo.

Había viajado a mitad de año a Río de Janeiro para cumplir una de las misiones más importantes de su carrera pública: manejar las desavenencias cada vez más amplias con Brasil y, sobre todo, eliminar cualquier posibilidad de enfrentamiento bélico.

A la vez, la misión de Mitre dejó una enseñanza de convivencia política: el expresidente y el actual se trataban, pero con frialdad. Cada cual había tomado su camino y los seguidores de don Bartolo, después de los jordanistas, eran los más encarnizados opositores del gobierno. Pero las buenas relaciones con Brasil estaban por encima de las diferencias. El fin de la Guerra de Paraguay y la cuestión del Gran Chaco habían tensado la cuerda. Frente a la necesidad de mantener la armonía, Sarmiento eligió para la misión al hombre más valorado por los brasileños y mejor capacitado para desatar el nudo. El gesto noble del sanjuanino se equipara con el de Mitre, quien no dudó en aceptar la complicada misión.

Regresaba luego de seis meses. Había cumplido el objetivo. Era, como lo calificaron los diarios: “el Héroe de la Paz”.

Aquel viaje sirvió además para que pudiera cumplir con los trámites

necesarios y repatriar por fin los restos de su amado Jorge Mariano, enterrado en el cementerio de São João Batista. En un viaje previo de dos meses a la ciudad carioca, acudió a la tumba de su hijo una tarde. Allí pasó toda la noche y regresó caminando desde una larga distancia al día siguiente. Sorprenden los paralelismos. Sarmiento había visitado la tumba de Dominguito en el cementerio de la Recoleta al regresar de los Estados Unidos y por haber vuelto al amanecer, el diario de los mitristas especuló con que había salido a emborracharse.

La trágica coincidencia había hecho que perdiera a Dominguito en Paraguay, durante el gobierno de don Bartolo, y que Mitre se quedara sin Jorge Mariano en Brasil, en el transcurso de la presidencia del sanjuanino.

Casi nadie faltaba a la cita en el muelle. Por cuestiones del protocolo, el jefe del gobierno no concurrió a recibir a su embajador. Sin embargo, como una señal inequívoca, envió a sus tres edecanes para que hicieran los honores. Cuando él desembarcó en 1868, lo aguardaba un edecán de Mitre y era suficiente. El hecho de haber comisionado a los tres marcaba la importancia que le daba al acto y a su protagonista.

La recompensa de los madrugadores tuvo lugar a las diez, cuando el estruendo del cañón del barco anunció que el pacificador se dirigía a tierra firme. Esa fue la señal para que la banda musical se abriera paso entre la multitud. Todos le hacían lugar porque a esta altura sabemos que un hecho relevante era con música o no era. Los ejecutantes avanzaban al igual que el vaporcito que acercaba al general. A las 10.15 puso un pie en la escalera del muelle y un alemán, Frederik Orange, descendió para ser el primero en saludarlo. No fue el único, con lo que la subida por los escalones tuvo sus riesgos. Mitre sobrevivió a la escalera.

En la punta del muelle —que a la distancia era un mar negro de bombines, chambergos y galeras— el viajero dio la mano a decenas, sin poder decir mucho a causa de los estruendos de la banda. Desde la calle, un grandote ingresó a los empujones gritando: "¡Den espacio! ¡Den espacio! ¡Espacio!". Portaba flores de bienvenida.

El séquito comenzó a caminar por la construcción de madera que irrumpió en incontables vivas para Mitre y para nadie más. *The Standard* lo explicó de la siguiente manera:

> *La ovación fue la más grande y grandiosa jamás conocida en esta ciudad. Bien se la merecía el general. Un mero cambio de escenario y, en lugar de una demostración pacífica de ese tipo, podríamos estar todos en el muelle mirando el balbuceo de los soldados, o los movimientos, tal vez, de un escuadrón de bloqueo.*
>
> *¡No! No hay que exagerar los servicios de Mitre. Todo el que tenga*

interés en la patria, sea irlandés o correntino, inglés o entrerriano, alemán o santiagueño, escocés o cordobés, americano o sanjuanino, debe reconocer que el general ha salvado a la patria de ser un cul-de-sac *político.*

Pretender subirse al coche que le había enviado el presidente para ir hasta su casa (vivía a cuatro cuadras) le hubiera demandado más tiempo. Optó por caminar.

En la esquina de Cuyo y 25 de Mayo, el exgobernador Castro agitaba la galera para ser reconocido. A su lado, Andrew Bean pidió tres hurras para Mitre y estalló la multitud.

A duras penas llegó a su casa. La escena era conmovedora. Si bien había habido recepciones imponentes (hasta la del propio Sarmiento), esta superaba todo lo conocido. Sin lugar a dudas, el viaje en barco había sido agotador. Pero el del muelle hasta su casa con el verano encendido también lo cansó. Cabe pensar que la recompensa del descanso lo aguardaba al ingresar a su hogar, dulce hogar. En este caso, no tanto: decenas de amigos, relaciones, etc., se habían apostado en las salas y el patio interno para darle la bienvenida.

Con señales de fatiga, alzó la voz y dijo: "Amigos míos, les agradezco esta demostración, pero no puedo hablar. Ruego que me dejen para que pueda comer algo y un poco de tranquilidad". Sus breves palabras, su reclamo, cosechó estruendosos aplausos y nuevos "¡Viva Mitre!". Hasta el más distraído se dio cuenta de que el recibimiento había sido contundente. Allí, ante todos, en un salón de la casa de la calle San Martín, aun agobiado y con hambre, les estaba hablando "el futuro presidente de la República", fórmula que empleó *The Standard* en su crónica, ganado por el entusiasmo y con la garantía de la impresionante manifestación popular.

Los que estaban adentro entendieron que debían irse. El problema se generaba por los de afuera: había una masa de gente ardiendo al sol, difícil de traspasar. Los "amigos" quedaron atascados. Curiosamente, al igual que los tranvías, que debieron detenerse —incluso algunos en otras calles— ante la imposibilidad de avanzar.

Entonces, Mitre resolvió dar un discurso a sus seguidores.

Conciudadanos. Ante tan grandiosa manifestación popular, aunque desgastada por las fatigas de un largo viaje por mar y ocho meses de trabajo en el trópico, aún me siento con fuerzas para dirigirles unas palabras de congratulación.

Felizmente el acontecimiento que celebramos este día no es una mera ostentación militar pasajera, comprada a costa de mucha sangre y tesoro, sino la ratificación de una grande y gloriosa paz, madre de todo bien.

Los aplausos se extendieron en el tiempo hasta que la banda, que había acompañado al general durante todo el trayecto, ejecutó el Himno. Finalizado, comenzó la desconcentración y Mitre pudo comer y departir con su familia. Por la tarde recibió a Sarmiento, los ministros y otros distinguidos. El número de visitantes superó los sesenta. Además, durante todo el día ingresaron ramos de flores que le enviaban las damas de la ciudad “al gran héroe de la paz”.

Mitre y el presidente mantuvieron una larga reunión el 8 de enero en la Casa de Gobierno. Luego, el lunes 29 por la noche, otra más. Efectivamente, la gestión del general apagó la llama del conflicto bélico. Por supuesto, el marco popular del día del arribo lo llevó a sentirse muy serio candidato a suceder al sanjuanino.

CARRERA POR LA SUCESIÓN

Fui nombrado presidente de la República, no de mis amigos.

DFS AL GENERAL ARREDONDO, 19/5/1873

En abril los partidarios de Mitre comenzaron a preparar su candidatura. El 20 de abril se reunieron en el Teatro de las Variedades (Corrientes entre Maipú y Esmeralda, a dos cuadras del hogar presidencial), convocados por el Club Mitre. Recordemos que en esos años la palabra "club" estaba más relacionada con la política o la música que con el deporte y refería a la unión de un grupo para un fin específico. Su duración era indeterminada. Podía ser que se cumplieran los objetivos y se disolviera.

El mitín fue multitudinario. Se marcaba una notable diferencia con el tumultuoso encuentro del Club Libertad, donde surgió la combinación Sarmiento-Alsina. En aquella oportunidad, en febrero del 68, restaban dos meses para las elecciones y hacía falta proclamar una fórmula. En cambio, la reunión en el Variedades se hacía a un año de las elecciones y solo se realizaba con el fin de oficializar la participación de Mitre en la carrera electoral. Por ese motivo, las discusiones del 68 contrastaban con los discursos homogéneos del 73, donde solo se ensalzaba la figura del candidato.

Al finalizar el encuentro, se decidió marchar a la Plaza y realizar una celebración pública. La fiesta aumentaba en entusiasmo hasta que un grito —"¡Alto al ladrón!"— provocó revuelo y los grupos se disolvieron.

Poco tiempo después Alsina organizó su convocatoria. Antes de que terminara junio, las cartas estaban echadas. Tres candidatos habían alzado la mano para sumarse a la carrera presidencial: Mitre, Alsina y el ministro Avellaneda. *La Nación* azuzaba al tucumano, entendiendo que era ilegal que continuara ocupando el ministerio, ya que se valdría del cargo para hacer campaña. Durante tres días, el diario de Mitre hostigó a Avellaneda y el ataque tuvo efecto, ya que renunció. Lo hizo a través de una carta dirigida al ministro del Interior, que se

publicó en varios medios. Rechazó cualquier tipo de incompatibilidad entre el ejercicio del cargo y la candidatura. Pero:

> *Creo, sin embargo, que es hoy conveniente mi separación del ministerio que desempeño. Entramos en una situación que suele ser peligrosa en pueblos como el nuestro. Para que la transmisión del mando se verifique como un acto tranquilo y normal en el ejercicio de nuestras instituciones, el presidente de la República necesita conservar la paz pública, mantener las situaciones legalmente constituidas en las provincias; y su acción se hallará más desembarazada y libre no teniendo en su gabinete la presencia de un ministro que es al mismo tiempo uno de los candidatos en la lucha electoral.*

La carta, fechada el 16 de agosto, se entregó ese mismo día. Sarmiento no estaba de acuerdo. El 19, Avellaneda invitó a sus pares y al presidente a un banquete de gala, pero íntimo. Acotamos que ya se había ido Vélez. Por lo tanto, dos de los principales operadores que trabajaron por la candidatura del 68 se alejaron del gobierno luego de cuatro y cinco años de gestión.

En cuanto a los presidenciables, Carlos Tejedor se incorporó al grupo, aunque la suya fue una nominación esporádica. A comienzos de septiembre se sumó Quintana, quien competía en juventud con Avellaneda. Teniendo en cuenta que no estaba permitida la reelección inmediata, Sarmiento comenzaba a ser historia. La carrera presidencial estaba en marcha.

4 DE JULIO

Estoy enfermo de la garganta; y el cigarro y la vida irregular que llevo cuando estoy agitado mantienen el malestar.
Pero así se vive y pasa el tiempo.

DFS A BIENVENIDA,
1/6/1873

A fines de junio preocupaba el estado de salud del sanjuanino. Ya había padecido un resfrío en Semana Santa, pero la gripe que lo atacó en el invierno pudo haber tenido peores consecuencias. A veces las referencias médicas eran meras especulaciones periodísticas. El presidente estaba acostumbrado. En octubre del 72 le había escrito a su par chileno: "Mi salud está un poco quebrantada, sin que tengan importancia alguna los anuncios que suelen hacer los diarios amigos de las novedades".

El 28 de junio, ya restablecido, presentó un proyecto de ley sobre colonización y distribución de la tierra que buscaba "favorecer a las primeras familias que se fijen en territorios nacionales donándoles las tierras sin erogación alguna de su parte". La propuesta no fue aprobada por los senadores y quedó trunca.

Una salva de veintiún cañonazos saludó a los Estados Unidos el mediodía del 4 de julio. No solo eso: durante toda la jornada los edificios públicos estuvieron embanderados (con el pabellón argentino) como en días de festejos patrios.

A las tres de la tarde, Sarmiento fue el principal de los ciento cincuenta invitados a la magnífica recepción en la residencia de San Martín y Lavalle, hogar del representante de los Estados Unidos, el general Julius White.

El corresponsal del *New York Times*, presente en la residencia, dedicó una columna al suceso. Escribió para sus lectores: "Salvo en nuestro país, probablemente en ninguna otra parte del mundo nuestro aniversario nacional sea celebrado tan alegremente como aquí". La mirada local fue diferente. Por ejemplo, *La Prensa* se preguntaba por

qué el presidente de la Nación había asistido a una embajada por una celebración extranjera. ¿Acaso el mandatario estadounidense había visitado la legación argentina algún 25 de Mayo?

La breve misión diplomática del general White (llegó en marzo y se fue en noviembre por razones de salud de un hijo) dejó la huella de esta recepción en la que el presidente dio un discurso en inglés. Y dijo: *“We are labouring to model our institutions after yours”* (Estamos trabajando para modelar nuestras instituciones como las de ustedes), consigna que fue y siguió siendo la columna central de su mandato.

“¡CUIDEN SUS VESTIDOS!”

La mitad de su carta la habría omitido si el tiempo le hubiese ya dado lo que tenemos los viejos, que es paciencia y resignación para aceptar las cosas como son.

DFS a Luis María Campos, 14/6/1873

El próximo encuentro estelar fue la apertura de la Fábrica de Paños. Ocho meses habían transcurrido desde la última gran inauguración —el ferrocarril a Ensenada (31/12/1872)— hasta el 20 de agosto, cuando Sarmiento y parte del gabinete se apersonaron en la novedosa factoría. Se trataba de una fábrica modelo. No fue la primera, ya que en Salta, a mediados del año previo, Prudencio Palacios había iniciado su empresa en el Río de las Piedras, lo que le valió un reconocimiento del Poder Legislativo nacional. En Buenos Aires había una “fábrica de tejidos” (o paños). Pero, a pesar del nombre, se trataba de un trabajo artesanal, asistido por alguna máquina más o menos moderna.

En este caso, los socios Federico Terrero, Mariano Billinghurst, Miguel Estévez Seguí y Mariano Unzué habían enviado al ingeniero Xatart a Europa para que comprara los mejores aparatos disponibles. Llegaron en seis barcos. El peso de las máquinas adquiridas en Manchester era de tal magnitud que hubo que diseñar carros específicos para transportarlas desde el puerto hasta su ubicación definitiva en Retiro (actualmente, Esmeralda y Libertador). El traslado tuvo un costo de alrededor del cincuenta por ciento del valor de la maquinaria. Por otra parte, tanto el gobierno nacional como el provincial exoneraron de impuestos la importación.

Bajo la dirección de Francisco Carulla, la fábrica de paños comenzó a funcionar en los primeros días de julio. Pero su inauguración se demoró hasta el 20 de agosto porque deseaban presentar el producto terminado.

Sarmiento y su gente fueron a Retiro. Con la solemnidad del caso, el presidente ordenó que arrancaran las máquinas y la fábrica entera

comenzó su tarea. Diecinueve telares programados para diversos diseños, otros para trabajos sencillos y una máquina a vapor iniciaron la producción ante la atenta mirada de los invitados. El público femenino mostraba su curiosidad y se acercaban demasiado a los aparatos, a pesar de los carteles que advertían: “¡Cuiden sus vestidos!”. La *Revista del Río de la Plata* apuntó:

> *El establecimiento cuenta recién con sesenta operarios entre los que hemos tenido el gusto de ver mujeres y niños trabajando con el mayor orden y contracción. Esta es otra de las grandes ventajas que resultan de estos establecimientos, la ocupación de la mujer y de los niños, que forma una alta moralidad de costumbres tan necesaria entre nosotros si consideramos la multitud de vagos que comienzan a pulular en nuestras calles debido a la negligencia con que miramos las bajas clases sociales y a la ola de inmigración extranjera que cubre anualmente nuestras playas.*

El trabajo infantil no solo era legal, sino que se presentaba como motivo de orgullo de los empleadores. Ciertas labores requerían dedos pequeños o alturas mínimas. Pero además se consideraba una mano de obra más económica. Los mismos parámetros cabían para la mujer. En cuanto a la producción, agregó la revista:

> *Hemos tenido ocasión de ver en el mismo establecimiento variadas muestras de frazadas y paños de todas clases. La excelencia de las primeras sobre las que recibimos del extranjero es incuestionable y en cuanto a los segundos podemos asegurar que son de una calidad eximia y que llevan la garantía de ser elaboradas con buena y pura lana y no con elementos de mala ley como gran número de los tejidos europeos con que nos vestimos creyéndolos de la mejor clase.*

La fábrica de tejidos fue un orgullo de la ciudad. Para Sarmiento debe haber sido una inauguración particular. Su madre había muerto hacía doce años.

> *A poca distancia de la puerta de entrada elevaba su copa verdinegra la patriarcal higuera que sombreaba aun en mi infancia aquel telar de mi madre, cuyos golpes y traqueteo de husos, pedales y lanzadera, nos despertaban antes de salir el sol para anunciarnos que un nuevo día llegaba.*

Sin dudas, aquella evocación de su infancia sanjuanina, plasmada en *Recuerdos de provincia*, debe haber vuelto en un inevitable contraste entre lo pasado y lo moderno.

“EL QUE HA DISPARADO A SU EXCELENCIA”

Me faltaba salvar del veneno, del puñal y del trabuco del sicario, pues todas las otras pruebas las había ya pasado.

DFS a Mariano Varela, 23/8/1873

Como tantas noches, el sábado 23 de agosto, cerca de las nueve, Sarmiento visitó a Vélez Sarsfield —exministro pero gran amigo— en su casa de la calle Cangallo. Llevaban conversando pocos minutos cuando ingresó Manuel, del servicio del sanjuanino, ciertamente agitado, y anunció:

—¡Ya está preso el asesino!
—¿Qué asesino? —preguntaron los señores.
—El que ha disparado a Su Excelencia el tiro —respondió Manuel.

De esta manera, Sarmiento tomó conocimiento de que había sido objeto de un atentado. Su abstracción y la sordera se combinaron para que no prestara debida atención al estampido poco después de salir de su casa y antes de cruzar la entonces calle Corrientes.

La reconstrucción de los hechos nos permite establecer que los jóvenes que llevaron adelante el atentado habían sido contratados dos semanas antes en un boliche de La Boca. Les ofrecieron diez mil pesos (una buena suma: el vice ganaba eso por año, los ministros, nueve mil) por matar al presidente. El dinero los esperaba en Montevideo una vez que cumplieran su parte. De todas maneras, fueron recibiendo adelantos generosos que les permitía deducir que el asunto era serio.

La noche del sábado, Francisco Guerri, Pedro Guerri (no eran hermanos) y Luis Casimir —los tres tenían veintiún años— se ubicaron en la calle Maipú entre Lavalle y Corrientes, casi llegando a la esquina de la segunda. El contratista, Aquiles Segabrugo, italiano, 38 años, dio aviso cuando la volanta presidencial se puso en marcha por Maipú, a dos cuadras de allí. Aguardaron su llegada y Francisco, empuñando el trabuco naranjero con su mano hábil, la zurda, disparó a un Sarmiento

ensimismado en sus pensamientos. El arma explotó en la mano del agresor debido a una sobrecarga de pólvora. La detonación tiró a Francisco Guerri al piso, asustó a los caballos y puso en alerta a un policía. El cochero aceleró la marcha para huir. Llegaron a lo de Vélez y don Domingo Faustino, sin saber de qué se había salvado, ingresó a la casa y conversaba con el amigo cuando fue interrumpido por el servicial Manuel, quien lo anotició de lo sucedido.

Mientras, el policía persiguió a dos fugitivos. Eran los Guerri, quienes se metieron en una casa situada en Corrientes, a la vuelta del lugar del atentado. Además de los dos jóvenes, encontraron el trabuco, balas, puñales y algunas gorras diferentes que cambiarían varias veces para no ser reconocidos.

Fueron trasladados al departamento de Policía, en el edificio del Cabildo, con una parada en la botica de Guillermo Cranwell (Rivadavia y Bolívar), donde le vendaron al tirador la mano y los cuatro dedos que le quedaban, ya que en la explosión perdió el pulgar.

Sarmiento volvió de inmediato a su casa para saludar a los amigos y conocidos que acudieron a verlo. También para escribir unas cartas. La noticia corría por la ciudad, sobre todo, en el baile del Club del Progreso. Pero se distorsionó y el "teléfono descompuesto" originó las siguientes novedades:

- Que el presidente había sido asesinado a tiros, muriendo en el acto.
- Que fue herido de muerte.
- Que el centinela de turno en su casa se enfrentó a un trío de encapuchados que intentaron subir las escaleras de su casa, matando a uno, capturando a otro e hiriendo al tercero.
- Que el carruaje en el que viajaba había volado por el aire por el efecto de una bomba Orsini (artefacto casero usado por los anarquistas en el mundo).

En cuanto a los posibles autores intelectuales, se barajaron dos bandos: los jordanistas o los alsinistas. Esta última hipótesis fue reproducida por el *New York Times*.

No tardaron en arrestar a Casimir. Sarmiento pasó los días siguientes recibiendo representantes del comercio, el campo, la salud, cadetes y porteros de la Casa de Gobierno, embajadores, amigos. A todos les repetía, buscando un paralelo, que el atentado fatal a Lincoln fue cuando transitaba el final de su presidencia.

Los de la Bolsa se permitieron preguntar si iba a renunciar. El sanjuanino les respondió que "los comerciantes de Buenos Aires entenderían fácilmente que así como un hombre no puede romper un

contrato por seis meses a los cuatro, él no iba a renunciar un año antes de completar el mandato. Los interlocutores irrumpieron con un aplauso y se fueron dando vivas al presidente.

El policía Ireneo Miguens, siguiendo pistas, viajó a Montevideo con el fin de apresar a Segabrugo. No lo halló y regresó a Buenos Aires. Pero pocos días después recibió la información que esperaba. Aquiles paraba en el Hotel del Vapor. Volvió Miguens a la ciudad oriental y se hospedó en el mismo alojamiento. Iba a esperar que regresara para detenerlo. Sin embargo, Segabrugo nunca volvió. Lo mataron. El sabueso argentino tomó papeles comprometedores del cuarto del buscado.

Cuando los ejecutores encarcelados conocieron la noticia de la muerte de Segabrugo se dieron cuenta de que, en realidad, en Montevideo, más que dinero, habrían recibido balas.

La condena al atentado fue unánime.

“LA BANDERA BLANCA Y CELESTE, DIOS SEA LOADO”

Ha sido fundida con el óbolo del pueblo, como deben serlo las estatuas de los grandes hombres de una nación libre.

DISCURSO DE MITRE,
INAUGURACIÓN DEL
24/9/1873

Una feliz iniciativa de vecinos de Buenos Aires posibilitó que se rindiera homenaje al general Manuel Belgrano, a través de un monumento que perpetuara su memoria. Parecía encaminado y resultaba evidente el entusiasmo general. Pero el proyecto quedó trunco porque murieron los tres integrantes de la comisión encargada de llevarlo adelante. En enero de 1870 se conformó un nuevo trío gracias a la gestión del entonces gobernador Castro.

Cabe aclarar que la ciudad contaba con algunos monumentos, pero hasta entonces, la única figura ecuestre era la de San Martín en Retiro, inaugurada en 1862.

Al costo del material —bronce—, se sumaba la contratación del escultor más el traslado de las piezas desde Europa. En total, sesenta mil francos (incluidos los veinte mil del transporte). El encargado de motorizar la obra y su envío fue el representante argentino en Francia, Mariano Balcarce, casado con Mercedes San Martín, la hija del Libertador. Además, él se ocupó de comprar el basamento de mármol italiano donde se montaría la figura.

Para llevar adelante el proyecto se realizó una suscripción pública, es decir, una recaudación de dinero entregado en forma voluntaria por los vecinos. La importancia de este sistema: no demandaba al Estado que pagara la obra en forma completa y permitía que todos, sin distinción de ningún tipo, estuvieran en condiciones de donar, fueran cinco, diez, cincuenta, cien, quinientos, mil pesos. De esta manera, la estatua se integraba al espacio público, pero cada donante podía expresar con orgullo que había participado y debía ser considerado protagonista del momento. De los sesenta mil francos, veinte mil

provinieron del gobierno provincial y el resto se reunió gracias a la suscripción.

El escultor elegido para la tarea artística fue el francés Albert Carrier Belleuse, quien pidió que se le permitiera contar con la cooperación del argentino Manuel de Santa Coloma para que moldeara el corcel y, de esta manera, él podría concentrarse en la figura del prócer. La elección se debió al talento de Santa Coloma para esculpir animales.

Como curiosidades sobre estos dos hombres, diremos que Carrier Belleuse —quien más adelante sería convocado para realizar el mausoleo del general San Martín en la Catedral—, se sumó a la suscripción con mil francos. Respecto de Santa Coloma, nació en Burdeos en 1826 y adoptó la ciudadanía argentina debido a que su padre, porteño, era cónsul. Sin embargo, Manuel jamás conoció su país, ya que se quedó en Europa toda la vida.

Las partes arribaron a Buenos Aires hacia fines del verano de 1873. Se dispuso su ubicación en la Plaza 25 de Mayo, delante de la Casa de Gobierno, con el ilustre jinete portando la bandera y mirando hacia el Cabildo.

A Sarmiento le cupo la suerte de inaugurarlo porque el acto se realizó durante su presidencia. La fecha: miércoles 24 de septiembre, aniversario de la gloriosa Batalla de Tucumán (1812), la primera victoria en gran escala de las armas de la Patria. El gobierno decretó el feriado nacional, solo por ese año, lo que posibilitó que muchos pudieran viajar de distancias medianamente alejadas para sumarse a los festejos. A la vez, se estableció que desde el atardecer del 23 hasta el amanecer, la estatua, cubierta en su totalidad con un paño, sería custodiada por una guardia de honor. De manera rotativa, y de a pares, velarían por el Belgrano de bronce oficiales destacados del ejército que ostentaban el título de Guerreros de la Independencia. Participaron el brigadier Zapiola, Juan Esteban Pedernera, Tomás de Iriarte, Eustoquio Frías, Gerónimo Espejo, Evaristo Uriburu, Jorge Velazco, José Obregoso y Francisco Pelliza.

Ellos fueron algunas de las reliquias vivas —varios trataron a Belgrano— que rindieron honores ante la estatua ecuestre hasta que fue inaugurada. Al frente de la parada militar, el veterano general Benito Nazar, otro de los bravos que pelearon por la Independencia.

A tono con la jornada, las banderas ornamentaban los balcones y las azoteas de las casas y los edificios públicos. El acto fue programado para las tres de la tarde. A las dos, Sarmiento recibió en la Casa de Gobierno a los invitados notables que ocuparían el palco construido al lado del pedestal. Con el sanjuanino a la cabeza, salieron todos puntualmente y fueron recibidos por una plaza colmada. El jefe de Policía O’Gorman dispuso una custodia que se movió con sigilo en los

alrededores del jefe de Estado para protegerlo de nuevos atentados.

Lo que no estuvo bajo custodia fue el palco. Numerosos asistentes sin privilegios fueron ocupándolo. Cuando llegaron las autoridades hubo algunos forcejeos y en alguna medida se logró recuperar algo del espacio oficial.

Por fin, a las 15.30, en medio de una salva de ciento un cañonazos, el presidente retiró la cubierta y el conjunto escultórico quedó a la vista de todos. El monumento, que estaba más hacia el centro de la Plaza de Mayo, le daba la espalda —y las ancas— a la Casa de Gobierno. (Años más tarde lo acercaron a la Rosada y lo giraron noventa grados, y desde aquella mudanza permanece en el mismo lugar). Por orden presidencial, el telégrafo envió la noticia del descubrimiento de la estatua ecuestre a todas las terminales del país.

La banda ejecutó el Himno y llegó el momento de los discursos. Sarmiento fue el primer orador. Estaba convencido de que el texto que preparó era sobresaliente. Así se lo manifestó a su amigo Vélez la noche previa.

Con una mano sobre la bandera de los Andes, llevada especialmente al acto, leyó las hojas ante un silencio majestuoso. Su manifiesta devoción por los colores del pabellón lo llevó a dedicarle fragmentos a Rosas y las banderas federales que habían perdido el celeste, a cambio de un azul oscuro, más la incorporación del rojo punzó.

Con gesto solemne dirigido al general de bronce gritó: “¡Que la bandera que sostiene en su brazo flamee en nuestras murallas y fortalezas, y a la cabeza de nuestras legiones!”. Hubo aplausos sostenidos para el jefe de Estado. Pero la mayor ovación se la llevó al decir una frase que repetirían generaciones: “¡La bandera blanca y celeste —Dios sea loado— no ha sido atada jamás al carro triunfal de ningún vencedor de la Tierra!”.

Los próximos disertantes fueron el gobernador Acosta, Bartolomé Mitre y el diputado Elías, quien leyó una poesía. Todos, salvo el presidente en el momento que dedicó palabras a Rosas, ocuparon la tribuna para resaltar la figura de Belgrano.

Terminado el acto los notables regresaron a la Casa de Gobierno para disfrutar de un refrigerio. Mientras tanto la multitud pugnaba por acercarse a la obra de arte. El caballo se llevó las críticas por dos motivos. Era un corcel griego que en nada se parecía a los criollos que montó el general. Pero Santa Coloma, ausente, habría respondido que las obras de arte no tienen la obligación de ser copias fieles. Asimismo, se comentaba que el caballo había quedado un poco chico (o Belgrano muy grande) por cierta falta de proporciones.

Esas discusiones sobre equinos de bronce ya se habían dado en tiempos de la inauguración del monumento a San Martín. Más allá de la polémica, en aquella oportunidad la figura del Libertador le había

dado vida a la plaza de Retiro, un tanto descuidada y con sectores pantanosos. Lo mismo ocurría con la de Mayo. Un texto periodístico de esos días auguraba que el Belgrano de Carrier Belleuse y Santa Coloma iba a mejorar la plaza principal y que tal vez fuera el punto de partida para que las autoridades resolvieran tirar abajo la recova que la dividía haciendo que todos los chiquilines lustrabotas se desplazaran a otra parte del centro.

El comentario fue premonitorio, pero sin apuro. La Antigua Recova se demolió en 1883, diez años después de que Sarmiento inaugurara el monumento al creador de la Bandera.

Aquel acto tuvo un efecto colateral. Los venerables contemporáneos de Belgrano se conocían entre todos. Sin embargo, nadie recordaba a Obregoso. Poco después se descubrió que su brillante foja de servicios estaba sobrecargada de méritos que no le correspondían.

AUTORES INTELECTUALES

Los diarios han publicado todo, mentido mucho; pero la verdad es que estoy vivo y bueno.

DFS A BIENVENIDA,
14/9/1873

Dos hermanos conformaron el eslabón que unió el asesinato de Urquiza y el atentado a Sarmiento. Nos referimos a Mariano y Carlos María Querencio. Nacieron en Paraná, estudiaron en Concepción del Uruguay y fueron muy cercanos a Urquiza. Carlos viajó a Buenos Aires, donde se graduó de doctor en medicina, mientras que Mariano siguió en Concepción hasta que el caudillo entrerriano lo envió con un puesto en la Aduana de Concordia. Allí también recaló Carlos con un consultorio. Se convirtió en el médico más destacado de la ciudad.

Los Querencio mantenían muy buena relación con Waldino y Justito Urquiza, enviados por su padre a aquel destino. Pero a la vez se acercaron a López Jordán.

El fatídico 11 de abril de 1870, Mariano Querencio tuvo dos apariciones claramente comprometedoras y sospechosas. Primero se encontró con Justo Urquiza (h.) en el hotel La Provincia para tomar unos tragos. Fue la última vez que se vio con vida a Justito. Una hora después se reunió con Waldino. Partieron juntos rumbo a Concepción del Uruguay rodeados de una fuerte escolta. De hecho, el hijo del gobernador entrerriano marchó con el conocimiento de su fatal destino. Murió en las afueras de Concordia.

Al día siguiente, Querencio escribió a López Jordán para informarle que tomaba a su cargo la jefatura política de Concordia y que los hermanos Urquiza habían sido detenidos. Se trataba de un dato inexacto porque ya habían muerto.

Carlos, el médico, no estuvo presente la noche de los crímenes. Pero era sabido que los hermanos actuaban a la par.

Acerca de Mariano, debemos agregar que fue uno de los lugartenientes de Jordán en la guerra civil e intentó negociar en Buenos Aires la independencia de Entre Ríos a fines de 1870.

Luego de la derrota jordanista en Ñaembé, ambos se refugiaron en

Montevideo, protegidos por el oficialismo.

Hecha la presentación de los Querencio, debemos regresar al policía Ireneo Miguens. Había sido el encargado de investigar los móviles del atentado a Sarmiento. La pesquisa lo llevó a Montevideo en busca de Aquiles Segabrugo, el hombre que había contratado a los Güerri y había escapado al fracasar en el intento.

En un primer viaje no lo halló. Pero consiguió información valiosa en Buenos Aires y regresó a la capital uruguaya con el dato del hotel donde el hombre buscado se alojaba. Sin embargo, Segabrugo jamás volvió. Murió en la planta alta de la casa ubicada en la calle del Arapey 106, hogar y consultorio del respetable cirujano y partero Carlos María Querencio.

Sus vinculaciones políticas le permitieron superar la barrera del sentido común y salir en libertad el 2 de octubre. Declaró que había matado al sujeto porque había intentado robarle. Contrastaba con la declaración del mucamo, quien aseguró que el médico le había ordenado cerrar la puerta con llave en cuanto el evadido ingresó al hogar.

¿Qué hizo el policía Miguens en cuanto se enteró de la muerte de su presa? Irrumpió en el cuarto y tomó toda la correspondencia y papeles que seguramente allanarían el camino de la investigación.

Convencido del buen resultado, se apresuró a embarcar de regreso a Buenos Aires para dar cuenta al jefe O'Gorman y al propio presidente.

Cuando empezaron a acomodarse las piezas, surgieron dos conjeturas relacionadas con el móvil del atentado. La primera pretendía vincular al médico con el vice Alsina y su deseo de acceder a la presidencia. Esa deducción se basaba en el parentesco de ambos, ya que los Querencio eran hijos de Polonia Alsina. Pero eran parientes lejanos. El bisabuelo del vicepresidente había sido primo del abuelo de los jordanistas entrerrianos. Los descendientes prácticamente no se conocían.

La otra conjetura se basó en —atención— un supuesto decreto de mayo de 1873 por el cual Sarmiento habría ofrecido recompensas "por las cabezas" de López Jordán y Mariano Querencio. Está tan arraigada la versión del sanguinario contenido de la norma que muchos historiadores la replican sin que jamás se haya corroborado con una prueba documental. Un par de diarios de aquel tiempo reprodujeron el texto del pedido de recompensa "por la captura". No se pide ninguna cabeza. Tal vez la confusión que algunos fogonean se haya debido a que el *Standard* dijo: "Ricardo López Jordán deberá mostrarse bastante dinámico si desea mantener su cabeza sobre los hombros. El Gobierno Nacional ha ofrecido cien mil pesos por su captura. También se ofrecen diez mil pesos por la captura de Mariano Querencio".

Sarmiento jamás dudó de que fueron los hermanos quienes

planearon su crimen y, para su fortuna, eligieron los ejecutores equivocados.

PIRATAS

Algunos pasajeros ofrecieron sumas de dinero a los cabecillas del motín por su libertad, a lo que se mostraron muy ofendidos diciendo que eran hombres de principios y que defendían una causa santa.

El Arjentino,
11/10/1873

El puerto de Montevideo presentaba la escena cotidiana. Era la tardecita del 5 de octubre de 1873 y el vapor brasileño *Porteña* se alistaba para cruzar el Plata. Parecía un viaje ordinario con los pasajeros habituales dedicados a los negocios en ambas orillas. Pero no todos eran los conocidos de siempre. Embarcaban caras nuevas, posiblemente los entusiastas que asistirían al hipódromo conocido como Circo Santa Teresa.

Se encontraba en las afueras de Buenos Aires hacia el sur, en tierras de Anacarsis Lanús (íntimo amigo de Mitre, para más datos). Había construido el hipódromo al lado del sector que comenzaba a lotear. Fuera de contexto agregamos que murió un mes después que Sarmiento y ahí nomás se resolvió llamar Lanús a la estación de trenes de su tierra. Lo que nos lleva a señalar que el jefe del ferrocarril del sur Edward Banfield y el emprendedor Anacarsis Lanús convivieron en tiempos de la presidencia del sanjuanino.

Las carreras en el hipódromo del señor Lanús habían despertado interés entre los fanáticos. Sobre todo porque en esa ocasión iba a dirimirse el duelo entre el campeón de los caballos criollos (Talismán) y el mejor pura sangre de la Argentina (Nil Disperandum). Desde distintos puntos, como Montevideo, viajaban los que anhelaban ser testigos de la jornada hípica.

Abordaron la nave de bandera brasileña unos veinte vascos con sus boinas y alpargatas. Desentonaban porque no tenían pinta de burreros. Pero lo que más llamó la atención de los viajeros frecuentes fue que también se embarcaron el teniente coronel Lucas “el Cojo” Vergara y

el capitán Adolfo Olivera, reconocidos jordanistas. A pocas semanas del atentado al presidente no debería haber carrera ni desafío que los atrajera a una ciudad donde no eran bienvenidos.

Resta agregar a la lista a un conocido de estas páginas. El inspector Ireneo Miguens se incorporó al pasaje. Volvía con los papeles y los resultados de su pesquisa.

La travesía aportó un condimento extra. Esa noche el Río de la Plata estaba muy inquieto y la embarcación se agitaba. Como el recuerdo de la tragedia del *América* se mantenía fresco, el movimiento oscilante del vapor tenía a todos en alerta.

Eran las diez. En el salón principal un par de caballeros jugaban al dominó, mientras otros conversaban. Tres señores se hallaban en la habitación del capitán compartiendo tragos. El resto se encontraba en sus cuchetas, tratando de no hacer públicos sus temores. Pero cuando se escucharon disparos y algunos gritos, el pánico se apoderó de varios.

De los camarotes salían sus ocupantes provistos de su salvavidas rumbo a la cubierta. Fueron detenidos por hombres armados que los obligaron a retroceder. Tardaron un tiempo en entender que se trataba de un atentado, del secuestro de la nave.

Los piratas tomaron la conducción del barco y “el Cojo” Vergara, jefe del grupo, dio instrucciones de separarse de la ruta ordinaria. La incertidumbre se apoderó de los viajeros y luego de que uno de los representantes conferenciara con el coronel jordanista, se acordó desembarcarlos. La operación se llevó a cabo entre José Ignacio y el cabo Santa María (La Paloma).

Quedaron los operarios que ponían en funcionamiento las máquinas, junto con los mecánicos más algunos sirvientes. Y uno, solo uno, de los pasajeros: el policía Miguens. De acuerdo con un rumor que corrió en aquel tiempo, el investigador habría dado su palabra de no revelar jamás el contenido de los papeles que le quitaron a cambio de que le perdonaran la vida. El silencio posterior del policía permite sospechar que pudo ser posible. Lo desembarcaron en Maldonado y partieron hacia Brasil.

En el trayecto fueron perseguidos por una embarcación argentina, de las tantas de ambos países que lo buscaban. El jefe pirata, su lugarteniente y los “vascos” lograron esfumarse. Vergara vivió una temporada asilado en el sur brasileño.

En esos días se publicaron en Montevideo unas rimas escritas por Julio Figueroa que reflejaron la sensacional noticia del secuestro del vapor *Porteña*. Su título: “Las carreras de Lanús y los piratas del Porteña”. El autor le contaba a Anacarsis Lanús las vicisitudes que padeció por desear asistir a la jornada hípica, debido al secuestro del barco y de Miguens, y se lamentaba:

Dispués de la relación
que terminada le dejo,
en la cual, derecho viejo,
no mermo argumentación,
me falta por conclusión
Don Anacarsis, decir
cuánto he llegao a sentir
el no hallarme en sus carreras,
a las que siento deveras
no haber podido asistir.

Figueroa se perdió el duelo en el que venció cómodamente el pura sangre.

Los ejecutores del primer atentado a un presidente en la Argentina recibieron condenas. En cambio, los autores intelectuales lograron evadir su responsabilidad. Carlos Querencio quedó señalado —sin pruebas— como el instigador.

DISPAROS AL COLEGIO

La victoria de "Don Gonzalo" que pone término a la guerra completa con brillo la serie de buenos servicios que ha prestado en esta campaña. La mano que escribió su despacho de coronel llenará los claros del de general.

DFS a Martín de Gainza, 12/12/1873

Durante la primera semana de noviembre de 1873 un grupo de excursionistas que viajaba en vapor de Tigre a Rosario se topó con una escala inesperada. El capitán Bruce se detuvo frente a la casita que Sarmiento construía en su isla. Desde la nave podía observarse la plantación de papas y de alcauciles, además de un hombre muy mayor que trabajaba con gran habilidad haciendo cestos de mimbre.

Para sorpresa de los pasajeros, el presidente vestido con ropa muy sencilla abordó el vapor.

Según la crónica publicada por el *Standard,* los acompañó unas millas, pero no se especificaba dónde desembarcó. Es probable que lo haya hecho en las cercanías de San Pedro, donde tenía campo Constantino Vélez Sarsfield, hijo de su amigo.

Los viajes río arriba volvieron a ser noticia pocos días después. Sarmiento se reunió a solas con el vice Alsina el 15 de noviembre y, a las dos de la tarde, se embarcó en el puerto de Buenos Aires, mientras la ciudad mantenía el ritmo menos intenso de los sábados. Era un horario con poco movimiento en el muelle. Pero más tarde se mostraría concurrido. Se había vuelto paseo de moda después de la comida de las siete, cuando podía disfrutarse de la fresca brisa de la ribera.

La Prensa informó que el jefe del gobierno navegaba "en el vapor *Emilia*, arrendado a un particular" y que lo acompañaba su escolta. Hasta ahí, nada llamativo. Pero lo inquietante venía después. El diario aseguraba que el buque iba "artillado con diez piezas de cañón, dos

ametralladoras, varios cajones de municiones y otros equipos militares". El destino no podía ser San Pedro o Carapachay. Con un barco particular, el presidente se dirigía al escenario donde se desenvolvía la guerra. Las ametralladoras eran las recién llegadas Gatling, cuyo poder de fuego era asombroso.

Arreciaba la segunda guerra jordanista iniciada en mayo y él parecía decidido a poner fin a la contienda. Tal vez deseaba estar presente en el momento de la estocada final, como jefe de las fuerzas armadas.

En Rosario aguardaba el general Teófilo Ivanowski, de nacionalidad polaca, oficial acreditado de la Guerra del Paraguay, al mando de una brigada de mil doscientos veteranos. Sin embargo, el encuentro se demoró más de lo pensado debido a que una bajante en el Paraná de las Palmas detuvo al *Emilia*.

Mientras tanto en Buenos Aires se multiplicaban las especulaciones fermentadas en la sorpresiva partida y la falta de información. Por ejemplo, se corrió la voz de que antes de partir, Su Excelencia había consultado a un adivino.

Arribó a la ciudad santafesina el 18 (Buenos Aires-Rosario en tres días), decidido a realizar una función pública con las nuevas armas. Uno de los principales biógrafos del sanjuanino (Manuel Gálvez, autor de *Vida de Sarmiento*, 1957) citó sus palabras: "Búsqueme una muralla larga, con frente despejada, sin casas ni gente detrás". No nos atrevemos a confirmar los dichos, pero sí que lo llevaron hasta el muro que resguardaba la construcción del Colegio Nacional, que precisamente contaba con una muralla larga, el frente despejado y no tenía casas ni gente detrás por ser todavía una obra. Lo que ocurrió fue narrado por algunos diarios, entre ellos, *El Mercurio* de Rosario:

> *El* Emilia *ha venido con mucho armamento. Esta tarde se desembarcaron dos ametralladoras con que hicieron algunos tiros y ha servido de blanco ¡el Colegio Nacional! ¡Antes de recibir a los alumnos ha sido acribillado de balas en presencia del Presidente de la República!*
> *Él mismo dirigía los disparos.*

Efectivamente, Sarmiento comprobó la eficacia de los "revólveres cañón" recientemente adquiridos con un par de breves gatillazos. Suficientes para dejar cincuenta perforaciones en el muro. Fue, más que una demostración pública de la eficiencia del nuevo armamento, un llamado de atención a los espías jordanistas en Rosario. Al ejército rebelde, ducho en el empleo de lanzas de tacuara, los esperaban ráfagas que en segundos disparaban decenas de balas.

El accidental público quedó maravillado, la aprobación fue general.

Los antisarmientistas se preguntaban cómo era posible que el maestro abriera fuego contra un templo del saber y la enseñanza. Otro periódico rosarino, *La Época,* calificó el hecho como “el fusilamiento del Colegio Nacional”. Y clamó porque el trabajo de los albañiles encargados de refaccionarlo fuera pagado por el que lo dañó.

También recibió la crítica de *La Capital*: “Tenemos en la mesa de nuestra oficina varias de las balas con que tiró al blanco S. E. el señor Presidente sobre las paredes del edificio del Colegio Nacional. El estreno de este edificio es un poco funesto y de un augurio nada feliz”.

Esa misma tarde se embarcaron a Paraná, donde Sarmiento mantuvo una conferencia con el ministro Gainza y puso fin a la breve gira litoraleña. Regresó confiado de que el ejército nacional volvería a vencer a los jordanistas. Esta vez con mucha facilidad. Y no se equivocó.

Su próxima visita a la ciudad cuna de la Bandera sería luego de completado el mandato. En esa oportunidad iba a referirse al episodio de las ametralladoras. “Se me ha acusado —dijo— de haber querido destruir el Colegio Nacional, como si no se supiera cuál ha sido mi manía de toda la vida”.

“MENTE SANA EN CUERPO SANO”

El lunes 8 de diciembre de 1873 fue uno de los habituales feriados por la celebración religiosa de la Inmaculada Concepción de María. Ese día se realizó en Tigre una formidable regata. Participaron los aficionados al remo, casi todos ingleses, que cada fin de semana se reunían para practicar en el río Luján.

La competición fluvial fue un acontecimiento que captó la atención de muchos. Se contrató un tren especial para llevar a los invitados, que lo abordaron en las estaciones Central, Retiro, Palermo, Belgrano y Rivadavia. La crónica periodística calculó que fueron dos mil los asistentes a la actividad náutica.

Sarmiento se sumó a la fiesta. Llegó desde su isla en una embarcación de vela, acompañado por edecanes y el canciller Tejedor.

Fueron recibidos por el embajador británico, Lionel Sackville-West, organizador de la regata. Luego de un par de carreras, almorzaron paté, trufas, jamón de Maguncia, pavos y pollos al spiedo, surtido de sándwiches, tortas, cremas, turrones y helado. Todo amenizado con vinos españoles e italianos, además de cervezas inglesas. Más el champán que se descorchó luego de los postres. Con las copas en alto, se brindó por la salud del presidente. Este brindis se repitió tres veces. Acto seguido, Sarmiento dijo unas palabras:

> *Señoras y señores. Me he deleitado con esta fiesta mucho más de lo que puedan suponer ustedes. Con mucho gusto he venido a presenciar la inauguración de esta nueva forma de diversión en el país. Sus robustos ancestros le deben gran parte de su grandeza a la destreza y audacia en el mar.*

Luego se refirió a los cuerpos atléticos de aquellos que remaban: “Para mí, que me veo enfrascado en tediosos asuntos de oficina, me resulta refrescante venir aquí y formar parte de estos deportes varoniles que dan cuenta del antiguo aforismo: *Mens sana in corpore sano* (Mente sana en cuerpo sano). Quisiera que los jóvenes argentinos imitaran este ejemplo”. Agregó que la fecha quedaría marcada en sus recuerdos y realizó el cuarto brindis de la jornada.

Después del espumante y las palabras alusivas, los invitados destacados pasaron a los palcos para proseguir con la actividad

deportiva. A las cuatro de la excelente tarde, Sarmiento se retiró. Recibió tres hurras mientras se alejaba en el velero y respondió blandiendo su sombrero durante un buen rato.

La regata incluyó carreras entre botes simples, de parejas, de cuartetos y canoas, entre otras especialidades. Hasta el propio embajador Sackville-West participó; lo hizo en dos competencias. El principal ganador de ese lunes fue el deporte, ya que el deseo de practicar remo contagió a varios. Con el impulso de Sackville-West, un grupo de ochenta ingleses y norteamericanos se reunió el martes 16 de diciembre en el Café Gimnasium (Florida y Corrientes) para fundar el primer club de remo de la Argentina —y hoy decano—, el Buenos Aires Rowing Club. Reunieron 166 socios y siete botes. La actividad se inició en aguas del Riachuelo, pero en 1876 ya contaban con casilla en Tigre. Y cada vez con mayor cantidad de mentes sanas en cuerpos sanos, como había augurado el sanjuanino.

“SI QUEDO REMATADAMENTE SORDO”

De aquel entusiasmo del 1 de enero de 1869, cuando las puertas de la Casa de Gobierno se abrieron de par en par y los saludos se multiplicaron, solo quedaban resabios. El último comienzo de año de la presidencia —1874— lo encontró en su refugio en la isla de Carapachay. Un diario informó a fines de diciembre que había ocurrido un incendio y que el presidente se había quedado allí “alojado en una carpa”. Su correspondencia permite confirmar el siniestro (se lo comentó a un viejo conocido y acotó que se quemó la casa que estaba construyendo), aunque nada dice de la carpa que menciona el periódico. Información posterior estableció que había sido provocado por el cocinero y que no había tenido consecuencias graves.

El 4 de enero regresó a la ciudad y el 8 envió una carta a Bienvenida:

> *Vengo de las islas y con excelente humor para escribir, y dar felicitaciones de año nuevo y recibirlas. Manuel, mi sirviente, había guardado las velas de la Candelaria del año pasado, y con las de éste te hará un magnífico regalo de cirios para tu fiesta.*
>
> *Por las noticias que habrás recibido sabrás que terminada la rebelión, descanso de tan largas fatigas en las islas donde me propongo hacerme una residencia deliciosa, con sombras bajo árboles verdes y colosales que me recuerdan San Juan. Con baños de que Zonda es una miniatura y con terrenos feraces que producen duraznos, peras, manzanas.*
>
> *Al dejar el gobierno no tengo casa, ni es posible comprarla o hacerla sin gastar cien mil duros que no tengo, o alquilar un cuarto.*
>
> *Una quinta vale millones papel para tener el disgusto de ver devorados los árboles por el gusano de canastito, moribundos por la seca y robado todo por el quintero a quien es preciso pagar además miles de pesos (...).*
>
> *Estoy haciendo un gallinero de media cuadra de largo por treinta de ancho con zanjas internas para patos, rodeado de verja de hierro, de arco de barril entretejido.*
>
> *¿Cuánto me costará? Adivina. Diez pesos de plata en obsequios al herrero. Todo lo demás lo obtengo sin costo. Habría por lo pronto*

media legua de calles cubiertas con cascajo del que hice traer de Zonda, éste de Martín García todo gratis. Y así lo demás.

Cuando lo haya hecho, tomaré una resolución sobre la manera de habitarlo; pues si quedo rematadamente sordo, me veré imposibilitado de ejercer cargos públicos y es preciso pensar en el retiro. Comprenderás que San Juan no puede convenir a mi hábitos y antecedentes.

¿No piensa mandarme unas tartas de brevas la brevuda de Teresa? Las de la Cañada Honda son mejores que las de su cañada aunque no sea honda. Expresiones a todos.

Domingo

“HA FALTADO OCHO DÍAS A SU DESPACHO”

Hoy salió uno de los vapores de la Capitanía conduciendo para Carapachay una gran cantidad de víveres y además algunos expedientes para que firme el señor presidente.

EL ARJENTINO, 20/12/1873

Tal vez, las tensiones, el cansancio, la prevención ante un nuevo atentado… Vaya uno a saber qué mezcla de situaciones y sensaciones alejó al presidente de la ciudad, donde por otra parte el cólera se había hecho presente. El recuerdo de la fiebre amarilla puso a todos en alerta y se multiplicaron las críticas por la ausencia del jefe de Estado.

Por supuesto que no era el único que huía del feroz calor porteño. Los trenes viajaban repletos hacia zonas más verdes y frescas. Por esos días, Patricio Peralta Ramos acercó un proyecto para la urbanización del puerto de Sierra de los Padres. Propuso llamarlo —en conjunción con el nombre del Río de la Plata— Mar del Plata. Entre los argumentos expresó que el poblado a fundar quedaba a dos días de viaje de Buenos Aires.

La escapada del sanjuanino fue breve, ya que el lunes 4 de enero se encontraba en su despacho atendiendo los asuntos de los últimos meses de su gestión.

Antes de seguir avanzando debemos conocer una de las últimas resoluciones presidenciales del año 73. Esta es la historia:

Entre la pila de expedientes a revisar en el escritorio, Sarmiento tomó uno cuya primera hoja era una carta (fechada el 6 de septiembre de 1873) del contador Cupertino del Campo a su superior, Cristóbal Aguirre, administrador de Rentas de la Nación.

Su texto decía, entre otras cosas:

- *Se debe dictar una resolución especial por las faltas de asistencia de*

los empleados a las horas fijadas en las oficinas de esta Aduana, a fin de que el buen servicio y el comercio no sufran demoras que no tienen razón de ser.

- *Las disposiciones dictadas hasta el presente se han referido solamente a las faltas a las oficinas, pero no a la inasistencia fuera de las horas [conocida en la jerga administrativa como: "ficho y me voy"].*
- *La resolución que está actualmente en vigencia respecto de las faltas a la oficina y que consiste en descontar de los sueldos de los empleados los días que han faltado ha mostrado ser insuficiente para evitar esas mismas faltas.*
- *Por estas consideraciones, me dirijo al Sr. Administrador, para que si lo encuentra conveniente se sirva recabar del Superior Gobierno una resolución que evite estos males en lo sucesivo.*

El propio Del Campo se permitió sugerir una acción para frenar la inasistencia y la impuntualidad que no estuvieran debidamente justificadas:

- *Las faltas de asistencia a la hora fijada podrían ser corregidas con la pérdida del sueldo correspondiente al día o a los días en que se cometan las ausencias de esta clase, entendiéndose también como faltas a la situación que se produce cuando algún empleado se ausenta de su puesto o se retira antes de la hora fijada.*
- *Las faltas de asistencia de todo el día podrían ser también corregidas con el mismo descuento, correspondiente a dos días por cada falta.*

También tenía una propuesta para los reincidentes compulsivos:

- *Sin perjuicio de esto, los jefes respectivos deberían dar cuenta a la superioridad para la destitución de los empleados que, a pesar de haber sufrido el descuento, reincidieran por repetidas veces en las mismas faltas.*

Cristóbal Aguirre aprobó la idea y el expediente pasó al despacho del ministro Domínguez, quien lo derivó a la presidencia con su visto bueno. Casi cuatro meses después, el 30 de diciembre, Sarmiento no solo avaló el proyecto sino que fue más allá: dispuso que la medida propuesta por la Aduana debía ponerse en práctica a partir del 1 de enero de 1874 y que debía extenderse a todas las oficinas de la Administración Pública.

Este tema pasó inadvertido en los medios gráficos. El año comenzó

con la noticia de la llegada del tranvía al pueblo (hoy barrio) de Belgrano y el debate por la sucesión presidencial.

La tercera semana de enero, el mandatario se alejó de la actividad gubernamental y pasó ocho días descansando en Tigre. *El Nacional* publicó el siguiente texto en su edición del martes 27 de enero:

> *El señor Sarmiento, presidente de la República, ha faltado ocho días a su despacho. Recién ayer regresó de su retiro de Carapachay. La contaduría, cumpliendo estrictamente la disposición sancionada por el mismo señor Sarmiento, por decreto del 30 de diciembre próximo pasado, ha procedido a descontarle esos ocho días de sueldo por inasistencia sin causa justificada. Desconocemos el monto descontado. Pero si se ampararon en el decreto del 30 de diciembre, deberían haberse rebajado dieciséis días de su salario.*

Debe haber sido el único caso en que un gobernante firma una resolución por la cual se ve sancionado él mismo, en menos de un mes.

En los días posteriores arribó a la Argentina un regalo para el señor Sarmiento. Los astilleros ingleses Cammell obsequiaron al jefe de Estado con un moderno vaporcito, en señal de agradecimiento por todos los buques que le encargó el gobierno argentino, entre ellos, dos cañoneras bautizadas *Paraná* y *Uruguay*.

Molesto, el presidente ordenó que su regalo personal fuera incorporado a la Armada. Se destinó a patrullar el río Luján. La lancha recibió el nombre de *Talita*, en recuerdo de una de las victorias sobre López Jordán. Su enfado se debió a que los armadores consideraron que él podía ser objeto de dádivas. Ni siquiera respondió la carta que acompañaba el obsequio.

“¡SI ESTÁN TODOS MAMAOS!”

He procurado a los soldados de la escolta máscaras (de carnaval) y mediante un centenar de faroles chinescos y glorietas los hago felices, divirtiéndose, bailando y haciendo cancán a la manera de los gauchos.

DFS a Augusto Belín, Carapachay, 15/2/1874

Recién llegado a Buenos Aires, el sanjuanino se dispuso a encarar los agitados últimos cinco días del mes, ya que el primero de febrero se realizaba la elección de diputados nacionales del distrito bonaerense y los resultados podían favorecer o perjudicar la carrera de los candidatos a la presidencia.

Los comicios se desarrollaron con absoluta anormalidad. La juventud alsinista —la más brava de las de su tiempo— mostró las garras. El oficialismo se apoyó en la fuerza pública; el mitrismo y los quintanistas tampoco eran niños de pecho, pero frente a los otros dos bandos poco podían hacer.

La victoria del gobierno nacional, al que se aliaron los seguidores de Alsina, puso de manifiesto el fraude electoral en Buenos Aires.

Esta primera instancia allanaba el camino porque los representantes serían luego los encargados de dar el visto bueno a la fórmula presidencial electa. Recordemos: 12 de abril elecciones primarias, 12 de junio la decisión de los electores, 12 de agosto aprobación por parte de las cámaras y 12 de octubre, asunción del mando.

Se debatió y criticó mucho la falta de transparencia. Pero el carnaval también era cosa seria y durante los días en que la diversión mezclaba a todos y no había barreras sociales la cuestión electoral se dio un respiro.

En una carta fechada el 18 de febrero, el ministro Martín de Gainza le comentó a Sarmiento:

> *Mucho me alegro que lo pase tan alegre en su isla al son de las trompas y acordeones. Aquí están jugando a la antigua, lanzaremos bombas, baldes, jarros y para que no se pierda la costumbre ¡huevos! Yo me lo he pasado encerrado en mi casa, gracias al culto griego del carnaval en Buenos Aires.*

Ya contamos que el presidente era carnavalero. Por ese motivo, una comparsa (Los Habitantes de la Luna) le envió en 1873 una medalla de plomo con su característica efigie calva de perfil con una corona y una inscripción alusiva: “Emperador de las máscaras”. Curiosamente, la mayoría de los integrantes eran fervorosos mitristas. Pero eso no fue obstáculo para que en los festejos de 1874 el jefe de Estado les enviara una tarjeta que decía: “DFS. Invita a tomar el té luego en su casa a Los Habitantes de la Luna, para tener el gusto de conocer al loco Sarmiento”.

Honrados por la invitación, el 25 de febrero una comisión de “los Habitantes” acudió a la residencia presidencial de la calle Maipú con sanas intenciones festivas. Tres de los que asistieron: Eduardo Benavente, quien presidía la agrupación; Carlos Monnet, hábil imitador, sobre todo de Sarmiento; y Julio A. Costa, a quien debemos los detalles de esta historia. Desconocemos si Francisco P. Moreno, integrante de la comparsa, concurrió a la cita. Costa recordaba que fueron agasajados con sándwiches, masitas y champán.

Sin inhibiciones, Monnet realizó el número de imitación. Al tono característico de la voz del sanjuanino agregaba la muletilla de repetir “Yo, yo, yo”, todo el tiempo.

El ilustre imitado dio por lograda la actuación, pero en su justa medida. Por eso, en medio de la performance interrumpió: “Bueno, amigo, ya somos dos: trate de imitar a otro más difícil que está ahí”, dijo señalando al viejo Vélez.

Costa se acercó al exministro para consultar qué le parecía. Vélez lo miró con piedad y, con su notable tonada cordobesa, respondió: “¡Para qué! ¡Si están todos mamaos!”.

CONCORDIA

Cuando vean esta locomotora atravesando sus planicies, su humo blanco será promesa de industria y riqueza.

DISCURSO DE DFS EN CONCORDIA,
29/3/1874

Una frase atribuida a Sarmiento señalaba que el vice Alsina solo debía ocuparse de tocar la campana del Senado durante seis años. La fría relación entre ambos apenas se disipaba cuando coincidían en los actos oficiales o en caso de necesaria convivencia electoral. Es decir, cuidaban las formas y los votos. Pero lo habitual era que no tuvieran diálogo.

Dos viajes tensaron la cuerda. El primero, en noviembre de 1873, la vez que el presidente partió sin autorización del Congreso a Rosario y Paraná (y fue a disparar las ametralladoras). El segundo, pocos meses después, tuvo lugar en marzo de 1874. Charles Lumb, accionista de compañías férreas (y antiguo propietario de la casa de la calle Maipú, residencia del primer mandatario), invitó a Sarmiento a la inauguración del Ferrocarril Argentino del Este en su primer tramo —netamente entrerriano—, uniendo los sesenta kilómetros entre Concordia y Federación.

El viaje de marzo coincidió con una carta que Alsina envió a los legisladores presentando su renuncia, ya que deseaba acompañar a su amigo Avellaneda en la campaña electoral. No podía abandonar el cargo, tenía que esperar la aprobación del Congreso cuando se retomaran las sesiones en mayo. En el ínterin se impuso una licencia por cuenta propia. Sin embargo, su plan quedó trunco cuando se enteró por los diarios del viaje del presidente a Concordia, calificado de anticonstitucional por la prensa opositora.

La travesía oficial se inició el viernes 27 de marzo desde Buenos Aires, aunque Sarmiento y su comitiva se sumaron en el Carapachay porque habían pasado la jornada en la isla. Durante el trayecto se percibía el buen semblante del primer mandatario, a quien las estadías

en Tigre lo revitalizaban. Luego de un copioso desayuno se deleitaron con la música a cargo de la banda contratada, disfrutaron del paisaje (divisaron Colonia del Sacramento y las sierras de San Juan), respondieron los saludos de los barcos anclados en la isla Martín García y jugaron a las cartas y al ajedrez.

La inauguración del Ferrocarril del Este tuvo todos los condimentos habituales: estruendos, música, banderas, oradores, aplausos, banquete (para ciento diez cubiertos) y brindis. El discurso de Sarmiento duró poco más de una hora, con varios minutos dedicados a responder a los opositores: “Hay algunos que citarán pasajes de la Constitución para mostrarles que es ilegal que yo venga aquí hoy para esta solemne ocasión”. Fiel a su estilo combativo, les respondió que era de gran importancia ausentarse momentáneamente de la capital provisoria para inaugurar en persona el Ferrocarril del Este. Descartaba que su acto fuera inconstitucional, ya que la nueva extensión ferroviaria permitía “afianzar la paz”, “la unión de los pueblos”, “proveer al bien común”, etc. *La Prensa* reaccionó diciendo que más que un discurso dirigido a los argentinos parecía escrito para los habitantes de la Luna.

Los próximos oradores dijeron unas pocas palabras, el capellán bendijo la locomotora y la formación partió a su destino.

Al día siguiente consiguieron un vaporcito para cumplir el deseo de Su Excelencia. Quería conocer Salto Grande. En momentos en que los viajeros disfrutaban el vistoso accidente natural del río Uruguay se sintieron estruendos. ¿Serían jordanistas? La escolta dispuso que por seguridad todos desembarcaran y aguardaran mientras se realizaba una inspección del lugar. Fue una falsa alarma. Pero cuando reembarcaban advirtieron que un niño —pariente de don Domingo Faustino, probablemente un Carrié— que se había sumado al viaje había desaparecido.

El primero en marchar en su búsqueda fue Sarmiento. Algunos pocos lo siguieron. La incertidumbre copó el ambiente. El presidente recorrió quince kilómetros hasta que por fin lo encontró. Fueron auxiliados por un paisano que los llevó a su rancho, les brindó un refresco y los dejó descansar unos minutos antes de que retornaran a la costa. Mientras tanto, los que aguardaban en la orilla comenzaron a preocuparse seriamente por la tardanza. Por fin emergió el robusto sanjuanino de la mano del niño y fue ovacionado por los amigos.

La comitiva partió de regreso el martes de la Semana Santa. Sarmiento ordenó que lo dejaran en su isla. Había reflexionado que en caso de seguir viaje, llegaría a Buenos Aires el miércoles a media mañana. En la víspera del Jueves Santo, no hacía falta.

El barco ingresó a la ciudad con varios pasajeros, pero sin el jefe del gobierno. Por fin el lunes siguiente a la Pascua, Sarmiento se presentó

en Buenos Aires y regresó a las labores cotidianas.

PARQUE CENTRAL DE PALERMO

Yo propondría que diéramos a ese parque un título de propiedad; como ser Parque de Caseros o Parque del 3 de Febrero.

DIPUTADO VICENTE F. LÓPEZ, sesión del 3/6/1874

Las elecciones de abril fueron mucho menos complejas. Se redujo de forma notoria el número de conflictos y, para alegría de los mitristas, los primeros resultados (Buenos Aires) lo daban ganador. Faltaba el resto de las provincias, pero el hecho de vencer en aquella en la que Alsina jugaba fuerte era auspicioso. Además, para ellos no había prueba más evidente del fraude de febrero que los resultados de abril.

El 13 de mayo se realizó la apertura de sesiones del Congreso. Sarmiento llegó a las dos, entregó las treinta y nueve páginas y un par de secretarios se alternaron en la lectura. Comenzaba diciendo: "Por última vez vengo a tener el honor de presidir el acto de la solemne apertura del Congreso Nacional". Luego fue un repaso de la gestión, un balance de lo que se logró. Por ejemplo, comparó las veinte escuelas en Buenos Aires y unas pocas menos en el resto del país, costeadas por el Estado, frente a las 1.117 que funcionaban a la fecha. Los ochenta mil inmigrantes de 1873, respecto de los treinta y nueve mil del 68. O los 6.440 telegramas que se enviaron en 1870, en contraste con los 175.079 del último año.

Recriminó a los senadores por no haber aprobado su proyecto de puerto de 1870. Fijó su posición respecto de la libertad de prensa (y, por supuesto, encendió una polémica de varias semanas). Su postura era que "la libertad de imprenta no significa la irresponsabilidad de la palabra". Además:

> *Mi opinión es que los tribunales federales son jueces naturales de los abusos y delitos de imprenta; y puesto que la ley de justicia federal define claramente lo que es sedición o insurrección, y designa las penas en que incurren los criminales, su deber es aplicarla en los casos*

en que la palabra impresa provoque o aconseje la insurrección o la sedición.

El discurso fue más extenso que el de Concordia. A las 15.30, concluida la lectura, se puso de pie, tocó el ala de su galera y se retiró con cara de pocos amigos.

Al día siguiente, el primero de las sesiones del año, la Cámara alta rechazó el pedido de renuncia de Alsina.

Hubo un tema que el presidente no mencionó pero en el cual tenía mucho interés, ya que en los próximos días, luego del visto bueno del Ministerio de Hacienda, envió a los diputados el proyecto. Quería que la ciudad de Buenos Aires tuviera un parque en los terrenos que habían sido confiscados a Juan Manuel de Rosas en Palermo.

Siempre con el espíritu de importar ideas norteamericanas. Como el embanderamiento en las fechas patrias, el *“shake hands”* del primer día del año, los pinos navideños o los fusiles Remington. Soñaba con un paseo de las dimensiones del Central Park de Nueva York. De hecho, él lo llamó “Parque Central de Palermo”. Aspiraba a que esa fuera la última inauguración de su mandato, llevándola a cabo el 11 de octubre.

Mientras el Poder Ejecutivo ajustaba los últimos detalles del proyecto, llegaron las sextas fiestas mayas del período gubernamental. Tuvo el atractivo del intrépido mexicano Teófilo Ceballos, quien ofreció el espectáculo de la ascensión en globo. Tres nativos que llegaron del Gran Chaco visitaron a Sarmiento, quien los invitó al tedeum. No sabemos si participaron del almuerzo que brindó la Municipalidad. Él y sus ministros asistieron y luego, desde el balcón, presenciaron el desfile. Todas las azoteas alrededor de la plaza desbordaban de público. Además de los soldados, los espectadores conocieron de cerca dos ametralladoras que fueron exhibidas en carros adecuados para su transporte. Esta vez no hubo tiros a los muros.

Luego de la conmemoración patria, Sarmiento envió el proyecto del Parque a la Cámara baja. Fue el segundo de los dos asuntos que trataron los diputados en la sesión del 3 de junio. Terminó siendo un debate largo. Pero lo singular fue la cantidad de tiempo dedicada al nombre. Ya dijimos que el sanjuanino lo bautizó “Parque Central de Palermo”. El diputado cordobés Pedro Funes se preguntó qué quería decir “central”, en qué contexto se empleaba. Porque no se ubicaba en el centro de la Argentina, ni de Buenos Aires. ¿Era acaso el centro de Palermo? Opinó que debía tener un nombre más apropiado y propuso: “Parque Washington”. Se sucedieron discursos a favor y en contra. El alsinista Aristóbulo del Valle retrucó con “Parque Argentino”, mientras que Vicente Fidel López (hijo de Vicente López y Planes)

sugirió “Parque Caseros” o “Parque 3 de Febrero” para erradicar el fuerte apego de Palermo con Juan Manuel de Rosas (vencido el 3 de febrero de 1852 en la batalla de Caseros).

La propuesta de López fue elegida por mayoría de votos. Concluido el escrutinio del nombre del parque, pidió la palabra el diputado cordobés Clemente Villalda. Dijo: “Es muy tarde, ya no se ve, podríamos levantar la sesión”. El escribiente dejó el testimonio final: “Se votó la moción y fue aceptada. Se levantó enseguida la sesión, siendo las 5 y 15 minutos de la tarde”. La palabra “enseguida” permite advertir el apuro de los señores diputados por acatar sin demoras la propuesta de Villalda.

TELEGRAMAS AL MUNDO

Las esperanzas de los mitristas ante la elección del recambio fueron perdiendo fuerza a medida que llegaban los números del resto del país. Finalmente, solo vencieron en Buenos Aires, San Juan y Santiago del Estero. Avellaneda, el candidato oficial, obtuvo 142 electores frente a los 79 de Mitre. Los números no conformaron a los seguidores del general y comenzaron los cabildeos.

Debía aguardarse la inevitable revisión de los votos por parte del Congreso. De todos modos, la prensa señalaba al exministro Avellaneda como sucesor presidencial. Incluso algunos pronosticaban que la carrera de Sarmiento continuaría en Washington. El rumor pareció apuntalarse a la semana siguiente, porque el 4 de julio el sanjuanino nuevamente asistió a los festejos del Día de la Independencia en la legación estadounidense. También estuvieron presentes Mitre y Avellaneda.

Pero todos los momentos estelares del año fueron opacados el 4 y 5 de agosto. Por fin se completó el tendido de cable submarino. Río de Janeiro logró tomar contacto con ciudades europeas y, gracias a las redes en Sudamérica, también lo hicieron las ciudades conectadas de Uruguay, Chile y la Argentina.

La reacción fue inmediata. Desde los países mencionados comenzaron a salir telegramas hacia todas partes. Sarmiento envió saludos al emperador de Brasil, al papa Pío Nono, a los reyes Víctor Manuel y Victoria, de Italia e Inglaterra, a los presidentes Grant y Montt, de EE.UU. y Chile, y al emperador de Alemania. También a los amigos Wickersham en los Estados Unidos. Asimismo, decretó feriado nacional el 5 de agosto con el fin de llevar a cabo la inauguración oficial.

A las tres de la tarde en la Casa Rosada se reunieron los mismos de siempre. El jefe del gobierno abrigaba el deseo de recibir alguna respuesta a los mensajes despachados a Europa el martes 4. Pero el telegrafista continuaba su guardia sin novedad. En su disertación, Sarmiento evocó un acontecimiento histórico, la captura de Fernando VII, y lo que había demorado la noticia en viajar hasta el Río de la Plata. Reconoció el empeño de su "viejo amigo y consejero" Vélez Sarsfield, verdadero impulsor de la telegrafía en la Argentina. Nos permitimos agregar que en 1869 el telégrafo a Rosario había

deslumbrado a todos. Cinco años después, los cables cruzaban el océano. Con una pluma de oro trazó en un mapa la línea que unía a la Argentina con Europa.

Será difícil encontrar otro instante en que todos los pueblos sudamericanos hayan vivido la felicidad del progreso al mismo tiempo. Bailes, funciones de gala, reuniones en las plazas, hubo de todo. En Santiago de Chile se bautizaron tres calles con los nombres de Montevideo, Buenos Aires y Río de Janeiro.

Para nuestros abuelos de aquellos años, una comunicación a esa velocidad debe haber sido casi mágica. Pero el telegrafista seguía sin novedad. Eso no privó al grupo selecto de disfrutar de un refrigerio en la sede del gobierno y asistir esa noche a la función especial de teatro por el acontecimiento.

Al día siguiente se supo. Un desperfecto en el cable de Artigas (norte de Uruguay en la frontera con Brasil) había complicado las comunicaciones. Allí se estancaron los mensajes presidenciales. El inconveniente fue resuelto y los telegramas continuaron su camino. Las respuestas arribaron el 11, es decir, una semana después. Nada mal, teniendo en cuenta que los tiempos de transmisión mejorarían de ahí en más.

A una semana de la nueva era en comunicaciones, el *Standard* explicó: “El cable le ha quitado tanto protagonismo a los vapores que llegan desde Europa”, ya que “a nadie parece importarle cuándo arriban o zarpan”. Esto se debe, según el diario, a que “ya no traerán ni llevarán las últimas noticias”.

Lo que maravilló a todos el 11 fue un telegrama que llegó desde Amberes. Por la lógica de los husos horarios se recibió casi a la misma hora que había sido despachado. Eso permitió establecer que recorrió la distancia desde la ciudad belga hasta Buenos Aires en casi cuatro horas, que era justamente la diferencia horaria entre ambos puntos. Los mensajes viajaban a la velocidad de la rotación de la tierra. Para un entusiasta de los adelantos como Sarmiento debe haber sido una de las grandes satisfacciones de su presidencia.

CUMPLEAÑOS DEL PRESIDENTE

Te escribo el día de mi cumpleaños, es decir que dejo atrás sesenta y tres años bien contados.

DFS A AUGUSTO
BELÍN, 15/2/1874

El 4 de agosto, cuando aún no se sospechaba que ese día comenzaría la revolución en las comunicaciones, *La Prensa* publicaba la siguiente noticia:

> *Hoy cumple 64 años el señor Sarmiento, presidente de la República. Con ese motivo, y por orden de la comandancia general de armas, las bandas de música de los batallones de línea que se hallan de guarnición en ésta irán a felicitarlo a su casa.*

Varios periódicos, por no decir todos, multiplicaron el asunto del festejo. *The Standard* le sumó edad y dijo que celebraba los 74 años (en una edición posterior iba a aclarar que eran 64). Pero, ¿acaso no había nacido en febrero de 1811, lejos de agosto y de acuerdo con las cuentas, con 63 años cumplidos?

En *Recuerdos de provincia*, escribió: "Yo he nacido en 1811, el noveno mes después del 25 de Mayo", es decir, en febrero. Más precisamente, todos en su entorno, incluido él, señalaban que cumplía años el día 15.

Son diversas las menciones de familia, amigos y el propio Sarmiento referidas a la fecha de su nacimiento, el 15 de febrero. Un antiguo dicho judicial sostiene que la confesión de una de las partes releva a la otra de la presentación de pruebas. Si el sanjuanino dijo que nació el 15 de febrero, no debería haber nada ni nadie que lo contradiga. Pero en este caso, el documento que pone en duda su afirmación es, precisamente, el más antiguo de todos los que puedan recabarse. Nos referimos a su partida de nacimiento:

> *En el año del Señor de mil ochocientos once, en quince días del mes de febrero, en esta Iglesia Matriz de San Juan de la Frontera, y*

parroquia de San José, yo el teniente de cura, puse óleo y crisma a Faustino Valentín, de un día, [hijo] *legítimo de don José Clemente Sarmiento, y doña Paula Albarracín. Bautizolo el otro teniente, fray Francisco Albarracín. Padrinos don José Tomás Albarracín y doña Paula Oro, a quienes advertí el parentesco espiritual y para que conste lo firmamos – José María de Castro.*

El documento fechado el 15 expresa que Faustino Valentín tenía un día de vida. En ese caso habría nacido el 14. Hay quienes sostienen —como el admirable Ricardo Rojas en *El profeta de la pampa*— que el párroco quiso expresar que ese era su primer día de su vida, entonces nació el 15.

Según vimos, el nombre Domingo no figura en la partida de bautismo. Lo llamaron: "Faustino Valentín". El santoral (es decir, la lista de los santos cuya festividad se conmemora en cada uno de los días del año) especifica que el 15 de febrero le corresponde a San Faustino y el 14, a San Valentín. Más allá de que en la casa lo llamaron Domingo, era costumbre muy arraigada que al vástago se le diera el nombre de los santos del día de nacimiento y del de bautismo.

¿Acaso estaba por nacer el 14 y se retrasó el parto? No, fue un nacimiento sorpresivo. Paula Zoila Albarracín visitaba a una amiga en las afueras de la ciudad de San Juan, cuando sintió las contracciones. José Clemente corrió a buscarla, la subió en ancas y galopó de regreso a la ciudad. Apenas tuvieron tiempo de llegar a su casa (debieron detenerse más de una vez porque la madre sentía que estaba a punto de parir), donde Paula dio a luz al varoncito antes de que llegara la partera.

A la postura de Rojas respondemos diciendo que el libro de la Iglesia Matriz de San Juan —en el que se registraba un promedio de cinco bautismos por mes— hay menciones a "de un día", "de dos días", de tres días" y "del mismo día" (como es el caso José Tiberio Martínez, bautizado el 13 de abril, o de José Posidio Quiroga Sarmiento, registrado el 17 de mayo). Para nosotros, "de un día" significa que nació el 14 de febrero, día de San Valentín.

Ahora sí, pasemos a los 4 de agosto. Ya en 1870, el 29 de julio (la semana previa a la fecha mencionada), José María del Carril le manifestó su deseo de que el pueblo de San Juan celebrara el cumpleaños del presidente. En 1874, el día de los telegramas al mundo, envió uno a sus embajadores: Mariano Balcarce y Manuel Rafael García: "Hoy es mi cumpleaños y el cable nos acaba de poner en contacto con Europa. Ahora, como dijo Jacob, puedo morir contento".

Esta "segunda fecha de cumpleaños" tiene su razón de ser. Era su onomástico. En el santoral corresponde a Santo Domingo, el nombre

que siempre usó, aunque no fuera el de pila, es decir, el adjudicado en la pila bautismal.

“UNO REGRESARÁ CON RIQUEZA Y FORTUNA”

Si recorre las calles de nuestra ciudad, verá por todos lados la graciosa arquitectura italiana.

DISCURSO DE DFS EN EL BANQUETE AL PRÍNCIPE DE SABOYA, 6/8/1874

El canciller Carlos Tejedor tuvo que retirarse temprano de la Casa Rosada la tarde en que se inauguraba con bombos y platillos el servicio de cable oceánico. Debía presentarse en el muelle para recibir al primer integrante de las monarquías europeas que hubo pisado nuestro suelo desde 1810. Tenía veinte años y pertenecía a la Casa de Saboya. La visita estelar, que fue recibida por el ministro de Relaciones Exteriores de la Nación, era Su Excelencia el príncipe Tomás, duque de Génova, sobrino del rey de Italia.

Integraba la tripulación del *Garibaldi*, un buque de guerra que realizaba el viaje de instrucción por el mundo llevando a bordo cuatrocientos hombres. Tomás había completado sus estudios y se había unido a la armada en calidad de oficial. Sin privilegios, según veremos.

Cuando el *Garibaldi* atracó en Montevideo, el encargado de negocios del reino de Italia acudió al barco para saludar al príncipe. Pero Tomás era el oficial de guardia, por lo que tuvo que ser él quien hiciera los honores al diplomático. Más tarde, el joven pidió permiso para ir a conversar con el cónsul, pero el capitán de la nave no lo autorizó. Recién podría hacerlo cuando se completara su turno.

Al atardecer, dos cañoneras que custodiaban el buque se dirigieron a Buenos Aires, mientras el *Garibaldi* quedó en Montevideo. El duque de Génova arribó en una de ellas y se dispuso a cumplir una agenda completa en la costa occidental del Plata.

Esa noche concurrió al teatro, invitado por las autoridades a la función de gala por la celebración de la telegrafía intercontinental, donde compartió palco con Sarmiento. Volvieron a encontrarse al día

siguiente en la casa del primer mandatario. El sanjuanino fue un excelente anfitrión. Desde la iluminación tricolor de los salones replicando las tonalidades del pabellón de Italia y las flores de los jardines del parque de Gregorio Lezama, hasta la delicada banda de vientos con repertorio ítalo-argentino que acompañó en su medida y armoniosamente la comida. En unas sillas dispuso a modo de adorno trofeos que incluían banderas tomadas a Rosas, Quiroga y López Jordán, medallas recibidas y unas pistolas doradas que le envió la firma Remington en agradecimiento por la compra de los fusiles.

El presidente habló de Colón, Vespucio y Caboto. También se refirió a la importancia que tenía América para los inmigrantes europeos. Citó el caso de los irlandeses en los Estados Unidos y abogó porque Génova, principalmente, y toda la Italia permitieran a su gente probar fortuna en otras tierras.

> *Dejen que sus compatriotas por todos los medios vengan aquí; sí, anímenlos a que se unan a nosotros, porque dentro de unos años de cada diez italianos que arriben aquí sin un centavo, uno regresará con riqueza y fortuna, y un sentido de su propia dignidad, a su tierra natal.*

Manifestó que no había necesidad de que Europa sostuviera las clases bajas, ya que en la Argentina se los esperaba con los brazos abiertos para que pudieran generar un cambio beneficioso para sus vidas. Las palabras del anfitrión calaron hondo en el noble, quien emocionado aseguró que iba a contarle a su pueblo acerca de la prosperidad en el Plata.

El visitante ilustre permaneció cuatro días en Buenos Aires y regresó a Montevideo, colmado de regalos y del mensaje a los italianos que quieran habitar el suelo argentino.

“TROCAR LA PLUMA POR LA ESPADA”

El 9 de Julio prepara el partido mitrista, al que he pertenecido, una revolución y piensan asesinarle a usted, a Sarmiento y Alsina.

INICIALES L. A. DE C.
A AVELLANEDA,
5/7/1874

El tránsito por los últimos meses de la presidencia parecía no ofrecer mayores dificultades de las habituales. Se había mencionado que Sarmiento iría a Washington. Sin embargo, lo entusiasmaba el proyecto del Parque de Palermo y la posibilidad de cumplir con el sueño de inaugurarlo el último día de su mandato. La oposición, en cambio, no navegaba por aguas calmas. Nos referimos a los mitristas.

El viernes 17 de julio se aprobaron los diplomas de los diputados elegidos en febrero. Al día siguiente, un grupo de notables y poderosos concurrió a la casa del general Mitre con el fin de expresar su repudio al traspaso presidencial y su deseo de participar activamente para revertir por la fuerza los dudosos resultados de las urnas.

Se desconoce quiénes participaron de la reunión. Pero sabemos quiénes apoyaban las acciones. De la extensa nómina de voluntades favorables mencionamos entre los principales a Rufino de Elizalde, Eduardo Costa (muy amigo de don Bartolo), Anacarsis Lanús (el del hipódromo, amigo de Mitre, uno de los principales financistas de *La Nación*) y Saturnino Unzué. También estaba bien dispuesto José C. Paz, el dueño de *La Prensa*. En cuanto a los militares, dos de peso. Por un lado, Ignacio Rivas, oficial del bando vencedor en Caseros, destacado héroe de la Guerra del Paraguay, jefe de las fuerzas nacionales que enfrentaron a López Jordán y comandante en la victoriosa batalla de San Carlos enfrentando a Calfucurá. Por el otro, José Miguel Arredondo, presente en Caseros, en Paraguay y jefe del ejército nacional que derrotó a López Jordán en Ñaembé.

Mitre escuchó los argumentos de sus seguidores y decidió plegarse al movimiento. Pero impuso dos condiciones: que la revolución

estallara el 12 o 13 de octubre. Entendía que de esa manera dejaba afuera la presidencia de Sarmiento legítimamente obtenida y apuntaría contra Avellaneda en forma exclusiva. Su otra condición fue que, en caso de vencer, se llamaría a elecciones, pero él se abstendría de participar. Los complotados aceptaron y se iniciaron los preparativos. A casi tres meses de distancia podrían llevar adelante los pasos con cautela, sin llamar la atención de los leales a Su Excelencia.

Recursos económicos no faltaban. Compraron fusiles Remington y otras armas modernas para equiparar el poder de fuego del gobierno. Tendieron redes entre fuerzas navales y del ejército. Continuaron las reuniones de cédulas para organizar una acción coordinada a lo largo del país. Una y otra vez repasaron los movimientos que ejecutarían en cuanto Avellaneda tomara el bastón y se calzara la banda presidencial. Se denominaron “constitucionales”.

A medida que se acercaba la fecha del traspaso aumentaba la alerta. La información sobre los preparativos de los rebeldes llegó a oídos del gobierno. Dispuesto a descubrir traiciones, el presidente se dedicó a tantear a los jefes militares. En persona, cara a cara, o a través de telegramas. Ante respuestas tibias, se encendían las alarmas.

La confirmación llegó el 22 de septiembre. Ese día el jefe del Primer Regimiento de Línea, Antonio Sarmiento, le reveló que los preparativos estaban en marcha y que la revolución estallaría el 12 de octubre. Es probable que le haya dado algunos nombres. A la mañana siguiente, Domingo Faustino movió sus piezas. Por un lado, envió instrucciones por telegrama al general Ivanowski, quien se encontraba en Villa Mercedes, San Luis, para que vigilara a Arredondo, también presente en la ciudad. Por otro lado, convocó a Erasmo Obligado, marino que estuvo siempre cerca. Por ejemplo —aquí lo contamos—, integró una comitiva presidencial que paseó por Tigre luego del encuentro con Urquiza. Participó en la Guerra del Paraguay y tuvo destacada actuación en los dos conflictos armados con López Jordán.

En esta oportunidad, el jefe de Estado lo sondeó acerca de una posible revolución. El capitán negó tener conocimientos de que estuviera gestándose. Sarmiento supo que le mentía. Al instante, le encargó una misión. Debía partir al mando de una de las dos cañoneras, la *Uruguay*, rumbo a Bahía Blanca. Llevaría un sobre con instrucciones que solo podía abrir cuando estuviera en altamar. El marino, que formaba parte de los complotados, comprendió la jugada. Sarmiento lo alejaba del teatro de operaciones y eliminaba la posibilidad de que los revolucionarios dispusieran de la *Uruguay* en octubre.

El panorama era complejo. A través de interlocutores, llegó la novedad a Mitre, quien no dudó. Los acontecimientos se habían precipitado. No había tiempo que perder. Un grupo se reunió en una

casa de la calle Victoria, todos estuvieron de acuerdo en que ya no había cuenta regresiva. Menos, marcha atrás. Empezaba la revolución.

Pasada la medianoche, con Obligado a la cabeza, tomaron control de la *Uruguay*. Luego, de la otra cañonera. Mientras tanto, José C. Paz escribía en *La Prensa* una columna ("El último recurso") en la que daba a los lectores los motivos por los cuales había llegado el momento de dejar la pluma y tomar la espada:

> *Los caudillos políticos que encabezan la demagogia que nos oprime se muestran cada día más obcecados y resistentes a la opinión pública.*
> *La palabra de la prensa es impotente. La escuela del cinismo administrativo le ha cerrado todos sus horizontes. Razonar, denunciar, protestar, es golpear un hierro frío. Entretanto el abuso avanza y la opresión sigue usando todos los derechos del pueblo. ¿Qué hacer en este caso? El periodismo honrado y patriota no conoce más temperamento que trocar la pluma por la espada.*
> *¡Y bien! Ese momento supremo ha llegado ya. La prensa, único guardián de las libertades públicas y único medio de defensa que había quedado al pueblo, no tiene ya misión que desempeñar en el escenario de anarquía y desquicio a que nos han arrastrado unos cuantos ambiciosos sin pudor, sin fe y sin más credo político que el de llevar hasta la saciedad sus instintos vergonzosos.*

Fue el último número de *La Prensa* del año. Con la inconfundible manifestación de Paz se desayunaron los lectores el 24 de septiembre. Se cumplía el primer aniversario de la inauguración del monumento a Belgrano. El 24/9 del 73 había sido una fiesta. El del 74, todo lo contrario.

La Nación, en cambio, no dijo nada de la revuelta, como si no lo supiera. Es posible que a la hora en que se imprimían los ejemplares, todavía no se hubiera decidido la anticipación del movimiento en contra del gobierno. Sí, y a modo de advertencia, venía repitiendo desde hacía tiempo que el de Avellaneda sería un gobierno de hecho (es decir, de facto).

El Mercantil, vespertino, tomó la posta informativa con el título: "La revolución ha estallado. *La Prensa* proclamó la revuelta. Mitre y Gelly han desaparecido. Paz y Lanús en Montevideo. El partido mitrista en armas. Sublevación en la campaña". Más adelante informaba: "Se nos asegura que las cañoneras *Paraná* y *Uruguay* han desaparecido" y "las líneas telegráficas han sido cortadas".

También el vespertino oficialista se ocupó del grave tema. Dijo *El Nacional*:

> *El pueblo entero ha sido sorprendido con la actitud subversiva y*

> *criminal de los burlados en sus ambiciones políticas. El círculo del general Mitre se ha lanzado a la revuelta y es bueno decir esto, bien alto para que la responsabilidad de tamaño delito caiga sobre los culpables con todo el peso de la ley.*
> *El jefe principal del motín es el Redactor en Jefe de* La Prensa [José C. Paz]*, según su propia declaración.*

Gainza, De Vedia, Ivanowski, Luis María Campos y Mansilla fueron algunos de los que se mantuvieron fieles al gobierno nacional. En cuanto a los rebeldes Mitre y Gelly y Obes, partieron a Colonia del Sacramento por unos días y luego una embarcación los depositó en la *Uruguay* (la *Paraná* fue recuperada por el bando oficial). El país se vio conmovido por la situación en la que tropas de línea y guardias nacionales se movilizaban de aquí para allá, sin que los espectadores neutrales pudieran discernir a quiénes respondían.

Las confusiones estaban a la orden del día. Como tantas veces, Sarmiento envió un telegrama a Ivanowski. El telegrafista le dio el mensaje a Arredondo, quien corrió al aparato y, haciéndose pasar por el polaco, consultó al jefe de Estado qué medidas tomar con Arredondo si se declaraba rebelde. La respuesta no se hizo esperar: "Fusílelo sobre el tambor y sin trámite, por traidor". La de Arredondo tampoco: "Pues váyase al diablo, viejo loco". Recién ahí Sarmiento se dio cuenta de que estaba conversando con el interlocutor equivocado. Arredondo mandó prender a Ivanowski, quien se resistió. Diez balas en el cuerpo le arrancaron la vida.

La revolución estaba alcanzando su punto más complicado. Sarmiento clausuró periódicos combativos, como *La Nación* y *La Prensa* (en realidad ésta cerró antes de que el gobierno lo hiciera). Todo estaba yéndose fuera de control. El apresuramiento le jugó en contra a los rebeldes. Mitre y los jefes desembarcaron en Tuyú, sur de la provincia de Buenos Aires, pero no pudieron transportar a tierra el armamento. El gobierno los perseguía, pero una bajante los dejó varados.

Así, a los tumbos, se llegó al 12 de octubre, el día de la transmisión de mando. O el día de la revolución que no pudo esperar. Los casi dos mil doscientos días de Sarmiento en el poder ya eran historia.

MANDATO CUMPLIDO

No hubo desórdenes, como algunos temían. Por el contrario, la ciudad se mantuvo notablemente tranquila.

INFORME DEL EMBAJADOR ESTADOUNIDENSE THOMAS O. OSBORN, 13/10/1874

Desde el sábado 10, una tormenta se apoderó de la ciudad. El tiempo podía empañar el traspaso de mando. Pero la lluvia cesó en la madrugada del lunes y solo quedaron a la vista las consecuencias de los estragos que produjo.

La fecha se vivió con mucha expectativa. Si bien las fuerzas revoltosas iban perdiendo terreno, aún no se había pacificado el país y se había llegado, salvando obstáculos, al tan mentado lunes 12 de octubre. Con rumores por aquí y por allá. Que Mitre había muerto. Que los rebeldes iban a bombardear Buenos Aires. Y tantos otros. Todos sabían todo, es decir, nadie sabía nada.

El pronóstico y los temores por la guerra civil gestada en septiembre ahuyentaron al público, y las plazas de la Casa de Gobierno y del Cabildo tuvieron muy poca concurrencia. Apenas quinientas almas se hicieron presentes, en contraste con la multitud de 1868.

Lo notorio: la ciudad estaba militarizada. Por todas partes se veían hombres del gobierno preparados para responder a un ataque. Solo en la Plaza y sus alrededores se contaron unos tres mil soldados, principalmente de caballería. La artillería se hizo presente con sus cañones Kroop (pesadilla de los jordanistas) dispuestos en los vértices de la misma. Por las calles marchaban piquetes de soldados. Era un ambiente enrarecido, pero inevitable.

Sarmiento llegó en la volanta oficial, se despidió del cochero y se encaminó a su despacho. No tenía tarea pendiente. El domingo 11, día en que había deseado inaugurar el Parque de Palermo, solo firmó el último decreto de su gobierno, ordenando la creación de un Consejo

de Guerra para juzgar a los sediciosos. Varios habían huido a Montevideo, mientras otros resistían en diversos puntos del país. Si el Parque de Palermo había quedado en el camino, la revolución también. En diciembre las fuerzas nacionales vencerían definitivamente a los revoltosos y apagarían la rebelión.

El gobernante de mandato cumplido aguardó con pocos amigos la llegada de Avellaneda, que en esos momentos daba el discurso a las dos Cámaras y hablaba de los fallidos “esfuerzos subversivos” que pretendieron desestabilizar las instituciones.

Acto seguido, el nuevo mandatario acudió a la Casa de Gobierno. Ambos discursos, de bienvenida y de despedida, fueron afectuosos y muy celebrados. Sarmiento se dirigió al “señor presidente” y entre otras cosas dijo: “Vuestra elección al mando debía suscitar este levantamiento de los caudillejos con charreteras, pues ya el poncho es de mal gusto entre nosotros”.

Se trató de una transición sencilla, simple y ordenada, sin la efervescencia de la multitud que había colmado los salones seis años atrás.

Cumplida la ceremonia, Domingo Faustino Sarmiento, sanjuanino, 63 años, luchador con la espada, la pluma y la palabra, perteneciente al partido que lo fustigó durante los seis años del mandato, flamante expresidente de la Nación, salió por la puerta principal y caminó hasta la casa de la calle Maipú, acompañado por la fatiga y unos setenta seguidores. El contraste con el regreso de Mitre a su hogar cuando dejó el poder era notable. Tal vez, el viejo maestro había soñado con una despedida más emotiva. De todas maneras vivió otros catorce años que le permitieron ver cómo finalmente se concretaban varios de sus sueños postergados. Su esfuerzo no fue en vano.

EPÍLOGO

Todos los que comenzaron la aventura presidencial mantuvieron una fuerte relación con Sarmiento. Posse y el sanjuanino intercambiaban cartas a menudo. Los encuentros con Vélez prosiguieron por unos meses hasta que el cordobés murió en 1875. Avellaneda y Ocampo formaron parte de su círculo íntimo, al igual que Aurelia, su mejor amiga hasta el último día.

Sarmiento nunca regresó a los Estados Unidos y el sueño de Ida de reencontrarse no se cumplió. Ella terminó separándose de su marido.

Con ahorros del expresidente acumulados por Ocampo se compró la casa que habitó desde 1875 hasta 1888 en Cuyo (hoy Sarmiento) y Talcahuano. La isla de Tigre siguió siendo el soñado cable a tierra. Los barcos y botes que pasaban por ahí solían verlo con la bata y el gorro que le regaló Urquiza.

El 21 de septiembre de 1888 llegaron sus restos desde Asunción. Manuel Ocampo asistió al funeral con su familia para despedirlo. Esa mañana su hijo Manuel cruzó miradas con una señorita, Ramona Aguirre. Allí se conocieron. Se casaron a los siete meses. Fueron los padres de Victoria Ocampo.

AGRADECIMIENTOS

A Silvia, mi primera lectora, por su entusiasmo, buenísimos consejos y colaboración permanente.

A Virginia González, Juan Sasturain, Mariana Alcobre, Fito Barragán, Rubén Clavenzani, Franco Moccia, Carlos Zavalla, Diego Valenzuela, Nacho David, Vanina Suárez, Daniela Borlenghi, Conrado F. Luján de Frankenberg, Martín Böhmer, María Acuña, Mane Pérez del Cerro, Gabriel Wilkinson, Catalina Lalor, Patricio Avellaneda, Bernardo Lozier Almazán, Teresa Fuster, Antonio Román, Carolina Schmid, Ingrid Briege, Sebastián Freigeiro, Patricia León, Claudia Bonsi, Walter García, Susana Gesualdi, Gina Stella, Diego Echezarreta y Néstor Saavedra, excelentes profesionales y amigos. Celebro haber contado con su valiosa ayuda.

Especialmente, al personal del Archivo del Museo Histórico Sarmiento, que han atendido a cada necesidad que les he planteado.

Al personal del Archivo General de la Nación, de las hemerotecas de la Biblioteca Nacional y de la Biblioteca del Congreso, de la Hemeroteca José Hernández de la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires, de la Biblioteca Ismael Bucich Escobar del Museo Histórico Sarmiento, de la Biblioteca Max von Buch de la Universidad de San Andrés, de la Biblioteca y Archivo Histórico Municipal de San Isidro (Quinta Los Ombúes), de la Biblioteca Tornquist del Banco Central de la República Argentina, de la Sala Americana de la Biblioteca Nacional de Maestros, de la Biblioteca Capitán Ratto del Centro Naval, del Museo Histórico Provincial Martiniano Leguizamón de Entre Ríos y de la Biblioteca del Ministerio de Justicia. Siempre dispuestos a brindar su apoyo y conocimientos a quienes investigamos.

A los integrantes de la Asociación Sarmientina, con especial mención de la genial e inolvidable Mónica Dacharry.

Gracias a todos.

BIBLIOGRAFÍA

Colecciones de la *Revista del Río de la Plata* y de los periódicos *El Nacional, La Nación Argentina, La Nación, La Prensa, La Razón, La Tribuna Nacional, La Unión, El Arjentino, La Discusión, La República, El Río de la Plata* y *The Standard*, correspondientes al período investigado.

Testamentarias de Martínez de Sarmiento, Benita y Sarmiento, Domingo Faustino conservadas en el Archivo General de la Nación.

Correspondencia de Sarmiento, colección que atesora el Área de Archivo Histórico del Museo Histórico Sarmiento.

Academia Nacional de la Historia: *Historia de la Nación Argentina*. Buenos Aires, El Ateneo, 1948.

Alonso Piñeiro, Armando: *La Historia Argentina que muchos argentinos no conocen*. Buenos Aires, Depalma, 1984.

Álvarez, Juan: *Estudio sobre las guerras civiles argentinas*. Buenos Aires, Roldán, 1914.

Amadeo, Octavio R.: *Vidas argentinas*. Buenos Aires, La Facultad, 1934.

Anderson Imbert, Enrique: *Una aventura amorosa de Sarmiento*. Buenos Aires, Losada, 1968.

Asociación de Amigos del Museo Histórico Sarmiento: *Correspondencia de Sarmiento (enero-mayo de 1862)*. Buenos Aires, Edición PPC/ Fraterna, 1997.

Asociación de Amigos del Museo Histórico Sarmiento: *Epistolario de Domingo Faustino Sarmiento – Cartas familiares.* Buenos Aires, Edición PPC/Fraterna, 2001.

Asociación de Amigos del Museo Histórico Sarmiento: *Epistolario de Santiago Arcos a Domingo F. Sarmiento (1861-1874)*. Buenos Aires, Lumiere, 2000.

Bajarlía, Juan Jacobo: *Sables, historias y crímenes*. Buenos Aires, Bruguera, 1983.

Avellaneda, Julio (compilador): *El baúl de Avellaneda - Correspondencia 1861-1865.* Buenos Aires, Emecé, 1977.

Balmaceda, Daniel: *Estrellas del pasado*. Buenos Aires, Sudamericana, 2015.

Balmaceda, Daniel: *Historias inesperadas de la historia argentina*. Buenos

Aires, Sudamericana, 2009.
Balmaceda, Daniel: *Historias insólitas de la historia argentina*. Buenos Aires, Sudamericana, 2012.
Balmaceda, Daniel: *Romances turbulentos de la historia argentina*. Buenos Aires, Norma, 2006.
Barreto Constantin, Ana María: *Justo José de Urquiza*. Buenos Aires, s/e, 2003.
Belín Sarmiento, Augusto: *El relicario de Sarmiento.* Asunción, La Mundial, 1935.
Benarós, León: *El desván de Clío*. Buenos Aires, Fraterna, 1990.
Berjman, Sonia y Schávelzon, Daniel: *Palermo: El parque 3 de Febrero de Buenos Aires*. Buenos Aires, Edhasa, 2010.
Best, Félix: *Historia de las guerras argentinas*. Buenos Aires, Peuser, 1960.
Borda, Julio C.: *Poeta de las pampas.* Buenos Aires, Armerías, 2015.
Bosch, Beatriz: *Urquiza y su tiempo*. Buenos Aires, Eudeba, 1980.
Botana, Natalio R.: *Domingo Faustino Sarmiento.* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1996.
Brandt, Nancy: *Don yo in America: Domingo Faustino Sarmiento's Second Visit to the United States 1865.* Cambridge, Cambridge University Press, 1962.
Bucich Escobar, Ismael: *Guía descriptiva del Museo Histórico Sarmiento*. Buenos Aires, s/e, 1943.
Bucich Escobar, Ismael: *Historia de los presidentes argentinos*. Buenos Aires, s/e, 1934.
Burton, Richard Francis: *Letters from the Battle-fields of Paraguay*, Londres, Tinsley Brothers, 1870.
Bussio, Marina Inés y Núñez Castro, Héctor Edgardo: *De la Quinta Lezica al Parque Rivadavia*. Buenos Aires, edición del autor, 2007.
Calderaro, José D.: *Los presidentes argentinos*. Buenos Aires, Brunetti, 1945.
Campobassi, José Salvador: *Mitre y su época*. Buenos Aires, Eudeba, 1980.
Campobassi, José Salvador: *Sarmiento frente a la acusación de traición a la Patria*. Buenos Aires, Liga Argentina de Cultura Laica, 1966.
Campobassi, José Salvador: *Sarmiento y su época (tomos I y II)*. Buenos Aires, Losada, 1975.
Caparrós, Martín: *Sarmiento.* Buenos Aires, Random House, 2022.
Cárcano, Ramón J.: *Historia de los medios de comunicación y transporte en la República Argentina*. Buenos Aires, Félix Lajouane, 1893.
Carranza, Adolfo P.: *Argentinas*. Buenos Aires, G. Mendesky e Hijos, 1913.
Casella de Calderón, Elisa: "José Obregoso, el trompa de Lavalle", *Buenos Aires nos cuenta*, N° 11. Buenos Aires, 1986.

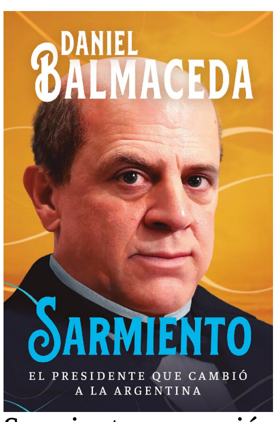
Castro, Juan Francisco: *Sarmiento y los Ferrocarriles Argentinos*, disertación pronunciada el 11 de septiembre de 1950 en el Museo Histórico Sarmiento.
Cháneton, Abel: *Historia de Vélez Sarsfield.* Buenos Aires, Librería y Editorial La Facultad, 1937.
Chueco, Manuel: *Los pioneers de la industria nacional*. Buenos Aires, Peuser, 1886.
Comisión Nacional Ejecutiva del Sesquicentenario del Nacimiento de Domingo Faustino Sarmiento: *Sarmiento en imágenes*. Buenos Aires, Publicaciones Pessano, 1961.
Cortés, José Domingo: *Diccionario Biográfico Americano*. París, Tipografía Lahure, 1876.
Cortés Conde, Ramón: *Historia de la policía de la Ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires, Biblioteca Policial, 1937.
Costa, Julio A.: Los habitantes de la Luna, en diario *La Razón*, 17 de febrero de 1924.
Crespo, Julio: *Las maestras de Sarmiento*. Buenos Aires, Grupo Abierto Comunicaciones, 2007.
Cunietti-Ferrando, Arnoldo J.: *San José de Flores*. Buenos Aires, Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires, 1997.
Cutolo, Vicente Osvaldo: *Diccionario de alfónimos y seudónimos de la Argentina*. Buenos Aires, Elche, 1962.
Cutolo, Vicente Osvaldo: *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino*. Buenos Aires, Elche, 1968.
Cutolo, Vicente Osvaldo e Ibarguren (h), Carlos: *Apodos y denominativos en la historia argentina*. Buenos Aires, Elche, 1974.
D'Onofrio, Arminda: *La época y el arte de Prilidiano Pueyrredon*. Buenos Aires, Sudamericana, 1944.
De la Vega, Julio César: *Consultor de Historia Argentina*. Buenos Aires, Ediciones Delma, 1994.
De la Vega, Urbano: *La guerra de la Triple Alianza*. Buenos Aires, Círculo Militar, 1960.
De Marco, Miguel Ángel: *La guerra de la frontera*. Buenos Aires, Emecé, 2010.
De Marco, Miguel Ángel: *La patria, los hombres y el coraje*. Buenos Aires, Planeta, 1998.
De Masi, Oscar Andrés: *Cuatro moradas sarmientinas.* Buenos Aires, Eustylos, 2011.
Domínguez Soler, Susana T. P. de: *Urquiza*. Buenos Aires, Segret & Asociados, 1992.
Editorial Abril: *Hombres y hechos en la Historia Argentina*. Buenos Aires, 1972.
Editorial Códex: *Crónica argentina histórica*. Buenos Aires, 1968.
Editorial EDAF.: *Vidas de grandes argentinos*. Madrid, 1966.

El Parlamento Argentino 1854-1947. Buenos Aires, Cámara de Diputados de la Nación, 1948.
Ferla, Salvador: *Historia Argentina con drama y humor*. Buenos Aires, Granica Editor, 1974.
Fernández, Juan Rómulo: *Hombres de acción*. Buenos Aires, Librería del Colegio, 1940.
Fundación Standard Electric: *Historia de las comunicaciones argentinas*. Buenos Aires, Fundación Standard Electric, 1979.
Furlong, Guillermo: *En defensa de Sarmiento*. Buenos Aires, Nuevo Orden, s/f.
Gadea, Wenceslao S.: *Don Justo. La tragedia de Entre Ríos*. Buenos Aires, Imprenta López, 1943.
Galván Moreno, Carlos: *Radiografía de Sarmiento.* Buenos Aires, Editorial Claridad, 1961.
García Basalo, J. Carlos: *Historia de la Penitenciaría de Buenos Aires (1869-1880)*. Buenos Aires, Editorial Penitenciaria Argentina, 1979.
García Hamilton, José Ignacio: *Vida de un ausente*. Buenos Aires, Sudamericana, 1999.
Gesualdo, Vicente y otros: *Historia argentina*, Tomos I a V. Buenos Aires, Océano, 1981.
Giannangeli, Liliana: *Contribución a la bibliografía de José Mármol* en Memoria Académica, publicación de la Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1972.
Gálvez, Manuel: *Vida de Sarmiento.* Buenos Aires, Ediciones Dictio, 1979.
Giberti, Horacio: *Historia económica de la ganadería argentina*. Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.
González Arrili, Bernardo: *Historia de la Argentina, según las biografías de sus hombres y mujeres*. Buenos Aires, Nobis, 1967.
González Arrili, Bernardo: *Retratos a pluma*. Buenos Aires, Jesús Menéndez, 1937.
González Arrili, Bernardo: *Setenta años de República*. Buenos Aires, La Obra, 1945.
González Arrili, Bernardo: “Un personaje novelable (Mansilla)”, *La Prensa*. Buenos Aires, 13 de mayo de 1962.
González Calderón, Juan A. y González, Florencio C.: *Urquiza: su vida, su personalidad y su obra*. Buenos Aires, “Juan A. Alsina”, 1911.
González Podestá, Aquilino: *Los tranvías de Buenos Aires*. Buenos Aires, Asociación Amigos de Tranvía, 1986.
Grassi, Juan Carlos: *Una historia del progreso argentino: Crónicas ilustradas de las exposiciones y congresos, siglos XIX-XX.* Buenos Aires, Ferias & Congresos, 2011.
Groussac, Paul: *Los que pasaban*. Buenos Aires, Sudamericana, 1939.
Gutiérrez, Ramón y Berjman, Sonia: *La Plaza de Mayo*. Buenos Aires,

Fundación Banco de Boston, 1995.
Hanon, Maxine: *Diccionario de británicos en Buenos Aires (primera época)*. Buenos Aires, Edición del autor, 2005.
Houston Luigi, Alice: *Sesenta y cinco valientes. Sarmiento y las maestras norteamericanas.* Buenos Aires. Editorial Ágora, 1959.
Houston Luigi, Alice: Some Letters of Sarmiento and Mary Mann, 1865-1876. Part II. *The Hispanic American Historical Review*, vol. 32, n.° 3, agosto, 1952.
Ibarguren, Carlos: *En la penumbra de la Historia Argentina*. Buenos Aires, Unión de Editores Latinos, 1956.
Jaimes Repide, Julio: *Paseos evocativos por el viejo Buenos Aires*. Buenos Aires, Peuser, 1936.
Jitrik, Noé: *José Hernández*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971.
Juárez, Roberto: *Atentados políticos en la Argentina*. Buenos Aires, Peña Lillo, 1970.
La Prensa: "Hace 70 años fue inaugurada la estatua de Belgrano en Plaza de Mayo". Buenos Aires, 19 de diciembre de 1943.
Lanata, Jorge: *Argentinos*. Buenos Aires. Ediciones B, 2002.
Leiva, Albero David (coordinador): *Los días de Sarmiento (tomos I y II)*. San Isidro, Academia Provincial de Ciencias y Artes de San Isidro, 2010.
Leoni Houssay, Luis Alberto: *Avellaneda, el tribuno de la República*. Buenos Aires, Municipalidad de Avellaneda, 1978.
Letts de Espil, Courtney: *Noticias confidenciales de Buenos Aires a USA 1868-1892*. Buenos Aires, Editorial Jorge Álvarez, 1969.
Levene, Gustavo Gabriel: *Historia de los presidentes argentinos*. Buenos Aires, Sánchez Teruelo Editor, 1992.
Lima González Bonorino, Jorge F.: *La ciudad de Buenos Aires y sus habitantes 1860-1870*. Buenos Aires, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 2005.
López Mato, Omar: *1874 - Historia de la revolución olvidada.* Buenos Aires, Ediciones Olmo, s/f.
Lozier Almazán, Bernardo: *El arcón de los recuerdos*. Buenos Aires, Carta Abierta, 1995-2000.
Lugones, Leopoldo: *Historia de Sarmiento*. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1988.
Luna, Félix: *Sarmiento y sus fantasmas.* Buenos Aires, Atlántida, 1997.
Luna, Félix: *Segunda fila*. Buenos Aires, Planeta, 1999.
Luqui Lagleyze, Julio A.: *Sencilla historia de Buenos Aires*. Buenos Aires, Librerías Turísticas, 1998.
Macchi, Manuel E.: *Urquiza: última etapa.* Buenos Aires, Castellvi, 1971.
Mansilla, Lucio Victorio: *Una excursión a los indios ranqueles*. Buenos

Aires, Estrada, 1959.
Mansilla, Lucio Victorio: *Entre nos*. Buenos Aires, Hachette, 1963.
Mansilla, Lucio Victorio: *Mis memorias*. Buenos Aires, Eudeba, 1966.
Mortillaro, Gaspar: *Sarmiento – Anecdotario.* Buenos Aires, Araujo, 1938.
Nelson, Ernesto: *Los tesoros del Martín Fierro*. Buenos Aires, Librería del Colegio, 1946.
Newton, Jorge: *Diccionario biográfico del campo argentino.* Buenos Aires, Edición del autor, 1972.
Newton, Jorge: *Urquiza, el vencedor de la tiranía*. Buenos Aires, Claridad, 1947.
O'Donnell, Pacho: *Historias argentinas.* Buenos Aires, Sudamericana, 2006.
O'Donnell, Pacho; García Hamilton, José Ignacio y Pigna, Felipe: *Historia confidencial*. Buenos Aires, Planeta, 2003.
Palcos, Alberto: *Sarmiento*. Buenos Aires, El Ateneo, 1938.
Peard, Julyan G.: *An American Teacher in Argentina: Mary Gorman's Nineteenth-Century Odyssey from New Mexico to the Pampas*. Lewisburg, Bucknell University Press, 2016.
Petriella, Dionisio y Miatello, Sara: *Diccionario Biográfico Ítalo Argentino*. Buenos Aires, Asociación Dante Alighieri, 1976.
Piglia, Ricardo: *Escenas de la novela argentina.* Buenos Aires, Eterna Cadencia Editora, 2022.
Popolizio, Enrique: *Vida de Lucio V. Mansilla*. Buenos Aires, Pomaire, 1985.
Puccia, Enrique H.: *Breve historia del carnaval porteño*. Buenos Aires, Cuadernos de Buenos Aires, 1974.
Puccia, Enrique H.: *Historia del carnaval porteño*. Buenos Aires, Academia Porteña del Lunfardo, 2000.
Ramos, Laura: *Las señoritas.* Buenos Aires, Lumen, 2021.
Ramos Mejía, J.M.: *Las multitudes argentinas.* Buenos Aires, Lajouane,1899.
Rebollo Paz, León: *La Guerra del Paraguay*. Buenos Aires, Talleres Gráficos Lombardi, 1965.
Revista *Ambas Américas* nro. 6. Buenos Aires, septiembre de 1993.
Rojas, Nerio: *Psicología de Sarmiento*. Librería "La Facultad" de Juan Roldán, Buenos Aires, 1916.
Rojas, Ricardo: *El profeta de la Pampa: Vida de Sarmiento.* Editorial Losada, Buenos Aires, 1945.
Saldías, Adolfo: *Historia de la Confederación Argentina (1850-1914*), Tomo I. Buenos Aires, Eudeba, 1968.
Salduna, Bernardo I.: *La rebelión jordanista.* Buenos Aires, Editorial Dunken, 2005.
Sarmiento, Domingo Faustino: *Obras completas* (52 tomos), Buenos

Aires, Félix Lajouane editor, 1887 (obra digitalizada por el Museo y Biblioteca Casa Natal de Domingo Faustino Sarmiento).
Sarmiento, Domingo Faustino: *Páginas confidenciales.* Buenos Aires, Elevación, 1944.
Sastre, Marcos: *El temple arjentino.* Buenos Aires, Imprenta americana, 1870.
Solá, Miguel: *Compendio de historia de la cultura argentina*. La Plata, Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires, 1959.
Sosa de Newton, Lily: *Diccionario biográfico de mujeres argentinas*. Buenos Aires, Plus Ultra, 1980.
Suárez, Martín: *Atlas histórico militar argentino*. Buenos Aires, Círculo Militar, 1974.
Toto, Carlos María; Maronese, Leticia y Estévez, Carlos Alberto: *Monumentos y obras de arte en el espacio público de la Ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2001.
Trabucco, Federico: *Guía índice de la historia argentina*. Buenos Aires, Vimar, 1947.
Valenzuela, Diego y Sanguinetti, Mercedes: *Sarmiento periodista: El caudillo de la pluma.* Sudamericana, Buenos Aires, 2012.
Vega, Julio César de la: *Consultor de historia argentina*. Buenos Aires, Delma, 1994.
Vergara Quiroz, Sergio: *Manuel Montt y Domingo Faustino Sarmiento. Epistolario 1833-1888.* Santiago de Chile, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos y LOM Ediciones, 1999.
Viavaca, Héctor D. (Félix Luna): "Obregoso, un granadero mentiroso", *Todo es Historia*, N° 140. Buenos Aires, 1979.
Vigil, Carlos: *Los monumentos y lugares históricos de la Argentina*. Buenos Aires, Atlántida, 1977.
Villeco, Miguel: *Cronologías para una historia de la Ciudad de Buenos Aires.* Buenos Aires, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2000.
Vizoso Gorostiaga, Manuel: *Diccionario y cronología histórica americana*. Buenos Aires, Ayacucho, 1947.
Weinberg, Félix: *Vida e imagen de Sarmiento*. Buenos Aires, Eudeba, 1963.
Werckenthien, Cristian G.: *El tranvía en Buenos Aires*. Buenos Aires, Ediciones Turísticas, 2007.
Zinny, Antonio: *Historia de los gobernadores de las provincias argentinas*. Buenos Aires, Huemul, 1920.
Zorraquín Becú, Horacio: *Tiempo y vida de José Hernández 1834-1886.* Buenos Aires, Emecé, 1972.



Sarmiento renunció a la masonería antes de asumir, vivió de prestado en casas de parientes y sufrió un grave atentado por parte del mismo bando que propició el asesinato de Urquiza. Cargó con la epidemia de la fiebre amarilla y la mayor tragedia naval de su tiempo. Completó su mandato en medio de una rebelión militar. Lo trataron de borracho, corrupto, inútil y anticonstitucional. Pero el contexto hostil no le impidió expandir los ferrocarriles y el telégrafo, promover la ciencia y la tecnología, impulsar el uso de maquinaria agrícola, concretar el primer censo y fomentar el crecimiento de las economías regionales. Aunque algo arrogante, altanero y soberbio, su inteligencia le permitió adoptar lo mejor del modelo norteamericano que tanto admiraba. Las cartas íntimas a su mujer, amantes y amigos, sus peleas con las maestras norteamericanas, la cuestionada visión del gaucho, la polémica por la supuesta entrega de la Patagonia y el mito de la Casa Rosada son solo algunas de las originales historias que pintan un perfil amplio, a veces ignorado y, sobre todo, cautivador, del presidente que torció el rumbo del país.



DANIEL BALMACEDA

Es periodista por la Universidad Católica Argentina. Trabajó como editor de las revistas *Noticias*, *El Gráfico* y *Newsweek*, entre otras. Es miembro de número de la Academia Argentina de la Historia y del Instituto Histórico Municipal de San Isidro, y miembro titular y vitalicio de la Sociedad Argentina de Historiadores. Presidió la Fundación Cristóbal Colón. Se desempeña como consultor de historia en instituciones y en distintos medios. Trabajó en diversas radios y condujo el programa de televisión Historias ricas, con el que ganó un Martín Fierro. Es uno de los divulgadores de historia más importantes de la Argentina. Algunos de sus libros publicados por Sudamericana son *Historias inesperadas de la historia argentina*, *Historias de corceles y de acero*, *Romances de escritores argentinos, Oro y espadas*, *Historias insólitas de la historia argentina*, *Belgrano*, *Romances turbulentos de la historia argentina*, *Estrellas del pasado*, *La comida en la historia argentina*, *Espadas y corazones*, *Qué tenían puesto*, *El apasionante origen de las palabras*, *Grandes historias de la cocina argentina* e *Historias de la Belle Époque argentina*.

Índice

- Sarmiento
- Dedicatoria
- Introducción
- Equipo de campaña
- “Viendo las señas que esa infame hace a mi marido”
- “Cuestiones que era mejor ventilar en silencio”
- “Te amo con todas las timideces de una niña”
- ¿Cómo votaban en 1868?
- “Es como si gobernara para la luna”
- “Soy el único candidato”
- “Ella no puede ocupar mi lugar”
- “Usted me debe una satisfacción”
- Los Varela
- “No hemos venido a jugar como niños”
- Las elecciones
- Doctor de Michigan
- Partida de Nueva York
- “¡Estaba tan buena!”
- Arribo a Buenos Aires
- “Para que no haya vagos”
- “Había pasado la noche en una orgía de Palermo”
- Las aguas corrientes
- “Juntos, seríamos inaguantables”
- “Hermano Sarmiento”
- El escándalo de la Patagonia
- “Volveré dentro de pocas horas al pueblo”
- “El pobre presidente apretado contra la mesa”
- “Fueron los únicos que quedaron con Sarmiento”
- Ausente con aviso
- “No se desmiente a un ministro”
- Con la gente de campo
- “El estallido del champán”
- Fin de año
- “No trate de economizar sangre de gaucho”

- “Estas orgías no se decretan”
- Sueldo: veinte mil pesos por año
- “Sé que te gusta más el azul”
- Vías y postes
- La revolución de los telegramas
- Ante el Congreso
- “Donde se mamó un Sarmiento”
- La caña de pescar o el pescado
- Bata y gorro de regalo
- “¡Carlota estaba muy hermosa esa noche!”
- “Tu Reina de las Praderas”
- “Ordene al cochero que pase adelante”
- Primer censo nacional
- Balance de gobierno
- Miss Gorman
- “Banda de gauchos”
- “Te mando un pedacito del vestido”
- Regreso de los valientes
- Acto fallido
- “El nombre de Fraile Muerto me cae mal”
- “Pienso en ti cada día”
- Encuentro con Urquiza
- Última etapa de la gira
- “Usted es un niño con canas”
- “Distribuía y recibía agua, riéndose hasta las orejas”
- “¡Vienen a matarme!”
- Mesa de crisis
- “Lo que un caballero no debe decirle jamás a una señora”
- “Espera dar empleo a las hordas de gauchos errantes”
- “La injusticia e ingratitud del Sr. Sarmiento”
- Agencia de matrimonios
- “Muero sin saber por qué”
- Casa de Gobierno rosada
- Fiebre amarilla
- “La fiebre atacó a mi portero”
- “¡Qué partidas de billar y croquet!”
- Señoritas y la epidemia
- “Jamás te olvidaré mientras viva”
- Veto a Villa María
- Expo en Córdoba
- “El futuro de Flores es el futuro de Buenos Aires”
- Incendio en el río
- Tata Dios
- El Gran Chaco

- El malón
- Martín Fierro
- Tiranías militares
- “Al pueblo de Chile, ¡salud!”
- Treinta y siete brindis
- Héroe de la Paz
- Carrera por la sucesión
- 4 de julio
- “¡Cuiden sus vestidos!”
- “El que ha disparado a Su Excelencia”
- “La bandera blanca y celeste, Dios sea loado”
- Autores intelectuales
- Piratas
- Disparos al colegio
- “Mente sana en cuerpo sano”
- “Si quedo rematadamente sordo”
- “Ha faltado ocho días a su despacho”
- “¡Si están todos mamaos!”
- Concordia
- Parque Central de Palermo
- Telegramas al mundo
- Cumpleaños del presidente
- “Uno regresará con riqueza y fortuna”
- “Trocar la pluma por la espada”
- Mandato cumplido
- Epílogo
- Agradecimientos
- Bibliografía
- Sobre este libro
- Sobre el autor
- Otros títulos del autor
- Créditos